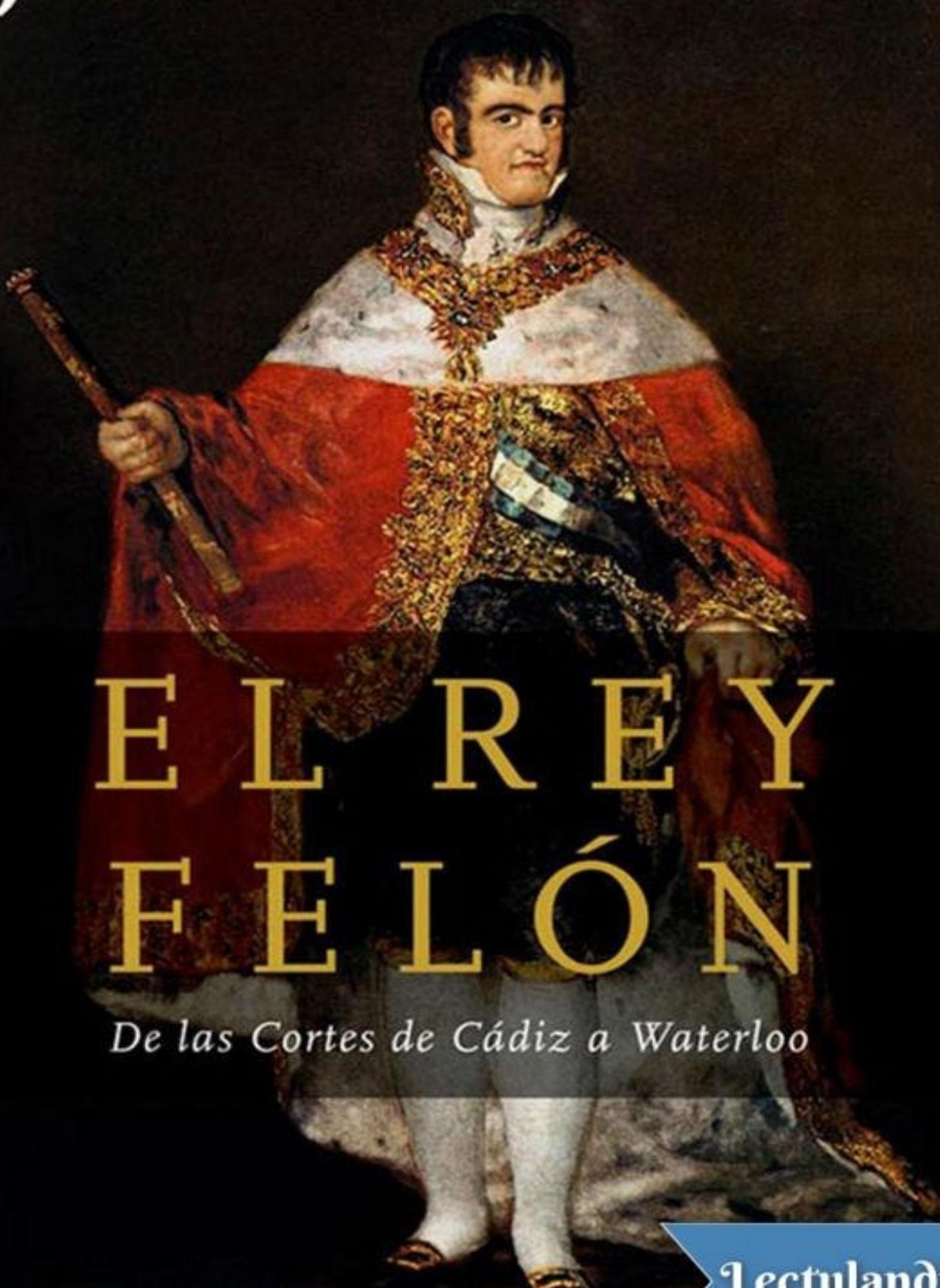


JOSÉ LUIS CORRAL

A full-length portrait of King Ferdinand VII of Spain, standing and facing slightly to the right. He is wearing a red and white cape with a gold fringe, a blue sash, and a dark coat. He holds a sword in his right hand. The background is dark.

EL REY
FELÓN

De las Cortes de Cádiz a Waterloo

Lectulandia

Si en *Trafalgar* asistía a la mayor batalla naval en la que ha participado la Armada española, y en *¡Independencia!* al Dos de Mayo madrileño y a los dramáticos sitios de Zaragoza, Francisco de Faria, testigo de memorables acontecimientos de la Guerra de Independencia, recibe en El Rey Felón la misión de ponerse en contacto con las intrépidas partidas de bandoleros que actúan en Extremadura y Andalucía con el objetivo de coordinar sus acciones y poner en un brete a las tropas francesas. Pero, además, tendrá ocasión de vivir en primera línea los enconados debates que darán lugar a la Constitución de Cádiz y uno de los enfrentamientos bélicos más trascendentales que se libraron en la Península, la batalla de los Arapiles (22 de julio de 1812), antes de, desengañado con las consecuencias inmediatas de la guerra e indignado por el comportamiento canallesco de Fernando VII, el Rey Felón, adentrarse en territorio francés en busca de una nueva lucha por la libertad.

Lectulandia

José Luis Corral

El rey felón

Francisco de Faria - 3

ePub r1.0

Samarcanda 23.04.14

Título original: *El rey felón*

José Luis Corral, 2009

Editor digital: Samarcanda

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

1^{er} ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



Nota previa

La derrota de la escuadra hispano-francesa el 21 de octubre de 1805 en la batalla naval de Trafalgar supuso el comienzo del fin de una época. En ese tiempo, Napoleón, emperador de los franceses, estaba empeñado en conquistar Europa y en hacer de Francia la cabeza de un gran imperio continental^[1].

A finales de 1807, Napoleón se presentó en España al frente de un gran ejército, dispuesto a convertirla en un apéndice más de su imperio. Tal vez había creído que las ideas de libertad y de igualdad que preconizaba serían argumento suficiente para que, tal cual ocurriera en Francia, los españoles lo acogieran con agrado y lo apoyaran para acabar con el Antiguo Régimen^[2].

Pero, para su sorpresa, el pueblo español se levantó en armas contra la invasión francesa, y el 2 de mayo de 1808 comenzó la guerra de la Independencia, en la que el ejército imperial quedaría atrapado durante seis años. En esa contienda, los españoles, ante la superioridad de las tropas invasoras, se organizaron en partidas de guerrilleros y combatieron en una nueva forma de guerra que se conoció como «la guerrilla».

El rey felón es la tercera, y última, entrega de las aventuras de Francisco de Faria, el imaginario conde de Castuera, espectador de excepción de los graves acontecimientos que vivió España entre 1804 y 1815.

EL REY FELÓN I

Capítulo I

DESDE las cumbres del Pirineo la vida, como el horizonte, se veía mucho más despejada.

El coronel Francisco de Faria, conde de Castuera y miembro de la guardia de corps, había logrado escapar en el puerto navarro de Ibañeta de un destacamento de soldados franceses que conducían a un grupo de presos a cárceles francesas tras la capitulación de la ciudad de Zaragoza, que el 21 de febrero de 1809 había sido tomada tras dos cruentos asedios.

Faria había logrado soltarse las ligaduras con ayuda del comerciante zaragozano Salamero, y aprovechando la oscuridad se había ocultado en el bosque, donde los dos fugados se habían separado. Caminando entre peñascos y bosques, durmiendo en cuevas y escalando riscos había logrado llegar, con dos costillas rotas, a la pequeña aldea de Zuriza, en el valle pirenaico de Ansó, donde unos pastores, ajenos a cuanto acontecía en el resto de Europa, le habían proporcionado cobijo y comida.

Un mes después de su llegada a Zuriza los huesos de las dos costillas se habían soldado y gracias a la leche, a la carne y a la mantequilla de los pastores se había recuperado de los meses de batallas y hambre en Zaragoza.

Durante esas semanas nada supo de lo que estaba ocurriendo en España. Las últimas noticias recibidas en la Zaragoza asediada decían que el emperador Napoleón, que se había presentado a fines de 1808 en Madrid para dirigir personalmente las operaciones de la guerra, había regresado a Francia a fines de enero de 1809, dando por hecho que la caída de Zaragoza y el avance del ejército imperial hacia el sur y el oeste de la Península provocaría la sumisión de los españoles en muy poco tiempo.

La derrota y muerte del general inglés Moore en La Coruña, mientras se retiraba ante la ofensiva francesa, había dado al traste con la esperanza de que con la ayuda británica se pudiera vencer a Napoleón.

—Entonces, ¿no se sabe nada más? —le preguntó Faria a Antonio Galindo, el pastor en cuya casa de Zuriza había sido acogido el coronel tras su huida por los Pirineos.

Galindo acababa de regresar de la localidad de Ansó, aguas abajo del valle, donde había acudido a vender un ternero, aprovechando que con la llegada de la primavera los caminos ya estaban libres de nieve y transitables.

—Sólo lo que le he contado, coronel. En Ansó tampoco se conocen demasiadas cosas. Un correo recién llegado de Jaca ha informado que los franceses han ocupado toda España, y que en Madrid reina un hermano del rey de Francia, ese tal Napoleón —reiteró Antonio.

A fines de abril de 1809 el ejército francés había ocupado todo el noreste de la

Península, que el emperador había puesto bajo el mando de un gobierno militar autónomo, lo que había provocado el enfado de José I —el rey de España repuesto en el trono de Madrid por el mismo Napoleón—, que incluso había comentado a sus consejeros que se había planteado la posibilidad de abdicar por la merma de autoridad que le había producido aquella decisión de su hermano.

Faria dudaba. No sabía qué hacer ni a dónde ir, pues era un fugado y estaba seguro de que los franceses habían puesto precio a su cabeza. Luego pensó que probablemente muchos soldados españoles podían estar en su misma situación, vagando por bosques y montañas, refugiados en aldeas recónditas, sin otra esperanza que un milagro que pusiera fin a la presencia de los franceses en España.

Mediada la primavera, se enteró de que los franceses estaban muy cerca, pues habían ocupado Jaca y su ciudadela y habían subido hasta el santuario de San Juan de la Peña, un monasterio doble cuyos edificios más antiguos habían sido construidos en lo alto de unos riscos, bajo una roca, y otros más nuevos en una planicie cercana. El santuario, que los aragoneses consideraban la cuna de su reino, había sido saqueado e incendiado por las tropas imperiales, y se decía que los soldados se habían vestido con las dalmáticas de celebrar misa y cubierto con sus gorros y sombreros. Incluso las tumbas de monjes y abades habían sido profanadas en busca de anillos, pectorales y otras joyas. Quienes lo habían visto contaban que los huesos de los cadáveres se amontonaban por doquier alrededor de los sepulcros abiertos.

Faria estaba desesperado; gracias a las informaciones que Antonio le proporcionaba todas las semanas, sabía que los franceses habían infligido a los españoles una derrota tras otra. En Medellín, el mariscal Victor había derrotado al general Cuesta, causando diez mil bajas entre los españoles; y en su avance incontenible los franceses habían llegado hasta Oporto, en la costa atlántica portuguesa, donde habían muerto más de quince mil personas.

Los británicos, ante la posibilidad de que todo Portugal cayera en manos de Napoleón, lo que supondría un verdadero desastre para sus intereses y el corte de suministros fundamentales para sus navíos de guerra, organizaron un cuerpo expedicionario al mando del teniente general Arthur Wellesley, un militar ambicioso, frío y competente, que ya conocía Portugal por haber estado en ese país el año anterior. El cuerpo expedicionario británico desembarcó en Lisboa y Wellesley, que todavía no había cumplido los cuarenta años, se puso enseguida a diseñar un plan de contraataque con los oficiales de su Estado Mayor.

Pocos días antes, Austria había declarado la guerra a Napoleón, lo que había supuesto una estupenda noticia para Wellesley, pues el ejército imperial debería atender ahora dos frentes, aunque en realidad, toda Europa estaba en guerra, todo territorio era un frente de batalla.

A fines de abril Faria decidió que debía marcharse de la aldea de Zuriza.

—Mañana me voy —le confesó a Antonio Galindo—. Tú y toda tu familia habéis sido muy generosos al compartir vuestra comida conmigo. No sé cuándo ni cómo, pero os lo recompensaré. Ahora debo bajar de estas montañas; en nuestro país se está librando una guerra decisiva para el futuro de todo este continente y cualquier ayuda, por pequeña que sea, es necesaria.

—Aquí, en estas montañas, no habrá guerra. Hace siglos que los ganaderos y los campesinos de ambos lados del Pirineo hemos firmado acuerdos para que así sea. Tenemos unos pactos por los que, en caso de guerra y venga de donde venga el peligro, nos avisamos de unos valles a otros a fin de poner a salvo nuestros ganados y nuestras propiedades —dijo Antonio Galindo.

—Esa táctica pudo funcionar antaño, pero ahora las cosas han cambiado mucho. La guerra ya no es como antes, hombres frente a hombres, espadas en mano y lanzas en ristre, combatiendo según los viejos códigos de honor. En estos tiempos se emplean armas terribles, cañones capaces de matar a mucha distancia, sin siquiera poder atisbar el rostro del enemigo.

—Nosotros seguimos avisándonos. Lo hacen con nosotros los franceses del valle de Aspe y lo hacemos nosotros con ellos.

—Esa solidaridad de vecinos es estupenda, pero los ejércitos actuales no respetan esos viejos códigos. Cada vez quedan menos caballeros en la guerra. Pero ahora debo irme, pues mi presencia aquí os puede poner en grave riesgo.

—En ese caso, coronel, ¿necesita usted alguna cosa que podamos proporcionarle?

—Me hará falta algo de comida, y algunos nombres para contactar con ellos en Jaca y en Huesca, y que sean de fiar. Y ropa que me permita pasar inadvertido.

—Tengo familiares en Huesca, pero deberá andar con mucho cuidado; dicen que los caminos entre Jaca y Huesca están vigilados por patrullas francesas.

—Lo tendré. No me gustaría acabar fusilado a la orilla de alguna vereda.

A la mañana siguiente la mujer de Antonio Galindo había preparado un zurrón de piel en el que había puesto una buena hogaza de pan, un queso, tocino seco, un tarro de mantequilla y una ristra de embutido ahumado. El propio Galindo le había dejado unos pantalones de pana, una faja, una camisola y una chaqueta de fieltro, además de un sombrero de ala ancha y unas abarcas.

—No tengo nada que darte a cambio, amigo —le dijo a Antonio.

—No se preocupe, coronel.

—Mi uniforme es un montón de harapos inservible, y además, si alguna patrulla francesa subiera hasta aquí arriba y lo encontrara tendrías un grave problema. Lo mejor es que lo quemes. Ni siquiera las botas son aprovechables.

—Apenas tenemos dinero, pero coja esto —Galindo le entregó una bolsa con monedas—, es parte de los beneficios por la venta del ternero.

—No puedo aceptarlo —dijo Faria.

—Le vendrán bien para el camino. Y ya me los devolverá. Vaya con Dios, coronel.

—Queda con Él, Antonio.

Faria le dio un abrazo al ganadero de Zuriza, se colgó el zurrón al hombro y descendió por una senda, valle abajo, hacia Ansó.

* * *

Había memorizado el nombre del familiar de Antonio Galindo y sus señas en Huesca, a donde había pensado dirigirse. No tenía cédula de identidad, pero había decidido que si lo detenía alguna patrulla francesa diría llamarse Antón Galindo, ganadero del valle de Ansó, que se dirigía a Huesca para visitar a unos familiares y comprar algo de ganado. No era una coartada demasiado brillante, pues el coronel Faria no tenía ni aspecto ni acento de ganadero aragonés, pero no se le había ocurrido nada mejor y tal vez los franceses no se dieran cuenta de ello.

Tal como le había indicado Antonio, Faria llegó al pueblo de Ansó unas dos horas y media después de salir de Zuriza; desde allí atravesó la sierra del Vedao y llegó a Hecho al mediodía; se detuvo para comer un poco de queso, embutido y pan y continuó valle abajo hasta Puente la Reina, una pequeña localidad donde confluían varios caminos. Cuando arribó estaba anocheciendo; un campesino que regresaba a casa le dijo que hasta Jaca todavía le quedaban unas cuatro horas de camino, por lo que decidió pasar la noche en Puente la Reina, y lo hizo en una borda de ese mismo campesino.

Por la mañana se aseó en un arroyo cercano que bajaba caudaloso debido al agua del deshielo, recogió su zurrón y, siguiendo las indicaciones del campesino, al que entregó un real, se dirigió por un camino paralelo al río Aragón hacia Jaca.

Tres horas después atisbó la ciudad que había sido la más antigua capital del viejo reino de Aragón. Jaca era una ciudad pequeña, construida en lo alto de una colina y totalmente amurallada; en su lado oeste había una ciudadela de piedra, en forma de estrella, rodeada de un amplio foso. Había sido levantada dos siglos y medio atrás para defender la ciudad y el paso desde Francia a España a través del valle de Canfranc.

Desde la distancia no podía observar si Jaca seguía ocupada por tropas francesas. En el camino desde Puente la Reina no se había cruzado con ninguna patrulla y no daba la sensación de que la guerra hubiera llegado a aquellos parajes. Pero, conforme se fue acercando, sus ojos pudieron contemplar que era la bandera azul, blanca y roja la que ondeaba sobre los muros de la ciudad.

Al ver la tricolor, instintivamente se ocultó tras unos arbustos. Bueno, los franceses ya estaban allí, y también en Huesca, de modo que no tenía otro remedio

que disimular y encomendarse a la suerte.

Siguió caminando hacia Jaca y a unos mil pasos de la muralla una patrulla de media docena de soldados imperiales le dio el alto. Uno de ellos le preguntó en castellano a dónde iba y quién era, y Faria contestó sereno con la coartada que había preparado.

El sargento que mandaba la patrulla lo miró de arriba abajo, ordenó que revisaran el zurrón y comprobó que no portaba ningún arma. Pero cuando ya estaba a punto de dejarlo seguir, le examinó las manos.

—Éstas no son las manos de un campesino —le dijo.

—No soy campesino, señor, sino ganadero. Vivo en lo alto de aquellas montañas —Faria señaló hacia el noroeste— y allá no hay tierra que sembrar.

El sargento lo miró receloso.

—Acompáñanos a Jaca.

Faria se resignó y escoltado por los soldados se dirigió hacia la ciudad. La puerta occidental estaba custodiada por una guardia de cuatro fusileros y sobre ella ondeaba la tricolor. La gente de Jaca seguía su vida rutinaria, y no había restos de que se hubiera librado una batalla.

Jaca estaba ocupada por los franceses. Lo habían hecho a fines de marzo, cuando un destacamento llegado desde Zaragoza entró en la ciudad sin encontrar resistencia. Los soldados españoles, que se habían refugiado en la Ciudadela, huyeron y desertaron, por lo que sólo quedaron allí los enfermos e impedidos. Ante la imposibilidad de defender la plaza, la Junta municipal la entregó a los franceses sin luchar. Las autoridades municipales habían jurado fidelidad a José I y a su hermano el emperador.

—Este individuo dice ser ganadero del valle de Ansó en camino hacia Huesca, a donde se dirige a comprar ganado —informó en francés el sargento a su oficial superior en presencia de Faria, que entendía su lengua pero fingía lo contrario—. Resulta sospechoso, señor, pues ni sus manos ni sus ademanes son propios de un ganadero de estas montañas.

El oficial se levantó de su mesa, en su despacho ubicado en la Casa Consistorial, y le examinó las manos. Se dio despacio la vuelta y de pronto se giró a toda velocidad propinando un tremendo revés en el rostro de Faria, que se tambaleó y dio varios pasos hacia atrás hasta detenerse contra una de las paredes.

—Es un espía. Enciérrelo en un calabozo, sargento, mañana lo interrogaremos a fondo.

—Llevaba esta bolsa con comida y diecinueve reales.

—Requísenselo todo.

* * *

Al día siguiente Faria, con el pómulo todavía tumefacto por el golpe del oficial, fue llevado ante él. El sargento que lo había detenido ofició de intérprete.

A las preguntas del oficial, Faria declaró que su nombre era Antón Galindo, natural del valle de Ansó, y que se dirigía a Huesca a comprar ganado. Alegó que no poseía ningún salvoconducto ni cédula de identidad porque en los valles altos no había costumbre de hacerlo, pues allá arriba todos se conocían, y para demostrarlo citó los acuerdos con los habitantes de los valles franceses para la defensa y la información mutua.

Aquello pareció desconcertar al oficial, que reclamó información a uno de sus ayudantes, natural de un pueblecito del Pirineo francés, quien ratificó las palabras de Faria.

—Sargento, dígame que le dejaremos ir, pero deberá presentarse en esta comandancia en siete días, al regreso de Huesca.

Y ordenó que se le extendiera una cédula en la que se explicitaba que su portador, Antón Galindo, natural de Ansó, debería presentarse en Jaca en la fecha indicada.

—Gracias, señor, gracias —dijo Faria tras oír la traducción del sargento.

—Como garantía, quedan confiscados quince reales —añadió el oficial.

—Los necesito para el viaje —replicó Faria.

—Con cuatro es suficiente.

Faria se mordió la lengua y agachó sumiso la cabeza.

—Gracias, coronel, gracias.

En realidad el oficial era capitán, y Faria lo había advertido por sus distintivos, pero el conde de Castuera lo ascendió de grado a sabiendas de que ese tipo de distinciones eran bien recibidas por los militares.

Capítulo II

A lo largo del camino entre Jaca y Huesca, Faria se encontró con varias patrullas del ejército francés. En un par de ocasiones le pidieron que se identificara, y aunque sólo pudo mostrar la cédula que le había entregado el capitán francés, la vista del sello imperial impreso en el papel fue suficiente para que le permitieran seguir.

Ya en Huesca, que también había sido ocupada por los franceses, se dirigió a casa de los parientes de Antonio Galindo. Las señas que le había dado el ganadero de Zuriza eran bastante precisas; se trataba de encontrar la casa de Manuel Galindo, natural del valle de Ansó, habitante en Huesca, en el barrio de la parroquia de San Pedro el Viejo. Faria dio con la casa enseguida.

Manuel Galindo se dedicaba al comercio de lana y de cuero. Se había trasladado a Huesca hacía veinte años y regentaba un pequeño negocio que lo mantenía en permanente contacto con su tierra natal de Ansó, adonde acudía todas las primaveras a comprar pieles y lana. No era un liberal, ni un encendido patriota, pero como buen montañés era un hombre orgulloso y altivo al que contemplar las enseñas francesas ondeando en las torres de Huesca le revolvía las tripas. Faria no sabía con qué tipo de individuo se iba a entrevistar. Antonio Galindo le había dicho que su pariente era un hombre serio y honrado, pero tal vez fuera un afrancesado o incluso un agente al servicio de los franceses. En esos días era complicado fiarse de alguien a quien no se conociera bien, y ni aun así se podía estar seguro.

Cuando se personó en la casa de Manuel Galindo, el comerciante no estaba allí; su esposa, aunque en principio receló de Faria, fue ganando confianza conforme el coronel le dio datos de Zuriza y de los parientes de su marido. Galindo estaba en su tienda de la calle del Coso, una guarnicionería y un pequeño taller donde se elaboraban y vendían aperos para caballerías y cinturones, cananas y correaes.

—¿Don Manuel Galindo? —preguntó Faria nada más entrar en la tienda, en la que había dos clientes vestidos de paisano y dos soldados de uniforme.

—Soy yo —contestó una de las tres personas que atendían la tienda.

—¿Puedo hablar con usted?, vengo de Ansó.

Al oír el nombre de su pueblo en boca de un desconocido, Galindo supo que ocurría algo extraño. No conocía a todos los habitantes de su pueblo natal, pero un joven apuesto y elegante como aquél no le hubiera pasado desapercibido, aunque Manuel tenía veinte años más, en sus constantes viajes a Ansó.

—Si me permite, acabo con estos oficiales y estoy con usted enseguida. Puede sentarse mientras tanto.

Faria lo hizo en una silla de anea en un rincón de la tienda, mientras Galindo despachaba a los dos oficiales franceses que estaban comprando unos cinturones de cuero negro. En cuanto se marcharon, Manuel Galindo hizo una señal a Faria y lo

llevó a la trastienda.

—Usted no es de Ansó. ¿Qué hace aquí?

—Me envía su pariente, Antonio, de la aldea de Zuriza.

—¡Mi primo Antonio!, espero verlo dentro de unos días, cuando regrese al Pirineo a por pieles; pero a usted ¿qué le trae por aquí?

—¿Puedo hablarle con confianza?

—Creo que no tiene más remedio.

El conde de Castuera le mostró a Manuel la cédula que le había entregado el capitán francés en Jaca.

—Mi nombre no es Antón Galindo.

—Eso lo imaginaba. ¿Quién es usted en realidad y qué busca aquí?

—Me llamo Francisco de Faria y soy coronel del ejército español.

Manuel Galindo devolvió el papel a Faria.

—¿Y cómo sé que eso que me dice usted no es un engaño? En estos tiempos hay espías por todas partes.

—Créame. No soy ningún espía, ni ningún agente al servicio de los franceses. Soy conde de Castuera, en Extremadura, y combatí en Trafalgar y en Zaragoza.

—Es usted muy joven para ser coronel, e incluso para haber luchado en Trafalgar.

—Soy pariente de don Manuel de Godoy; es probable que mis rápidos ascensos se debieran a esa relación familiar...

—Dice que luchó en Zaragoza —le interrumpió Galindo.

—Sí. Allí estuve durante los dos asedios. Formé parte del Estado Mayor del general Palafox. Cuando se rindió la ciudad, los franceses me apresaron y me enviaron con otros muchos prisioneros a Francia. En el camino, en un valle de Navarra, aproveché un descuido de los guardias que nos escoltaban y pude huir; anduve varios días perdido por las montañas hasta que fui a parar a una aldea llamada Zuriza, en el valle de Ansó. Allí me acogió Antonio Galindo, que fue quien me dio su referencia en Huesca. Cuando logré fugarme me acompañaba un comerciante zaragozano que nos ayudó mucho en la defensa de Zaragoza, pero tuvimos que separarnos enseguida; no sé qué habrá sido de él. Se llama José Salamero.

—¡José Salamero!

—Sí, ése es su nombre.

—Por todos los diablos, pero si Salamero es amigo mío, y un buen cliente, además. Le he proporcionado muchos paños de lana.

—Pues su ayuda fue extraordinaria en la batalla de Zaragoza.

—¿Qué necesita de mí, señor conde? —desde ese momento Galindo se dirigió a Faria con el tratamiento de excelencia.

—Mi intención es regresar a Zaragoza; allí dejé a mi... prometida, y además deseo volver a combatir contra los franceses..., si es que queda algún regimiento

español en condiciones de luchar. ¿Puede usted informarme de cómo está la situación en España? Allá arriba no han llegado demasiadas noticias.

—Bueno, aquí se oyen novedades todos los días, pero no sé si son muy ciertas, porque los caminos hacia Lérida, Huesca y Zaragoza están controlados por los franceses. Por lo que aquí se sabe, los británicos han desembarcado un poderoso ejército en Portugal, donde dicen que se prepara una gran batalla. La mitad norte de Aragón está en manos francesas, pero dicen que al sur de Zaragoza se ha organizado el ejército y que en las serranías ibéricas resisten nuestras tropas. Y poco más puedo decir, señor conde.

—¿Sabe usted si se ha organizado aquí en Huesca algún grupo clandestino de patriotas?

—No, no tengo noticia de ello. Los franceses lo controlan todo y encierran a cualquiera que muestre signos de disidencia.

—En ese caso, tengo que marcharme de aquí. Debo incorporarme al ejército del sur de Aragón.

—Será difícil transitar por los caminos sin otro documento que ése que su excelencia me ha mostrado; que además le obliga a presentarse enseguida en Jaca.

—¿Puedo conseguir documentación falsa?

—Es posible, pero costará dinero y al menos un par de días.

—Sólo dispongo de dos reales; su pariente me entregó veinte, pero he gastado tres en el camino y los franceses me requisaron quince en Jaca, como fianza, imagino. ¿Cuánto costarían esos papeles falsos?

—No menos de cincuenta reales. Hay que sobornar al menos a un par de oficiales franceses.

—¿Lo ha hecho alguna vez?

—Sí, claro. En estos tiempos, si quieres que siga adelante el negocio, no hay más remedio que pagar por ello. Y creedme, señor conde, en estos casos no hay ninguna diferencia entre españoles y franceses.

—¿Podría usted prestarme el dinero?

—No se preocupe por ello.

—Se lo devolveré.

—No lo dudo.

—¿Cuándo podrán estar listos esos papeles?

—Ya le he dicho que en un par de días. Será usted mi sobrino, Antón Galindo; irá en mi representación a comprar cueros y tejidos. Portará una cédula firmada por el comandante francés de Huesca. Tenga cuidado.

—Gracias, en cuanto todo esto pase le compensaré...

—Olvídese ahora de eso y sea precavido.

—¿Dónde puedo hospedarme hasta que disponga de ese documento?

—En mi casa, claro; recuerde que es usted mi sobrino.

* * *

El documento llegó tres días después. Manuel Galindo tuvo que pagar sesenta reales para que el comandante francés firmara un salvoconducto en el que su portador, Antón Galindo, de veinticuatro años de edad, natural de Ansó, viajaba de Huesca a Zaragoza en misión comercial para suministrar paños y cueros al ejército francés.

Manuel Galindo le proporcionó, además de una capa de viaje, una mula y cincuenta reales más. «Es mi pequeña contribución a la guerra», le dijo al despedirse.

La intención de Faria era dirigirse a Zaragoza, ver a Cayetana, que se había quedado a trabajar en la fonda de Ricardo Marín en espera de noticias de Francisco, y luego contactar con el ejército español que operaba en las tierras del sur de Aragón.

Durante su estancia en Huesca se había enterado de que el rey José I Bonaparte había dictado una serie de normas y decretos para reconstruir Zaragoza, empleando para ello el dinero procedente de los numerosos conventos e iglesias de la ciudad, y que había expulsado de ella a decenas de clérigos, frailes y monjas, aduciendo que no realizaban ningún trabajo útil para la comunidad; sólo permitió que algunos colegios, como el de los Escolapios, se mantuvieran abiertos, por el servicio que realizaban en pro de la enseñanza de la juventud.

También supo que el general Palafox había sido recluido en el castillo de Vicennes, habilitado como prisión militar. En cuanto al rey Fernando VII, se había instalado en el palacio de Valençay, donde disfrutaba de grandes lujos.

Dos días tardó Faria en recorrer la distancia entre Huesca y Zaragoza. Al llegar al Arrabal, a última hora de la tarde, las luces del día estaban siendo vencidas por la caída de la noche y una patrulla de soldados le impidió proseguir hasta la ciudad, advirtiéndole que acababan de cerrar el acceso por el puente de Piedra y que no se abriría hasta la mañana siguiente. A pesar de las quejas de Faria, no le quedó otro remedio que pasar esa noche en un pajar medio en ruinas en el Arrabal, en compañía de varios viajeros que tampoco habían llegado a tiempo.

Al amanecer, Faria se despertó entre pajas, ronquidos y flatulencias de sus compañeros de pajar, se dirigió a una acequia cercana y se aseó cuanto pudo, pues la pileta que había junto al pajar contenía un agua marrón maloliente. Aquella mañana de comienzos de mayo era luminosa y cálida; el capote que Manuel Galindo le entregara en Huesca le había venido muy bien para cubrirse durante la noche, pero ya no era necesario.

Recogió su mula, que había pasado la noche en el mismo pajar, y enfiló el camino hacia el puente. Desde la orilla izquierda del Ebro pudo ver toda la fachada norte de Zaragoza. En el perfil del cielo azul destacaban sus numerosas torres de ladrillo,

algunas de ellas con impactos de los proyectiles lanzados por los franceses durante los dos asedios. Las casas que daban al Ebro, incluida la fachada norte de la basílica del Pilar, estaban bastante deterioradas; eran perfectamente visibles los numerosísimos impactos de balas, de cañonazos y de morteros recibidos en la batalla. El puente de piedra se mantenía en pie, pero los pretilos aparecían muy deteriorados, e incluso faltaban por completo en algunos tramos, de modo que se habían colocado vallas provisionales con tablones cruzados a modo de quitamiedos.

Antes de entrar en el puente tuvo que mostrar su salvoconducto a los guardias que custodiaban la embocadura en la orilla del Arrabal, y al atravesarlo se cruzó con una brigada de trabajadores que estaban retirando escombros de la ciudad en carretas y carros tirados por bueyes y mulos.

Una vez en Zaragoza se dirigió a la posada de Ricardo Marín. El criado, a quien ya conocía por su estancia en la ciudad durante los asedios, dio un respingo al ver a Faria, pero el coronel le conminó a que se callara, no fuera a delatarle.

—No digas nada, no me conoces, ¿de acuerdo?

—Sí, coronel, sí, señor —balbuceó el criado.

—¡Maldita sea!, te he dicho que no me conoces, ¿no lo entiendes?

—Sí, sí, claro, no lo conozco.

—Bien, ¿están aquí don Ricardo y doña Cayetana?

—Aquí siguen. Les avisaré de su presencia.

—De acuerdo, pero hazlo con toda reserva, y prevenles para que no me identifiquen, como si no me conocieran. Yo les explicaré luego lo que ocurre. ¿Te has enterado?

—Sí señor.

El criado se retiró en busca de Ricardo Marín, mientras Faria se ocupaba de la mula. En unos instantes apareció Marín en el zaguán de la posada; estaba sonriente, pero intentaba disimularlo.

—Señor, me ha dicho mi criado que busca usted posada.

—Así es. Mi nombre es Antón Galindo y vengo de Ansó.

—Pues pase usted, ésta es la mejor posada de Zaragoza.

Marín condujo a Faria a una habitación, cerró la puerta y le dio un gran abrazo.

—¡Coronel!, me alegro de verte. Te creíamos en alguna prisión francesa.

—Logré escapar y... —Faria le resumió a Marín cuanto le había ocurrido en los dos últimos meses.

—Has tenido suerte. Hemos sabido que algunos presos lograron fugarse antes de llegar a Francia, y sabemos de otros muchos que cayeron en el intento. Me alegro de que estés aquí, pero hemos de tener cuidado, los franceses todavía siguen deteniendo a gente. Y es probable que alguien te reconozca y meta la pata.

—¿Y Cayetana? —demandó Faria.

—Está bien. Ha salido al mercado a hacer la compra; hoy tenemos un banquete para una veintena de oficiales franceses que vienen a celebrar la victoria de Napoleón en Ratisbona; se enteraron hace dos días y quieren festejarlo con una buena comida.

—¿Entonces, sigue aquí?

—Por supuesto. Sabía que vendrías a buscarla, y además no tenía mejor sitio donde ir. Me está siendo de mucha ayuda en la posada; ¿sabes que trabajó en una en Bayona?

—Sí, lo sabía.

—Pues allí aprendió a hablar francés, lo cual es de una gran importancia en estos tiempos. Mis años en París y la experiencia de Cayetana en Bayona han hecho de esta posada la más atractiva para los oficiales franceses destacados en Zaragoza, de manera que casi siempre tenemos el comedor lleno. Aunque no pasa ningún día sin que maldiga a esos gabachos. Pero hay que sobrevivir, ya sabes, y poner cara de tonto cuando cantan canciones en honor de su emperador y por la grandeza de Francia.

»Ahora lo importante es que estás aquí, sano y a salvo..., de momento. Instálate en una habitación; en cuanto regrese Cayetana te avisaré.

Faria ocupó su habitación y enseguida estuvo listo, pues viajaba ligero de equipaje. Aprovechó el tiempo para desayunar un cuenco de gachas y unas tajadas de tocino frito y se aseó un poco mejor de lo que lo había hecho en la acequia del Arrabal. Quería que Cayetana lo encontrara lo más limpio posible.

Unos golpes sonaron en la puerta de la habitación.

—Adelante —dijo Faria.

La puerta se entreabrió y tras ella apareció Cayetana. Estaba preciosa; su melena morena rizada y de pelo abundante estaba recogida en una pañoleta blanca; vestía de color verde oscuro, un sencillo corpiño y una falda larga de amplios pliegues.

—¡Estás aquí, Dios mío, estás aquí! —exclamó antes de correr a los brazos de Faria.

Los dos jóvenes se besaron y permanecieron un buen rato abrazados.

—Pude escapar.

—Me lo ha dicho Ricardo, y también que no te llame por tu nombre.

—Así es. Mi vida corre peligro. Tengo una cédula de identidad falsa, aunque el papel y el sello son auténticos. No obstante, no creo que pueda permanecer demasiado tiempo aquí; me acabarían descubriendo. Mucha gente me conoce en esta ciudad y sé que hay numerosos traidores dispuestos a delatar a combatientes españoles ante los franceses a cambio de ganarse su estima.

—Todavía siguen deteniendo a gente y encarcelándola; y en tu caso, creo que llegarían incluso a fusilarte.

—Mi intención es incorporarme al ejército. Sé que se ha organizado un cuerpo de ejército que resiste en las serranías del sur de Aragón. Sigo siendo coronel de la

guardia de corps.

—Ésta es una guerra perdida —dijo Cayetana.

—Tal vez, pero no tengo otro remedio que combatir en ella; soy un soldado y me debo a mi patria, y mi patria está siendo invadida por un ejército extranjero. Mi deber es luchar para que mi país vuelva a recuperar su independencia.

—¿Sabes lo que está haciendo el rey Fernando?

—Sé que está en Valençay.

—Ha felicitado a Napoleón por su victoria en Zaragoza.

—¿¡Qué!?

—Le ha enviado una carta en la que le da la enhorabuena por su gran victoria ante los muros de Zaragoza y le muestra su respeto y su fidelidad, a la vez que le desea que continúen sus éxitos en el campo de batalla.

—¿Es eso cierto?

—Parece que sí.

—Este pueblo está muriendo por él.

—Pues no le debe de importar demasiado.

—El año pasado, en las conversaciones de Bayona, ya se comportó como un pésimo monarca. Yo estuve presente, ya lo sabes, en la entrevista que celebraron don Carlos y don Fernando con Bonaparte, y sentí mucha vergüenza de que aquellos dos individuos fueran mis reyes; pero lo eran, y como soldado de España debía fidelidad a sus monarcas legítimos, aunque esto que me dices es demasiado, es indigno.

—Ricardo también está escandalizado con la actitud de don Fernando. Ya sabes que él vivió varios años en París y que es republicano. La actitud del rey Fernando no ha hecho sino ratificarlo en sus ideales.

Faria acarició a Cayetana. Sus brillantes ojos melados parecían haber recobrado una nueva luz. Unos golpes sonaron en la puerta; era Ricardo Marín.

—Siento interrumpir, pero hay soldados franceses en la posada. Están investigando a todos los clientes para asegurar sus identidades; como ya sabes, hoy vienen a comer varios oficiales y quieren tener controlada la situación. Es probable que intenten comprobar tu identidad —dijo Ricardo dirigiéndose a Faria.

—Si lo hacen tendré problemas, y vosotros dos también; lo mejor es que me vaya cuanto antes de aquí. Hoy mismo si es posible.

—¡No! —exclamó Cayetana.

—Debo irme; tú quédate aquí. Estarás bien.

—Pero...

—No —Francisco puso sus dedos en los labios de Cayetana impidiéndole continuar hablando—. No digas nada más; yo siento separarme de ti de nuevo más que cualquier otra cosa, pero soy un peligro para ti y para Ricardo. Si me descubren, no sólo me fusilarán a mí, también os ejecutarán a vosotros dos. Compréndelo.

—Francisco tiene razón, Cayetana; debe marcharse de Zaragoza.

—¿Y adónde vas a ir?

—Hacia el sur. Nuestro ejército se ha reorganizado al sur de Zaragoza. Intentaré llegar hasta sus posiciones.

—Ten mucho cuidado.

—Lo tendré.

—Ese certificado que te han hecho en Huesca no te servirá para nada al sur de Zaragoza, ni siquiera si te detiene una patrulla francesa —alegó Marín.

—Lo sé, por eso tengo que escapar esta noche, aprovechando la oscuridad. Tendré que ir a pie, saltar las tapias, atravesar los puestos avanzados, caminar durante la noche y permanecer oculto de día. Así es como logré sobrevivir cuando escapé de los franceses en los Pirineos.

—Hay una manera más fácil. ¿Sabes nadar? —le preguntó Marín.

—Sí, aprendí de niño, en Castuera.

—En esta época del año el río Ebro lleva mucho caudal debido a las lluvias de primavera y al deshielo. Esta noche iremos a la orilla, en la zona de las Tenerías, te deslizarás dentro del agua y te dejarás arrastrar por la corriente río abajo. Hazlo durante tres horas. Después acércate a la orilla, sal del río y dirígete hacia el sur, hacia Belchite. Te indicaré en un mapa dónde está ese pueblo.

Marín salió en busca de un mapa y regresó enseguida; durante esos momentos Faria y Cayetana no dejaron de besarse.

—No sé si podré resistir tanto tiempo dentro del agua, aunque no creo que las aguas del Ebro sean más peligrosas que las de Trafalgar —ironizó Francisco.

—No te preocupes, apenas tendrás que nadar. Prepararemos un flotador con una vejiga de vaca. En este tiempo ya no hace frío, pero llevarás ropa seca y comida para tres o cuatro días en una bolsa impermeable, de modo que cuando llegues a la orilla puedas desprenderte de las ropas húmedas y cambiarte.

»Mira ahora este mapa.

Marín desplegó un mapa de Aragón realizado en 1609 por un cartógrafo portugués llamado Labaña.

—Parece antiguo.

—Pero no ha cambiado casi nada. Algunos pueblos han desaparecido, pero nada más. Aquí está Belchite —Marín señaló con su índice una localidad al sur de Zaragoza—. Por lo que sé, los franceses han desplegado varios regimientos entre Zaragoza y Belchite, y varias divisiones han entrado por los Pirineos en Cataluña. Hace dos días una brigada francesa partió hacia Alcañiz..., aquí —volvió a señalar otro punto en el mapa—, para enfrentarse a un ejército español de unos diez mil hombres que al mando del general Blake ha salido de Tortosa con destino a Zaragoza. Es probable que haya una batalla a mitad de camino, quizás en Alcañiz.

—En ese caso, iré a Alcañiz.

—No llegarías. Entre Alcañiz y Zaragoza están desplegadas varias brigadas francesas, tendrías que atravesar su frente, y sería difícil. Es mejor que hagas lo que te he dicho. Si llegas hasta Belchite podrás unirte a los nuestros; es probable que el ejército del sur de Aragón decida sumarse al de Blake para enfrentarse a los franceses en Alcañiz.

—Tienes razón.

—Bien. Ahora vete de la posada antes de que te pregunten nada los soldados franceses. Dirígete al templo del Pilar y pasa allí la mañana rezando, o haz como que rezas, y sobre todo no te dejes ver por la ciudad; a media tarde regresa aquí, yo habré preparado todo.

* * *

Sobre las cuatro de la tarde Faria regresó a la posada. Los oficiales franceses ya habían celebrado el banquete y se habían marchado, de modo que todo estaba muy tranquilo.

—Faltan dos horas para que anochezca por completo; tal vez queráis estar juntos; a solas, me refiero —le dijo Ricardo a Cayetana; los tres estaban en la cocina de la posada.

Los dos jóvenes se retiraron a una habitación mientras Ricardo Marín preparaba todo lo pertinente para la huida de Faria.

—Ricardo es un tipo extraordinario —dijo Francisco.

—Lo es. Conmigo se está portando como un verdadero padre.

Francisco abrazó a Cayetana por el talle, la atrajo hacia sí y la besó en la boca. Hicieron el amor durante dos horas, hasta quedar completamente exhaustos.

—¿Has guardado energías para esta noche? —le preguntó Cayetana mientras se vestía.

—Me las proporcionará tu recuerdo y las ganas de volver a estar pronto contigo.

—Voy a ver a Ricardo. Tú quédate aquí.

—De acuerdo —asintió Francisco.

A los pocos minutos Cayetana regresó con Ricardo Marín. Portaban una amplia bolsa de cuero cerrada con unos lazos de badana muy apretados cuyas juntas se habían untado con cera virgen y una vejiga de vaca.

—Esto es cuanto necesitas. En la bolsa, que hemos cerrado lo más herméticamente que hemos podido, hay ropa y comida. Y esto es el flotador. Habrá que hincharlo en la orilla del río y cerrarlo con esta tira de badana; lo haremos con fuerza para que no pierda aire. Después ataremos estas dos correas a las que tendrás que sujetarte. La vejiga evitará que te hundas y te conducirá río abajo; sólo tienes que

dejarte ir.

—¿Y si me ven desde la ribera?

—Antes de que te metas en el agua te cubriremos con ramas; desde la orilla parecerás un matojo o un arbusto que arrastra la corriente. Aguas arriba de Zaragoza, varios campesinos patriotas han arrojado al río ramas similares.

»Ahora debemos irnos.

Marín salió de la alcoba dejando solos a Cayetana y a Francisco.

—Volveré a por ti, y lo haré pronto. Y cuando todo esto acabe...

Ahora fue la joven quien calló con sus dedos a Faria.

—Cuídate. Yo estaré aquí, esperándote.

Los dos amantes se dieron un largo beso y Faria salió de la alcoba; no pudo ver las lágrimas que brotaron de los ojos de Cayetana cuando el coronel cerró la puerta.

—Antes de marcharme quiero pedirte un favor —le dijo Faria a Marín.

—Lo que quieras.

—Antonio Galindo, un pastor de la aldea de Zuriza, en el valle de Hecho, y Manuel Galindo, un comerciante en lanas y pieles de Huesca, me han ayudado a llegar hasta aquí; de no haber sido por ellos no lo hubiera logrado. Les debo dinero, y seguramente la vida. La mula que dejo en el establo es de Manuel. Hazles llegar, cuando puedas, trescientos reales a cada uno de ellos. Te firmaré un papel para que los puedas cobrar sobre las rentas de mi hacienda en Castuera.

—No hace falta.

—Es por si no regreso.

—Volverás, claro que volverás. Y ahora, vamos. Las calles de la ciudad están llenas de patrullas francesas, pero nosotros iremos hasta la orilla del río bajo la tierra. Esta ciudad, como ya comprobaste en la lucha contra los gabachos, está horadada por bodegas y pasadizos que se comunican entre sí. Uno de ellos nos conducirá hasta la misma orilla del río. Adelante.

Francisco de Faria, Ricardo Marín y su criado atravesaron media ciudad bajo tierra, hasta llegar a una cloaca oculta por unos juncos que salía directamente al río, en el barrio de las Tenerías, el último que atravesaba el Ebro. Se percibieron de que no había soldados cerca, hincharon la vejiga, se dieron un fuerte abrazo y cubrieron a Faria de ramas en un perfecto camuflaje.

—Suerte, amigo, y espero verte pronto —dijo Ricardo.

—Cuídate mucho, y cuídamela.

—No permitiré que le ocurra ningún mal.

Faria se soltó de la mano de Ricardo, se asió a las correas que rodeaban la vejiga y se dejó arrastrar aguas abajo por la corriente del Ebro.

El agua estaba fría, pero era soportable. Balanceó un poco las piernas y consiguió acercarse hacia el centro del río, para así alejarse lo máximo posible de la orilla.

Entre las ramas que le cubrían la cabeza apenas podía ver otra cosa que un pedazo de cielo negro en el que brillaban como puntitos de plata las estrellas de aquella noche de primavera.

Capítulo III

LA corriente lo arrastró río abajo; cuando estimó que habían transcurrido unas tres horas desde que se metió en el Ebro en Zaragoza, comenzó a mover las piernas hacia su derecha. Ricardo Marín le había dicho que si calculaba bien el tiempo debería quedar a la altura de un pueblo llamado Quinto.

Faria llegó hasta la orilla y se deslizó a lo largo de la margen derecha del río hasta que encontró un lugar apropiado para hacer pie y salir de la corriente. La noche era cerrada, no había luna y las estrellas brillaban con fuerza. Salió del agua, cogió la bolsa de cuero impermeabilizada y dejó que la vejiga hinchada y las ramas de camuflaje siguieran su curso aguas abajo.

Se deslizó sigiloso hasta unos matorrales, abrió la bolsa y extendió la ropa seca que le habían preparado. Afortunadamente, y aunque estaba algo húmeda, no había entrado agua, y los alimentos que le habían preparado se encontraban en buen estado.

Se quitó la ropa empapada, se secó cuanto pudo y se vistió con la ropa seca. La mojada la envolvió en un hatillo, colocó una piedra dentro y la arrojó al río. Guardó la comida en la misma bolsa impermeabilizada, dio un trago de agua de un bote y asomó la cabeza por encima de los matorrales. Sabía que tenía que caminar hacia el sur y que se iba a encontrar con un terreno seco y árido, sin apenas árboles, un espacio abierto donde le sería difícil esconderse durante el día. Si había calculado bien la distancia en el agua, en cinco horas debería llegar a Belchite. Caminando hacia el sur, llevando siempre la estrella polar a su espalda, tal vez alcanzara esa localidad al amanecer, o poco después.

Durante toda la noche avanzó en la oscuridad entre páramos y llanos, subiendo y bajando colinas, por vaguadas reseca y planicies esteparias. No sabía dónde se encontraba, sólo que tenía que avanzar hacia el sur, siempre hacia el sur, con el paso lo suficientemente ligero como para llegar hasta Belchite al alba pero no tan rápido como para agotarse antes de lograrlo. Marín le había dejado el mapa de Labaña, que en aquella oscuridad no le servía de nada, y además ni siquiera sabía si caminaba en la dirección correcta. Un leve desvío en la ruta y podía pasar de largo, apareciendo en Daroca, Montalbán o Alcañiz. Afortunadamente, el cielo despejado le permitía orientarse y con la estrella polar siempre en la espalda estaba seguro de que al menos caminaba en dirección sur.

Tras varias horas de camino, el horizonte oriental comenzó a teñirse de un color añil, que poco a poco fue virando hacia tonos blanquecinos y amarillentos. Estaba cansado y tenía los pies doloridos, y calculó que en apenas una hora el sol saldría iluminando aquellos páramos desolados, en los que no podría ocultarse fácilmente. O llegaba en media hora a un lugar seguro, o tendría que improvisar un escondite para pasar el día en espera de que volviera a caer la noche y poder seguir avanzando. Con

la primera claridad oteó a su alrededor y en el fondo de una vaguada advirtió una construcción que parecía abandonada. Se trataba de unas tapias ruinosas que en otro tiempo bien pudieran haber sido paredes de un caserío pequeño y mísero, ahora arrumbado por el tiempo. Se acercó hasta ellas, las inspeccionó y decidió que aquél sería un buen lugar para pasar las horas centrales del día. Disponía de un bote lleno de agua y comida suficiente, de modo que podría esperar hasta que anocheciera e intentar descansar de la caminata nocturna.

Buscó un rincón a la sombra, a resguardo del viento del oeste, arrancó unos matojos con los que cubrirse e intentar ocultarse todo lo posible y se acurrucó para procurar dormir un poco. Estaba muy cansado y no tardó en conciliar el sueño.

Unas voces lo despertaron. Aunque sobresaltado, consiguió permanecer inmóvil, mientras al otro lado de la tapia en la que se había parapetado las voces arreciaban. Intentó no hacer ningún ruido, aunque era consciente de que si aquellos hombres se acercaban demasiado, el camuflaje con el que se había cubierto no le serviría de mucho.

Cayó en la cuenta de que no portaba ningún arma, tan sólo una navaja que le había regalado Ricardo Marín en Zaragoza, absolutamente inútil ante una partida de hombres armados. Se mantuvo absolutamente inmóvil, como una presa que se oculta de su depredador, tratando de escuchar la conversación de sus inoportunos vecinos. Cuando pudo oírlos con claridad dio un resoplido de tranquilidad; al menos hablaban español y lo hacían además con el acento recio y el soniquete cantarín de los aragoneses de la ribera del Ebro, que tan bien conocía tras casi un año en las trincheras de Zaragoza.

No podía verlos ni arriesgarse a que lo descubrieran, pero por lo que podía escuchar se trataba de una partida de hombres que hablaban de ir al encuentro del mariscal Villacampa.

—Menuda se las ha jugado a los franceses. Compró un pasaporte de paisano, se disfrazó de buhonero y en un carro ha conseguido llegar hasta Tortosa y unirse a las fuerzas del general Blake, el nuevo capitán general de Aragón —oyó con claridad que decía uno de aquellos hombres.

—Habría que haber visto la cara que se le quedó al franchute cuando se enterara de que se les había escapado de las manos un mariscal de campo —añadió otro.

El mariscal Pedro Villacampa había sido apresado por los franceses tras la caída de Zaragoza; fue atado a una cuerda de presos pero logró, mediante el pago de casi mil reales, sobornar a un oficial francés que le proporcionó un pasaporte falso, con el cual pudo llegar hasta Tortosa. Acababa de ser ascendido a mariscal de campo, por lo que su huida era una pérdida considerable para los franceses.

Despacio y sin hacer ruido, moviéndose con lentitud, Francisco de Faria se arrastró hasta el pie de la tapia que lo separaba de aquellos hombres, se apoyó en ella

y se incorporó para intentar atisbar quiénes eran. Con sumo cuidado, pudo ver que se trataba de una partida de una docena de individuos armados, vestidos muy desigualmente; de manera que no eran miembros del ejército regular. Parecían paisanos de las milicias civiles que hubieran luchado o estuvieran dispuestos a hacerlo contra los franceses. Acababan de sentarse en un corro alrededor de un círculo de piedras en el que habían encendido fuego con unas ramas secas sobre el que iban a cocer un rancho.

En cuanto se hubo cerciorado de que eran patriotas, optó por descubrirse. Alzando las manos, se puso en pie y se asomó por un hueco de la tapia.

—No tengan cuidado —gritó—, soy Francisco de Faria, coronel del ejército de su majestad don Fernando VII. Estoy con ustedes, soy de los suyos, soy de los suyos.

Todos los hombres dieron al unísono un respingo y algunos se apresuraron a coger sus escopetas prestos a dispararlas.

—¡Quédate quieto, maldito cabrón, o te abraso! —gritó uno de los hombres.

—Ni te muevas —ordenó otro, sacando un cuchillo de hoja ancha con el que amenazó al conde de Castuera.

—Tranquilos, tranquilos, ya he dicho que soy coronel del ejército. Voy desarmado; vengo de Zaragoza y voy hacia el sur, hacia Belchite, a unirme al ejército español.

Tres de ellos se acercaron con cautela hacia Faria, que permanecía al descubierto con los brazos en alto.

—Precaución, Soplau, precaución, que puede ser una trampa —avisó el que parecía el cabecilla de la partida.

—No tengas «cuidao», que si se cantea lo achicharro de un escopetazo —respondió el Soplau.

—No se preocupen; estoy solo.

—¿Quién dices que eres? —le preguntó el cabecilla.

—Me llamo Francisco de Faria, conde de Castuera, coronel de la guardia de corps. He combatido en Zaragoza durante los dos asedios. Me llevaron preso a Francia pero logré escapar. Viajo yo solo y voy al encuentro del ejército para incorporarme de nuevo a filas.

—Lo conozco —dijo uno de los de la partida—. Dice la verdad. El coronel Faria estaba en el Estado Mayor del capitán general Palafox; yo luché cerca de él en las barricadas de la calle del Coso.

—¿Es eso cierto? —preguntó el cabecilla.

—Sí; lo he reconocido a pesar de su vestimenta de paisano. Luchó como un héroe en las trincheras de Zaragoza.

El hombre que así hablaba era un sirviente de la condesa de Bureta que había logrado escabullirse en los días siguientes a la toma de Zaragoza y que había logrado

escapar de la ciudad para unirse a esa partida de paisanos que habían decidido enrolarse en el ejército para seguir combatiendo contra el francés.

El cabecilla y el Soplau bajaron sus armas y se relajaron.

—Me alegro de haberlos encontrado; ayer me escapé de Zaragoza y he estado caminando toda la noche. Temía toparme con una patrulla francesa, pues ésta es la única arma de que dispongo —Faria sacó de su faja la navaja que le había regalado Ricardo Marín y la mostró—. Y ustedes también han tenido suerte; si yo hubiera sido un soldado francés, ahora estarían todos muertos.

Aquellos hombres se miraron extrañados entre sí.

—¿Por qué dice eso?

—Han cometido muchos errores: en primer lugar han hablado muy alto, tanto que unos oteadores franceses apostados en aquellas lomas podrían haberlos oído fácilmente; han acampado sin inspeccionar el terreno, sin comprobar si era una zona adecuada; y han dejado al descubierto sus flancos.

A los hombres de la partida se les quedó cara de ingenuos, y alguno se rascó la cabeza a la vez que hacía una mueca de culpabilidad, como el niño que acaba de ser sorprendido sisando unas golosinas.

—No somos soldados, pero queremos luchar contra Napoleón.

—En ese caso tendrán que aprender a protegerse, o no durarán nada en el campo de batalla. A ver, dos de ustedes, usted y usted —Faria señaló a dos de ellos—, ¿cómo se llaman?

—Yo soy Marcelo Soriano, natural de Boquiñeni.

—Y yo Pedro de Aranda, vecino de Osera.

—Bien. Pues usted, Marcelo, vaya a aquella posición y vigile el camino hacia el norte; y usted, Pedro, haga lo mismo sobre aquella tapia y no pierda de vista la zona del oeste. Los demás pueden almorzar.

—Un momento —dijo el cabecilla—, ¿quién le autoriza a dar órdenes?

—Su majestad el rey de España —asentó con firmeza Faria—. Estamos en guerra y ustedes son combatientes; a partir de ahora considérense soldados, y si no hay ningún brigadier entre ustedes, lo que no creo, el oficial de más alto rango soy yo, de modo que obedezcan mis órdenes.

Faria se expresó con tal autoridad y contundencia que no dio pie a réplica alguna.

—Pero no hemos comido nada desde anoche —dijo uno de los dos designados para la guardia.

—Tengan —Faria les entregó a cada uno un pedazo de queso de su macuto y otro de pan—; cuando les releven de su turno podrán comer del rancho. Por ahora conténtense con el pan y el queso. Vamos, a sus puestos. Y los demás a comer. Por cierto, ¿alguien de ustedes conoce hacia dónde está Belchite?

—Claro, somos de esta tierra; pero allí no encontraremos al ejército.

—¿Hacia dónde se dirigían ustedes entonces? —preguntó Faria.

—A Alcañiz. La batalla tendrá lugar allí; los generales Blake y Villacampa están subiendo río arriba desde Tortosa. Todos los combatientes de esta zona de Aragón debemos acudir allí —respondió el cabecilla.

—En ese caso iremos hacia Alcañiz —Faria desplegó el plano de Labaña.

—No necesitamos ese papel; caminando en esa dirección estaremos allí en dos días.

* * *

La partida de voluntarios mandados por Faria se dirigió hacia el este y, tras dos días de caminata, llegaron a las proximidades de Alcañiz.

Por el camino atravesaron varios pueblos, algunos saqueados por los franceses, y los campesinos supervivientes les informaron de que se dirigían hacia Alcañiz, donde al parecer los franceses habían concentrado tropas para frenar el avance del ejército de Blake hacia Zaragoza.

Dieron un gran rodeo por el sur para evitar encontrarse con alguna patrulla francesa y cerca de un pueblo llamado Mequinenza, ubicado en la misma orilla del río Ebro, en la ladera de un cerro coronado por un imponente castillo, se encontraron con la avanzadilla del ejército español. Faria se identificó y explicó su situación antes de ser conducido ante el general Blake.

En el pabellón de mando del cuartel general, Blake despachaba con sus generales y oficiales superiores; debatían sobre un gran mapa la estrategia que debían seguir en su aproximación a Zaragoza. Blake tenía órdenes de la Junta Suprema de Defensa de avanzar hacia Zaragoza e intentar liberar la ciudad.

A mediados de mayo de 1809 los franceses habían sitiado Gerona, a la que estaban sometiendo a un cerco similar al de Zaragoza, y estaban desplegando sus tropas por todo el norte de la Península. El general inglés Arthur Wellesley había liberado Oporto, había vencido al mariscal Soult y avanzaba hacia el Duero. Los franceses se habían replegado hacia León, donde esperaban asentar un frente para detener a los británicos.

Blake había decidido atacar en el este peninsular para sacar provecho de la presión que los británicos ejercían desde Portugal; había supuesto que si cogían a los franceses entre dos flancos habría más posibilidad de derrotarlos.

Faria esperó firme a la entrada del pabellón mientras se informaba a Blake de su presencia. El mariscal ordenó que pasara.

—Mariscal, se presenta el coronel Francisco de Faria, de la guardia de corps de su majestad.

—Descanse, coronel. Me dice mi ayudante que usted acaba de llegar de Zaragoza

con doce hombres. ¿Es así?

—Yo sí, señor, pero esos hombres son paisanos que se han enrolado en la guerra y a los cuales me encontré en mi camino de huida.

A continuación Francisco relató con detalle sus peripecias desde que fue apresado en Zaragoza.

—Ha tenido usted suerte, coronel. Desde ahora mismo queda incorporado a mi Estado Mayor; sus hombres serán destinados a uno de los batallones de voluntarios de Aragón. Venga, acompañenos en la reunión, le presentaré al resto de oficiales. Ah, y dígame al maestro de armas que le proporcione un uniforme conforme a su cargo, una espada y un pistolete.

—Gracias, mi general.

Blake había salido de Tortosa el día 7 de mayo al frente del II Ejército de Aragón y Valencia, integrado por casi diez mil hombres, y se dirigía hacia Zaragoza siguiendo aguas arriba la corriente del Ebro. El plan era recuperar la ciudad, en manos francesas desde la capitulación de febrero, y desde allí intentar empujar a los imperiales hasta el otro lado de los Pirineos. Por el camino había enviado mensajeros reclamando la presencia de voluntarios de entre diecinueve y cuarenta años que estuvieran dispuestos a «defender la patria de las garras de Napoleón».

—Señores —dijo Blake tras presentar a su Estado Mayor al coronel Faria—, Wellesley avanza hacia Valladolid, a donde es probable que llegue en un par de semanas; si conseguimos recuperar Zaragoza, los franceses quedarán atrapados entre dos frentes y no tendrán otro remedio que capitular. Pero antes deberemos deshacernos de las tropas que han enviado a Alcañiz, que nos cortan el camino hacia Zaragoza. Lo haremos pasado mañana según el plan acordado.

Tal cual se había planeado, el ejército español atacó las posiciones que el general francés Laval había establecido en Alcañiz. Los franceses no presentaron resistencia y se replegaron hacia el oeste en espera de refuerzos.

Éstos llegaron cuatro días después al mando del impetuoso general Suchet, que acababa de suceder al general Junot al mando del III Ejército y ardía en deseos de ganar méritos ante el emperador. Suchet se lanzó a la batalla sin cotejar sus efectivos y sin examinar el terreno, lo que provocó su derrota. La de Alcañiz era la segunda batalla que los españoles ganaban a los franceses en el primer año de guerra, tras la victoria de Bailén, lo que provocó una gran alegría. El número de efectivos de cada ejército había sido muy similar, pero la precipitación de los franceses los perdió.

Suchet había cometido un error impropio de su experiencia de mando. En cuanto se presentó ante Alcañiz, lanzó a sus tropas a la batalla, confiando en que, como había sucedido hasta entonces, los avezados regimientos imperiales acabarían con los inexpertos y caóticos españoles. A las seis de la mañana aparecieron los franceses sobre las colinas al oeste de Alcañiz, sin que se realizara un bombardeo previo del

campo de batalla por parte de la artillería. Los españoles estaban esperando; varios regimientos de guardias valonas, que portaban una gran bandera con el lema «Por el rey Fernando VII. Vencer o morir», cayeron sobre las alas de los sorprendidos y confiados franceses. La victoria española fue demasiado fácil.

Suchet se retiró hacia Zaragoza; la próxima vez no cometería ese error.

La situación parecía favorable a los españoles por primera vez en muchos meses. A pesar de que unos días antes se había perdido Oviedo, que había sido saqueada, los españoles y sus aliados los ingleses se encontraban en posición muy ventajosa. Además, Napoleón estaba ocupado en sus guerras por Europa, donde la situación política y militar era cada vez más compleja e imprevisible. En abril, Austria había declarado la guerra a Francia y Napoleón había respondido con una campaña contundente; derrotó a los austríacos en las batallas de Wagram y Regensburg y entró victorioso en la mismísima Viena el 12 de mayo. Rusia y Suecia también se habían declarado la guerra. En la primavera de 1809 no había en Europa un solo país en paz.

Capítulo IV

ACICATEADO por la victoria en Alcañiz, Blake ordenó a sus tropas avanzar hacia Zaragoza. Faria sabía que no sería nada fácil recuperar esa ciudad, cuya conquista Napoleón había convertido en un símbolo de su tenacidad y de su determinación, pero la idea de estar de nuevo entre los brazos de Cayetana le provocaba una tremenda ansiedad que en cierto modo no le permitía ser del todo consciente de las dificultades que se presentaban.

Blake llamó a consultas a Faria; quería conocer de labios del coronel cuál era la situación concreta de las tropas francesas en Zaragoza.

—Necesito saber cuántos efectivos tienen los franceses desplegados en Zaragoza, coronel Faria, y sobre todo si tenemos posibilidades de conquistar la ciudad, así como si nos apoyará la población.

—Señor, no sé exactamente cuál es ahora el número de soldados franceses, pero por lo que me dijeron mis amigos cuando regresé hace unos días, deben de ser alrededor de veinte mil; disponen de unos dos mil caballos y unos cien cañones, aunque es probable que hayan desplazado algunas de estas piezas a otros frentes. En cuanto a la ayuda de los zaragozanos, me temo, mi general, que no podemos esperar demasiado. Durante los dos asedios murieron unas cincuenta mil personas. La ciudad ha sufrido mucho y los supervivientes están cansados, muchos de ellos sólo desean vivir en paz..., aunque sea bajo un gobierno francés.

—En ese caso, usted estima que no podremos contar con todos ellos.

—Creo que en una primera instancia, no, pero nunca se sabe qué puede ocurrir en una situación extrema. Durante las batallas libradas en Zaragoza yo vi a las hasta entonces pacíficas mujeres pelear armadas con cuchillos de cocina con la fiereza de lobos hambrientos contra expertos coraceros polacos, y a una joven de poco más de veinte años abatir con un cañón a un par de docenas de fusileros franceses. Una situación así podría volver a darse, pero se me antoja muy difícil que esas circunstancias puedan volver a repetirse. Semejantes actos heroicos ocurren una sola vez.

—Sólo disponemos de una oportunidad. Napoleón está ocupado en la guerra con Austria, de manera que es necesario atacar ahora. Por lo que sabemos, los franceses tienen unos ciento sesenta mil soldados desplegados en España, pero hay órdenes de que se incorporen en las próximas semanas unos cien mil más. Todo el ejército español suma alrededor de cien mil soldados, y otros tantos están dispuestos a emplear aquí los británicos. Por eso debemos actuar de prisa, antes de que nos superen en número.

—Olvida a los paisanos, mi general. Miles de ellos están dispuestos a luchar hasta la muerte si fuera preciso —alegó Faria.

—Los paisanos son un estorbo más que una ayuda.

—En campo abierto, tal vez, pero no en otro tipo de combate.

—¿A qué se refiere?

—A lo que hicimos en Zaragoza.

—Explíquese.

—Se trataría de organizar partidas de paisanos capaces de combatir a los franceses en emboscadas, no frente a frente, no en campo abierto, sino preparando celadas en calles estrechas, en bosques, vados de ríos o desfiladeros. Una serie de partidas de hombres armados con equipo ligero y conocedores del terreno podría caer por sorpresa sobre los franceses, golpearlos deprisa y escabullirse antes de que los gabachos tuvieran tiempo de reaccionar. Asestarían golpes en todo tipo de terrenos y en todo momento, continuamente, una y otra vez, sobre sus destacamentos en marcha, sobre sus líneas de suministros, y lo harían sin dejarles tiempo para organizarse.

—Un tipo de guerra así no se ha hecho nunca, y creo que va contra los principios de la milicia —dijo el general Blake.

—Se trata de ganar la guerra; en campo abierto no tenemos demasiadas posibilidades.

—Ayer les vencimos en Alcañiz.

—El general francés cometió un grave error, y usted lo sabe, señor. No creo que vuelva a ocurrir una segunda vez.

—Lo que usted propone, coronel, necesitaría de asesoramiento militar. Tal vez una guerra así no requiera de instrucción, pero sí de entrenamiento en el manejo de armas de fuego, tácticas de combate...

—Bastaría con disponer de hombres valientes y audaces, y que sepan manejar un fusil. Muchos de ellos son cazadores; no hay mucha diferencia entre abatir a un jabalí y a un hombre.

—De momento, coronel Faria, iremos hacia Zaragoza. He cursado una carta para que se nos una el ejército del sur de Aragón. He planeado un ataque desde el sur, a fin de tener nuestras espaldas protegidas en caso de un contraataque francés. El punto de confluencia será Belchite.

* * *

El cuerpo de ejército de Blake, al que se sumaron voluntarios del Bajo Aragón y de Cataluña, avanzó hacia el sur de Zaragoza. Durante la marcha, los soldados, enardecidos por la victoria en Alcañiz, no cesaron de cantar canciones y coplas en las que se denostaba a Napoleón y a su hermano, el rey José I.

Una de las coplas, que los aragoneses cantaban con aire de jota, rezaba así:

*Bonaparte en los infiernos
tiene una silla poltrona,
y a su lado está Godoy
poniéndole la corona.*

Todo aquello sumía a Faria en una enorme contradicción. Odiaba a Napoleón por lo que estaba haciendo sufrir a su patria, y por las mentiras que el emperador utilizaba para justificar su agresión. Aunque era de condición nobiliaria y como tal disfrutaba de los privilegios de su rango por nacimiento, cada día se sentía más atraído por los ideales que años atrás se pregonaran en la Revolución francesa y que Napoleón aseguraba que quería exportar a todos los países de Europa. Los ideales de libertad, igualdad y fraternidad eran nobles y sublimes, pero en boca de Napoleón parecían un sarcasmo. El hombre que decía haber acabado con el feudalismo en los países de Europa que había conquistado se reconocía admirador de grandes conquistadores de la historia como Alejandro Magno o Julio César.

Por otra parte, consideraba a José I, el hermano que Napoleón había colocado en el trono de España, mucho mejor gobernante que el inane de Carlos IV, o que el indolente de Fernando VII, a quien depreciaba profundamente desde que protagonizara la conjura contra su padre Carlos IV y las calumnias contra su madre la reina María Luisa, y sobre todo desde que presenciara, a fines de abril de 1808, en Bayona, cómo cedía ante la presión de Napoleón en un acto de villanía y de cobardía vergonzantes y se enterara en Zaragoza de que el Deseado escribía cartas de felicitación al emperador tras cada una de sus victorias sobre los españoles. El mismo Napoleón había ordenado que se publicaran esas cartas en revistas francesas, para que los españoles supieran el tipo de rey al que deseaban. Enterado de ello, Fernando de Borbón envió una nueva carta al emperador agradeciéndole que hiciera público el amor y la devoción que le profesaba.

Y allí estaba él, un todavía joven soldado de la guardia de corps, pariente del denostado Manuel de Godoy, quien fuera todopoderoso jefe del gobierno de España, en el vórtice de un torbellino que parecía succionarlo todo, en una guerra en la que los españoles defendían a un rey que él odiaba, alejado de su hacienda, enamorado de una muchacha que no era de su clase social y dubitativo porque los ideales que comenzaba a profesar no eran los que se esperaban de un conde español.

Pero todo aquello era en esos momentos superfluo. La guerra estaba en todas partes, y lo único que en verdad importaba era ganarla.

Mientras las columnas del ejército de Aragón y Cataluña avanzaban hacia Belchite, buscando ganar una buena posición para caer sobre Zaragoza desde el sur, los franceses seguían incrementando su presencia en la Península. Aprovechando que dominaban los pasos a través de Irún y Navarra, decenas de miles de soldados

franceses entraron en el mes de mayo en España. Napoleón, triunfante en los campos de Europa contra Austria, estaba harto de las noticias que le llegaban de España, que se había convertido en una molestia permanente. Su orden fue tajante: el ejército español debería ser aniquilado.

En su avance hacia Zaragoza el ejército español no encontró ninguna resistencia. Blake se mostró entonces confiado y decidió atacar la ciudad desde el sur, a través del corredor del río Huerva. En una localidad llamada María, a un par de horas de distancia de Zaragoza, las tropas de Suchet esperaban a las de Blake. La batalla se libró en condiciones diferentes a las de Alcañiz. Las tropas francesas aguardaban bien posicionadas a las españolas, cuya artillería apenas pudo utilizarse debido a una gran tormenta que descargó al comienzo de la batalla y que entorpeció los movimientos de los cañones. Los franceses resultaron ahora victoriosos. Desde lo alto de los cerros yesosos, y mientras se retiraban hacia el sur tras la derrota, Faria pudo contemplar a lo lejos la cinta verdosa del valle del Ebro, serpenteando entre tierras amarillentas y ocre, y con la ayuda de un catalejo distinguió perfectamente las torres de ladrillo de la ciudad y la mole del templo del Pilar con su gran cúpula central. Los miles de olivos que un año atrás la rodeaban como un anillo esmeralda habían desaparecido, la mayoría talados por Palafox durante el asedio para evitar que tras sus troncos se refugiaran los sitiados franceses, otros abrasados por el fuego de los combates y el resto cortados para utilizar su leña en la cocina y en los braseros.

Los españoles se retiraron hasta Belchite. Blake pensó que Suchet no lo perseguiría, porque se había retirado a Zaragoza tras vencer en María, pero se equivocó. Sólo tres días después de la batalla de María, los restos del ejército español y buena parte del III ejército imperial volvieron a enfrentarse en los llanos de Belchite. El ejército francés, organizado en divisiones, era capaz de avanzar a ciento veinte pasos por minuto, frente a los setenta a que lo hacían el resto de los europeos, de modo que las tropas de Suchet alcanzaron a las de Blake con facilidad. Los españoles estaban muy desmoralizados tras la derrota de María, porque enseguida se dieron cuenta de la superioridad numérica de los franceses y de su artillería. En el primer ataque francés los carros de municiones de los españoles fueron destruidos. Sin munición, abatidas y presas de pánico, las tropas españolas fueron arrolladas por las francesas. Se produjo entonces una desbandada caótica; los españoles huían cobardemente arrojando armas y cuanto pudiera molestar en su escapada. Desde su puesto de mando, Blake, con una parte de su Estado Mayor, se retiró avergonzado hacia Alcañiz.

La victoria francesa fue total. Varios miles de soldados cayeron muertos o prisioneros y sólo un par de miles pudieron escapar del desastre. El segundo ejército de Aragón había dejado de existir, y con él la esperanza de recuperar Zaragoza.

Los supervivientes que pudieron hacerlo huyeron hacia las serranías del sur, en

cuyas montañas y bosques podían buscar escondrijo, y unos pocos lo hicieron hacia la costa, sobre todo los que procedían de las tierras de Tortosa y Tarragona.

Faria pudo escabullirse gracias a que, en el fragor de la batalla, y cuando ya se vio todo perdido, pudo derribar de un sablazo a un húsar del decimoséptimo regimiento de la caballería imperial. Montó en su caballo y lo espoléó para alejarse del campo de batalla perseguido por cuatro húsares, de los que pudo huir gracias a que el animal que montaba era un corcel más rápido y resistente que los de sus perseguidores.

Había logrado escapar, pero estaba de nuevo en serias dificultades. Supuso que tras las victorias en María y en Belchite el ejército de Suchet sería dueño de todo Aragón, de modo que ideó un plan audaz. Regresaría a Zaragoza, se presentaría a las autoridades francesas y se pondría a su servicio. Diría que era un noble extremeño que había huido de la chusma y del populacho que le había robado su hacienda, y que se ponía al servicio de su majestad José I, rey de España, y del emperador Napoleón. Una vez allí, buscaría a Cayetana y ya hallaría la manera de llevársela de esa ciudad.

Se observó por un momento. Iba vestido con traje de coronel del ejército español, armado con un sable y una pistola, con un puñado de reales en los bolsillos de la casaca, y montaba un caballo en cuya anca derecha estaba impresa a fuego la marca del ejército imperial. En aquellas condiciones y con semejante aspecto su historia no sería creíble, de modo que tendría que imaginar algo más convincente.

Primero tenía que deshacerse del caballo, pues si una patrulla francesa lo encontraba con él sería apresado e incluso ejecutado de inmediato. De modo que se dirigió hacia el oeste, hasta que se topó con un valle de un pequeño río cuyas aguas fluían hacia el norte; supuso que era el del Huerva, que desembocaba en el Ebro a la altura de Zaragoza. Antes de salir al camino arreó al caballo, que partió al galope, arrojó al centro del río los entorchados de coronel, los botones metálicos de la casaca, su sable, su pistoleta y los reales, se lavó en las aguas del río y se puso a caminar aguas abajo.

Poco antes de anochecer llegó a un pueblo llamado Muel. Los franceses lo habían ocupado y habían instalado un cuartel en una ermita situada en lo alto del pueblo, sobre cuya espadaña ondeaba la bandera tricolor. Faria se dirigió andando con seguridad hacia el puesto militar francés.

—¡Ayuda, ayuda! —gritó en un francés aceptable.

—¡Alto, alto! —le ordenó un soldado a la vez que le apuntaba con su fusil.

—Soy conde, conde de Castuera, amigo de Francia. Unos bandidos me han atacado y me han robado. Soy leal al rey José y al emperador.

El soldado dudó por un momento y llamó a gritos a su superior.

El comandante del puesto era un sargento de infantería, un veterano curtido en batallas libradas por media Europa. Miró a Faria con recelo y le ordenó que se acercara.

—Gracias, sargento, muchas gracias.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

—Soy Francisco de Faria, conde de Castuera. Los traidores que se han levantado contra su majestad el rey José I me han robado la hacienda al acusarme de afrancesado. Conseguí huir de ellos, pero en el camino unos bandidos me han robado. Intento llegar a Zaragoza para ponerme al servicio de su majestad.

Aquella historia parecía absurda, pero el sargento dudó.

—¿Pretende que le crea, señor?

—¿Cree usted que si lo que digo no fuera cierto me hubiera presentado aquí de esta manera?

—Regístrenlo —ordenó el sargento.

Dos soldados revisaron a Faria de arriba abajo.

—No lleva nada encima, sargento.

—Ya se lo he dicho, me han robado.

—Tiene manchas de sangre en la ropa, sargento.

—Son de mi nariz. Esos tipos me golpearon y me hicieron sangrar. Gracias a Dios pude escapar en un momento de descuido, si no ahora sería hombre muerto.

En realidad, las manchas de sangre eran del húsar francés al que Faria había abatido en la batalla de Belchite.

—Enciérrenlo. Mañana lo llevaremos a Zaragoza con los demás presos. Allí decidirán qué hacer con él —ordenó el sargento.

—No me deje a solas con otros presos, me matarán —dijo Faria.

—No sabrán nada si usted no abre la boca; de modo que manténgala cerrada y no le pasará nada.

Faria fue encerrado en un pequeño calabozo donde se amontonaba una docena de presos. A pesar del cansancio acumulado en los últimos tres días y de las tres batallas libradas en menos de dos semanas, Faria apenas pudo pegar ojo. Aunque a finales de mayo ya no hacía frío y las noches eran incluso templadas, la celda rezumaba humedad y la manta que le dieron para que se tapara estaba llena de mugre e infestada de piojos.

—Ésta no es manera de tratar a un miembro de la nobleza española fiel a su majestad el rey José; informaré a sus superiores de semejante trato —dijo al día siguiente al sargento, que se limitó a encogerse de hombros y a musitar:

—*C'est la guerre.*

Metieron a los presos en una jaula colocada sobre una carreta de la que tiraban dos mulas, que arrancaron al son de una tralla camino de Zaragoza.

Capítulo V

SEIS horas después llegaban a las puertas de la ciudad. Faria hubiera preferido pasar una noche más entre las chinches, las pulgas y los piojos que soportar el traqueteo de la carreta sobre un camino en tan pésimas condiciones. Tenía el cuerpo tan dolorido como si lo hubieran molido a palos.

Uno de los presos había muerto en el camino. Faria avisó a gritos al sargento que mandaba la guardia de que había un hombre muerto en la jaula. Éste se limitó a comprobarlo y al llegar al Canal Imperial, apenas a media hora de la ciudad, ordenó a dos presos que arrojaran el cadáver al agua. Faria tuvo que traducir las palabras del sargento a los dos designados para ese trabajo, y como quiera que en principio se negaron, recibieron sendos culatazos en el estómago que los dejaron doloridos para el resto del camino.

—Aquí traemos más presos; doce en total. Uno se ha muerto en el camino. Uno de ellos dice que es conde y que es fiel a su majestad don José —informó el sargento a un capitán que mandaba la compañía de soldados que custodiaba uno de los conventos habilitados como prisión.

—Tráigalo aquí —le ordenó el oficial.

El sargento se acercó hasta Faria, lo cogió por el brazo y lo llevó ante el capitán. Los pies de Faria estaban sujetos por grilletes.

—Me llamo Francisco de Faria, soy...

—¡Cállese! —ordenó el capitán—, y límitese a hablar cuando yo se lo ordene. ¿Me ha entendido?

—Sí.

—Ahora sí, explíquese.

Faria repitió, intentando ser convincente, la historia que le había contado la tarde anterior al sargento. Se inventó un itinerario rocambolésco, le habló de su hacienda en Castuera, de su palacete en Madrid y al fin confesó, como si se tratara de un gran secreto, que era nada más y nada menos que pariente de don Manuel de Godoy, y que por eso y por su fidelidad al emperador y a su hermano el rey José había tenido tantos problemas y sufrido tantas persecuciones.

—¿De verdad es usted pariente de don Manuel Godoy? —le preguntó el capitán.

—Soy su sobrino. Me llamo Francisco de Faria y mi tío se llama Manuel de Godoy y de Faria. Le recomiendo que me quite estos grilletes enseguida o tendré que informar a sus superiores del ultraje de que he sido objeto.

—¿Y qué hace en Zaragoza?

—Vengo en busca de mi prometida; es la hija del conde de Prada, doña Teresa de Prada. Lo último que sé de ella es que estaba en Zaragoza antes del segundo asedio.

Faria dio tantos datos y tan precisos que el oficial lo remitió al coronel de su

regimiento, y éste al general de su brigada. Y así, a finales de la tarde, Faria era un hombre libre, aunque con la condición de que se presentara al día siguiente a media mañana en el gobierno militar.

—¿Tiene donde instalarse esta noche? —le preguntó el oficial antes de dejarlo marchar.

—Buscaré una posada.

—No tiene dinero para pagarla.

—No se preocupe, extenderé un pagaré sobre mis rentas.

—Puedo recomendarle una —propuso el oficial.

—Si es tan amable...

—La posada de Marín, cerca del templo del Pilar. Es la mejor fonda de esta ciudad y allí trabaja una moza con la mejores tetas que pueda imaginar.

—Atenderé su recomendación —dijo Faria.

—Dos hombres le acompañarán para cerciorarse de que queda hospedado allí.

—No voy a escapar. Sería absurdo, pues he llegado hasta aquí voluntariamente.

* * *

Cuando Ricardo Marín vio llegar a Faria escoltado por dos soldados estuvo a punto de estropearlo todo, pero se apercibió de que algo extraño ocurría y se contuvo.

—¿Es usted el posadero? —le preguntó con voz alta.

—Sí, yo soy, ¿quién lo pregunta?

—Francisco de Faria, conde de Castuera y fiel servidor de su majestad el rey José, a quien Dios guarde. Necesito que me alquile una habitación por unos días.

—¿Puede pagarla?

—Por supuesto.

—En ese caso, sí, dispongo de una.

Faria se giró hacia los dos soldados y les sonrió.

—Gracias por su escolta, caballeros. Ha sido un placer —les dijo en francés.

Los soldados tomaron nota de la dirección de la posada y se marcharon.

—¡Maldita sea!, ¿qué haces aquí y qué demonios es eso de «fiel servidor» del rey gabacho?

—No me ha quedado más remedio que montar toda esta comedia. ¿Ya te has enterado de lo de María y Belchite?

—Claro; no han dejado de llegar heridos y presos en los últimos días.

—Ha sido una masacre, sobre todo en Belchite. Yo pude escapar en el último momento, pero ha debido de haber muchos muertos.

—Dicen que ocho mil.

—¿Ocho mil en total? —preguntó Faria.

—No; ocho mil españoles.

—¡Santo Dios!

—Y además se han perdido nueve cañones.

—Los derrotamos en Alcañiz porque estaban confiados y desprevenidos, pero nos devolvieron el golpe en María y tres días después, y de qué manera, en Belchite. El segundo ejército de Aragón ya no existe. Nuestra única esperanza es el ejército de Andalucía y los británicos. ¡Quién me lo iba a decir después de lo de Trafalgar!

»¿Y Cayetana, dónde está?

—Por las tardes va un par de horas al hospital; han llegado tantos enfermos que toda ayuda es poca, y ella tiene mucha experiencia en el cuidado de heridos desde el segundo asedio. Vendrá pronto.

Faria le relató a Ricardo Marín cuanto le había pasado: su huida de Zaragoza, el encuentro con los paisanos en la pardina arrumbada, la incorporación al ejército en Mequinenza y las batallas libradas, y cómo había logrado regresar de nuevo a Zaragoza utilizando ese engaño.

—Y aquí estoy otra vez.

—No puedes quedarte; y ahora mucho menos. Tienen tu nombre y tu identidad, no tardarán en descubrir quién eres en realidad, y entonces te ejecutarán.

—En esta ocasión no puedo huir. Tras la batalla de Belchite los franceses controlan todos los alrededores de Zaragoza, y tal vez todo el norte de España. Nuestras tropas más cercanas deben de estar en Valencia y muy al sur de Madrid. Hace unos días pude escapar porque nuestras líneas estaban a un par de días de marcha y quedaban abiertos los caminos al sur y al oeste de Zaragoza, pero hay patrullas y puestos de control por todas partes. No me queda más remedio que procurar seguir con este engaño y que los franceses se lo traguen, y aprovechar, si es posible, cualquier oportunidad para escapar.

Los dos amigos continuaron hablando un buen rato. Marín le contó a Faria la situación en Zaragoza y las ejecuciones llevadas a cabo por los franceses.

—Los que logramos sobrevivir nos hemos adaptado a la nueva situación; incluso hay quienes dicen que en el futuro será mejor ser súbditos de Napoleón que de Fernando VII.

—¿Sabes qué ha sido de mi ayudante, el sargento Isidro Morales? —preguntó Faria.

—Lo buscamos entre los presos que todavía permanecen aquí, pero no hemos podido dar con él. Cayetana hizo algunas averiguaciones, pero no logró nada. Lo más probable es que lo hayan trasladado a alguna prisión francesa.

La joven apareció en la sala al atardecer. Su sorpresa fue extraordinaria, y se acercó corriendo hasta Faria, a quien se abrazó.

—Creí que habías muerto. He preguntado a todos los heridos que nos traían de

Belchite y ninguno me ha sabido dar noticias tuyas. Pero estás aquí, a salvo...

—He tenido que idear una historia enrevesada, y tú estás en ella.

—¿Yo?

—Sí; he dicho que soy Francisco de Faria, conde de Faria, fiel vasallo de José I y de Napoleón, y que he venido a Zaragoza a buscar a mi prometida.

—¿Y ésa soy yo?

—Sí, pero te llamas Teresa y eres hija del conde de Prada.

—Muchos franceses me conocen ya como Cayetana Miranda, hay oficiales que vienen a comer o a cenar aquí dos o tres veces por semana...

—Pues tendrás que decir que utilizabas un seudónimo porque tu padre es leal a José I e intentabas evitar represalias de los partidarios de Fernando VII.

—Esa historia es difícil de creer —intervino Marín—. Por eso tiene que funcionar.

Aquella noche Cayetana y Francisco hicieron el amor, pero también hablaron mucho intentando coordinar sus relatos para que, en caso de un interrogatorio, no les sorprendieran en contradicciones.

* * *

A la mañana siguiente Faria se presentó en el Gobierno Militar con Cayetana. Marín le había prestado un elegante pantalón color crema, unas botas marrones y una casaca azul. La joven vestía como una verdadera condesa.

—Coronel —se presentó Faria—, aquí estoy, y vengo acompañado de mi prometida, la condesa de Prada.

El coronel francés se levantó de su silla y besó la mano de Cayetana.

—¡Un momento!, usted es la mesonera...

—Sí, lo soy, pero ésa no es mi verdadera identidad; soy Teresa de Prada —Cayetana hablaba bien francés, que había aprendido durante los meses que estuvo trabajando en una posada de San Juan de Luz.

—Ha utilizado ese nombre falso para evitar problemas, coronel, entiéndalo. Todavía hay entre los españoles seguidores de Fernando de Borbón que podrían atentar contra la hija de un noble partidario de don José —intervino Fernando.

—Pero cómo es posible... —balbució el francés.

—Fue una extraordinaria premonición que usted me recomendara la posada de Ricardo Marín; un maravilloso capricho del destino. Sin esa recomendación, quién sabe si hubiera podido encontrar a mi prometida.

—Nunca sabremos cómo agradecerle esa recomendación, coronel —añadió Cayetana.

—Y ahora, coronel, me gustaría pedirle un favor. ¿Podría extendernos un

salvoconducto para llegar hasta Madrid? Los bandidos que me asaltaron me robaron todo, incluida mi cédula de identidad.

—Antes debemos comprobar que cuanto me están contando es cierto —dijo el coronel.

—¿Y cuánto se tardará en ello?; aunque le aseguro que es innecesario.

—Una semana, tal vez diez días.

—Bien, esperaremos —admitió Faria, intentando disimular su inquietud.

—Perdone coronel, pero debemos ir a Madrid enseguida —intervino de pronto Cayetana.

—Lo siento, señorita, pero hemos de comprobar su identidad. No creo que en una semana le vaya la vida —dijo el coronel francés.

—Tal vez sí.

—Explíquese.

—Mi prometido es portador de un mensaje secreto para el rey José. Explícaselo, Francisco, le debemos mucho a este caballero.

Faria puso la cara entre sus manos y agachó la cabeza. Cayetana le acababa de poner en un enorme compromiso; trató de ganar tiempo para idear alguna excusa que fuera creíble. ¡Un mensaje secreto! Algo tenía que inventar. Se incorporó, miró fijamente al coronel y le dijo:

—Soy el representante de un grupo de la nobleza española partidaria del rey José. Mi misión consiste en lograr recabar todos los apoyos posibles para que su majestad sea admitido por los españoles como su legítimo soberano. Debo comunicarle urgentemente un mensaje.

—¿Qué mensaje? —preguntó el coronel.

—Me promete usted discreción.

—Tiene mi palabra de oficial del ejército imperial.

—Bien. La mayoría de la nobleza española, muchos intelectuales e importantes personalidades firmaremos en Madrid un manifiesto de apoyo al rey José, recomendando a todos los españoles que acaten su soberanía. El encargado de redactar ese manifiesto soy yo.

En ese momento unos golpes sonaron en la puerta del despacho y entró un sargento con unos papeles, que entregó al coronel. Éste los revisó y los dejó encima de su mesa.

—En efecto, existe un conde de Faria, en Castuera, una localidad de Extremadura, pero de usted, señorita, no tenemos datos. Yo la he visto servir en el mesón.

—¿Cree usted, coronel, que una mesonera de Zaragoza hablaría francés como yo? Me lo enseñó una institutriz francesa que contrató mi padre cuando yo era una niña. Vamos, ¿cómo puede dudar de nosotros?

—Si me firma ese salvoconducto, yo mismo hablaré al rey José de su comportamiento y de su ayuda. Y tal vez le recomiende al emperador para un ascenso a general, o quién sabe si incluso a mariscal. Si firma ese salvoconducto hará un gran favor a Francia, y a la nueva España que queremos construir.

El coronel francés dudó por unos instantes.

—No sé...

—Un retraso podría dar al traste con todos nuestros planes —insistió Faria.

—De acuerdo. Firmaré ese salvoconducto, pero necesito una garantía. Usted, señorita, se quedará aquí hasta que nos llegue desde Madrid la confirmación de que todo esto es correcto. Será nuestra huésped de honor, entre tanto. Una vez que esté todo en regla, la enviaremos con su prometido con una escolta.

—De acuerdo —dijo Cayetana.

—Un momento, coronel, hace meses que no veo a mi prometida...

—Lo siento de veras, pero es mi última palabra.

* * *

Los dos amantes salieron del Gobierno Militar con el salvoconducto bajo el brazo, pero sólo para Faria. El coronel permitió que ambos fueran a la posada a recoger las cosas de Cayetana, que debería instalarse en unas dependencias del ejército francés. Dos soldados los acompañaron, como escolta según dijo el coronel aunque en realidad eran guardianes, a la posada de Marín.

Los soldados se quedaron en el patio mientras Cayetana, Francisco y Ricardo subieron a la alcoba de la joven.

—¡Estáis locos! —exclamó Ricardo cuando le contaron lo que había pasado en el Gobierno Militar—. Cayetana es una rehén, y tú estás metido en la mismísima boca del lobo. Ese salvoconducto puede ser tu perdición. Si en el camino te sorprende una partida de soldados españoles te fusilarán por traidor, y si te descubren los franceses te pasará lo mismo.

—Ya se me ocurrirá algo —dijo Faria.

—Lo importante es que Francisco pueda salir de aquí —adujo Cayetana.

—Haré lo posible para que volvamos a reunirnos.

Recogieron las pertenencias de Cayetana y las colocaron en un baúl. Los dos soldados cargaron con él y se llevaron a la joven. En un bolsillo de la casaca de Faria quedó el salvoconducto.

Faria salió de Zaragoza camino de Madrid junto a un batallón de lanceros del Vístula. En las últimas semanas estaban llegando a España más y más tropas de refuerzo desde Francia, que el emperador enviaba para que sus mariscales pudieran cumplir sus órdenes de exterminar por completo al ejército español. El plan de

Napoleón era liquidar todo vestigio de resistencia militar e imponer a los españoles el régimen de su hermano José a la fuerza, ya que no habían querido aceptarlo de buen grado. El emperador no estaba dispuesto a la menor concesión, la victoria en la guerra de España debería ser total.

Capítulo VI

JOSÉ Bonaparte, rey de España, estaba empeñado en conseguir la aceptación de sus nuevos súbditos mediante la modernización del país. Por el momento había derribado algunas chabolas, donde se hacinaban ciudadanos madrileños que vivían en condiciones infrahumanas, con la promesa de construir en aquellos solares nuevos edificios. Para ganarse el cariño de los madrileños, asistía a todas las corridas de toros y en el menú de palacio siempre predominaban los platos españoles, tales como cordero guisado a la castellana o arroz a la valenciana. Seguía leyendo a los clásicos franceses como Corneille, cuya obra *Le Cid* consultaba con frecuencia, pero se jactaba ante los españoles de ser un admirador de la literatura de Cervantes y de Calderón. Contrató a un grupo de ingenieros y arquitectos y les encargó un gran plan urbanístico para embellecer Madrid con parques y jardines, con la promesa de que serían para uso y recreo de todo el mundo.

A principios de junio de 1809 eran ya alrededor de doscientos cincuenta mil los soldados franceses en España, y seguían llegando nuevos contingentes. Napoleón había dividido a sus tropas en la Península en ocho cuerpos de ejército, además de la reserva de la caballería. Cada cuerpo de ejército lo dirigía un mariscal, entre los que se encontraban algunos tan prestigiosos como Víctor, Ney o Junot; la caballería estaba al mando del mariscal Bessières.

Por su parte, lo que quedaba del ejército español apenas podía sumar cien mil contingentes, si bien menos preparados y peor entrenados que los franceses. La esperanza de una victoria española en la guerra era cada vez más lejana, aunque todavía quedaba un atisbo que se cifraba en la situación internacional. Desde luego, si existía alguna posibilidad de vencer, ésta tenía que venir de fuera, a través de la ayuda británica de un lado y de que Napoleón fuera derrotado en los frentes del centro de Europa, aunque eso parecía mucho más difícil.

Faria se presentó en Madrid y mostró a las autoridades francesas su salvoconducto, y reclamó su casa, el palacete que había adquirido unos años atrás. Aunque había sido vandalizado, todavía estaba en uso, y sobre todo había dinero escondido que en esos momentos le iba a ser muy útil. Había permanecido cerrado, pues los criados que habían quedado a su cuidado se habían marchado semanas atrás.

El rey José I había dado órdenes tajantes para que todos los españoles que le mostraran fidelidad fueran tratados como franceses y se les repusieran sus propiedades en caso de que las hubieran perdido. Faria recuperó su palacete, que llevaba meses abandonado. El dinero estaba oculto en la bodega, bajo una baldosa de barro, «la tercera junto a la pared de la izquierda». Allí seguía la caja de chapa, con cientos de monedas de plata y de oro.

Faria consiguió un documento en el que se autorizaba a la señorita Cayetana

Miranda, residente en Zaragoza, a reunirse con él en Madrid. Tuvo que explicar que se trataba de su prometida, que tenía una identidad falsa para evitar posibles represalias de los partidarios de Fernando VII y que se iban a casar enseguida, pero al fin logró convencer al oficial que expedía los salvoconductos para que lo hiciera. A fines del mes de junio de 1809 Cayetana y Francisco se reunían de nuevo, ahora en Madrid.

—¿Qué tal ha resultado el viaje? —le preguntó Francisco, que fue a recogerla a un convento madrileño habilitado por el ejército francés como centro de expedición de documentos y salvoconductos.

—Bien, he viajado escoltada por un batallón de húsares; el camino estaba lleno de tropas, y la mayoría se dirigían hacia aquí. Los franceses están acumulando muchos efectivos en España.

—Es que han venido con la intención de quedarse.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Cayetana.

—Intentar sobrevivir, que en estos tiempos no es poco.

Faria llevó a Cayetana a su palacete. El edificio estaba vacío desde hacía meses. A mediados de 1808 había sido ocupado por unos oficiales franceses que se habían llevado casi todo cuanto tenía algún valor o utilidad.

—He podido recuperar mi casa —explicó Francisco a Cayetana—; apenas quedaban muebles, por lo que he tenido que comprar lo imprescindible: una cama, alguna mesa, unas sillas... Contraté a unas mujeres para que me ayudaran a limpiar todo esto y un matrimonio se encargará de mantenerlo en buen estado de uso en adelante. He cerrado la planta superior, de modo que para vivir, de momento, nos bastará con esta zona.

—¿No has tenido problemas?

—La gente muestra aquí una actitud similar a la de Zaragoza. Demasiadas muertes, demasiados cambios en muy poco tiempo; la mayoría sólo aspira a vivir en paz.

* * *

Unos gritos en la calle los despertaron. Faria se asomó al balcón y vio un destacamento de soldados franceses que se dirigía precipitadamente calle abajo. Dejó que Cayetana siguiera durmiendo, se vistió y salió a la calle. Corrían los primeros días de julio y en Madrid hacía mucho calor.

Un grupo de madrileños debatía acaloradamente lo que estaba ocurriendo. Faria se acercó al grupo y pudo escuchar que un poderoso ejército británico al mando de Wellesley había entrado en España desde Portugal, obligando a los franceses a replegarse hacia Madrid. Allí había llegado el mariscal Victor al frente de su cuerpo

de ejército, que había abandonado sus posiciones al sur del Tajo para retroceder cien kilómetros, calculados con las nuevas medidas de distancias aplicadas por las reformas métricas introducidas por Napoleón y basadas en el sistema métrico decimal, lo que equivalía a unas sesenta millas, unas diecinueve leguas en la medida tradicional española.

Faria regresó al palacete; Cayetana ya se había levantado.

—Los británicos avanzan desde el oeste; parece que están cerca de Toledo. Los franceses han abandonado Asturias; Oviedo está en manos españolas de nuevo, y Gerona resiste un largo asedio, como en su día lo hizo Zaragoza. Napoleón ha vencido de nuevo a los austríacos en una batalla, Wagram, me ha parecido entender, pero tiene abiertos todos los frentes de combate. Dudo que Francia pueda responder a semejante despliegue. Dicen que se prepara una gran batalla. Es el momento de huir y unirnos a la resistencia. Por fin hay un motivo para la esperanza.

—¿No podemos quedarnos aquí, en Madrid? —dijo Cayetana—. Hacía tiempo, mucho tiempo, que no tenía esta sensación de vivir en un verdadero hogar.

—No, no podemos —replicó Francisco—, lo siento. Si los españoles y los británicos llegan a Madrid, estaremos perdidos. Nos considerarán traidores al rey Fernando y acabaremos muertos.

—Entonces, ¿debemos marcharnos?

—Sí, lo haremos mañana. Aprovecharemos el enorme trasiego de gentes que van y vienen huyendo de todas partes y nos dirigiremos hacia el sur, hasta encontrarnos con nuestras tropas. Conozco el camino hacia Extremadura y Portugal, lo he hecho varias veces. El matrimonio que he contratado se quedará a cargo del palacio; si alguien les pregunta, le responderán que he ido a comprobar el estado de mis posesiones en Extremadura.

Los dos jóvenes salieron de Madrid a pie, intentando pasar desapercibidos entre la multitud. Faria había cogido un buen puñado de monedas de oro y de plata del escondite de la bodega, las había distribuido por sus bolsillos, había colocado unas cuantas en el doble forro de sus botas y en su cinturón, y le había pedido a Cayetana que ocultara algunas otras en su ropa interior.

Se alejaron de Madrid por el camino de Extremadura, en el que se cruzaron con batallones enteros de soldados franceses, que no prestaron la menor atención a la pareja. En un pueblo al pie de una sierra compraron una mula y algo de comida, y siguieron hacia el oeste.

A los dos días de camino, y tras muchas horas sin ver a nadie, un grupo de paisanos les cerró el paso.

Un hombre muy alto, cubierto con un gorro negro con una borla, les apuntó con un trabuco.

—Quietos ahí. Decid quiénes sois o...

—Baja ese arma, idiota —le gritó Faria—. ¿Y quién eres tú?

Vamos, contesta rápido antes de que me impaciente.

La determinación de Faria sorprendió al gigantón del trabuco.

—Eres hombre muerto.

—¡Alto! —Detrás de unas rocas, en el recodo del camino, surgió de pronto una figura conocida.

—¡Sargento Morales! —exclamó Faria.

—A sus órdenes, coronel.

El del trabuco se quedó atónito.

—¿Los conoces?

—Sí, idiota, son el coronel Faria y la señorita Cayetana Miranda. Están en nuestro bando. Y baja ese trabuco —ordenó Morales.

—Sargento —Faria se acercó y abrazó a su ayudante.

—Señorita Cayetana...

—Me alegro mucho de volver a verlo, Isidro.

—Yo también, señorita.

—Lo buscamos en Zaragoza, en todos los sitios, pero nadie nos dijo nada...

—Sin duda no querían reconocer que los presos nos escapábamos; pero salgamos del camino, es peligroso.

El sargento Isidro Morales había logrado escapar de una de las prisiones de Zaragoza y se había ocultado en bosques y montes. Había conseguido llegar hasta la sierra del norte de Madrid y allí había contactado con paisanos que se habían echado al monte para combatir a los franceses.

—Todos estos montes están llenos de partidas como la nuestra. Formamos un grupo de veinte hombres y nos movemos por las serranías al norte de Madrid. Incordiamos a los franceses cuanto podemos y sabotamos sus convoyes de alimentos, y si podemos liquidamos a unos cuantos. No estamos en condiciones de enfrentarnos a ellos cara a cara, en campo abierto, pero los atacamos como una manada de lobos hambrientos; lo hacemos en cada recodo del camino, en cada desfiladero, en cada esquina de cada calle. Atacamos de repente, como fieras salvajes, y tras herir y matar nos retiramos como fantasmas a escondernos en los bosques y en las brumas.

—Vaya, es la estrategia que le propuse en Alcañiz al general Blake, pero no la consideró acertada —recordó Faria.

—Pues funciona muy bien, coronel —dijo Morales—. Con pocos hombres ocupamos una superficie muy grande de terreno y siempre atacamos por sorpresa; el ejército regular francés tiene que dedicar una gran cantidad de efectivos para proporcionar escolta y protección a sus transportes; ello implica que distraigan efectivos para las batallas y que se debiliten. Además, no están habituados a este tipo

de guerra. Ahora el mando de esta partida es suya, señor.

—Usted la ha dirigido muy bien, sargento, siga al frente de ella. Mi intención es unirme a nuestro ejército. Sabemos que los británicos avanzan hacia Madrid; no deben de estar muy lejos.

—Sí. Los manda ese zorro de Wellesley. Hemos oído que quiere atacar Madrid desde el sur, desde Toledo, pero los franceses han decidido esperarlo en Talavera.

—¿Cómo lo sabe?

—Obtuvimos la información de un coronel francés a quien hace tres días capturamos cerca de aquí.

—¿Qué ha sido de él? —preguntó Faria.

—No resistió al interrogatorio.

—¿Resistió...?

—El Patillas —Morales señaló al gigantón del tabuco— se excedió un poco.

—Vamos, explíquese, sargento.

—Como el gabacho se empecinaba en no decir nada, El Patillas lo cogió por su cuenta... Lo que sigue no debería oírlo una señorita —dijo Morales en referencia a Cayetana.

—No se preocupe sargento, lo soportaré.

—Bien, pues El Patillas cogió su navaja y comenzó a desollar vivo al franchute... ¿Continúo con los detalles?

—No, sargento, es suficiente. ¿No hizo usted nada por evitar esa tortura?

—Lo intenté, pero El Patillas amenazó con liquidarme a mí también si intentaba detenerlo.

—Debería haberlo hecho.

—Era difícil, coronel. Hace un mes varios soldados franceses asaltaron su casa mientras él estaba en la herrería. Veinte soldados violaron a su mujer y a sus hijitas de seis y nueve años. Luego asesinaron a su esposa y dejaron que las niñas se desangraran. Quemaron la casa y se marcharon tan tranquilos.

Cayetana recordó entonces la violación brutal a que ella fuera sometida por aquel comandante francés en Zaragoza, y cómo Ricardo Marín le había rebanado el cuello y arrojado el cadáver al río.

—Maldita guerra —musitó Cayetana.

Capítulo VII

LA partida de Morales se dirigía hacia Talavera de la Reina. Wellesley había planeado atacar Madrid desde el sur y había dado instrucciones para coordinar el ataque junto a varias divisiones del ejército español del sur, que había atravesado Sierra Morena y avanzaba por los llanos de La Mancha al encuentro de los ingleses.

El centro de España estaba arrasado; muchos pueblos habían sido saqueados por los soldados franceses y por todas partes se veían edificios quemados y arrumbados. En una aldea abandonada se encontraron con una escena abominable. En la plaza del pueblo, colgando de las ramas deshojadas de una olma, pendían varios cadáveres. Estaban desnudos y muchos de ellos fragmentados en pedazos. El espectáculo era macabro. Cuervos, urracas, buitres y otras aves carroñeras se habían dado un festín, pues la mayoría de los cadáveres había perdido las partes más blandas del cuerpo y lo que quedaba estaba asaeteado a picotazos. El olor era nauseabundo y un sinfín de moscas e insectos se agrupaba en torno de los cadáveres putrefactos.

—¡Dios santo! —exclamó Morales.

—Sargento, ordene a sus hombres que descuelguen esos cuerpos. Les daremos sepultura.

—Por su aspecto, deben de llevar ahí colgados varios días. Esto ha sido obra de los franceses, esos malditos gabachos.

—Es posible, sargento, pero ¿quién le asegura que los que cuelgan de ahí no son soldados franceses? —alegó Faria— no hay una sola mujer entre ellos.

—Se trata de cadáveres de españoles, mi coronel; un cristiano jamás haría eso. Han sido los malditos revolucionarios sin Dios, a los que se ha de llevar el diablo.

—Enterremos a esta gente, quienquiera que sea, y sigamos adelante.

Los cadáveres desmembrados fueron enterrados en una fosa común, en el exterior de la cabecera de la pequeña iglesia del pueblo. Mientras se procedía a la inhumación, Faria volvió a comprobar que los muertos, en lo que pudo reconocer por su lamentable estado de conservación, eran todos hombres y aparentaban una edad comprendida entre los veinte y los cuarenta años. Parecían soldados, pero no había una sola señal que los identificara como franceses o españoles.

La Junta Central de Defensa de España, ubicada en Sevilla desde diciembre de 1808, había ordenado a las tropas que acudieran en ayuda de Wellesley, y que se pusieran a sus órdenes.

* * *

El 23 de julio la partida de Faria y Morales se encontró con el ejército español entre

las ciudades de Toledo y Talavera de la Reina. Wellesley mandaba un grupo de combatientes entre los que destacaban varios regimientos de *highlanders* escoceses, que eran reconocidos como los más temibles soldados del ejército británico, pero también había irlandeses, galeses, ingleses, gallegos, portugueses, daneses y, por supuesto, españoles. El ejército español lo mandaba el general Cuesta, pero tenía instrucciones precisas de la Junta de Defensa de ceder el mando supremo a Wellesley. Ambos debían confluir en Talavera para atacar juntos a los franceses.

Faria fue destinado enseguida al mando de un regimiento de fusileros integrado por voluntarios de Extremadura y de Andalucía oriental, cuya preparación era bastante deficiente. Cayetana fue obligada a retirarse a Toledo, donde debería permanecer en un convento de monjas, alejada del campo de batalla. No le hizo ninguna gracia a la joven separarse de Francisco, pero los generales españoles no le dieron otra opción.

El día 26 de julio llegó la noticia de que un gran ejército francés comandado por el mismísimo José Bonaparte y el mariscal Jourdan había salido de Madrid y se dirigía al encuentro contra Wellesley y Cuesta. La batalla era inminente.

El día 27, al despuntar el alba, la artillería francesa comenzó un incesante bombardeo sobre las posiciones hispanobritánicas, que sufrieron graves pérdidas.

Wellesley, temeroso de la superioridad artillera de los franceses, ordenó a varios regimientos de lanceros que cargaran por las alas para intentar silenciar aquellos cañones; tras la caballería, las brigadas de infantería avanzaron por terreno abierto, siendo duramente castigadas por los artilleros franceses.

Mediada la tarde, la lucha era feroz y encarnizada; se combatía en varios frentes, en una batalla de desgaste y escaramuzas en la que las bajas por ambos bandos eran enormes. Al caer la noche no había un vencedor claro, y ninguno de los dos ejércitos había dado muestras de debilidad.

En el segundo día la pelea se reanudó con más vigor si cabe. Una y otra vez las cargas de la caballería aliada fueron frenadas por las baterías francesas, mientras las dos infanterías se batían en un cruento cuerpo a cuerpo. Ninguna de las dos partes tenía intención de ceder, y cayó la segunda noche con ambos ejércitos anclados férreamente en sus respectivas posiciones.

Al anochecer cesaron de nuevo las hostilidades y se hizo un recuento de muertos. Las bajas de ambos contendientes eran enormes, y los hospitales de campaña estaban a rebosar de heridos y mutilados.

Faria, a quien Morales acompañaba como ayudante, estaba exhausto. Había pasado las dos jornadas de la batalla intentando romper la línea de la infantería francesa para llegar hasta las baterías, pero no lo había conseguido.

—Si mañana nos atacan, nos arrollarán —le confesó a Morales.

—Ellos también llevan lo suyo, coronel —dijo Faria.

—Espero que así sea, porque en caso contrario estamos perdidos.

El tercer amanecer en Talavera fue bien distinto a los dos anteriores. Los cañones franceses no atronaron y las tropas hispanobritánicas se mantuvieron en sus posiciones. Ninguno de los generales dio a sus hombres la orden de atacar.

Mediada la mañana, tras una tensa espera y como si se hubieran puesto de acuerdo, los dos ejércitos se retiraron del campo de batalla.

Faria ordenó a los oficiales a su mando que hicieran recuento de bajas. El resultado fue terrible; más de la mitad de los soldados del regimiento había caído y estaba muerta y uno de cada tres supervivientes tenía tales heridas que había quedado inútil para el combate. En el bando francés la situación no era muy diferente. Los dos ejércitos eran como dos gigantes heridos y destrozados, incapaces de poder dar el golpe de gracia al adversario. Ambos se retiraron a lamerse sus heridas y procurar recuperarse enseguida de semejante hecatombe.

El regimiento de Faria se dirigió a Toledo; de sus más de quinientos soldados que habían participado en la batalla de Talavera, sólo doscientos estaban en condiciones de seguir combatiendo.

Faria comprendió que ni siquiera con la ayuda de los británicos podrían derrotar a los franceses. No podían con los mariscales del Imperio, pero si las cosas se ponían feas para los imperiales, siempre les quedaría el recurso de reclamar la presencia de Napoleón, que como estrategia se consideraba prácticamente invencible.

Se dirigió entonces a su superior, el general Cuesta, y le propuso el plan que había rechazado Blake en Alcañiz.

—Mi general, mi propuesta es sencilla. Debemos estimular, dirigir y activar cuantas partidas de civiles armados podamos organizar. La experiencia de estos últimos meses nos ha demostrado que es la única manera de derrotar al ejército imperial. En toda España se han organizado de forma espontánea grupos de civiles que combaten contra los franceses y luego regresan a sus casas.

—Usted es todavía muy joven, Faria, no tiene suficiente experiencia.

—Combatí hace casi cuatro años en Trafalgar, he luchado en las trincheras de Zaragoza soportando los bombardeos de los franceses durante meses, he visto morir a miles de hombres en Alcañiz, María, Belchite y Talavera... Y créame, mi general, que si nos embarcamos en una guerra convencional tenemos todas las de perder. Hable con los políticos de la Junta de Defensa y propóngales lo que le digo. Cada español ha de ser un soldado, y para ello debemos combatir en todos los terrenos. Si hostigamos continuamente a los franceses, acabarán por ceder. No hay ejército en el mundo capaz de soportar durante mucho tiempo un acoso así.

Cuesta le prometió a Faria que haría algo al respecto.

Entre tanto, los franceses colocaron nuevos contingentes en la Península. A pesar de las bajas en todos los frentes de Europa, Francia parecía disponer de un vivero

inagotable de jóvenes. Pero no era así; aquel año Napoleón tuvo que recurrir a los reclutas de diecinueve años, que fueron incorporados a filas. Las fuerzas francesas en la Península se elevaron hasta los trescientos mil soldados.

Wellesley había regresado a Portugal, dejando a los españoles abandonados a su suerte. En su retirada, las tropas británicas causaron tantos estragos o más que las francesas entre la población civil, pues durante el repliegue robaron, saquearon y violaron cuanto pudieron. Un enorme recelo y un profundo resentimiento se abrió entre españoles y británicos.

Mientras, José I y el mariscal Jourdan reorganizaron sus efectivos, reforzados con los nuevos reclutas llegados de Francia. En el norte, Gerona seguía resistiendo, pero los franceses lanzaron una gran ofensiva hacia el sur con el objetivo de recuperar el territorio perdido en el mes de junio ante el avance de Wellesley desde Portugal. El Gobierno británico concedió a Wellesley el título de vizconde de Wellington.

La petición de Faria de apoyar las acciones de partidas de guerra fue aceptada al fin por la Junta Suprema de Defensa, y se autorizó a las Juntas locales a ayudar e incentivar este tipo de acciones. En la guerra total, las acciones de aquellas partidas fueron denominadas la guerra pequeña, es decir, la guerrilla, y sus combatientes, guerrilleros.

El ejemplo de las partidas de guerrilleros de Cataluña, Aragón y Castilla cundió pronto, y durante el verano fueron surgiendo por todo el país. La respuesta de los franceses a aquella nueva táctica para la que no estaban preparados fue cruelísima: cualquier varón español sospechoso de colaborar con la guerrilla era fusilado sin juicio previo.

Faria solicitó, y lo obtuvo con el apoyo del general Cuesta, permiso de la Junta de Defensa para organizar varias cuadrillas de guerrilleros. El objetivo era crear decenas de grupos armados que hostigaran sin cesar y en toda ocasión a los franceses. Deberían ser como lobos: contundentes y rápidos en el ataque, golpear, herir, matar y huir deprisa. La eficacia de la guerrilla debía basarse en esas acciones, pero además en el conocimiento del terreno. Cada puerto de montaña, cada desfiladero, cada recodo del camino debían ser trampas mortales para los soldados franceses.

Frente al auge de la guerrilla, el ejército regular se debilitaba día a día. Con Wellington retirado en Portugal, las tropas españolas no podían detener la ofensiva del ejército francés.

Francisco le dijo a Cayetana que se marchara de Toledo y que se dirigiera a Sevilla; allí debería ir al convento de Santa Clara, presentarse como la prometida del conde de Faria y permanecer allí hasta que pudieran volver a encontrarse. Con el dinero que le había entregado antes de salir de Madrid tenía suficiente para vivir una larga temporada en el convento, y además las monjas la acogerían con agrado porque los Faria hacían un donativo anual a ese convento desde hacía más de siglo y medio.

Le dijo que, si todo acababa bien y él no podía ir a buscarla antes, se dirigiera a Madrid, a su palacete, y que allí se encontrarían al acabar la guerra. Para mantenerse en contacto le explicó que se dirigiera a los gobiernos militares españoles y que dejara allí alguna nota dirigida a él, y tal vez la pudiera recibir con algún correo militar. Se despidieron con un largo beso. Por su parte, Francisco le escribiría al convento, aunque la previno de que, según cómo discurriera la guerra, no sería fácil hacer llegar el correo. Al despedirse, Cayetana le dijo a Francisco que le gustaría marcharse lejos, donde pudiera olvidar la guerra y empezar con él una nueva vida, tal vez en los Estados Unidos de América, donde se estaba construyendo una joven nación.

Faria y Morales salieron de Toledo hacia las serranías del noroeste de Madrid con la misión de la Junta de Defensa de coordinar la acción de las partidas de guerrilleros ya existentes y de crear tantas cuantas pudieran.

* * *

A fines de noviembre de 1809, el estado de las tropas regulares españolas era tan lamentable que parecía que su derrota final iba a ser cuestión de unos pocos meses, semanas incluso.

Entre tanto, Faria había logrado contactar con varias partidas de guerrilleros y había creado otras para operar en las sierras que separan Castilla la Nueva de Castilla la Vieja. En total habían logrado establecer veinte grupos armados para realizar continuas acciones armadas y de sabotaje. Estos grupos eran una heterogénea amalgama de estudiantes en busca de acción, de curas que odiaban a los revolucionarios franceses, de labradores empobrecidos por las requisas del ejército francés y de delincuentes y bandidos que proseguían en la guerrilla el mismo tipo de vida que habían llevado antes de la guerra. La mayoría no combatía por patriotismo, sino por salir de la miseria y el hambre.

En los últimos días de noviembre de 1809, cerca de la localidad del Barco de Ávila, se enteraron del desastre de Ocaña, donde el ejército español dirigido por Areizaga había sido aplastado por el francés mandado por José I; aquello, supuso el conde de Castuera, significaba el final del ejército regular español, y probablemente la caída inmediata de Andalucía en manos de los franceses.

El invierno empezaba a echarse encima; las primeras nieves ya habían cubierto de blanco las cumbres de las sierras, y los caminos de las montañas serían impracticables en un par de semanas.

Al abrigo de una ventisca, refugiados en una cueva en la sierra de Gredos, Faria, Morales y la partida que en esos momentos encabezaba el conde de Castuera comían un rancho de patatas, chorizo y cebollas. Hacía tres días que en un paso de la sierra

habían atacado en una emboscada a un destacamento de soldados franceses que transportaban pólvora hacia Madrid. Habían logrado acabar con dos carretas y liquidar a una docena de imperiales, pero en la refriega habían perdido cinco hombres.

—Nos están empujando hacia el mar. En unos días estarán en Sierra Morena y Andalucía caerá, como ya lo han hecho Aragón, Cataluña y Castilla. Y cuando caiga Andalucía, toda España será parte del imperio de Napoleón —lamentó Morales.

—Tal vez eso no sea tan malo —dijo Faria.

—Mi coronel, perderemos nuestra independencia.

—Pero tal vez ganemos nuestra libertad, Isidro.

—Es lo mismo.

—No, no lo crea, sargento. España fue una nación independiente con los grandes monarcas de la dinastía de Austria, Carlos I y Felipe II, pero no era una nación libre.

—No entiendo de historia ni de política, mi coronel, pero sé que tengo que luchar para que en las torres de mi patria no ondee la bandera tricolor francesa.

—Tiene razón, sargento, pero habrá que estar preparados por si al final de esta guerra no nos queda otro remedio que ser súbditos de Bonaparte.

—Jamás ocurrirá eso.

—Nunca diga jamás a casi nada. Hace dos mil años los romanos conquistaron esta tierra, después de dos siglos de guerras tan cruentas o más que ésta; los vencidos se sometieron a Roma y prosperaron más que si hubieran permanecido independientes. En mi tierra extremeña todavía cruzamos ríos sobre puentes que ellos construyeron, regamos nuestros campos con sus acequias y bebemos agua que traen sus acueductos. Durante quinientos años nuestros antepasados fueron romanos, ¿quién le asegura que dentro de otros quinientos nuestros descendientes no estén orgullosos de pertenecer a un gran imperio que se extienda desde Cádiz hasta Dinamarca?

—Yo jamás obedeceré a un rey extranjero —asentó Morales.

—¿Sabe, sargento, que el emperador Carlos no pisó España hasta los dieciséis años de edad y que cuando desembarcó en nuestras costas no sabía hablar español?, ¿sabe que la dinastía de don Fernando VII, la de Borbón, es una dinastía francesa impuesta por la fuerza y las armas de un rey francés llamado Luis XIV?, ¿sabe que Carlos III fue rey de Nápoles antes de serlo de España?, ¿sabe que nuestro «deseado» don Fernando VII es tataranieta de un rey de Francia?...

Morales estaba abrumado.

—Yo soy español, coronel, un soldado español, y defendiendo a España de un ataque extranjero; lo que hagan los políticos no me incumbe.

—Claro que le incumbe; no puede evitarlo.

En la cueva que habían encontrado como refugio estaban a resguardo. La boca era

amplia pero estaba oculta tras una densa vegetación, y desde sus inmediaciones se divisaba un amplio territorio, de modo que con apenas dos vigías se podía detectar a distancia la llegada de cualquier posible enemigo. Cuando hacían fuego para cocinar los alimentos tenían algún cuidado, pues el humo que salía de la cueva podía delatarlos, por lo que empleaban siempre leña muy seca y dejaban que se apagara por sí sola, consumiéndose lentamente para evitar así la emisión de humos visibles.

Dos de los guerrilleros, disfrazados de buhoneros, recorrían los pueblos de la sierra y procuraban alimentos y municiones a la partida de guerrilleros de Faria y Morales, integrada fundamentalmente por los hombres con que Morales había estado antes de su encuentro con Faria.

Pasaron las Navidades del año 1809 en la cueva de la sierra de Gredos, bien pertrechados de alimentos y leña. En los primeros días de enero y aprovechando que había dejado de nevar, los dos buhoneros regresaron a la cueva con las noticias que corrían por todas las ciudades.

Gerona había caído al fin en poder de los franceses tras dos asedios, como le ocurriera a Zaragoza. Se decía que habían muerto más de quince mil soldados españoles pero que también los franceses se habían llevado lo suyo y que el general Álvarez de Castro, su defensor, había muerto torturado por los franceses.

Pero lo más comentado en los círculos aristocráticos y en las tertulias de los palacios y de los cafés era el divorcio de Napoleón de su esposa, la emperatriz Josefina. Se aseguraba que el emperador le había escrito una carta de despedida en la que le confesaba que la seguía amando pero que en la política su corazón debía estar supeditado al interés de Francia. Se rumoreaba que en realidad el divorcio estaba motivado por los caprichos de Josefina, que en un solo año se había comprado más de quinientos pares de zapatos y gastado más de tres mil quinientos francos en colorete para las mejillas. Claro que nadie en España estaba en condiciones de comprobar si todos aquellos rumores eran ciertos, pero éstos eran los chascarrillos que corrían por los salones.

Más importantes eran las noticias que llegaban de América. En el último año, y siguiendo el ejemplo que las trece colonias británicas habían puesto en marcha con el apoyo de Francia y España treinta años antes, había prendido en las colonias españolas la mecha de la lucha por la independencia. En algunas ciudades americanas, como Santiago de Chile y Buenos Aires, ilustrados, militares y comerciantes estaban porfiando por lograr independizarse de España.

Aprovechando la enorme debilidad de la metrópoli, carente de gobierno efectivo y sumida en una guerra total, algunos indianos descendientes de españoles lanzaban proclamas para conseguir la ruptura de la dependencia política con respecto a España. Los movimientos independentistas no eran todavía demasiado numerosos, pero amenazaban con extenderse a todas las colonias.

Faria se cubrió con un capote y salió al exterior de la cueva. La mañana era fría y luminosa, y el cielo estaba teñido de un azul intensísimo. Tras él salió el sargento Morales, que con su permiso se sentó a su lado.

—Tenga cuidado con el reflejo del sol en la nieve, coronel, ha dejado ciegos a algunos hombres.

—No se preocupe, sargento, mi mirada está puesta en el horizonte, y allá lejos no hay nieve.

—¿Esto es el fin, verdad?

—¿Lo dice por las noticias de las colonias?

—Claro. Ocupados en la guerra en España, será fácil para esas colonias proclamar su independencia.

—Creo que sí. ¿No le parece todo esto una enorme contradicción?

—¿A qué se refiere, señor? —se extrañó Morales.

—A que los españoles hemos luchado al lado de los americanos de las colonias británicas para que lograsen su independencia del rey de Inglaterra, y ahora asistimos a la misma reivindicación por nuestras colonias. Desde aquí negamos la independencia a los americanos, pero luchamos por la nuestra contra los franceses, y eso nos parece tan justo que estamos dando la vida por ello. ¿No le resulta paradójico?

—Existe una diferencia notable, mi coronel. A los españoles nos asiste sobre las colonias americanas el derecho de conquista, y tenemos la obligación de defender su posesión; los franceses no tienen ningún derecho sobre España.

—A veces el derecho emana de la fuerza. Al menos eso debieron de pensar conquistadores como Cortés o Pizarro, que sometieron a los indios creyendo que tenían derecho a hacerlo.

—Esos indios eran unos salvajes, no eran cristianos.

—En mi biblioteca de Castuera, si es que queda algo de ella, tengo libros que cuentan la historia de la conquista de América; no en vano muchos de los conquistadores eran extremeños, y puedo asegurarle que ese derecho que usted alega no estaba tan claro; incluso clérigos católicos lo pusieron en entredicho.

—Yo apenas sé de esas cosas, coronel, pero América es nuestra y España no es de los franceses. Eso sí que lo sé —asentó Morales.

Capítulo VIII

A mediados de enero de 1810 Faria y Morales habían organizado varias partidas de guerrilleros que operaban desde la sierra de Gredos hasta la de Guadarrama. Habían logrado tejer una red de informadores en los pueblos de la serranía y conocían con detalle los movimientos de los franceses.

La táctica de la guerrilla se había impuesto en toda la Península. Desde los Pirineos hasta Sierra Morena, los españoles combatían a los franceses de una manera a la que los imperiales no estaban acostumbrados. Los nombres de los jefes de algunas de esas partidas comenzaban a ser bien conocidos en toda España, y se estaban convirtiendo en los verdaderos grandes héroes de la lucha por la independencia. Nombres como Francisco Espoz y Mina, Juan Marín Díaz *el Empecinado*, Julián Sánchez *el Charro*, Francisco Abad Moreno *Chaleco* o Antonio Jáuregui *Pastor* eran ya muy populares, y eran muchos los jóvenes patriotas que se sumaban a los guerrilleros para emular las aventuras que se contaban de estos guerrilleros.

Algunos bandoleros y criminales continuaron con sus fechorías y robos, pero ahora se disfrazaron de guerrilleros. En ocasiones era difícil distinguir entre un patriota que luchaba contra el francés y un bandido disfrazado de tal, pues fueron muchos los delincuentes que se aprovecharon de la situación para seguir cometiendo delitos impunemente, alegando en cada fechoría que la cometían en nombre de la libertad y la independencia de España.

Ante la ausencia de un gobierno efectivo, la Junta Central había actuado como verdadero gobierno de España, pero algunos generales no la creían lo suficientemente legitimada como para encabezar la resistencia contra Francia, de modo que ante la ofensiva francesa los miembros de esa Junta decidieron que era necesario organizar una asamblea de diputados que representara la soberanía popular y el gobierno de la nación. Los diputados deberían ser elegidos por los varones españoles mayores de veinticinco años, excluyendo del cuerpo electoral a los reos, criados y quebrados; habría veintiséis puestos para los representantes de las colonias en América y Filipinas, que por razones de operatividad se designarían entre los residentes en España, y en caso de que no se pudieran elegir diputados en las zonas controladas por el ejército francés, se nombrarían suplentes.

La Junta perdió su autoridad ante las críticas de políticos y generales. Se decidió entonces disolver la Junta de Defensa y crear un Consejo de Regencia formado por cinco miembros que presidiría el general Castaños. Faria se enteró de esta nueva situación cerca de Guadalajara, a cuyas montañas se había dirigido a finales de enero para organizar allí la guerrilla.

Entre tanto, el vizconde de Wellington estaba acumulando hombres y material de

guerra en los alrededores de Lisboa, donde se estaba fortificando ante la amenaza de una inminente ofensiva francesa; por su parte, el ejército imperial avanzó hacia el sur. A fines de enero José I atravesó al frente de cien mil soldados el paso de Despeñaperros y entró en Andalucía. Los miembros de la disuelta Junta de Defensa huyeron a Cádiz, donde se estableció la sede del Consejo de Regencia. Una de sus primeras decisiones fue convocar Cortes Generales en las que los diputados decidieran el futuro gobierno de España.

Ante la huida, algunos abogaron por defender Sevilla a ultranza, convirtiéndola en una nueva Zaragoza o en otra Gerona, pero esa idea fue rechazada. Cádiz era mucho más segura debido a su emplazamiento en una península, y con la ayuda de los ingleses y sus suministros desde el mar, la ciudad podría aguantar un asedio por mucho tiempo.

Ante la irrupción del ejército francés en Andalucía, una tras otra, todas las ciudades fueron cayendo en poder del rey José, mientras los miembros de la antigua Junta de Defensa, algunos políticos, los diputados y algunos nobles se refugiaron en Cádiz, donde confluía lo poco que quedaba en el sur del ejército regular español, dirigido por el conde de Alburquerque.

—Nos vamos a Cádiz —le dijo Faria a Morales—. Allá se van a reunir las Cortes, y debemos informar de cuanto ha pasado y convencer a los políticos para que apoyen las guerrillas. ¿Quién puede hacerse cargo de nuestra partida?

—El Patillas —contestó Morales.

—Es un hombre muy violento.

—Es el único que tiene autoridad sobre estos hombres.

—De acuerdo, pero no sé si ésa es la mejor solución. Nosotros iremos a Cádiz desde Portugal. Los caminos del sur ya están bloqueados por los franceses, de modo que entraremos en Portugal por la sierra de la Estrella y luego continuaremos hasta Lisboa; no creo que sea difícil encontrar un barco que nos lleve a Cádiz. Si el nuevo Consejo de Regencia ha decidido que ésa sea la ciudad donde se celebran las Cortes es porque los ingleses le han asegurado que la abastecerán en caso de un asedio francés, que seguro que se producirá.

Y así lo hicieron. Faria y Morales dieron instrucciones a su partida, dejaron a su mando al Patillas y se dirigieron por las sierras del Sistema Central hacia Portugal, desde donde esperaban poder navegar hasta Cádiz.

* * *

José I estaba eufórico. Quizá por primera vez desde que su hermano el emperador le concediera la corona del reino de España, se sentía como legítimo soberano de los españoles. Desde que entrara en Andalucía había sido recibido con enormes muestras

de júbilo en todas las ciudades. La sumisión de toda esa extensa región había sido tan fácil y rápida que el día 5 de febrero la vanguardia del ejército francés había llegado hasta Cádiz, y allí habían solicitado la rendición de la ciudad, la única que quedaba fuera del control de José I en todo el sur de España.

El ejército español se había atrincherado en Cádiz y en la isla de León hacía apenas dos semanas, esperando allí la acometida de los franceses. Desde luego, los miembros del Consejo de Regencia sabían que las ciudades andaluzas no iban a resistir heroicamente la invasión, pero lo que no esperaban es que en la inmensa mayoría de ellas José I fuera recibido y aclamado como el legítimo soberano.

El hermano de Napoleón se había paseado por las principales ciudades andaluzas entre vítores y aclamaciones tan calurosos como jamás se había visto dedicar a rey alguno. En Écija, en Jerez, en Ronda, en Granada, en Jaén, en todas partes la nobleza andaluza se había presentado al rey vistiendo sus mejores galas y luciendo sus joyas y condecoraciones, prometiéndole fidelidad como soberano legítimo de los españoles. En algunos casos, los nobles se habían arrodillado y besado la mano del monarca en un acto de devoción más propio de una iglesia que de una ceremonia civil.

Y no sólo la nobleza había recibido con semejante efusividad al rey; el pueblo llano lo había ensalzado y alabado con estruendosos gritos y vivas. Muchos artesanos y comerciantes habían besado a su caballo, le habían llamado «salvador» y no habían cesado de aclamarlo. Las mujeres se mostraban las más eufóricas y algunas se arrojaban casi histéricas a sus pies. En todas partes le agasajaron con valiosos regalos. Por las noches, después de cenas de gala donde se servían los mejores manjares de cada tierra, los concejos de las ciudades donde pernoctaba el rey José y su séquito despedían la jornada con un castillo de fuegos artificiales como jamás nadie había visto.

Como si de un acto de magia se tratara, el mismo día de la llegada de José I a una ciudad ésta amanecía completamente empapelada con carteles y pasquines de alabanza al soberano Bonaparte, y de rechazo e injurias a los anteriores reyes de España, especialmente duras con Carlos IV y con su hijo Fernando VII.

Semejantes muestras de adulación sorprendieron a José I y a los generales franceses que lo acompañaban, que asistían atónitos a una recepción tras otra, cada una más zalamera y más exagerada que la anterior. Era la primera vez que José Bonaparte oía en España la expresión «¡Viva el rey!» dirigida a su persona.

Faria y Morales desembarcaron en el puerto de Cádiz a mediados de febrero de 1810. Habían logrado llegar a Lisboa y allí se habían embarcado en una fragata de la armada británica que aprovisionaba periódicamente a los refugiados en Cádiz de alimentos y municiones. Desde la victoria en Trafalgar, la superioridad de la flota británica era tal que sus navíos no encontraban la menor oposición, de modo que podían navegar con completa seguridad y suministrar a los gaditanos cuanto

necesitaban.

En cuanto desembarcaron, Faria se dirigió a la sede del Consejo de Regencia. Como coronel de la guardia de corps se le encomendó de inmediato la misión de organizar las líneas de defensa en la isla de León. Faria había aprendido del coronel Sangenis los métodos de defensa pasiva que éste ingeniero había puesto en marcha en la construcción de defensas en los muros de Zaragoza, y sugirió algunos cambios a los ingenieros militares que dirigían las obras de fortificación.

* * *

—Siéntese, coronel —le indicó el general Castaños, presidente del Consejo de Regencia, que recibió a Faria un par de días después de su llegada a Cádiz.

—Gracias, mi general.

—Me ha informado mi ayudante de que ha conseguido crear varios grupos de guerrilleros en las sierras del norte de Madrid.

—Así es. Con ayuda de mi asistente, el sargento Morales, hemos organizado veinte partidas con veinte hombres cada una de ellas, que operan en todo el Sistema Central. Antes de dirigirnos hacia Cádiz, di órdenes a los comandantes de varias de esas partidas para que continuaran con su tarea de acosar sin descanso a los franceses y en todos los frentes que les fuera posible. Por lo que sabemos, hay grupos organizados en todas las regiones, algunos muy eficaces. Los franceses no esperaban una respuesta de este tipo.

—Sí, parece que está siendo un éxito, y lo necesitábamos después de los fracasos en el campo de batalla. Saber que hay paisanos que resisten el dominio francés ha subido mucho la moral de nuestras tropas, o de lo que queda de ellas.

—¿Tan mal está la situación, señor? —preguntó Faria.

—Mucho peor de lo que pueda creer, coronel. En estos momentos apenas controlamos Cádiz y la isla de León. Este minúsculo rincón de la Península es todo lo que queda de una España independiente, y sólo está defendida por el batallón de los Voluntarios de Cádiz, tan ufanos que les preocupa más el corte de sus uniformes que el estado de sus fusiles, y el ejército de Extremadura que dirigió hasta aquí el conde de Alburquerque. El resto del país está bajo la dominación de los Bonaparte. Cádiz es la esperanza de toda España, y mientras dispongamos de los suministros de los británicos podremos resistir cuanto sea necesario; sin el dominio del mar, y no lo tienen, los franceses jamás podrán ocupar Cádiz.

»Pero no lo he recibido para eso. Usted es pariente de don Manuel Godoy, y aunque él ha caído en desgracia, usted puede ayudarnos mucho.

—Usted dirá, señor.

—El rey Intruso, ya sabe, José Bonaparte, y su hermano Napoleón quieren aplicar

a la gobernación de España la constitución que aprobaron en Bayona. En esa constitución España se divide administrativamente en provincias, treinta y ocho exactamente, y el gobierno se basa en una monarquía constitucional que gobierna según los criterios de igualdad, manteniendo la religión católica como la única de todos los españoles. Pues bien, esa estrategia política le ha dado un buen resultado. No sé si ya le han informado, pero el Intruso ha sido aclamado en todas las ciudades andaluzas en las que ha entrado en las últimas semanas. Nos hemos enterado de que en Sevilla ha sido recibido con tal entusiasmo como jamás lo fue ningún otro monarca.

»Agentes españoles afrancesados, partidarios de un tipo de gobierno como el que se refleja en la constitución de Bayona, han alentado al pueblo y le han prometido acabar con los abusos de los poderosos y defender la igualdad de todos ante la ley. Han prometido educación para todos y más derechos.

—Esas ideas proceden de su revolución.

—Por supuesto, pero han calado en muchos ámbitos de nuestra nación. Hay muchos maestros, profesores e intelectuales que ven con muy buenos ojos esas ideas. Pues bien, hemos decidido contraatacar a esas medidas políticas de los franceses con sus mismas armas. La nación española la gobierna ahora el Consejo de Regencia; lo formamos don Pedro de Quevedo, obispo de Orense, don Francisco de Saavedra, consejero de Estado, el almirante don Antonio de Escaño, don Miguel de Mendizábal, un mexicano que representa a todas las colonias españolas, y yo mismo.

—Eso quiere decir que van a proponer una constitución, según he oído decir.

—En efecto, coronel. Hemos convocado aquí en Cádiz a los diputados para que se reúnan en Cortes Generales y elaboren una constitución para los españoles. Será nuestra respuesta a la táctica política de los franceses. Nunca se ha hecho nada parecido en España y sabemos que chocará con muchas dificultades y no pocas trabas, pero es la única manera de salir del atolladero político y jurídico en el que nos encontramos metidos. Legalmente, y ruego que no salga de aquí esto que voy a decirle, José Bonaparte es el rey de España, pues en Bayona don Fernando VII le transmitió sus derechos dinásticos a Napoleón, y éste lo hizo a su hermano José. Pues bien, la única manera de acabar con esta situación es proclamar una constitución que declare solemnemente que la soberanía nacional radica en el pueblo español a través de sus representantes, y que son éstos los que deciden quién ha de ser su rey. Las demás normas ya saldrán por sí solas.

—Eso cambia muchas cosas en este país.

—Lo cambia todo, Faria, lo cambia todo. Y para ello necesitamos de hombres como usted. Su valor en Trafalgar y Zaragoza no ha pasado desapercibido; su hoja de servicios es realmente brillante, y además es usted de condición nobiliaria. Si queremos que la nueva constitución ilusione a los españoles y les ofrezca un rayo de

esperanza, debemos ir todos unidos.

—El plan es excelente, mi general, pero Napoleón tiene la fuerza...

—Por el momento, aunque como ser humano ya está mostrando los primeros síntomas de debilidad. Imagino que ya sabrá que el Senado francés le ha concedido el divorcio de su esposa Josefina.

—Sí, me informaron de ello hace unos días.

—La razón es que anhela tener un hijo, y como con Josefina no lo conseguía, ha pedido la mano de la princesa María Luisa, la hija del emperador Francisco de Austria.

—Pero eso es peor si cabe, mi general; una alianza de Francia con Austria sellada con una boda significa que España no podrá resistir la presión de los franceses —supuso Faria.

—Desde el Consejo de Regencia no lo vemos así. Mire, coronel, Napoleón le ha retirado a su hermano José la autoridad efectiva sobre Aragón y Cataluña, que ha decidido incorporar directamente al Imperio, y su boda con una princesa echa por tierra toda su propaganda de igualdad; además, ya tiene un hijo con una polaca llamada María Waleska, un hijo bastardo.

—Muchos reyes los han tenido, y los siguen teniendo; no creo que eso vaya en su contra.

—Tal vez no, pero con este tipo de actitudes, Napoleón se ha sumido en un verdadero cúmulo de contradicciones: dice defender los valores republicanos de la Revolución pero se corona emperador, proclama la igualdad de todos los seres humanos pero se divorcia de su esposa para casarse con una princesa, plantea para los españoles una constitución católica pero él incumple y se burla de los sacramentos. Ahí es donde debemos golpear para denunciar las contradicciones y mentiras de Napoleón.

»Por otra parte, le imagino sabedor del paradero del general Palafox.

—Sí, me enteré en Zaragoza; me dijeron que está preso e incomunicado en Francia.

—En efecto, pero no sabemos dónde. Nuestros espías nos dijeron que estaban preparando un calabozo para él en el castillo de Vincennes, pero no lo hemos podido corroborar.

—Defendió con gran valor Zaragoza...

—Pero a costa de cincuenta mil muertos.

—Sé que no se lleva bien con él, pero yo estuve a su servicio y puedo asegurarle que siempre se portó como un buen patriota y su actitud fue la de un digno militar.

—No lo dudo, coronel, no lo dudo. Bien, vuelva a su trabajo en la defensa de la isla de León, pero protéjase, le necesitaremos pronto.

—¿Para alguna misión concreta, general?

—Sí. El Estado Mayor quiere encargarle que organice partidas de guerrilleros en Andalucía, como ha hecho en las sierras de Castilla, pero eso será dentro de unas semanas. Ahora debemos centrar todo nuestro esfuerzo en convertir a la isla de León y a Cádiz en una fortaleza inexpugnable. Ustedes a punto estuvieron de lograrlo en Zaragoza; ahora lo conseguiremos aquí.

Capítulo IX

LAS fortificaciones estuvieron listas en pocos días. La ciudad de Cádiz está situada sobre una península rocosa unida al continente por una estrecha lengua de tierra. Si se controla el mar, su posición es prácticamente inexpugnable. Los españoles dominaban Cádiz y la isla de León, una zona estratégica al otro lado de la bahía. Los franceses colocaron sus baterías frente a la ciudad y, ante la negativa de rendición de los gaditanos, se inició el bombardeo.

Siguiendo una táctica ya empleada en Zaragoza, las bombas de la artillería francesa comenzaron a caer sobre Cádiz. Dada la imposibilidad de conquistar la plaza mediante un ataque directo o de rendirla por asedio, pues a través del puerto los británicos suministraban todo lo necesario, el mando francés optó por castigar a la población con un incesante bombardeo. Todos los días las baterías francesas lanzaban sus proyectiles sobre Cádiz y la isla de León, en cuya iglesia se habían reunido los diputados encargados de redactar una constitución.

Los miembros del Consejo de Regencia sabían que mantener la defensa de Cádiz era la única esperanza de los españoles para recuperar su independencia, y transmitieron a sus tropas y a los vecinos un único mensaje: resistir.

Una copla se convirtió pronto en la cantinela que repetían los gaditanos cuando el ánimo parecía decaer:

*Con las bombas que tiran los fanfarrones,
se hacen las gaditanas tirabuzones.*

El asedio se intensificó en el mes de marzo de 1810. Una tarde varios navíos españoles escoltados por otros británicos estaban arribando al puerto cargados de suministros. El cielo estaba muy encapotado y amenazaba lluvia. Cuando las naves enfilaban la entrada a la bahía, se desencadenó una feroz tormenta que arrastró a varios barcos españoles hacia la zona de costa que controlaban las baterías francesas.

Faria y Morales estaban destacados en un malecón ubicado en la zona urbana que da a la bahía. Habían acudido allí para encargarse de la intendencia y dirigir la descarga de municiones que traía una de las fragatas. Al desencadenarse el temporal, una lluvia intensa y racheada comenzó a empaparlos, a la vez que el viento arrastraba a los barcos lejos del puerto.

—Mire, coronel, el viento está empujando a nuestros navíos hacia las posiciones francesas.

—Maldita sea, van directos a ellas.

Los vientos arreciaron hasta alcanzar una fuerza tal que varios navíos se hicieron

ingobernables. La mayoría perdieron las velas, varios zozobraron y sus tripulaciones se lanzaron al agua.

De repente, las baterías francesas de ese lado de la costa comenzaron a disparar a los navíos desarbolados y a algunos botes donde se habían embarcado los náufragos.

—¡Hijos de puta! Están disparando a los náufragos, coronel —avisó Morales.

Y así era; los franceses habían comenzado a descargar tandas de cañonazos sobre las naves a la deriva y sobre los botes de salvamento que acababan de ser arrojados al agua para que los náufragos pudieran alcanzar la costa.

Faria no lo podía creer; desde el malecón del puerto gaditano contemplaba en medio de la tormenta la masacre que se estaba desarrollando delante de sus ojos sin que pudiera hacer nada. La tempestad arreció y los navíos fueron engullidos por las olas, algunos de ellos envueltos en llamas provocadas por la artillería francesa. Muy pocos marineros consiguieron llegar a la costa vivos.

—Esta guerra va a ser muy sangrienta. Cada acción no hace sino despertar más odio y más inquina en cada uno de nosotros. Yo creí que lo ocurrido en Zaragoza no volvería a repetirse jamás, pero los seres humanos somos capaces de lo peor.

»Sargento, ordene a los conductores de las carretas que quiten las lonas y se dispongan a cargar a los heridos; aquí ya no tenemos municiones que recoger. Y usted quédese aquí conmigo, tal vez podamos rescatar a algún superviviente, aunque me temo que lo único que traerán a la orilla esas aguas serán cadáveres.

Faria se arrebujo en su capote y escrutó la superficie de las olas embravecidas; dos botes con una docena de hombres cada uno trataban de llegar hasta el puerto, luchando desesperadamente contra el oleaje y los vientos. Uno de ellos fue alcanzado en el costado por una ola y volcó; el mar se tragó a todos sus tripulantes. El otro pudo bogar hasta cerca del malecón, pero las olas golpeaban con fuerza las rocas y el desembarco parecía imposible.

El coronel les gritaba desde la orilla, indicándoles que se acercaran a una distancia suficiente como para poder largarles un cabo. El ulular del viento y el rompimiento de las olas en las rocas hacía imposible que lo oyeran, pero al menos veían sus gestos y lo comprendieron. En un esfuerzo supremo, los marineros del bote consiguieron colocarse muy cerca, pero una ola enorme levantó la barca como si fuera una cuartilla de papel, la agitó en lo alto de la cresta y la lanzó contra las rocas provocando un enorme estrépito. Los ocupantes fueron volteados como marionetas rotas y arrojados sobre el muelle.

Morales aulló como un lobo herido y corrió hacia el lugar donde habían caído los marineros. Seis estaban muy malheridos, dos no podían siquiera moverse y tres habían muerto. Los colocaron sobre las carretas y los condujeron a uno de los hospitales que se habían habilitado para atender a los heridos.

—Cogería a esos franceses por el gaznate y los estrangularía uno a uno —dijo

Morales ebrio de ira.

—Ya llegará ese momento; ahora regresemos a nuestro acuartelamiento. Habrá que racionar la munición; hasta dentro de quince días no recibiremos otro cargamento.

* * *

Faria estaba en su pequeña cámara del cuartel de intendencia leyendo un libro de poemas de Manuel José Quintana. Los bombardeos franceses sobre la isla de León no cesaban, pero no podían impedir que los suministros británicos mantuvieran bien abastecidos a los gaditanos. El principal problema era el hacinamiento, pues la ya de por sí densa población habitual de Cádiz y de la isla de León, de unos cien mil habitantes, se había duplicado en los últimos dos meses.

Un par de golpes en la puerta le hicieron levantar los ojos del libro.

—Adelante —gritó.

—Coronel, acaba de llegar un mensajero con una carta del Consejo de Regencia. Es muy urgente —le anunció el sargento Morales.

—Gracias, sargento.

El conde de Castuera abrió la carta sellada y leyó su contenido. El general Castaños le ordenaba que se presentara enseguida en la sede de la presidencia del Consejo de Regencia.

—¿Es importante, señor?

—Creo que pronto nos iremos de Cádiz.

El general Castaños estaba esperando a Faria en compañía del almirante Antonio de Escaño, vocal del Consejo. Faria entró en el despacho, se cuadró ante sus superiores y los saludó marcialmente.

—Siéntese, coronel —le invitó el general Castaños—. Creo que ya conoce al almirante Escaño.

—Sí, señor.

—Siempre es un honor saludar a uno de los héroes de Trafalgar —dijo el almirante Escaño.

—Gracias, almirante, pero sólo cumplimos con nuestro deber.

—Vayamos al grano, Faria. Le hemos hecho venir porque en el Consejo hemos decidido que las partidas de guerrilleros deben seguir combatiendo, pero han de hacerlo bajo un mando único y con la mayor coordinación posible. Hemos de lograr que su eficacia sea máxima, y para ello hemos nombrado a don José Joaquín Durán como mando político. Es un oficial que ya está retirado del ejército, de manera que él dirigirá la coordinación de todas las partidas pero el mando militar estará bajo su responsabilidad.

—¿Bajo la mía? —demandó Faria.

—Sí, coronel. El Consejo de Regencia ha decidido que ejerza usted el mando militar de todas las partidas de guerrilleros, a las órdenes directas de don José Joaquín. Esta misma tarde deberá reunirse con él y establecer un plan que deberán presentar el viernes a este Consejo.

—Mi general, el viernes es pasado mañana —alegó Faria.

—La guerra no puede esperar. El viernes a mediodía necesitaremos ese plan. Mi ayudante lo acompañará ahora ante Durán. Puede retirarse.

Faria se levantó, saludó a Castaños y a Escaño y salió del despacho.

* * *

Durante dos días, rodeados de planos y mapas de España y de sus principales ciudades, Durán y Faria trabajaron intensamente para ultimar el plan que les había pedido el Consejo de Regencia. Convinieron en que la única posibilidad de que tuviera éxito era que el mismo Faria saliera de Cádiz y se encargara de establecer contacto con las partidas ya organizadas, y de darles las órdenes necesarias para poner en práctica acciones comunes y coordinadas.

Con la mayoría del ejército regular español concentrado en Cádiz y con algunos regimientos dispersos por comarcas españolas todavía no controladas por los franceses, los guerrilleros eran la verdadera preocupación del ejército francés. Dirigidas por individuos de extracción muy diversa, desde curas hasta comerciantes, las partidas de guerrilleros acosaban a las tropas francesas en todas partes, lanzando ataques sorpresa en desfiladeros, pasos de montaña, zonas boscosas o vados de ríos.

Los mandos franceses no sabían cómo combatir a estos guerrilleros. En los últimos meses habían llevado a cabo una feroz represión contra los que eran capturados o incluso contra sus familias. Habitualmente, los guerrilleros apresados eran fusilados en el campo, sin juicio previo, a pesar de que eran considerados por las autoridades francesas como delincuentes y no como combatientes. En otras ocasiones eran conducidos a la ciudad más próxima bajo control francés y allí eran ahorcados en la plaza pública, a la vista de todos, como método de escarmiento general para la población. No había faltado la represión contra los familiares de los guerrilleros. Cuando uno de ellos era identificado, sus padres o hermanos solían sufrir las consecuencias de la venganza de los franceses.

La lucha por ambas partes se había convertido en una verdadera carnicería en la que se trataba de hacer cada vez más daño y provocar más dolor al enemigo, intentando amedrentarlo con torturas horribles.

Se decía que algunos soldados franceses capturados por la guerrilla habían sido colocados bocabajo, atados en una cruz aspada y asados a fuego lento; otros habían

sido medio enterrados en el suelo y les habían lanzado piedras hasta matarlos; otros habían sido desollados o heridos con cuchillos y dagas hasta que se habían desangrado como cerdos en la matacía.

Las atrocidades cometidas por los soldados franceses no iban a la zaga. Algunos pueblos habían sido asaltados con extrema virulencia, y sus habitantes sometidos a torturas para son sacarles el lugar donde escondían sus riquezas, o para extraer información de las guaridas de los guerrilleros. En algunos pueblos decenas de hombres habían sido masacrados y sus cadáveres, o incluso algunos de ellos todavía vivos, habían sido colgados de los árboles, a veces incluso desmembrados.

El mismo Faria había visto en un pueblo cerca de Madrid varios cadáveres de campesinos colgados de un árbol deshojado; la mayoría tenían cortados a tajos brazos y piernas, y no pocos tenían el pene y los testículos mutilados; los franceses se los habían colocado en la boca.

Pero sin duda, las peor libradas eran la mujeres. Los franceses pero también los ingleses, los portugueses y los propios españoles violaban a las mujeres que sorprendían indefensas; lo habitual tras la entrada de un regimiento o de una partida de guerrilleros en un pueblo era que los hombres fueran apresados y torturados, y algunos ejecutados, y las mujeres violadas, sin importar su edad o su condición.

Una de las presas que solían preferir los franceses eran los conventos y los monasterios, debido a su indefensión y a las riquezas que se suponía que atesoraban. Centenares de conventos fueron saqueados y, si se trataba de cenobios femeninos, sus monjas solían ser violadas por la soldadesca. Los generales franceses no hacía nada para impedir aquella ignominia, a pesar de que Napoleón, escandalizado por las noticias que le llegaban acerca del comportamiento de algunas de sus tropas en España, dictó una orden para que sus soldados se comportaran como militares de honor y no como bandoleros. Aquella orden jamás se cumplió, y los generales siguieron permitiendo a sus hombres todo tipo de abusos, violaciones y saqueos.

Durán y Faria presentaron a los miembros del Consejo de Regencia el plan de coordinación de las guerrillas, a pesar del escaso tiempo que les habían otorgado.

—Señores —comenzó a exponer Durán en una de las salas del Consejo—, hemos llegado a la conclusión de que la mejor manera de lograr una coordinación de las partidas de guerrilleros es que este Consejo dicte unas normas comunes para que las cumplan todos; un borrador con esas normas está contenido en este memorial. Desde luego, todas las tropas en armas deben someterse a la disciplina militar, sea cual sea su formación, su procedencia o su grado.

Durán entregó unas cuartillas al general Castaños.

—¿Cómo van a operar? —preguntó el presidente del Consejo.

—El coronel Faria se encargará de contactar con los principales cabecillas de las partidas de guerrilleros. Hemos elaborado una lista con los más importantes; en ella

consta su nombre, su apodo, sus datos personales, su extracción, la zona geográfica donde actúa y el número de hombres que dirige cada uno de ellos —Durán mostró la lista a los miembros—. Hemos estimado que en toda España hay luchando unos treinta y cinco mil guerrilleros, pero deberíamos doblar esa cifra en los próximos meses.

—Mi misión, si ustedes la aprueban —intervino ahora Faria—, consistirá en entrar en contacto con esos cabecillas, transmitirles las instrucciones del Consejo y darles las órdenes contenidas en el memorial.

—Creo que han hecho un buen trabajo, pero antes de dar nuestra aprobación debemos estudiar este informe. Preséntense aquí el lunes a esta misma hora —terció Castaños—. Y usted, Faria, aproveche estos dos días para descansar, es probable que le haga falta.

El permiso concedido a Faria era inútil. No podía salir de Cádiz, ni hacer nada fuera de lo habitual. Fue entonces cuando de nuevo echó de menos a Cayetana, que se había quedado en Sevilla en el convento de monjas de Santa Clara. Rezó para que no hubiera sido asaltado por la soldadesca francesa o por la chusma española y para que Cayetana se encontrara bien, y se dedicó aquellos dos días a leer los *Ensayos poéticos* de Juan Bautista Arriaza y *La inocencia pedida*, un extenso poema de Félix José Reinoso. No era un gran lector de poesía; prefería la historia, y en particular las crónicas que narraban los hechos de los grandes conquistadores, quizá porque siendo un niño su padre le leyera algunas páginas de las gloriosas hazañas de Hernán Cortés o de Francisco Pizarro, pero en aquellos momentos de sangre y lágrimas encontraba en la lectura de poesía la única manera de olvidar, siquiera por unas horas, la brutalidad de la guerra.

* * *

Castaños comunicó a Faria y a Durán que su plan había sido aprobado sin apenas retoques.

—Coronel, prepárese para zarpar esta misma semana. El miércoles llegarán varias fragatas británicas. Una de ellas le llevará hasta Lisboa. Allí se entrevistará con el mando inglés; debemos coordinar con los británicos y los portugueses nuestras acciones militares —le ordenó Castaños a Faria.

—Señor, si me permite... —dijo Faria.

—Diga, coronel.

—Los ingleses están destruyendo nuestras instalaciones industriales a propósito. Lo vimos el sargento Morales, al cual necesitare en mi misión, y yo mismo en el norte de Extremadura. Es una táctica preconcebida, señor. Destruyen nuestros telares con la excusa de la guerra, arrumban nuestros batanes y dejan tras ellos la tierra

quemada. No sé si realmente son nuestros aliados o nuestros enemigos, mi general.

—Lo sabemos, Faria, lo sabemos. Inglaterra ya está preparándose para después de la guerra. Sus comerciantes saben que cuando todo esto acabe habrá que reconstruir media Europa, y habrá que fabricar paños y telas, y fundir hierro y latón, y ellos tendrán sus fábricas y fundiciones en marcha y las nuestras y las francesas estarán arrumbadas. Todo eso lo sabemos, coronel, pero no tenemos otra opción que aliarnos con ellos. Si Inglaterra nos retirara su apoyo logístico y sus suministros, Cádiz caería en un mes y España perdería cualquier esperanza de seguir luchando por su independencia.

»Una parte de su trabajo consistirá en que los británicos proporcionen a la guerrilla armas y municiones, y en que mantengan las líneas de suministro abiertas desde Portugal.

—Señor, los ingleses no nos ayudan para vencer a Napoleón, sino para sustituirlo en su loca idea de dominio del mundo.

—Son nuestros aliados, y como tales los hemos de tratar, coronel.

—No lo eran en Trafalgar.

—Yo tampoco olvido aquellas heridas, pero están cicatrizadas. Ahora tenemos abiertas otras, mucho más profundas, y éstas pueden provocar nuestra muerte como nación. Si el remedio es Inglaterra, bienvenido sea.

Capítulo X

A finales de marzo de 1810 Faria y Morales embarcaron en una fragata inglesa que recorría regularmente el trayecto entre Lisboa y Cádiz, transportando alimentos y municiones a los gaditanos. La intención de Faria era organizar la resistencia de las guerrillas en pleno corazón del dominio francés en la Península. Su misión consistía en dotar a las partidas de guerrilleros de una organización militar y un código de disciplina, y sobre todo en establecer un plan de intervenciones militares coordinadas, de modo que cada partida de guerrilleros estuviera en contacto con las más próximas para ayudarse mutuamente y para organizar los ataques a los franceses de manera que fueran lo más eficaces y contundentes posibles.

Castaños le había firmado una carta dirigida al comandante británico en Portugal, con el cual debía entrevistarse Faria. Ya en Lisboa, esperó varios días hasta ser recibido por el ministro de Guerra portugués. Los franceses habían detenido por unos días las operaciones militares en la Península, quizá para celebrar la boda del emperador con la archiduquesa María Luisa de Austria. Con ella, y la alianza o al menos la no hostilidad entre esas dos naciones, Inglaterra recibía un duro golpe diplomático. Los británicos habían confiado en que una guerra entre Austria y Francia mantendría a buena parte de los efectivos franceses ocupados en el centro de Europa, y así la Península quedaría más desprotegida, pero con aquella boda y el final de las hostilidades, Wellington estimaba que Napoleón en persona vendría a dirigir la guerra en España.

No fue así; Napoleón nombró al mariscal Masséna, uno de los generales más prestigiosos de Europa, comandante en jefe de los ejércitos imperiales en la Península. Wellington comentó a los oficiales de su Estado Mayor que Masséna era, después del propio Napoleón, el militar más preparado del ejército francés.

Los planes de Masséna parecían claros; su objetivo era echar a los ingleses de Portugal, ocupar Lisboa y cortar así las bases de suministros que desde allí abastecían a Cádiz y a Gibraltar. Si caía Portugal, Inglaterra tendría serias dificultades para mantener su línea de abastecimiento a través del Estrecho, de modo que su presencia en el Mediterráneo quedaría muy comprometida.

Una vez escuchados en Lisboa, Faria y Morales fueron enviados a España; su misión era ahora mucho más importante, pues debían organizar una ofensiva permanente de los guerrilleros en la retaguardia de los franceses, de modo que el ejército francés para la invasión de Portugal, cuyo ataque se preveía inminente, no tuviera las espaldas cubiertas.

Faria y Morales entraron en España a través de la sierra de la Estrella y enseguida se pusieron en contacto con las partidas de guerrilleros que actuaban en la región de Salamanca y Ávila. Una a una fueron organizando a las guerrillas, transmitiéndoles

las órdenes dictadas por el Consejo de Regencia desde Cádiz, en las cuales se indicaba que todas las tropas españolas en conflicto quedaban sometidas a la disciplina y régimen militares, fuera cual fuera su composición y su campo de acción.

Durante varias semanas recorrieron las montañas de Somosierra y organizaron a varias partidas que luchaban contra los franceses sin otro objetivo que robarles algunos caballos, bagajes e impedimenta.

En una cueva en Somosierra, adonde llegaron a finales de mayo, convocaron una reunión de los principales cabecillas de las partidas guerrilleras de Castilla. Faria transmitió las instrucciones emanadas del Consejo de Regencia y conminó a los jefes guerrilleros a no cejar en sus ataques a los franceses. Al final de la reunión, Faria les alentó dándoles la esperanza de alcanzar el triunfo final si resistían lo suficiente.

—No estoy seguro del patriotismo de esos hombres; creo que luchan por su interés y no por el de la patria —le confesó Faria a Morales aquella noche, mientras comían un poco de queso, pan y embutido seco.

Acabada la reunión, los cabecillas de las partidas se habían dispersado aprovechando la caída de la tarde, mientras Faria y Morales habían decidido pasar la noche ocultos en la sierra. Al día siguiente se encaminarían a Madrid.

El coronel había pensado en regresar a la capital para intentar organizar un núcleo de resistencia clandestino y a la vez enterarse de la situación en la corte del rey José I. El hermano de Napoleón estaba muy enojado; desde que fuera nombrado rey de España por el emperador había tratado de comportarse como tal, y se había acercado a los españoles nombrando a algunos de ellos para puestos importantes de su administración, pero carecía de control efectivo sobre la fuerza militar. El ejército estaba dirigido por Napoleón, quien otorgó plenos poderes militares a sus mariscales y generales en la mitad norte de España y en Andalucía, en detrimento de la autoridad de José I.

En verdad, la autoridad de José I estaba muy reducida, pues eran los mariscales quienes realmente gobernaban las regiones de España bajo su control. En contra de las intenciones de José I, los mariscales habían instaurado en todas las regiones españolas a su mando un verdadero gobierno del terror; las requisas de bienes, las expropiaciones disfrazadas de impuestos, la represión política y social, las violaciones de mujeres, los saqueos indiscriminados, las ejecuciones sumarias y sin juicio previo, la injusticia y la brutalidad eran acciones habituales, de modo que el odio de los españoles hacia los franceses no cesaba de ir en aumento, pese a los esfuerzos de José Bonaparte por intentar congraciarse con el pueblo español.

Los franceses habían sometido las zonas controladas por ellos a un verdadero régimen de opresión. Como quiera que su presencia más importante radicaba en las ciudades, todos los aspectos de la vida cotidiana en ellas fueron regulados; así, se impusieron rígidas normas para todo: los coches no podían circular deprisa, no

podían detenerse a conversar grupos de más de tres personas en las calles y plazas, era necesario un salvoconducto firmado por una autoridad militar francesa para salir de una ciudad, los perros no podían vagar por las calles, que debían ser limpiadas con regularidad, y en los carnavales se prohibió el uso de máscaras. La vigilancia era constante por parte de patrullas de soldados, que una y otra vez recorrían las calles armados con fusiles y sables.

Los franceses controlaban la mayoría de las ciudades, pero no podían llegar a todos y cada uno de los miles de pueblos de España, de modo que las guerrillas encontraban en el campo su refugio y su lugar de acción. Los mariscales franceses comenzaban a desesperar por este tipo de guerra, al cual se veían incapaces de hacer frente con eficacia. Sólo en la represión brutal e indiscriminada encontraban respuesta a las acciones guerrilleras, hasta tal punto que el mariscal Soult, jefe de los ejércitos franceses en Andalucía, promulgó en Sevilla un decreto por el cual amenazaba con ejecutar a los habitantes de los pueblos que no opusieran resistencia a las guerrillas.

Faria había sido puesto al corriente de la situación, y por ello decidió ir a Madrid. Los cabecillas guerrilleros le habían explicado las enormes dificultades que había para entrar o salir de la capital, y el peligro que corría si lo intentaba, pero Faria les dijo que tenía que acudir a Madrid como fuera, pues la información que podía obtener sería crucial para el futuro de la guerra.

—¿Cómo entraremos en Madrid, coronel? —le preguntó el sargento Morales.

—Usted se quedará aquí, Isidro; iré yo solo.

—No puedo dejarlo...

—Es una orden, sargento. Si caigo, usted proseguirá nuestra misión. Además, si voy solo tengo alguna posibilidad de engañar a los franceses. Cuando Cayetana y yo nos encontramos con usted en la sierra, veníamos de Madrid. Yo poseo allí casa y las autoridades francesas me consideran un noble afrancesado que está dispuesto a ser fiel al rey José a cambio de no perder su hacienda. Me dirigiré hacia Madrid y me presentaré ante la primera patrulla francesa que me tope en el camino. Diré que regresaba de un viaje a mi hacienda en Castuera y que unos guerrilleros me asaltaron y me robaron; es probable que me crean.

»En cuanto a usted, permanezca en la serranía y continúe con nuestro plan. Si todo va bien, nos encontraremos aquí mismo el último domingo de agosto. Y si yo no regresara o fuera apresado, entonces vuelva a Cádiz.

Morales frunció el ceño.

—No me gusta dejarlo así —dijo el sargento.

—Sé cuidarme. Además, yo solo no despertaré sospechas. ¿Qué pensarían los franceses si nos ven aparecer a los dos camino de Madrid? ¿Qué pensaría usted en su lugar?

—Tal vez tenga razón, coronel.

A la mañana siguiente los dos militares se despidieron. Morales se marchó hacia el norte para seguir combatiendo en la guerrilla y Faria emprendió a pie el camino hacia Madrid. Desde la zona de la sierra donde se encontraban hasta la capital había más de una jornada andando, de modo que el coronel decidió buscar la carretera de Madrid a Segovia y avanzar por ella hasta que se topara con una patrulla francesa.

Los franceses le dieron el alto cerca de Colmenar. Un teniente de caballería que mandaba un pelotón de unos veinte hombres se quedó extrañado al ver a un caminante solitario, sin equipaje, dirigiéndose a Madrid sin otra ropa que un pantalón ajado y una camisa medio rota.

—¿Hablas mi idioma? —le preguntó el teniente en francés.

—Sí, sí, gracias al cielo que lo encuentro, teniente —respondió Faria.

—¿Quién eres?

—Me llamo Francisco de Faria y soy conde de Castuera; vivo en Madrid, en mi propia casa. Soy fiel y leal al rey José y al emperador. Salí de Madrid hace unos meses para ir a mi hacienda en Extremadura y unos malvados bandoleros me apresaron en el camino. Me robaron cuanto llevaba y me tuvieron secuestrado hasta ayer, que me soltaron en estas montañas.

—Esos bandidos suelen matar a sus víctimas —adujo el teniente.

—Yo les prometí que les daría dinero si me soltaban. Mi hacienda en Castuera es próspera y extensa, y genera muchas rentas.

—Esos asesinos no tienen palabra. ¿Qué les has prometido para que te dejaran vivir?

—Ya se lo he dicho, teniente, les prometí mucho dinero si me soltaban vivo. Los convencí diciéndoles que muerto no valdría nada para ellos, pero que si me permitían vivir podría recompensarles.

—¿Cómo puedo saber que eres quien dices?

—Lléveme a Madrid, teniente, allá lo podrá comprobar. Le repito que soy conde y fiel vasallo de don José.

El teniente se pasó la mano por la barbilla y se atusó un fino y largo bigote.

—De acuerdo. Pero si no es cierto lo que me has contado, yo mismo te rebanaré el cuello.

—Es cierto, teniente, por la santísima Virgen de Guadalupe que cuanto le he dicho es la verdad.

Capítulo XI

JOSÉ I Bonaparte estaba incómodo. Era el rey de España, pero su autoridad apenas quedaba limitada a Madrid. Su hermano el emperador era el verdadero dueño del reino que hasta mayo de 1808 rigieran los Borbones. Pese a que había estado feliz como rey de Nápoles, cuando su poderoso hermano lo nombró rey de España asumió su nuevo trono con la idea de desarrollar en ese nuevo país una tarea similar a la que había llevado a cabo en Nápoles, donde la mayoría de la población lo había aceptado con cierto agrado incluso.

Pero en España había sido muy distinto. Desde su llegada, los españoles lo habían rechazado, le habían asignado vicios que no tenía y lo habían tildado de borracho cuando en realidad era abstemio. José Bonaparte no comprendía a los españoles; no podía entender cómo podía ser posible que anhelaran la vuelta al trono de un individuo tan despreciable como Fernando VII, capaz de calumniar a su propia madre y de traicionar a su padre para hacerse con el trono.

No se sentía soberano de un verdadero reino, sino un títere al servicio de su hermano Napoleón, que lo utilizaba como le convenía en cada momento. José había querido ser el rey de los españoles, modernizar el país, dotarlo de una constitución avanzada que trajera a España los ideales de la Revolución, o lo que quedaba de ellos, que hiciera posible el progreso de las artes, las letras y las ciencias.

Por ello, y ante la imposibilidad de gobernar otras parcelas, José I estaba procurando un gran impulso a la cultura; quería dotar a Madrid de un gran museo en el Prado, en el que se mostraran las extraordinarias colecciones de pintura de la monarquía española, y fundar en cada capital de provincia, según la nueva forma de división territorial que se había aplicado al país, una escuela superior al estilo de los liceos fundados en Francia.

Sin embargo, sus ansias de ejercer como soberano efectivo se veían una y otra vez truncadas por las órdenes de Napoleón, cuya megalomanía iba en aumento; aquel verano de 1810 el emperador se anexionó Holanda y dispuso que Andalucía fuera administrada directamente por el mariscal Soult. Esa decisión era una verdadera bofetada directa al orgullo de José Bonaparte.

Para granjearse el afecto de los madrileños, José I siguió organizando y asistiendo a todo tipo de festejos que gustaban a los españoles. Sin duda, las corridas de toros eran el acto festivo más importante de cuantos se celebraban en las ciudades y pueblos de España. Al rey José no le agradaban, pero asistía a cuantas se celebraban en Madrid para demostrar a los españoles que quería compartir con ellos sus gustos.

Faria había sido conducido a Madrid, y ante sus súplicas para ser recibido por el rey José y así demostrarle su fidelidad, fue llevado a palacio. Previamente se había comprobado su identidad, se había preguntado al matrimonio que había dejado al

cuidado del palacio y se le había permitido ir a su casa, donde se había vestido para la ocasión; en la bodega, bien oculto, seguía disponiendo de mucho dinero.

José I necesitaba el apoyo de todos los españoles que se lo ofrecieran, y cuando le dijeron que el conde de Castuera, un noble extremeño, quería rendirle pleitesía y jurarle fidelidad, el rey de España no dudó en recibirlo.

Faria entró en el Palacio Real vestido con un uniforme que se acababa de comprar en una sastrería de la calle de Alcalá. Se había colocado en el pecho una enorme medalla que identificaba a los combatientes en la batalla de Trafalgar, donde españoles y franceses habían luchado juntos contra los ingleses en octubre de 1805.

El rey se dirigió a Faria en español, y el conde de Castuera respondió a su saludo en francés.

—En español, señor conde, en español. Soy el rey de España —dijo José I con un acento nasal muy acusado.

—Por supuesto, majestad.

—Me han dicho que vuestro condado está en Extremadura.

—Así es. Heredé de mi padre la hacienda de Castuera, una propiedad muy extensa con campos de trigo y olivares. Era próspera antes de la guerra, pero creo que los ingleses la arrasaron en su retirada hacia Portugal el año pasado. Precisamente iba hacia allí cuando me apresaron esos bandidos, me robaron y me mantuvieron secuestrado.

Francisco de Faria contó en pocas palabras a José I las mismas mentiras que había relatado al teniente al que se entregó camino de Madrid.

—Lo que ahora importa es que ya estáis a salvo.

—Mi deseo es ofrecer mi fidelidad y lealtad a vuestra majestad. Esta guerra está desangrando nuestra patria y creo que vos sois el remedio a nuestros males. Yo luché en Trafalgar; entonces nuestras banderas combatían en el mismo bando, y creo que así deberían haber seguido luchando.

—Me confortan mucho vuestras palabras, conde, pero no todos los españoles piensan como vos.

—Sin duda porque no os conocen, majestad.

—Hago cuanto puedo para ganarme a los españoles; mañana mismo celebraremos una corrida de toros en la plaza Mayor, os invito a que me acompañéis en el palco —dijo José Bonaparte.

—Gracias majestad, será un honor.

—En ese caso, os espero en el palco real.

—Allí estaré.

* * *

Faria regresó a su casa. El matrimonio de criados que había contratado meses atrás para cuidar del palacio había cumplido bien su cometido. Además, la mujer era una excelente cocinera. Aquella noche pudo descansar tranquilo, tras haber cenado un buen cocido de carne y legumbres y un esponjoso pastel de pasas.

Al día siguiente se dirigió a la plaza Mayor. En la entrada al palco real, que estaba protegida por varios soldados franceses, se identificó. El teniente de la guardia comprobó la lista de invitados reales y certificó que entre ellos se encontraba el conde de Castuera. Lo dejó pasar, no sin antes pedirle permiso para cachearlo, por cuestiones de seguridad de su majestad el rey José, adujo el teniente.

El rey Intruso, como llamaban a José I los españoles, estaba en el palco rodeado de una docena de invitados. Todos tenían en las manos copas de cristal con vinos y licores, pero el monarca sólo bebía agua en un vaso que de vez en cuando un criado le acercaba tras enfriarlo con nieve que se conservaba en un barril de madera. Era pleno verano y las montañas de la sierra no tenían un solo copo de nieve, pero durante el invierno se habían llenado unos enormes depósitos subterráneos, llamados neveras, en los cuales se almacenaban capas de nieve entre recubrimientos de paja que la mantenían durante todo el año y se utilizaban en verano para enfriar las bebidas, conservar algunos pescados o elaborar sorbetes de frutas.

—¡Ah!, mi buen amigo el conde Castuera —dijo José I al ver a Faria—. Ya creía que no vendríais.

—Perdonad, majestad, pero creí que la corrida era algo más tarde —se excusó Faria.

En ese momento sonó una trompeta para anunciar que iba a comenzar el festejo.

—Sentaos a mi lado, conde —le propuso el rey.

Faria inclinó la cabeza y agradeció el honor que José I le concedía.

La plaza estaba llena de gente: todos los balcones, alquilados para la ocasión, lucían mantones que las mujeres habían colocado sobre las rejas. Hacía calor, pero los hombres iban elegantemente vestidos con chaquetas y casacas y las mujeres con peinetas, mantillas y mantones primorosamente bordados.

Toreaban buenos toreros, aunque faltaban los dos más grandes, Pedro Romero y Pepe-Hillo, los dos grandes rivales hasta que en 1801 Pepe-Hillo murió en la plaza de Madrid corneado por un toro en presencia de la reina María Luisa y de don Francisco de Goya, quien dibujó la cogida en tres láminas con las que luego realizaría sendos grabados. Por su parte, Pedro Romero se había retirado en 1806, y aunque su presencia era demandada por los espectadores que asistían a las corridas, Romero se había negado a torear para los franceses.

Lucía un espléndido sol mediada la tarde y las señoras se cubrían de sus rayos con vistosas sombrillas, algunas de ellas fabricadas en París. La corrida comenzó con varios toreros que saltaban con pértigas por encima de un enorme astado; los

garrochistas burlaban al toro una y otra vez hasta que el animal, cansado de las burlas, mostró su mansedumbre y reculó para protegerse en las tablas. El director de la lidia, ante los abucheos de los espectadores, ordenó entonces que soltaran a la jauría de perros que se utilizaban para acicatear a los toros mansos. Media docena de podencos salieron sobre el albero y en cuanto divisaron al toro se lanzaron hacia él, acosándole con sus ladridos. El animal se arrimó todavía más a la barrera, mientras que los perros se envalentonaban y se acercaban peligrosamente a los cuernos del toro, que bajaba la cabeza hasta rozar el suelo con el hocico. De pronto, el astado se arrancó con fuerza y lanzó un derrote de izquierda a derecha que enganchó con el cuerno a uno de los canes por el vientre, lo ensartó y lo lanzó al aire con las tripas fuera. El olor a sangre del perro muerto excitó a los demás, que se lanzaron a morder al toro en las patas y a acosarlo por todas partes. La fiera hostigada se defendía lanzando derrotes en todas las direcciones, hasta que consiguió enganchar a otro de los cánidos. La cogida del segundo podenco alertó a los demás, que se retiraron sin dejar de ladrar a su enemigo.

Se abrió entonces uno de los portones de la plaza y los perros se retiraron prestos, a la vez que salía al albero un caballero portando una larga lanza. Al ver al equino y a su montura, el toro, que achuchado por los perros parecía enloquecido, se arrancó hacia caballo y caballero intentando cornearlos. La embestida fue de largo y el jinete pudo esquivar la primera acometida, haciendo girar al caballo hacia la izquierda, pero en una segunda ocasión el toro alcanzó el anca izquierda del jamelgo, quizá demasiado viejo y débil para realizar un segundo esfuerzo tan intenso, y le propició una contundente cornada. Herido en su pata trasera, el caballo trastabilló de manos y giró el cuerpo hacia la pata dañada, ofreciéndole el flanco al toro, que lo alcanzó de lleno en la barriga. El caballo se venció hacia su costado derecho, cayendo de lado y atrapando al jinete por la pierna derecha. El toro se cebó con el animal caído y le asestó una serie de violentas cornadas que abrieron unas enormes brechas en el vientre del caballo, por donde se desparramaron tripas, órganos, sangre y excrementos.

Los espectadores estaban acostumbrados a que los toros reventaran a algunos caballos durante las corridas, pues éstos salían a la arena sin ninguna protección, pero en la vorágine de sangre y polvo no se habían dado cuenta de que el jinete había quedado bajo el caballo apresado por la pierna. El pobre picador intentaba zafarse de aquella trampa y en su agitación el toro percibió el movimiento y fue a por él. Indefenso bajo su montura, recibió una cornada en pleno cuello que le seccionó la yugular, mientras los toreros intentaban en vano alejar al toro, que se había cebado con sus víctimas. Cuando lo lograron, caballo y caballero yacían inertes en medio de una gran mancha de barro oscuro.

José I se giró hacia Faria y le dijo:

—No me gustan las corridas de toros.

—Es la gran fiesta de esta nación —aseveró Faria.

—Por eso estoy aquí —añadió Bonaparte.

En la arena, mientras varios toreros despistaban al toro, unos operarios retiraron al caballo y al picador muertos.

—¿Os parece una fiesta demasiado sangrienta, majestad?

—Vos, conde, habéis combatido en Trafalgar y yo lo he hecho en varias batallas. En la de Ocaña hubo más de veinticinco mil muertos; los campos estaban cubiertos de tanta sangre que un secarral quedó convertido en un lodazal de barro rojo; ambos sabemos bien lo que es la sangre, no creo que una poca más nos altere.

Los toreros acabaron por rematar la faena y el maestro de la lidia liquidó al toro de una certera estocada.

Mientras dos mulillas lo arrastraban, dejando un reguero de sangre en la arena, Francisco de Faria se asombró al ver a dos mamelucos, los mercenarios egipcios enrolados en el ejército de Napoleón, vestidos de toreros sobre la arena.

—Majestad, ¿vais a dejar torear a esos mamelucos? —preguntó Faria.

—Sí. Me lo ha pedido el coronel de su regimiento. Quieren demostrar que los soldados del emperador también tienen el valor necesario para enfrentarse a un toro.

»Pero aprovechemos este momento de descanso para un brindis —José I se levantó y con él lo hicieron todos los asistentes al palco—. Mi hermano, el emperador, nos ha comunicado que su esposa la emperatriz María Luisa, mi augusta cuñada, está embarazada. Brindemos pues por esa gozosa noticia: el Imperio ya tiene un heredero.

En verdad que no había muchas más cosas por las que brindar en Madrid aquel verano de 1810. España estaba en guerra y algunas colonias americanas comenzaban a proclamar su independencia aprovechando la guerra en la metrópoli y la ausencia de un poder efectivo. Precisamente acababa de llegar a Madrid la noticia de que, a fines de mayo de ese mismo año, el general José San Martín se había rebelado en Río de la Plata y había proclamado la independencia de esa provincia del sur de América. A la vez, el indiano Simón Bolívar había encabezado una revuelta en la ciudad de Caracas y la había extendido por las posesiones españolas en la costa sur del mar Caribe. Y en México, la perla de las colonias, un cura visionario y radical pero culto e ilustrado, llamado Hidalgo, se había puesto al frente de los rebeldes contra España, había declarado abolida la esclavitud y había prometido devolver las tierras a sus legítimos propietarios, los indios. Media América española se había declarado independiente, y en la otra media no tardaría en cundir el ejemplo.

Y por si todo aquello fuera poco, ese año la cosecha, que ya se había recogido, había sido muy escasa. El trigo y el centeno recolectados no parecían suficientes como para cubrir la necesidades de pan de todo el año, de manera que los precios

subieron mucho y las autoridades francesas comenzaron a requisar ovejas, cabras, vacas y cerdos con los que alimentar a sus soldados. Para el próximo invierno la hambruna se vislumbraba como inevitable.

En España las cosas iban de mal en peor; los franceses seguían combatiendo en el norte de Cataluña, donde la resistencia se había enconado mucho, y la guerrilla, unida a lo que quedaba del ejército regular español, había logrado algunos éxitos en la zona de Teruel, en el sur de Aragón, gracias a las acciones sorpresa llevadas a cabo por el mariscal Villacampa.

La corrida acabó entre aplausos y vítores. Cuatro toros habían sido lidiados y seis caballos habían caído muertos. El picador también había muerto pese a que los cirujanos habían intentado sin éxito detener la hemorragia y salvarle la vida. Los dos mamelucos se habían llevado unos buenos revolcones y uno de ellos se retiró con una profunda herida en la pierna.

Faria había logrado lo que se había propuesto, pues el rey ordenó a uno de sus ayudantes de cámara que lo incluyeran en el listado de invitados a todas las fiestas y recepciones reales.

* * *

Sevilla estaba a doce jornadas de camino de Madrid. Allí permanecía Cayetana, esperando en el convento de Santa Clara la llamada de Francisco. El conde de Castuera ardía en deseos de estar con su amante, pero en esos momentos era muy peligroso dar un paso en falso que lo pudiera delatar. Si no quería ser descubierto, debía comportarse con mucho cuidado y calibrar cada paso que daba a fin de no levantar ninguna sospecha sobre sus verdaderas intenciones.

En Madrid se movía con cuidado, y aunque visitaba al rey con frecuencia, procuraba salir muy poco de casa para evitar ser reconocido por alguien que lo pudiera delatar. Lo solía hacer por las tardes, solo, y recorría algunas tabernas de Madrid intentando mantenerse al corriente de cómo se encontraban los ánimos de los madrileños. Para su desesperación, la mayoría del pueblo madrileño parecía haber aceptado el dominio francés, si no con agrado, al menos con resignación. Procuró introducirse en los círculos que conocía de sus anteriores estancias en la capital, pero no logró dar con ninguna organización clandestina que luchara, o lo intentara, contra la ocupación francesa.

Por lo que había oído decir, sabía que el pintor Francisco de Goya estaba en la capital, en su casa de la Puerta del Sol. El maestro, a quien por orden del general Palafox escoltara casi dos años atrás de Madrid a Zaragoza para que dibujara los destrozos causados por los franceses en el primer asedio, pintaba ahora retratos de mariscales y generales franceses.

Conocía a don Francisco, el pintor de Fuendetodos, y no le cupo duda de que su actitud hacia los franceses se debía al natural instinto de supervivencia, y no a un deseo de colaborar con los invasores.

Decidió ir a visitarlo a su casa de la Puerta del Sol.

Ante el criado que le abrió la puerta se anunció como un viejo amigo de don Francisco, de Zaragoza. El criado insistió en que le diera su nombre y Faria se limitó a decir que lo anunciara como el conde de Castuera.

Goya lo recibió enseguida. El maestro estaba serio y su rostro parecía más torvo que de costumbre. Hacía año y medio que no lo veía, pero lo recordaba más joven, por lo que pensó que la guerra había causado mella en él. Su sordera era ya casi absoluta.

—Gracias por recibirme, y os ruego, maestro, que me perdonéis por no haber avisado de mi intención con el tiempo debido.

—No importa, don Francisco. Siempre sois bienvenido a esta casa. Pero perdonad que me sienta intrigado por vuestra presencia en Madrid, la última vez que os vi estabais a las órdenes de Palafox ocupado en la defensa de Zaragoza, y ahora os encuentro aquí, caminando libremente por una ciudad ocupada por los franceses. ¿Acaso os habéis cambiado de bando?

Faria no sabía por dónde salir. Conocía a Goya y lo consideraba un hombre serio, pero dudaba si no se habría convertido en uno de tantos partidarios de José I, de modo que no podía revelarle su secreto; por otro lado, supuso que tal vez Goya creyera que Faria era un espía al servicio de los franceses, o quizás un agente doble. La cuestión es que en esos momentos pensó que había sido un error acudir a visitar a Francisco de Goya.

—Bueno —se excusó—, en realidad he venido a proponeros un encargo. Si recordáis, hace ya un tiempo que os sugerí la posibilidad de que me hicierais un retrato para colgarlo encima de la chimenea de la gran sala de mi casa solariega de Castuera, pero ahora he pensado que ese retrato estaría mejor en el salón de mi palacete de Madrid; lo vería más gente.

—Mentís mal, joven Faria, muy mal.

Goya llevaba una levita y sobre la mesa estaba su chistera, de modo que Faria dedujo que estaba a punto de salir de casa.

—No, maestro, es cierto, ya os lo dije en otra ocasión.

—Acompañadme.

Goya condujo a Faria a su estudio. Encima de unas mesas había decenas de dibujos a carbón, la mayoría eran bocetos de cuerpos semidesnudos y horriblemente mutilados, de soldados con rostros y rictus feroces, figuras monstruosas, como salidas de una pesadilla, y mujeres aterradas.

—Son estupendos, maestro, como siempre.

—Son la guerra, Faria, la guerra. Mirad, no sé si sois un agente de Bonaparte o un espía de Fernando VII, y, además, me importa un comino, y tampoco sé a qué habéis venido a mi casa, pero creedme si os digo que lo único que me interesa es el final de esta maldita guerra. ¿Veis? —Goya cogió un dibujo en el que dos hombres colgaban de un árbol leñoso. Estaban completamente desnudos; uno tenía las manos atadas a las espalda y los pies enlazados con una cuerda y estaba sujeto al tronco por los brazos, el otro estaba descabezado y sin brazos; su tronco colgaba boca abajo de las corvas, la cabeza estaba clavada en una de las ramas y los brazos colgaban de esa misma rama atados por las muñecas—. Esto no es producto de mi imaginación; esa misma escena la vieron mis ojos camino de Madrid. Me dijeron que eran dos guerrilleros que habían sido capturados en una refriega cerca de Guadalajara. Cuando los vi ya llevaban allí algunos días; a ambos les faltaban los ojos, se los habían comido los cuervos. ¿Y este otro? Es un ahorcado; su cuerpo colgaba de un árbol como un pelele de trapo. Un oficial francés lo contemplaba como quien observa desatento una nube o un pájaro. Tenía los pantalones bajados y estaban llenos de heces, sus propias heces. No, Faria, no son estupendos, son la guerra con todas sus miserias.

»Como bien recordaréis, pues vos mismo me escoltasteis hasta Zaragoza, el general Palafox me encargó una serie de estampas para que se pudiera ver la crueldad de los franceses ante Zaragoza. Quería presentar al mundo una ciudad mártir, con edificios derrumbados y trincheras abiertas, pero llena de héroes triunfantes ante el tirano. Pero la verdad de la guerra es ésta: hombres asesinados, mujeres violadas, huérfanos hambrientos... Y así la voy a reflejar en una serie de grabados; ya tengo preparadas ocho planchas. Ya no me interesan las banderas, Faria, ni las patrias, sólo los hombres y sus sufrimientos, sólo eso.

En un rincón del estudio había un caballete y sobre él un cuadro al óleo sin acabar con la figura de un general que Faria identificó con un mariscal francés por los entorchados, el uniforme y las condecoraciones.

—Ellos son los responsables de esta guerra, don Francisco —dijo Faria señalando el cuadro del mariscal.

—Todos lo somos un poco —se excusó Goya—. Siento que nos hayamos vuelto a ver en estas penosas circunstancias para nuestra nación —añadió.

—Yo también, don Francisco, yo también.

Faria hizo ademán de marcharse pero Goya se adelantó y lo sujetó por un brazo.

—No soy un traidor —asentó el maestro.

—Lo sé.

—Tengo que seguir viviendo.

—Como todos, don Francisco, como todos. Y además, usted tiene que pintar esos horrores para que nunca se olviden. Y si me permite, debo retirarme, el rey celebra un

concierto esta noche en el Teatro Real para festejar el embarazo de su cuñada. Parece que Napoleón pronto tendrá su ansiado heredero.

Al recoger su sombrero, Faria echó un vistazo a un libro que había encima de una mesa; eran *Poemas cristianos* de Olavide.

Capítulo XII

LO intentó durante todo el verano procurando no delatarse, pero Faria no logró organizar ni un solo foco de resistencia clandestina en Madrid. Nadie quería saber nada de enfrentarse a los franceses. La nobleza temía más a la chusma del populacho que a los soldados franceses, en los cuales veía una garantía para mantener intactos sus privilegios; los comerciantes más prósperos habían aumentado sus negocios gracias a los encargos de los oficiales y generales franceses y a la enorme cantidad de suministros que el ejército imperial demandaba; sólo los clérigos no veían con buenos ojos a los franceses, que en cuanto se lo proponían asaltaban los conventos y robaban los tesoros de las iglesias, y además recelaban de las ideas liberales de los gabachos; y el pueblo, demasiado ignorante y pobre, bastante tenía con sobrevivir día a día.

Allí ya no tenía nada que hacer. Ahora debía buscar un pretexto para poder salir de Madrid y acudir a la sierra al encuentro con Morales. Se acercaba el último domingo de agosto y necesitaba un salvoconducto para alejarse de la capital.

Se presentó en el Palacio Real y solicitó una audiencia a José I. El rey lo recibió dos días más tarde.

—Dispongo de unos pocos minutos, Francisco —el rey había adoptado cierta familiaridad con Faria—, el mariscal Masséna está preparando la invasión de Portugal y debemos coordinar nuestras acciones.

—Sólo necesito un salvoconducto, majestad —soltó Faria de improviso.

—¿Un salvoconducto?, ¿para quién, para dónde?

—Para mí, señor. Necesito regresar a Castuera; mis fondos se han acabado, ya no dispongo de rentas con las que sostenerme en Madrid, preciso ir a Castuera.

—Podéis solicitar un préstamo; hacedlo sobre vuestra casa como garantía —propuso Bonaparte.

—No tengo crédito, majestad.

—Vamos, sé que vivís en un palacete; cualquiera os adelantaría una buena cantidad con ese inmueble como aval. Esta guerra durará poco. Si todo sale como esperamos, Masséna atacará Torres Vedras y se plantará en Lisboa en un mes; todo Portugal caerá y esta situación habrá acabado. Y será entonces cuando España disfrute de una nueva época de paz y de prosperidad. Yo mismo me he comprometido a que así sea.

—Majestad, necesito ese salvoconducto. Os lo pido por favor; dejadme que vaya a mi hacienda.

José I se encogió de hombros, llamó a su secretario y le ordenó con premura que expidiera el salvoconducto. Francisco de Faria, conde de Castuera, quedaba facultado para salir de Madrid y para viajar a Extremadura. El documento llevaba el sello de José I, rey de España.

* * *

Compró dos mulas y un caballo, preparó dos baúles para no levantar sospechas, alquiló los servicios de cuatro criados y cargó su equipaje sobre una de las acémilas. A primera hora de la mañana salió de Madrid por la puerta de Toledo camino de Extremadura.

Faltaban algunos días para el último domingo de agosto, pero no podía esperar a la cita con Morales; la información que tenía era demasiado importante y unos días de retraso podían ser decisivos. Debía llegar a Lisboa cuanto antes.

En cuanto estuvo lo suficientemente lejos de Madrid, ordenó a los criados que había contratado para el camino que regresaran a la capital con las dos mulas.

—Si os preguntan por mí decid que continué camino con una patrulla de soldados franceses que encontramos. Id a mi casa y dejad allí las mulas y el equipaje. Mi criado en Madrid os recompensará.

Faria subió al caballo y lo espoleó hacia el oeste. El desliz cometido por José I en palacio era trascendente para la marcha de la guerra. Probablemente el rey no se había dado ni cuenta, pero con una sola frase había revelado los planes del mariscal Masséna y el lugar por donde los franceses habían previsto atacar Portugal.

* * *

Faria entró en Lisboa escoltado por dos dragones escoceses del ejército de Wellington. El vizconde estaba al mando de unos veinticinco mil hombres británicos y otros tantos del ejército regular portugués, pero esperaba la llegada de nuevos refuerzos; en Inglaterra no se confiaba demasiado en la victoria de Wellington. El pacto matrimonial de Austria y Francia había arrastrado a los británicos a un notable desánimo.

Faria acudió a la sede del Estado Mayor. A finales de agosto el clima de Lisboa es cálido y húmedo. En el palacio del vizconde de Wellington estaban abiertas las ventanas orientadas al norte y entreabiertas las orientadas al sur para que el aire circulara y disminuyera en lo posible la sensación de bochorno.

El recién nombrado vizconde de Wellington estaba sentado a la mesa de su gabinete; frente a él dos generales fumaban grandes puros y entre calada y calada saboreaban sendas copas de oporto.

Faria no hablaba inglés, pero Wellington sabía el suficiente español como para entenderse.

—¿Qué es eso tan urgente que no puede revelar sino a mí mismo, coronel? —le preguntó sin siquiera saludarlo.

—General —Faria se cuadró formalmente y permaneció firme.

—Vamos, descanse y siéntese. Y hable deprisa, tengo mucho trabajo esta tarde.

—El mariscal Masséna atacará en Torres Vedras; me lo ha dicho el mismo... — Faria estuvo a punto de decir «rey»— José Bonaparte.

—Si mis informes son correctos, su misión consistía en organizar grupos de partisanos y dotarlos de una coordinación, ¿no es así?

—Así es, general.

—En ese caso, ¿qué hacía usted en Madrid?

—Dejé a mi ayudante en la sierra y acudí a Madrid para intentar crear algún grupo de resistencia, pero fue inútil. Logré hablar con Bonaparte y fue él quien, en un descuido, me dijo que Masséna atacaría Portugal por Torres Vedras. Wellington miró a Faria con desconfianza. El vizconde era un hombre alto y delgado, de noble rostro, ojos vivaces y profundos, labios sensuales, mentón poderoso y nariz grande y ligeramente curvada, como si se la hubiera roto en su juventud. Su porte era altivo y orgulloso.

—En estos tiempos hay espías por todas partes —asentó Wellington.

—Yo soy leal a España, mi general.

—¿A qué España, coronel?

—A la que resiste en Cádiz; no reconozco a ninguna otra.

La contundencia de Faria tranquilizó a Wellington.

—¿Por Torres Vedras, eh?

—Eso dijo Bonaparte.

Wellington se acercó a la mesa de mapas y desplegó uno de la región de Lisboa.

—Eso significa que entrarán por el norte. Sí, así tienen sentido las operaciones en la zona de Salamanca y la toma de Ciudad Rodrigo este mismo verano por las tropas de Ney. De acuerdo, si es así, los esperaremos en Torres Vedras. Se van a llevar una buena sorpresa.

Wellington ordenó que se reforzara la línea de defensa al norte de Lisboa, creando una verdadera trampa en Torres Vedras. Ordenó a Faria que regresara a Cádiz y que informara al Consejo de Regencia de que iba a iniciar un contraataque si conseguía derrotar a Masséna. Faria solicitó permanecer en Portugal y combatir a los franceses, pero Wellington fue tajante en su orden.

* * *

Septiembre comenzaba su andadura cuando Francisco de Faria entró en Cádiz. En los últimos meses la situación de la ciudad había cambiado poco. En abril los franceses habían logrado desalojar a los españoles de la posición de Matagorda, desde donde las baterías artilleras francesas podían alcanzar la ciudad de Cádiz y algunas zonas del puerto gracias a unos enormes morteros que estaban fundiendo en Sevilla.

El Consejo de Regencia había decidido dar comienzo a las Cortes a las que se encomendó la misión de elaborar una constitución para España.

El calor y la humedad eran sofocantes. Los diputados fueron llegando al pequeño teatro habilitado como sede para las reuniones de las Cortes españolas. Los noventa y nueve diputados llegados a Cádiz hasta ese momento tomaron su asiento en unas sillas colocadas en el centro del teatro, en tanto las tribunas y los palcos estaban repletos de militares, curas, miembros de la alta sociedad gaditana e invitados portugueses y británicos.

Faria estaba en la tribuna de invitados. El general Castaños había desplegado un sistema de seguridad, situando a varios oficiales relevantes distribuidos estratégicamente por las tribunas.

La primera sesión fue larga y repleta de tediosas intervenciones en las que se discutía de todo, sin un preciso orden del día que agilizara los debates. Pero al final se llegó a una decisiva resolución. Las Cortes españolas declararon nulas las abdicaciones de Carlos IV y Fernando VII en Bayona ante Napoleón a fines de abril de 1808. Pero lo verdaderamente revolucionario era que se estimó que dichas abdicaciones eran nulas porque los reyes Borbones no tenían derecho a disponer del trono sin la expresa voluntad del pueblo español.

Faria sonrió al escuchar el resultado de la votación, mayoritariamente favorable a la propuesta que otorgaba en la práctica la soberanía nacional al pueblo. Sólo el obispo de Orense protestó, alegando que el poder procedía de Dios y que únicamente Dios podía otorgarlo o delegarlo en la tierra, pero las alegaciones del obispo fueron apoyadas por un único miembro del Consejo de Regencia, don Pedro Quevedo; la euforia de los diputados era demasiado grande como para atender las propuestas de un obispo del Antiguo Régimen.

El 24 de septiembre de 1810, se aprobó un decreto en el cual se asentaba que «la soberanía nacional radica en las Cortes», que se constituían como las legítimas representantes de la soberanía popular española, por los ciento cuatro diputados reunidos ahora en el ayuntamiento de la isla de León. Acabada la sesión, diputados e invitados se dirigieron a la iglesia de León, donde todos los diputados juraron solemnemente defender la religión católica, apostólica y romana, la integridad del territorio nacional, el trono de Fernando VII y el desempeño fiel de su cometido.

—Lo hemos logrado —dijo Castaños a Faria, que mandaba la escolta del general—. Las abdicaciones de Bayona son nulas, se ha aprobado la separación de poderes y se ha ratificado que la soberanía reside en la nación; por tanto, don Fernando VII vuelve a ser rey legítimo de España.

—El problema es que sigue retenido en Francia —alegó Faria.

—Pronto regresará. Lo que hoy hemos logrado en Cádiz es trascendental para nuestro futuro. Hemos anulado los argumentos jurídicos que empleó Napoleón. Los

representantes del pueblo español han dejado bien claro que quieren ser una nación libre, independiente y soberana; ese mensaje lo conocerán en los próximos días en toda Europa. Si resistimos, nuestro triunfo es cuestión de tiempo, Francisco, sólo de tiempo.

—Pero si perdemos la guerra, las resoluciones de estas Cortes serán papel mojado. Masséna ha atacado Portugal, si logra derrotar a Wellington...

—Confiemos en que ese irlandés resista.

El mariscal Masséna, hombre arrogante y sin escrúpulos, lascivo y engreído, mandaba un cuerpo de ejército de sesenta mil hombres bien preparados y veteranos en combate. Estaba convencido de que arrollaría las líneas defensivas de Wellington y se plantaría en Lisboa como si se tratara de un simple paseo. Ávido de gloria, deseoso de emular al mismísimo Napoleón, ni siquiera esperó a contar con los suministros necesarios ni de asegurar su retaguardia. Pretendía ser el artífice de la conquista de Portugal. De manera alocada y sin preparación lanzó varias divisiones contra las fortificaciones de Torres Vedras, que se estrellaron ante el muro defensivo organizado por Wellington.

Masséna no había previsto que sus tropas pudieran ser frenadas de semejante manera, y cuando se dio cuenta del error que había cometido, ya era demasiado tarde. Su irrupción en Portugal había sido rapidísima y el avance hasta las cercanías de Lisboa imparable, pero había sido detenido y ahora se encontraba aislado en medio de una tierra hostil y con las líneas de suministros cortadas.

Atascado el ejército francés al norte de Lisboa, Wellington decidió contraatacar. Los franceses se retiraron entonces apresuradamente hacia el norte, intentando enlazar con sus líneas de suministros, pero Wellington los alcanzó en la localidad de Buçaco, cerca de la ciudad de Coimbra. Masséna dispuso la batalla con sus divisiones en el centro, las de Ney a la derecha, las de Reynier a su izquierda y las de Junot en la retaguardia. Wellington desplegó a sus generales en un amplio frente de combate al norte de río Mondrego y atacó envolviendo a los franceses. La victoria, el 27 de septiembre de 1810 en Buçaco, de británicos y portugueses fue contundente y Masséna se retiró hacia España. Su precipitación lo había perdido. Austria y Francia habían firmado la paz; si Masséna hubiera esperado un par de semanas, Napoleón ya no hubiera tenido que atender el frente oriental de su Imperio y hubiera podido enviar más tropas a la Península, y en ese caso una ofensiva contra Portugal, preparada con mayor cuidado y con más efectivos, hubiera producido un resultado bien diferente.

Cuando llegó a Cádiz la noticia del triunfo de Wellington, la euforia se desató en toda la ciudad. El fin del asedio pareció entonces más próximo.

Las esperanzas de una inmediata liberación se disiparon pronto. Los franceses habían sido derrotados en una batalla en el corazón de Portugal, pero seguían disponiendo de más de trescientos mil soldados distribuidos por España, poseían una

artillería demoledora y habían ganado posiciones frente a Cádiz. Unos enormes morteros fabricados en Sevilla estaban siendo desplegados frente a la ciudad y comenzaban a bombardear algunos de los barrios más próximos a tierra, los que quedaban dentro de su radio de tiro.

No obstante, Cádiz era inexpugnable, al menos mientras se mantuviera el apoyo británico y la afluencia de suministros. Además, los británicos habían desplazado a Cádiz una brigada compuesta por regimientos ingleses, escoceses y portugueses al mando del general Stewart, significando así que se comprometían directamente con la defensa de la ciudad que se estaba convirtiendo en el emblema de la resistencia española contra Napoleón, como un año antes lo había sido Zaragoza y después Gerona.

El mando francés había solicitado ayuda naval para cerrar el bloqueo y conseguir la rendición de la plaza, pero Napoleón la denegó por miedo a que una segunda batalla de Trafalgar pusiera fin definitivo a la ya menguada armada francesa.

EL REY FELÓN II

Capítulo XIII

LA repentina llegada de un invierno frío y húmedo provocó que las hostilidades disminuyeran en toda la Península. Faria regresó a Cádiz por orden de Wellington e informó de inmediato al Consejo de Regencia sobre todas las actividades que había realizado, incluidas las entrevistas con José I en Madrid y con Wellington en Lisboa. Desde luego, no esperaba la que le cayó encima.

—Se ha puesto usted en un grave peligro, y lo que es peor, ha puesto en riesgo toda nuestra estrategia —le recriminó el general Castaños—. Sus órdenes eran bien concretas; debía organizar cuantas partidas de guerrilleros le fuera posible y coordinar sus acciones, en ningún caso regresar a Madrid, como de manera tan imprudente hizo. Si lo hubieran descubierto, es probable que lo hubieran torturado y tal vez hubiera delatado nuestros planes. Su actuación ha sido insensata, Faria, me temo que no me queda otro remedio que arrestarlo.

—Perdone, mi general, pero supongo que esto será una broma —alegó Faria.

—En absoluto, coronel.

—Pero...

—No busque excusas.

—No son excusas, señor.

—Pues lo parecen.

—En todo momento actué cumpliendo órdenes.

—No lo vemos así en el Consejo.

—Si me excedí en algo fue para conseguir más información.

—No hizo lo que se le ordenó —insistió Castaños.

—Nadie me ordenó que no fuera a Madrid.

—Expresamente tal vez no, pero sus instrucciones estaban claras.

—Si lo hice fue porque allí pretendía crear una partida de resistencia en la capital, pero no encontré a un solo patriota dispuesto a arriesgarse. Eso sí, pude enterarme de los planes del mariscal Masséna y me marché todo lo deprisa que pude para informar al general Wellesley de las inmediatas intenciones de ataque de los franceses y el sector por donde lo harían.

—Wellington, Wellesley es ahora Wellington. Recuerde que ha sido nombrado vizconde de Wellington por su majestad el rey Jorge III de Inglaterra.

—Wellington, pues. Le informé a tiempo del inmediato ataque a Torres Vedras y fue útil porque el general inglés pudo rechazar a los franceses. Sin mi información tal vez hubieran sido sorprendidos y ahora Lisboa y todo Portugal estarían bajo mando francés, y Cádiz probablemente también —se explicó Faria.

—No sea usted iluso, coronel. Wellington sabía perfectamente que Masséna atacaría desde el norte, y antes de que usted llegara, él ya había previsto fortificar

Torres Vedras; los británicos tienen espías destacados en todo el frente y en la retaguardia, y reciben pronta información de cuanto ocurre. Saben antes que nosotros lo que se cuece en Madrid y en París. El mariscal francés mostró sus cartas y se descubrió él solo —dijo Castaños.

—Pero Wellington me recibió y me escuchó muy atento...

—Ese inglés se comporta siempre como un perfecto caballero, pero no confíe demasiado en él. Está ávido de gloria y fama. Se formó en Oriente, en la nueva colonia inglesa de la India, y creo que hizo cuanto estuvo en su mano para alcanzar fortuna y ascensos en el escalafón cuanto antes. Es muy ambicioso.

—Pero es un gran general.

—Reconozco que como estratega es brillante, pero suele jugar con ventaja y, como buen jugador de fortuna, nunca enseña sus cartas, y si hace falta, hará trampas para ganar.

»Lo siento, coronel, pero deberá cumplir un arresto de tres meses. Claro que, como estamos en guerra, sitiados en Cádiz y necesitamos a todos los hombres disponibles, ese arresto no se cumplirá en su integridad.

—Si me imponen ese castigo, será la primera mancha en mi expediente militar; hasta ahora mi hoja de servicios no tenía una sola tacha.

—Pues la decisión del Consejo no admite recurso.

—Lo que hice ha beneficiado a España —insistió Faria.

—Usted no tiene que juzgar cómo se beneficia o perjudica al país, debe limitarse a cumplir las órdenes de sus superiores, coronel. Tenga.

»Y no se preocupe por este expediente; es usted muy joven y ya luce las insignias de coronel, seguro que alcanza el cargo de brigadier general muy pronto. En tiempo de guerra, los ascensos se producen como la espuma a poco que se sepan aprovechar las oportunidades.

Castaños le entregó la cédula en la que se le arrestaba por tres meses y se le recriminaba su desobediencia, considerada como una falta menos grave que no requería de un consejo de guerra dada la brillante hoja de servicios del coronel Faria. En realidad, todo quedaba en una amonestación severa y en un par de años de retraso para el ascenso a brigadier.

Mientras Manuel de Godoy gobernó España, Faria ascendió con suma rapidez, pero no lo hizo tanto por méritos, que no los tenía antes de las batallas de Trafalgar y de Zaragoza, como por su parentesco con el jefe del Gobierno. Desde que su tío cayera en desgracia, no había vuelto a tener un ascenso; según decían sus superiores, era demasiado joven para lucir los entorchados de brigadier.

Poco antes de las Navidades llegó a Cádiz el sargento Morales. Había esperado durante varios días a Faria en la sierra de Madrid, pero, al comprobar que el coronel no se presentaba, cumplió sus órdenes y regresó a Cádiz, dejando a la partida de

guerrilleros con precisas instrucciones para ese invierno.

El encuentro de ambos soldados fue emotivo; Faria le explicó a su ayudante que no había podido acudir a la cita ante la urgencia de transmitir a Wellington la información del inminente ataque de Masséna a Lisboa.

Los suministros no faltaron durante el invierno y Cádiz estuvo perfectamente avituallada por los transportes británicos. Las doscientas mil personas que resistían en la ciudad necesitaban una abundante provisión de comida, leña y ropa, y los soldados, municiones y armas para responder al fuego francés y mantener a raya a la infantería gabacha. Y nada de ello faltaba en Cádiz.

Incluso se recibían cargas de cal y de pintura para conservar las casas limpias y los edificios en buen estado, de manera que, si bien de vez en cuando alguno era afectado por las bombas que lanzaban los franceses, enseguida se arreglaba la fachada y se encalaba para tapar las huellas de la guerra.

A pesar de la situación y de su condición de ciudad sitiada, las calles de Cádiz estaban limpias y bien pavimentadas, las paredes de sus casas estaban pintadas de blanco y de color albero y sus tejados cubiertos por tejas vidriadas verdes.

El Consejo de Regencia hacía todo lo posible para mantener alta la moral de los sitiados, y se permitían ciertas licencias que en otras circunstancias no se hubieran consentido. Las mujeres desempeñaban un papel muy activo en esa batalla. De por sí, las mujeres gaditanas eran alegres y gráciles, de fina cintura, de movimientos sinuosos y elegantes que resaltaban, si cabe, con un delicado e insinuante bamboleo de caderas; no había otras mujeres en el mundo que se movieran con semejante refinamiento.

Para que todo pareciera normal, se había logrado que las afamadas academias exclusivas para señoritas se mantuvieran abiertas. Una de las dos más prestigiosas era la de madame Bienvenue, una parisina que a pesar de su origen francés no había tenido problemas con sus vecinos, aunque alguna muchacha se había pasado a la academia de doña Rita, donde las hijas de la burguesía gaditana estudiaban literatura y matemáticas.

* * *

A comienzos de 1811 llegó a Cádiz la noticia de que el rey Jorge III de Inglaterra estaba loco y muy enfermo. El año anterior había muerto, tal vez envenenada aunque nunca se aclararon las causas reales de su fallecimiento, su hija menor la princesa Amelia. Aquél fue un golpe terrible para el monarca, que desde entonces pasaba horas y horas hablando solo por las estancias de su palacio, caminando sin rumbo por los pasillos y las salas de la residencia real, gritando incongruencias y conversando con seres imaginarios que sólo existían en su imaginación de orate. Era capaz de

permanecer varias horas sin dejar de hablar sobre asuntos incongruentes, y en una ocasión se situó ante un roble de los jardines de palacio y comenzó a dirigirse a ese árbol como si se tratara del rey Federico III de Prusia.

—Maldita contrariedad —dijo el general Castaños, mientras entraba en el gabinete donde había convocado una reunión de oficiales para estudiar las defensas ante la llegada de la nueva primavera de 1811 y la sospecha de que los franceses preparaban una gran ofensiva sobre Cádiz.

—¿Qué ocurre, mi general? —le preguntó Faria, que ya había cumplido su arresto de tres meses.

—Que el rey de Inglaterra se ha vuelto majareta, pero el gobierno inglés no va a declararlo inútil para reinar, y como no ha conseguido su abdicación voluntaria, ha decidido confinarlo en el castillo de Windsor.

—¿Y eso afectará al transcurso de la guerra, o a la ayuda inglesa? —preguntó un general.

—Espero que no. Su hijo Jorge, el príncipe de Gales, va a ser nombrado regente. El rey está demente, y los remedios que le han aplicado, como las sangrías, los baños en el mar y la ingestión de un extraño polvo medicinal a base de calomel y emético tártaro no han causado ningún efecto. Incluso han tenido que colocarle una camisa de fuerza para evitar que se hiciera daño o que lo hiciera a los demás. El Parlamento va a aprobar una ley por la cual Jorge III dejará de gobernar aunque seguirá ostentando el título de rey.

—Napoleón ha prohibido que en los hospitales los locos sean atados a las camas —dijo Faria.

—¿Qué insinúa, coronel? ¿Y qué tiene que ver esto con la locura del rey Jorge?

—Nada, mi general, nada; sólo daba una información a raíz del diferente tratamiento de los locos en esos dos países.

—Vayamos a lo que nos ocupa, señores. Les he citado a esta reunión porque esperamos un ataque masivo de los franceses en unos pocos días. Nuestros agentes en la retaguardia nos han alertado de un inusual y considerable movimiento de tropas desde Sevilla hacia Cádiz y el acopio de ingentes cantidades de material de guerra. Semejante actividad sólo puede significar una cosa: que están preparando un ataque masivo a nuestras posiciones en esta ciudad. Es probable que la noticia de la locura del rey de Inglaterra les haya animado a intensificar sus esfuerzos para conquistar este bendito reducto de España.

Castaños ordenó desplegar un gran plano de Cádiz y de su bahía y repasó con los responsables el estado de las fortificaciones de cada sector.

—La zona más débil de nuestras posiciones es la isla de León. Un poderoso ataque combinado desde tierra nos pondría aquí en verdaderos apuros —explicó un coronel de ingenieros.

—¿Qué ocurre si perdemos esa isla? —preguntó Castaños.

—No sería demasiado grave.

—¿Seguro?

—Podríamos seguir resistiendo sin problemas en Cádiz, aunque deberíamos acoger en la ciudad a toda la gente desplazada desde León, y eso aumentaría mucho la densidad de población. Las defensas del istmo son infranqueables.

—¿Y si intentaran un asalto desde tierra?

—En ese caso necesitarían no menos de un par de divisiones de infantería, pero, dado lo estrecho del terreno, apenas podría maniobrar en línea la mitad de una compañía. Nuestros cañones acabarían con ellos antes de que se acercaran a quinientos pasos. Con la potencia de fuego que allí tenemos desplazada y la ayuda de los cañones de dos navíos ingleses, serían necesarias cargas consecutivas e ininterrumpidas de cien mil hombres al menos, y todavía estaríamos en condiciones de rechazarlas todas. Y aun así, se formaría tal parapeto con los propios muertos que seguiría siendo insalvable.

»Mientras mantengamos la ayuda británica por mar, Cádiz es inexpugnable. Sólo en el caso de que fuera rota la defensa naval, algo muy improbable dada la superioridad inglesa, podrían tener éxito sus ataques, pero eso no ocurrirá.

Tal como habían previsto los estrategas españoles, el ejército francés lanzó una tremenda ofensiva sobre la isla de León a mediados de febrero de 1811. El plan de evacuación que se había diseñado por si fuera necesario se cumplió correctamente y los habitantes de León se replegaron a Cádiz junto con la mayoría de los diputados a Cortes, que hasta entonces habían celebrado allí sus sesiones. Decenas de bombas francesas caían sobre la isla de León cuando sus habitantes la evacuaban; algunos cantaban una copla que se había hecho muy popular durante el asedio francés:

A Numancia imitad, renueve su horror y antes que ser esclavos muramos con honor.

—Esa misma copla cantaban algunos en el asedio de Zaragoza, ¿lo recuerda, sargento? —le preguntó Faria a Morales, mientras ayudaban a la evacuación de civiles.

—Claro que sí, mi coronel, claro que la recuerdo. Y el sargento se puso a silbar la copla.

Capítulo XIV

PERDIDA la isla de León, el hacinamiento en Cádiz era muy grande, pero aún se tenía capacidad para acoger y mantener a tanta gente. El 24 de febrero los diputados a Cortes se instalaron en su nueva sede, en la iglesia gaditana de San Felipe Neri, donde continuaron las deliberaciones para tratar de acordar entre todos una constitución.

A pesar de los bombardeos franceses, que no cesaban pero que en realidad no hacían apenas daño, la vida en la ciudad sitiada parecía normal. Los suministros de alimentos, municiones e incluso objetos de lujo seguían llegando periódicamente en convoyes escoltados por los buques de guerra británicos.

No faltaban exquisiteces como el café y el chocolate, que se servían en los establecimientos abiertos para ello. Y a diferencia de Madrid, donde las chocolaterías eran más abundantes, en Cádiz lo que realmente triunfaba eran los cafés.

Durante el mes de marzo Faria estuvo muy ocupado trabajando en la intendencia de Cádiz; pero estaba deseoso de volver a organizar partidas de guerrilleros, y así lo solicitó en varias ocasiones a sus superiores, llegando a rogárselo al mismísimo general Castaños, aunque el expediente que se le había incoado por haber ido a Madrid sin permiso expreso suponía una grave dificultad para que volviera a ser nombrado para una misión de esas características.

Ardía en deseos de volver a ver a Cayetana, a quien imaginaba a salvo en el convento de Santa Clara de Sevilla, tal vez cuidando de los soldados franceses heridos o enfermos. Cada vez que recorría las calles de Cádiz recordaba su primer encuentro en esa ciudad con Cayetana, hacía ya casi cinco años, y no anhelaba otra cosa que volver cuanto antes junto a ella.

Cuando llegó la noticia de que Masséna había ordenado a sus tropas la retirada de Portugal, los gaditanos volvieron a recobrar la esperanza. En una batalla librada en Fuentes de Oñoro, el vizconde de Wellington había vuelto a derrotar al mariscal Masséna, que había realizado un ataque suicida con la guardia imperial. Tras la derrota, los franceses se habían replegado hacia las fronteras de España. En toda la España ocupada por Napoleón los guerrilleros se mostraban muy activos e incluso se había revitalizado el ejército regular español, que combatía en Figueras, Gerona y Tarragona.

Un correo del Consejo de Regencia avisó al coronel Faria, que se encontraba supervisando el suministro de municiones a las baterías de la zona del puerto frente a la bahía, para que acudiera enseguida al edificio del gobierno.

Con toda la urgencia que pudo, el conde de Castuera se presentó ante Castaños.

—A sus órdenes, mi general —dijo a la vez que se cuadraba ante el vencedor en Bailén.

—Coronel Faria, hemos decidido contraatacar desde el sur. Wellington ha derrotado a Masséna en Portugal y avanza hacia Salamanca, el ejército del norte combate en varios puntos de Cataluña, el ejército de Aragón lo hace en las montañas de Teruel y hay guerrillas muy activas en Navarra y en las sierras de Castilla. Hemos decidido que es el momento de atacar también desde aquí. Los franceses han destacado en España a más de trescientos mil soldados, debemos procurar que no consigan concentrar más de cincuenta mil de ellos en una zona concreta, pues si lo consiguen batirán al ejército de Wellington.

—Señor, me está diciendo que debemos sacrificarnos y mantener ocupados en toda España a los franceses para que Wellington consiga ganar sus batallas.

—Así es, pero no olvide que cada victoria de Wellington constituye un triunfo para España y un paso más en la victoria sobre Napoleón. Yo atacaré el flanco suroeste desde Extremadura y usted intentará organizar grupos guerrilleros en las serranías de Málaga y Granada. Desde allí atacará el general Freire; su misión consistirá en darle apoyo logístico y sobre todo operar con los guerrilleros en esa zona para evitar la concentración de las tropas francesas.

»Mi ayudante le dará el resto de instrucciones. Saldrá de Cádiz pasado mañana con rumbo a Gibraltar; desde allí lo guiarán a las montañas para que ponga en marcha nuevas partidas de guerrilleros que no cesen de hostigar a los franceses.

—Siguen sin convencerme los británicos, mi general; continúo creyendo que sólo les guía la ambición. En cierto modo, para ellos esta guerra no deja de ser un juego. He leído en una revista que los ricos comerciantes de Londres incluso hacen apuestas sobre quién ganará una batalla —asentó Faria.

Castaños no dijo nada, pero su mirada parecía ratificar las palabras de Faria.

* * *

El conde de Castuera y el sargento Morales embarcaron en una fragata británica que los llevó a Gibraltar. Allí los esperaba un capitán del Estado Mayor del general Freire que debía conducirlos a un lugar de la costa unas cuantas millas al oeste de Málaga. Entre el litoral mediterráneo y el valle del Guadalquivir se alza una cadena de montañas que constituyen la zona más escabrosa y montaraz de toda España. Las sierras son tan escarpadas, los valles tan profundos y las gargantas tan angostas que ni con un millón de soldados se podría controlar todo ese territorio.

El capitán Garcés era el oficial encargado del contacto con las partidas de guerrilleros de la zona, y tenía la orden de guiar a Faria hasta ellas.

Tras hacer escala en Gibraltar, la fragata navegó hacia el noreste, bordeando la línea de la costa hasta que, entrada la noche, con el sol ya oculto, fletaron un bote de remos que acercó hasta un punto convenido en tierra a Faria, Morales y Garcés.

El bote, bogado por la fuerza de seis marineros, arribó a una playa solitaria y los tres españoles desembarcaron de prisa, en tanto los remeros daban la vuelta y regresaban a la fragata.

—Mi coronel —le propuso Garcés—, tenemos que subir a lo alto de aquel monte. Es el lugar acordado para encontrarnos con los hombres del Candelas.

—¿El Candelas?

—Es el jefe de la partida de guerrilleros más importante de toda esta zona; la componen doscientos hombres bien equipados.

—Pues vayamos allá.

El monte era en realidad una ladera rocosa muy empinada y cuya ascensión entrañaba cierto peligro, pues las rocas se desprendían con facilidad y podrían arrastrar en su caída a un hombre.

Cuando llegaron a la cima no encontraron a los hombres que debían esperarlos.

—Aquí no hay nadie —constató Morales.

—¿Seguro que era éste el punto de encuentro? —demandó Faria.

—Por supuesto, mi coronel. No sé qué ha podido ocurrir.

Un extraño silbido les llamó la atención.

—Eso no es ningún pájaro —comentó Morales.

—Creo que son ellos —dijo el capitán.

Pocos instantes después del pitido apareció tras unos matorrales un hombre alto y delgado; era ya noche cerrada, pero a la luz de la luna podía distinguirse su rostro moreno, de aspecto cetrino, casi torvo, con amplias patillas. Vestía un pantalón de pana muy ajustado, con la parte inferior de las perneras metidas dentro de unas botas de cuero, como preparado para caminar por terrenos llenos de maleza y de arbustos, una pelliza de piel y un gorro de lana. Llevaba en sus manos un enorme trabuco.

Aquel hombre no dijo nada; se limitó a dar un chasquido con la lengua y a hacer una indicación con el brazo para que lo siguieran.

Siempre en silencio, recorrieron un centenar de pasos por un camino entre la maleza y los arbustos hasta que salieron a un pequeño claro en el que otros dos hombres sostenían las riendas de seis caballos.

—Vamos, nos espera una larga cabalgada —dijo al fin el silencioso.

Cabalaron durante toda la noche hacia el norte; Faria se dio cuenta de ello porque siempre tenían de frente a la estrella polar, y, tras varias horas avanzando por senderos estrechos y empinados, llegaron a una especie de explanada abierta en el centro de varias cimas rocosas.

—¿Dónde nos encontramos? —preguntó Faria.

—En lugar seguro —se limitó a contestar el guerrillero.

—Estamos en algún sitio entre Málaga y Granada —apuntó el capitán Garcés.

Los tres guerrilleros descendieron de los caballos y los tres militares hicieron lo

mismo. Salieron del claro y entraron en una zona boscosa, de vegetación muy densa. Escondida por la maleza, apareció de pronto ante sus ojos una pared rocosa cubierta de yedra que, ante los sonidos emitidos por el de las patillas, se abrió como si se tratara de la cueva de Alí Babá.

Ya dentro de la cueva recorrieron un largo pasillo y al final entraron en una enorme sala iluminada por varios candiles de aceite.

En un lateral, sentados alrededor de una gran piedra, varios hombres desayunaban un aceitoso guiso de legumbres y carne.

—Llegan a tiempo para comer —dijo uno de ellos.

—Coronel Faria, le presento a Santiago Gómez, El Candelas —intervino el capitán Garcés.

—Bienvenido a nuestro «cuartel» —le saludó El Candelas enfatizando la última palabra.

—Gracias. Mi ayudante, el sargento Morales —dijo Faria a la vez que alargaba la mano a su anfitrión, que se limitó a estrecharla sin mostrar demasiado interés.

—Coman algo; supongo que estarán hambrientos.

—Sí, pero yo imagino que estará al corriente de las órdenes del Consejo de Regencia, y de las instrucciones sobre el comportamiento de las guerrillas.

—Algo he oído —comentó con ironía El Candelas.

—¿Tiene usted grado militar?

—No, yo soy el jefe de estos hombres, y eso es suficiente.

—No, no lo es. Todos los combatientes españoles contra los franceses están sujetos a la disciplina militar por órdenes del Gobierno provisional de la nación; de modo que está usted hablando con un superior.

El Candelas se volvió a sentar en el sitio que antes ocupaba, cogió su plato y su cuchara, miró divertido a sus hombres y siguió comiendo el estofado de legumbres y carne.

—Sírvanse antes de que se enfríe —les dijo.

Los tres recién llegados se sirvieron un cuenco bien cumplido del estofado y comieron antes de dormir un poco, pues habían pasado la noche en el camino.

* * *

—Me temo que este Candelas no es un tipo de fiar —le confesó Faria a Morales—. El capitán Garcés me ha informado de que hasta hace unos meses era un bandolero que actuaba en estas mismas montañas desvalijando a los viajeros que recorrían los caminos entre Málaga y Granada. Había varias órdenes de detención contra él en la Audiencia Territorial de Granada, pero todo quedó perdonado cuando ofreció su colaboración al ejército.

—En eso no es muy diferente a los demás, es lo mismo que han hecho la mayoría de los bandidos —comentó el sargento—. Cuando escapé de Zaragoza y conseguí contactar con la partida del Patillas, no sabía si me encontraba entre patriotas que luchaban por la independencia de España o enrolado en una banda de ladrones.

—El Consejo de Regencia ha dado órdenes clarísimas: todos los guerrilleros en armas deben someterse a la disciplina militar. Si no lo hacen, serán objeto de un juicio militar sumarísimo.

—Perdone, coronel, pero dudo mucho que este Candelas esté dispuesto a obedecer órdenes que no sean la suyas propias. No lo ha hecho antes, y no sé por qué razón vaya a hacerlo ahora.

—Pues deberá acatarlas.

Las órdenes de Faria eran coordinar las acciones de media docena de grupos guerrilleros que operaban en las zonas montañosas entre Málaga y Granada e instigar constantemente a los destacamentos franceses desplegados en esa zona para facilitar así el agrupamiento de las tropas del general Freire, quien mandaba un ejército presto a enfrentarse a los franceses cerca de Granada.

Faria reunió a los cabecillas de los seis grupos y preparó un plan de ataque a un convoy de armas y suministros alimenticios que, según sus noticias, se estaba preparando en Jaén para enviar inmediatamente a Granada. Los espías ocultos en las montañas béticas lo habían detectado y se conocía con precisión el recorrido que iba a realizar.

El conde de Castuera diseñó una estrategia para dar un golpe contundente a esa línea de abastecimiento. Tras informarse de las características del camino, decidió atacar en una zona montañosa a unas diez horas de marcha al norte de Granada. Los guerrilleros prepararían una emboscada, tratarían de destruir la mayor cantidad de armas posible y se retirarían de inmediato tras asestar un golpe lo más rápido y letal que se pudiera ejecutar.

—¿Y el botín? —preguntó El Candelas—. Mis hombres exigen su parte.

—Sus hombres son soldados ahora y deberán comportarse como tales —replicó Faria.

—Los soldados ingleses se reparten el botín que ganan en las batallas, o saquean las tierras que ocupan, sean territorios enemigos o aliados. Algunos de sus generales han hecho con la guerra verdaderas fortunas, ¿por qué no podemos hacerlas nosotros también?

—Porque esto no es una cuestión de piratería, sino de guerra —respondió Faria airado—. Que los ingleses se comporten como corsarios no significa que los soldados españoles debamos proceder como ellos. Probablemente a usted le traiga al paio su fama y su honor, pero mi padre, el conde de Castuera, me enseñó a comportarme según esos viejos códigos. No lo olvide.

El Candelas sonrió irónico, sacó una navaja de su faja, la desplegó y, con displicencia, se puso a limpiarse las uñas con ella.

—¿Me ha entendido? —le preguntó Faria al Candelas, sin que éste se molestara siquiera en mirarle a la cara—. ¿Me ha entendido? —reiteró la pregunta en voz más alta.

El Candelas escupió al suelo y siguió limpiándose las uñas.

—¡Capitán Garcés —ordenó Faria—, detenga a este hombre!

Garcés miró a Faria sorprendido. El resto de los jefes de las partidas se mantuvieron tensos y a la espera.

—Mi coronel, se trata de uno de los nuestros...

—¿No me ha oído, capitán?, detenga a ese hombre.

—¿Por qué acción punible, señor?

—Por desconsideración hacia un superior e indisciplina. El Candelas se incorporó despacio, con la navaja en la mano, en una posición amenazadora. El capitán Garcés dudó.

—¿Por qué no me arresta usted mismo, coronel? —le dijo El Candelas.

—Entrégume esa navaja —le ordenó Faria.

El antiguo bandolero alargó el brazo hacia el coronel, que se mantuvo firme y sereno; la hoja de la navaja estaba apenas a dos palmos de su vientre, un rápido movimiento y podría clavársela, pero El Candelas dio la vuelta a la navaja con gran habilidad, la tomó con dos dedos por la hoja y se la entregó por la empuñadura a Faria.

—Usted nunca ha pasado hambre —le dijo al coronel.

—Permanecerá arrestado hasta nueva orden.

—Aquí no hay calabozos.

—La forma de la prisión no importa; usted está arrestado.

Faria cerró la navaja y la entregó al capitán Garcés, que agachó la cabeza avergonzado.

La reunión continuó, ahora con un cabecilla menos en la misma; los demás jefes de partida parecieron desde entonces tomar con más interés las explicaciones que les daba Faria.

—Lo siento, señor, dudé unos momentos —se excusó Garcés ante Faria, una vez acabada la extraña asamblea de guerrilleros.

—No se preocupe, capitán.

—Ese tipo fue un conocido bandolero en la serranía de Ronda. Tiene fama de penderciero y siempre ha sido muy violento. No pensé que le entregara su navaja tan fácilmente. Creo que desde hoy se ha ganado el respeto de toda esta gente, señor.

—El arresto será por dos días; comuníquese al interesado. En dos días estaremos en el lugar previsto para la emboscada y necesitaremos de todos los

hombres disponibles. Y éste parece dispuesto a todo.

Desde el campamento en las montañas entre Granada y Málaga se dirigieron en varios grupos hacia el paso entre Granada y Jaén, donde habían convenido que caerían sobre el convoy francés.

Capítulo XV

LOS montes no eran muy elevados, pero el paso entre ellos resultaba tan angosto que durante un buen trecho apenas cabía una carreta.

Faria inspeccionó el terreno y envió a varios hombres de la zona para que controlaran la posible presencia de patrullas francesas de reconocimiento. Los franceses parecían confiados. El recibimiento que José I había tenido en las principales ciudades andaluzas les había hecho bajar la guardia. En Córdoba y Sevilla, los oficiales franceses eran incluso admirados, y se les veía todas las tardes pasear por las alamedas junto a las murallas, galanteando a las mujeres y conversando amigablemente con algunos hombres.

Por las noches acudían a las tabernas, donde intentaban cantar seguidillas y bailar al son de guitarras gitanas. Eran muchos los que se mostraban convencidos de que los españoles estaban comenzando a aceptar la presencia francesa.

Un oteador sudoroso y jadeante se presentó ante Faria.

—Ha salido, ya ha salido. Esta mañana ha salido el convoy de Jaén.

—Eso significa que mañana estará aquí —supuso Faria.

Ordenó a Garcés y a Morales que distribuyeran a los hombres en los lugares elegidos para la emboscada. El correo le informó de que se trataba de un convoy con cien carros y tres centenares de mulas. Además de los quinientos soldados que gobernaban los carros y las mulas, otros quinientos soldados formaban el grupo de escolta.

Aquella noche Faria convocó a los cabecillas de las partidas reunidas para organizar la emboscada.

—Son unos mil hombres en total y nosotros no llegamos a cuatrocientos, pero disponemos de ventaja en cuanto a posición y sorpresa. Imagino que en esos carros habrá algunos cañones, pero en este terreno no los pueden usar, de modo que nuestra inferioridad numérica se compensa con nuestra ventaja estratégica.

»El general Freire atacará el día 7 de mayo, es decir, dentro de cinco días, al noreste de Granada, en la zona de Baza. Si estos suministros llegan a los franceses, la batalla estará perdida. Debemos impedir a toda costa que el mando francés reciba los cañones y las municiones.

»Todos los hombres deberán tener sus armas cargadas y listas para disparar; no quiero fallos, de modo que ordenen a todos que limpien bien sus fusiles, escopetas y trabucos, pues del éxito en la primera andanada depende nuestra fortuna. Cuatrocientos disparos a la vez pueden acabar con muchos franceses, y si eso ocurre, tendremos ganada la batalla. De modo que la coordinación de nuestras fuerzas es fundamental.

Faria cogió un palo y en la tierra dibujó una raya simulando el estrecho paso y

marcó la ubicación de los hombres de cada partida.

—Memoricen bien sus posiciones —añadió Garcés.

—Escuchen con atención —continuó Faria—. Cada hombre elegirá como blanco el objetivo francés que tenga en su perpendicular. Nos mantendremos ocultos entre la vegetación hasta que todo el convoy se encuentre dentro del desfiladero. Debemos ser muy precisos. Nadie disparará un solo tiro hasta que se dé la orden, que consistirá en un disparo que yo efectuaré.

—¿Cómo sabremos cuál será su disparo? —preguntó uno de los cabecillas.

—Porque será el primero —dijo Faria con ironía.

—¿Y si alguien se pone nervioso y dispara antes de tiempo?

—En ese caso, fracasaremos y pronto estaremos todos muertos —respondió Garcés.

—Vamos, hay mucho trabajo por delante. Coloquen a sus hombres en sus posiciones, inspeccionen sus armas y descansen un poco esta noche. Nos desplegaremos a nuestros puestos poco antes de amanecer. Cada hombre debe tener claro dónde está su lugar; todos tienen que ser capaces de encontrarlo con los ojos cerrados.

»La sorpresa debe ser total, de manera que no quiero que nada nos delate. Los cañones metálicos de fusiles, escopetas y trabucos deberán cubrirse con tela, así como hebillas y cualquier pieza de metal que pueda brillar al sol. Si los franceses siguen a esa marcha estarán en este lugar mañana al mediodía, de modo que podría haber destellos que descubrieran nuestra posición. ¿Entendido?

Los cabecillas asintieron con la cabeza.

* * *

Al alba todos los hombres estaban ocultos en los lugares asignados, esperando pacientemente la llegada de los franceses. La noche había sido fresca, pero en cuanto salió el sol la temperatura comenzó a subir muy deprisa. Nadie debía moverse lo más mínimo, de modo que la espera podría ser muy larga.

De madrugada, Faria había enviado a varios espías para inspeccionar la presencia de posibles patullas de reconocimiento francesas. Una de ellas capturó a dos soldados imperiales, que llevó ante el coronel.

—Tienen orden de dar aviso de que el paso está abierto y libre —le dijo a Faria El Candelas, pues habían sido sus hombres los que habían capturado a los dos avanzados franceses.

—¿Cómo lo sabe?

—Uno de mis hombres habla francés, y este soldadito lo ha confesado todo.

Faria observó al soldado francés; era un muchacho de apenas diecinueve años que

estaba muerto de miedo.

—¿Y el otro francés?

—No ha podido resistir el interrogatorio.

—¿Qué le han hecho?

—No querían decir nada y tuvimos que convencerlos para que hablaran; y como seguían negándose a hacerlo, al otro le cortamos los huevos y se los metimos en la boca. Y entonces este otro cantó de plano. Tienen que subir a lo alto del monte y agitar una bandera blanca en caso de que esté libre el paso, y mientras eso no ocurra, los franceses no seguirán adelante.

Faria se tragó la rabia y tuvo que morderse la lengua. El joven francés tenía los ojos llorosos y el pantalón humedecido; se había meado encima de miedo.

—Capitán Garcés, coja a uno de los hombres y vístanse ambos con los dos uniformes de estos soldados franceses. Monten sus caballos y suban a lo alto del monte, y cuando divisen a la vanguardia del convoy agiten la bandera blanca.

—¿Qué hacemos con este muchacho, coronel? —preguntó el sargento Morales.

—De momento átenlo y tápenle la boca mientras dura la batalla, pero antes, ofrézcale un poco de agua.

»Y ahora, todo el mundo a sus puestos.

A mediodía, la escolta de vanguardia del convoy apareció a la entrada del desfiladero. El capitán que la mandaba dio la orden de que se detuviera y aguardó a recibir la señal de los dos enviados.

En lo alto del monte aparecieron dos jinetes y enarbolaron un lienzo blanco atado al asta de una lanza. Para dar mayor sensación de que el paso estaba libre, el capitán Garcés, que era quien vestido de soldado francés agitaba la bandera, se quedó en lo alto del monte hablando tranquilamente con su acompañante.

La vanguardia francesa comenzó a penetrar en el desfiladero con cierta cautela. Estaba formada por un batallón de lanceros de unos doscientos soldados que avanzaron hasta la zona central del paso.

Y ocurrió lo que no se había previsto; los primeros carros y mulas cargados con los suministros no entraron, sino que se quedaron esperando fuera del desfiladero. Faria estaba ofuscado, su plan podía venirse abajo. Estuvo a punto de ejecutar el primer disparo cuando la vanguardia pasó frente a su posición, pero en ese caso sabía que los franceses retrocederían y salvarían el convoy, aunque perdieran a los doscientos jinetes de la vanguardia. En ese momento, el capitán del batallón dio el alto. Los lanceros se detuvieron y se hizo un gran silencio en el desfiladero, solo roto por algún relincho de los caballos. Todo parecía en calma, y entonces, a un toque de corneta, los carros y las mulas comenzaron a avanzar en el angosto paso, en cuyo centro esperaba la vanguardia. Poco a poco fueron entrando todas las unidades del convoy hasta que el batallón de retaguardia también lo hizo.

Faria suspiró hondo, se limpió el sudor de la frente y notó que el corazón le latía vertiginosamente en el interior de su pecho. Morales, que permanecía tumbado y oculto a su lado, estiró el cuello y pudo ver que las últimas unidades acababan de entrar en el desfiladero; miró a su coronel y le hizo una indicación afirmativa con la cabeza.

El conde de Castuera prendió con el pedernal su fusil y el disparo retumbó como un trueno de muerte por las empinadas laderas de aquellos montes; dos segundos después cuatrocientas bocas de fuego barrieron con una lluvia de metralla y muerte el fondo del desfiladero.

El comandante francés, sorprendido por la descarga de fusilería, miró hacia la cima del monte donde estaban los dos jinetes que creía sus hombres y vio cómo desaparecían al galope. Gritando como un poseso, daba órdenes desesperadas para salir de aquella ratonera, pero las mulas de carga coceaban en todas las direcciones y las que tiraban de los carros no obedecían las indicaciones de sus conductores. Los soldados de los tres escuadrones de la escolta, en la vanguardia, el centro y la retaguardia, intentaban responder al fuego enemigo, que les caía por todas partes desde las paredes del desfiladero, pero apenas podían maniobrar sobre sus caballos, cada vez más enloquecidos ante el ruido, el humo y la lluvia de metralla.

Como había supuesto Faria, en la primera andanada cayeron muertos o heridos dos centenares de franceses y decenas de animales, y la confusión y el caos se adueñaron del convoy. Cuando se sintieron atrapados y sin posibilidad de defensa, los soldados franceses, desoyendo las órdenes que daban a gritos sus oficiales, sólo pensaron en escapar de aquella trampa, pero el camino era tan sumamente estrecho que sus caballos tropezaron, se enredaron y cayeron unos sobre otros provocando la muerte de muchos de ellos.

Una segunda andanada fue todavía más demoledora si cabe; el coronel que mandaba el convoy se dio cuenta de que la resistencia era inútil y de que, si no se rendían, aquello se convertiría en una masacre; estaban atrapados y la angostura del sendero no permitía ni avanzar ni retroceder, y las laderas eran tan escarpadas e inclinadas que apenas se podía trepar por ellas.

Gritó que se rendía, pero los hombres de Faria no escucharon las palabras del coronel francés y siguieron disparando como posesos a todo lo que se movía en el fondo del desfiladero. Tras las dos primeras andanadas, los hombres se dividieron en grupos de tres, según había indicado Faria, en los que dos se dedicaron a cargar las armas de fuego mientras los de mayor puntería disparaban hacia el enemigo.

Algunas carretas cargadas con cajas de cartuchos y de pólvora estallaron, provocando nuevas muertes entre los sorprendidos franceses.

Las palabras de rendición del coronel francés quedaron ahogadas por los disparos, los relinchos de las caballerías y los gritos de los soldados franceses. La matanza fue

tremenda. Cuando Faria dio orden de alto el fuego, en el fondo del desfiladero yacían muertos o malheridos centenares de soldados franceses y de acémilas y caballos, entre columnas de humo y de fuego. Fueron precisas varias llamadas para que todos los hombres de la partida de Faria silenciaran sus armas, pues algunos, ante la posibilidad de matar gabachos como si fueran piezas de caza, tardaron en obedecer.

Cuando comenzó a disiparse el humo, el panorama que se contempló en el fondo del desfiladero fue terrible. Cuerpos mutilados de hombres y bestias, reventados por las explosiones de la propia munición, yacían esparcidos por todas partes; algunos se retorcían de dolor o caminaban a trompicones, dando tumbos por la estrechura del camino; varios caballos cabalgaban alocados chocando con las piedras o los restos de los carros; un olor a sangre, carne quemada y heces comenzó a fluir desde el fondo del barranco hacia lo alto, inundando las narices de los guerrilleros españoles. Aquel hedor pareció despertar a muchos de su locura de destrucción.

Faria se incorporó de su posición emboscada y alzó el brazo. Los guerrilleros comenzaron a aparecer como espectros enviados por la muerte, saliendo de sus escondites. Muchos habían colgado sus armas de fuego a la espalda y portaban en sus manos navajas y machetes, prestos a rematar a cuchilladas a los supervivientes. No fue necesario. Faria se interpuso en el camino de los más sanguinarios y ordenó que envainaran sus hojas de acero.

El coronel mandó a los jefes de las partidas que contuvieran a sus hombres e intentó poner orden en aquel caos. Los franceses vivos fueron agrupados en una ladera, donde se les ordenó que permanecieran sentados o en cuclillas. Los heridos fueron colocados en un recodo del desfiladero, donde se permitió a los enfermeros franceses que los atendieran, y los muertos fueron amontonados a las orillas del sendero como si se tratara de haces de leña.

Morales realizó el recuento ayudado por dos guerrilleros estudiantes; habían muerto quinientos veinte franceses, había trescientos sesenta y seis heridos, de ellos doscientos muy graves que no sobrevivirían, y sólo unos cien parecían ilesos; apenas unas pocas decenas de hombres de la vanguardia y de la retaguardia habían logrado escapar.

Casi dos centenares y medio de caballos y mulas habían sido capturados en buen estado, otros dos centenares habían muerto y otros tantos habían salido en estampida y vagaban por los montes de los alrededores.

De los cien carros, veinte estaban totalmente destruidos, treinta eran irre recuperables y los cincuenta restantes estaban en uso, aunque algunos necesitarían de ciertas reparaciones.

Treinta cañones de diversos calibres, centenares de cajas de cartuchos y de pólvora y otros suministros militares y de alimentos componían un botín espectacular.

Las bajas propias se limitaban a treinta y dos muertos y cuarenta y tres heridos.

—Hemos tenido suerte, amigos —les dijo Faria a Garcés, Morales y a los jefes guerrilleros a la vista del botín.

—¿Qué hacemos con los prisioneros, señor? —preguntó Garcés.

—Que regresen a Jaén.

—¡No! —gritó tajante El Candelas.

—No tenemos medios para mantenerlos presos —explicó Faria.

—Pues acabemos con ellos —propuso el jefe guerrillero—. Si los dejamos libres volverán a combatir contra nosotros, y tal vez entonces sean ellos quienes nos maten.

—El Candelas tiene razón —añadió otro de los jefes. Los demás asintieron con la cabeza.

—No voy a permitir que se asesine a prisioneros indefensos —dijo Faria.

—Ellos son los asesinos; hace unos meses entraron en mi pueblo, saquearon todas las casas, quemaron la iglesia, mataron a los hombres y violaron a nuestras mujeres. Probablemente alguno de estos hijos de perra participó en esa matanza. Yo sí que no consentiré que se vayan libres.

—Ninguno de nosotros lo consentiremos, coronel.

En los ojos de todos aquellos hombres brillaba un odio profundo y mortífero. Faria dudó.

—No cuenten conmigo para eso —alegó el conde de Castuera.

—No tiene por qué intervenir —dijo El Candelas—; esto es cosa nuestra.

Faria sabía que en esa ocasión no le iban a obedecer; no le quedó otro remedio que aceptar la muerte de aquellos prisioneros.

—Sólo les exijo dos condiciones: que los ejecuten rápidamente y sin torturas y que entierren sus cadáveres.

Los jefes guerrilleros se miraron y asintieron, aunque a regañadientes.

Mediada la tarde, un millar de cadáveres de soldados franceses eran enterrados en una sima cercana. Durante varias horas, hasta casi el anochecer, decenas de hombres arrojaron sobre ellos varias cargas de tierra. Los muertos españoles fueron enterrados en una fosa común y sobre ella se colocó una cruz realizada con dos enormes maderos.

—Esta victoria le otorgará los entorchados de brigadier, señor —le dijo el capitán Garcés a Francisco de Faria, quien se limitó a dibujar en sus labios un rictus de amargura.

Tres días después de la emboscada en el desfiladero, Faria se presentó ante el general Freire, que estaba preparando la batalla para la toma de Baza.

La llegada de Faria con sus trescientos veinte hombres y los suministros capturados a los franceses fue acogida con enorme júbilo en el campamento del ejército de Freire. Algunos caballos que no estaban en buenas condiciones fueron sacrificados; aquella noche hubo abundancia de carne para la tropa.

Con los cañones y las municiones conseguidas y el refuerzo de los guerrilleros, Freire ganó la batalla y ocupó Baza. En la misma se distinguió un capitán del regimiento de Farnesio, Gaspar Fernández, cuyo escuadrón pasó a cuchillo a un destacamento de doscientos lanceros polacos.

Entre tanto, el general Castaños lanzó una ofensiva en Extremadura; en los días siguientes a la reconquista de Baza, Castaños y el general inglés Beresford batieron a Sout en Albuera, y los franceses iniciaron la retirada hacia el Guadalquivir.

Por el contrario, en el norte de España las cosas no iban tan bien; los franceses mantenían asediadas algunas ciudades y avanzaban hacia el sur de Cataluña, procurando la conquista de Lérida y de Tarragona.

Mientras se recuperaban en Baza, Faria se enteró de que Napoleón había tenido un heredero con su segunda esposa, María Luisa de Austria, de que el maestro Francisco de Goya había sido distinguido con la Orden Real de España, una condecoración creada por José I para premiar a los españoles fieles a su corona, y de que mediante un decreto el rey Intruso había ordenado la supresión de los señoríos, el sistema de propiedad de la tierra y de dominio sobre los campesinos por el cual los señores de la nobleza habían gobernado las tierras señoriales españolas desde hacía siglos. Imaginó entonces que, si perdían la guerra, sus tierras de Castuera dejarían de ser parte de su patrimonio, lo que no pareció importarle demasiado. Francisco de Faria era un aristócrata, pero sus ideas estaban mucho más cercanas a las de los liberales, y no sólo por la guerra, sino también por la manera en que había visto comportarse a los reyes y a los nobles. Él luchaba por la causa de Fernando VII, pero estaba convencido de que José I sería mucho mejor rey para los españoles.

Capítulo XVI

—NUESTRAS primeras victorias en mucho tiempo —comentó Faria a Morales mientras visitaban al capitán Garcés, que permanecía convaleciente en un convento de monjas en Baza. Había sido herido en la batalla y tenía el brazo y el costado derechos abrasados por la metralla.

—Le agradezco la visita, coronel, y también a usted, sargento —dijo Garcés.

—Luchó usted como un valiente.

—Tenía que hacerlo; en el desfiladero no tuve ninguna oportunidad, no realicé ni siquiera un disparo, y a mí me alcanzaron como a un idiota.

—No importa; su actuación con la bandera blanca en lo alto de aquel monte fue decisiva para el triunfo de la emboscada.

—Lo hubiera hecho mejor cualquier actor.

Garcés tenía muy mal color; estaba tumbado en una camilla, tapado con una manta y sudaba bastante. A pesar de que hacía calor, el capitán tenía frío y temblaba constantemente. Sus heridas, alguna muy profunda, estaban infectadas y la gangrena no tardó en aparecer. Murió tres días después.

La acción del desfiladero le había reportado a Faria un enorme mérito entre sus superiores. El mismo general Freire había recomendado un ascenso para el joven coronel. Pero en el Consejo de Regencia no querían nombrar a un general tan joven, y Faria recibió nuevas instrucciones.

La derrota de Masséna en Buçaco había encumbrado a Wellington. La retirada francesa de Portugal y las batallas y escaramuzas de ese invierno habían asolado buena parte de ese país. Tanto ingleses y portugueses como franceses habían cometido salvajadas inhumanas. Hombre, mujeres, niños..., todos habían sufrido la parte más cruel de la guerra.

Wellington había decidido, con la aprobación del gobierno de Londres, pasar a la ofensiva y acosar dentro de España a las tropas francesas. El plan del vizconde consistía en lanzar una doble ofensiva sobre Badajoz y Ciudad Rodrigo, las dos plazas fuertes más importantes de la frontera española, y, una vez ocupadas, atacar desde ellas Sevilla y Salamanca. Si se lograba conquistar esas ciudades, Madrid quedaría atrapado por una tenaza desde el oeste y el sur y sería más fácil su liberación.

Por supuesto, existían algunos inconvenientes. Los ingleses no estaban contentos con la actuación del Consejo de Regencia y los españoles recelaban de la actitud de los ingleses con respecto a las colonias españolas en América, pues sabían que el gobierno británico estaba alentando las sublevaciones con la intención de sacar provecho de la futura independencia de esas colonias.

Los ingleses acusaban, además, a los oficiales españoles de poca profesionalidad

en la guerra y de falta de disciplina militar a sus tropas. No entendían la nueva guerra de guerrillas, a la que consideraban poco honorable, y estimaban que los generales españoles no estaban suficientemente preparados para enfrentarse tácticamente a los mariscales de Napoleón.

Por su parte, los españoles sabían que no tenían la menor posibilidad de ganar la guerra sin el apoyo de los británicos. Con la mayoría de las ciudades y centros productivos en manos de los franceses, de no ser por los suministros de municiones y armas que llegaban desde Inglaterra, España hubiera sucumbido a los ataques franceses en apenas un mes. Si todavía quedaba en pie parte del ejército regular español era gracias a la ayuda británica.

* * *

Fue el propio general Freire quien le transmitió las nuevas órdenes a Faria.

—Coronel, la ofensiva de Wellington y Castaños desde Portugal se ha detenido en la frontera. En las batallas libradas en Fuentes de Oñoro y La Albuera las bajas por ambas partes han sido enormes. Hemos vencido en ambas, pero a costa de grandes sacrificios. Lo peor es que los mandos británicos siguen asegurando en sus informes que los españoles no nos hemos comportado bien en esas batallas; y lo mejor es que al menos hemos demostrado que podemos combatir juntos sumando nuestras fuerzas contra los franceses.

»Por lo que a usted respecta, las órdenes son que se dirija a Sierra Morena y procure activar al máximo la guerrilla. Allí actúan varias partidas sin coordinación alguna, y son imprescindibles para mantener ocupados a varios regimientos franceses en la zona. El alto mando quiere aislar del resto de España al ejército francés en Andalucía para que las futuras ofensivas sobre Extremadura y Salamanca tengan éxito. Debemos impedir que los franceses logren reagrupar sus tropas en Badajoz y Ciudad Rodrigo. Es estos momentos Napoleón tiene desplegados más de trescientos cincuenta mil soldados en España, y, si sigue la paz con Austria, podría enviar algunas divisiones más; si sus mariscales lograran reunir a sesenta mil soldados en cada batalla, nos vencerían sin problemas. De manera que hay golpearlos por todas partes y mantenerlos siempre ocupados. Ahora no se trata de dar golpes audaces como el del desfiladero, sino de fomentar una guerra de guerrillas total.

—Lo intentaré, mi general; pero debo advertirle que los hombres que forman las partidas de guerrilleros no siempre están dispuestos a acatar la disciplina militar. No son soldados, aunque el Consejo de Regencia los considere como tales.

—Ya conoce las órdenes: todo combatiente español está sujeto a la disciplina militar, o en caso contrario será tratado como un delincuente o un traidor.

—Mi general, muchos de esos hombres enrolados en la guerrilla han sido

delincuentes hasta hace apenas unos meses, y me temo que algunos todavía lo son, y sin duda lo seguirán siendo si alguna vez acaba esta maldita guerra. No tienen la formación castrense que se les pretende imponer. La amenaza de ser tratados como bandidos no los amedrentará porque ya lo son. No luchan por patriotismo, ni por defender la independencia de esta nación, que les importa un higo; si combaten, lo hacen por su bolsa y porque es su único medio de vida. No son soldados, señor, son bandidos a los que la historia o el destino ha colocado ahora en una situación que jamás hubieran previsto en otras circunstancias. Debería haberlos visto disparar en la emboscada del desfiladero; no lo hacían por defender su país, sino para conseguir el botín que se vislumbraba allá abajo. Sus miradas no eran las del soldado que lucha por defender a su patria, sino la del ladrón que huele un botín inmediato. En cada soldado francés abatido no veían un enemigo menos, sino una parte más de ese mismo botín.

—Mire, coronel, me importa un carajo la causa por la cual luchan a nuestro lado esos bandoleros o lo que quiera que sean, pero ahora los necesitamos, y usted ha sido precisamente su mayor valedor y quien primero se dio cuenta de que era preciso organizarlos y dotarlos de unos objetivos comunes. Sus informes fueron decisivos para que la Junta de Defensa y luego el Consejo de Regencia aceptaran la inclusión en el ejército de todos los guerrilleros como unos combatientes más. Algunos de ellos incluso han sido ya ascendidos y son oficiales del ejército a todos los efectos. Al Empecinado lo hemos hecho brigadier.

—Lo sé, señor, pero sólo quería informarle de que la rigidez disciplinaria no es precisamente la mejor manera de dirigir a estos hombres.

—En ese caso, actúe en consecuencia; ya lo hizo en el desfiladero. Aquella acción fue heroica, y en ella usted mandaba a varios centenares de guerrilleros, no a un regimiento de soldados regulares.

—No, señor, aquello fue una matanza.

—En cualquier caso, favoreció nuestra victoria.

Faria y Morales partieron de Baza al frente de un grupo de doscientos guerrilleros hacia el norte. En la sierra de Segura, cerca de la localidad de Cazorla, debían reunirse con varios grupos organizados que operaban en esa zona y en la estribaciones orientales de Sierra Morena. Desde allí debería ir hacia el paso de Despeñaperros y seguir por las montañas hacia el oeste. El ejército del general Castaños estaba operando en la zona del bajo Guadiana, adonde había sido trasladado por varios navíos británicos y españoles desde Cádiz. Las instrucciones de Faria era claras: debía impedir que hubiera una comunicación fluida de tropas y suministros franceses desde Sevilla hacia Badajoz manteniendo todas las partidas posibles de guerrilleros en los pasos serranos entre Extremadura y Andalucía.

Entre tanto, la guerra continuaba en el norte. Las noticias daban cuenta de que en

las montañas de Cantabria los guerrilleros libraban cruentos enfrentamientos con las tropas francesas y que en Álava, Navarra y Aragón, los guerrilleros estaban realizando acciones espectaculares, especialmente las que encabezaban Espoz y Mina y El Empecinado, dos comandantes que habían demostrado una habilidad extraordinaria a la hora de preparar emboscadas contra los franceses.

Durante varios días, Faria y Morales avanzaron por Sierra Morena hacia el oeste, contactando con los guerrilleros de cada una de las comarcas e impartiendo instrucciones precisas sobre lo que debían hacer en cada momento.

Cuando llegaron a la sierra de Huelva ya era tarde. Napoleón había decidido sustituir a Masséna, un hombre avaricioso y altivo, por el mariscal Marmont, más joven y mejor preparado todavía. Marmont, rebosante de energía, reestructuró el ejército y consiguió reunir sus tropas con las de Soult. A Wellington no le quedó entonces otro remedio que levantar el sitio de Badajoz y retroceder hacia Portugal.

Las fuerzas de ambos contendientes estaban muy equilibradas en la frontera entre Portugal y España. La ofensiva francesa de finales del verano de 1810 había sido un fracaso, pero la contraofensiva aliada de la primavera de 1811 había sido detenida primero y rechazada después por la capacidad estratégica y la enérgica disposición del mariscal Marmont. La euforia que se había extendido entre los españoles había remitido y lo que se contemplaba en el verano de 1811 era un frente estable desde Ciudad Rodrigo hasta Huelva, producto del equilibrio de fuerzas de las dos partes en conflicto.

La estabilidad en el frente occidental fue aprovechada por los franceses para lanzar una ofensiva en Cataluña. Tarragona fue ocupada a fines de junio por el general Suchet; más de cuatro mil muertos cayeron en sus muros y en sus calles en defensa de la vieja ciudad, en la que se luchó metro a metro hasta el último reducto en la catedral.

Durante los dos meses centrales del verano, Faria y Morales dirigieron algunas escaramuzas contra patrullas y convoyes franceses por la serranía, y en una ocasión se acercaron tanto a Sevilla que casi llegaron a vislumbrar sus torres. Allá debía de seguir Cayetana, esperando a que acabara la guerra o a que se presentara Francisco en el convento de Santa Clara para llevársela con él.

Pero Sevilla estaba perfectamente defendida por un nutrido contingente de soldados franceses. Esa ciudad había sido clave en el dominio de Andalucía y en ella radicaban algunas de las mejores tropas del ejército imperial en España.

En el verano de 1811 los combatientes españoles estaban acantonados en las montañas; entre las ciudades españolas realmente importantes sólo Valencia se mantenía libre, y no parecía que esa situación fuera a durar demasiado tiempo, pues una vez ocupada Tarragona quedaba expedito el camino para avanzar hacia la capital levantina, lo que según parecía iba a ser el siguiente objetivo del ejército francés.

Marmont se había revelado como un estratega eficaz, más listo y sereno que Masséna, y capaz de mantener a raya a Wellington, quien seguía apostando por un ataque simultáneo sobre Ciudad Rodrigo y Badajoz, como medio de romper la línea defensiva francesa en España, y desde ahí proceder a avanzar sobre Madrid. El Gobierno británico no parecía compartir los planes de Wellington, e incluso estuvo a punto de ordenar la evacuación de Portugal, pero la insistencia del vizconde triunfó y se optó por mantener la línea defensiva, aunque a costa de enormes gastos.

Faria intentó comunicarse varias veces con el mando en Cádiz, que seguía sitiada pero indemne. Al fin consiguió enviar y recibir un correo a través del río Guadiana y Ayamonte y fue autorizado a regresar a Cádiz.

Capítulo XVII

LLEGARON a Cádiz a bordo de un navío español desde Ayamonte. Faria y Morales comprobaron que la ciudad seguía abastecida de todo tipo de mercancías, y era probablemente la única ciudad de España donde no faltaba de nada. Media España pasaba hambre y carecía de otro tipo de productos y mercancías, pero en Cádiz abundaba todo; los cafés estaban llenos, las tiendas rebosaban de mercancías y en los almacenes del puerto se apilaban fardos y cajas con productos de todo el mundo.

Ni siquiera faltaba papel para las imprentas, en las que se publicaban miles de panfletos, libros, proclamas, revistas y periódicos. Los liberales editaban uno con el nombre de *El Robespierre español*, en el cual escribían los políticos y comentaristas más radicales. La mayoría de sus artículos era realmente incendiaria, especialmente contra la actitud de los clérigos y de los políticos conservadores, a los que se acusaba de ser los principales causantes del retraso cultural y de la miseria económica de España. Francisco de Faria no era precisamente un radical, pero acostumbraba a leer este periódico, con cuyos análisis solía coincidir en no pocas ocasiones. El coronel sabía que, además de una guerra entre Francia y España y sus aliados, se estaba librando una tremenda batalla entre dos maneras de concebir el futuro de la nación.

De un lado, la Iglesia, la inmensa mayoría de la nobleza y los grandes propietarios defendían el viejo régimen en el cual estos tres sectores disponían de inmensos beneficios y privilegios; frente a ellos, la mayoría de los intelectuales, pequeños comerciantes, algunos profesores, periodistas, artesanos y los pocos obreros de las escasas industrias urbanas querían un país más próximo a los ideales que se habían extendido desde los independientes Estados Unidos de América y desde la Francia revolucionaria.

En esa otra guerra, por el momento incruenta, la constitución que se estaba debatiendo en Cádiz constituía la batalla principal.

La mayoría de los diputados en Cortes era conservadora, pues abundaban los clérigos, los nobles, los militares y los propietarios, de manera que el contenido de los discursos que se pronunciaban solía estar alejado de lo que pretendían los liberales, que aun siendo menos tenían más preparación intelectual y mejor bagaje dialéctico. No obstante, como hiciera unos meses antes José I en Madrid, el Gobierno provisional en Cádiz también abolió el régimen señorial.

Al regresar a Cádiz, Faria había sido asignado al cuerpo de guardia que garantizaba la seguridad en los debates de las Cortes. El primer día que se incorporó a su nuevo destino se encontró con don Pedro María Ric, barón de Valdeolivos, en un café cercano a la iglesia donde se celebraban las sesiones.

—¡Don Francisco! —exclamó Ric al ver al coronel Faria. El conde de Castuera se giró y vio acercarse hacia él, sonriendo, a Pedro María Ric, el esposo de la condesa

de Bureta, quien se había hecho cargo de la ciudad de Zaragoza y de su Junta de Defensa durante la enfermedad del general Palafox.

—¡Don Pedro María!, me alegro mucho de verlo aquí. No sabía nada de usted. ¿Cómo ha llegado hasta Cádiz?

—Es una larga historia que le resumiré para no cansarlo. Cuando entregamos Zaragoza, el mariscal Lannes me trató con consideración. Intenté, bien lo sabe Dios, que los franceses no cometieran tropelías en la ciudad y que se cumpliera lo pactado en la capitulación, pero no pude evitar numerosos desmanes de la soldadesca. Lannes me ofreció la libertad, «en consideración a las muchas vidas que mi actitud favorable a la capitulación había salvado», me dijo. Nos extendió un salvoconducto a mí y a mi esposa, la condesa de Bureta, y nos permitió salir de la ciudad. Recorrimos toda España, y ya ve, aquí estamos; en mi caso, como diputado y representante de la Junta Superior de Aragón en las Cortes.

—¿Y su esposa?

—La condesa se ha quedado en casa. Estamos hospedados en la residencia de unos amigos, los condes de Villamayor.

—Ofrézcale mi consideración; su esposa es una de las mujeres más valerosas que he conocido. Su actitud y comportamiento en las batallas por Zaragoza fueron ejemplares. Sentí mucho que perdieran a su hijo.

—Ya sabe que llevó muy mal lo del aborto; todavía lo recuerda con amargura, y sigue culpando de ello a los franceses. Yo tampoco lo he superado; quería aquel hijo, y tal vez cuando acabe la guerra podamos tener uno.

—Es una gran mujer.

—Desde luego que lo es. Pero ¿y usted, Francisco?

—Logré huir de una cuerda de presos en los Pirineos; conmigo se escapó el brigadier Mariano Renovales, pero nos separamos pronto. Sé que logró llegar hasta Aragón y organizó allí la resistencia en los valles de Hecho, Ansó y Roncal; yo vagué por ahí, regresé a Zaragoza y me reincorporé al ejército de Aragón al mando del general Blake. La Junta de Defensa primero y el Consejo de Regencia después me encomendaron la formación de guerrilleros en la sierra de Madrid y en Sierra Morena. Ahora, y por el momento, estoy al frente de la guardia militar que custodia las Cortes.

—En ese caso, va a seguir nuestras deliberaciones.

—No tendré otro remedio.

—Lo dice como si fuera un castigo escolar. ¿No le interesa la política?

—Sí, claro, como a todo militar en estos días, pero ya estuve presente hace unos meses en algunas de las primeras sesiones, que fueron ciertamente tediosas.

—Bueno, ahora se presenta lo más interesante. Además, los aragoneses, aunque somos pocos, hemos logrado que el presidente de las Cortes sea el diputado por la

ciudad de Teruel, don Vicente Pascual, un buen amigo.

—Lo conozco. Ayer me presenté para ponerme a sus órdenes —dijo Faria.

—Mañana será uno de los grandes días de estas Cortes; debatiremos la definición de la nación española y su composición. No se lo pierda.

—No me queda otra alternativa. Póngame a los pies de la condesa.

—Lo haré, don Francisco, lo haré.

* * *

La iglesia gaditana de San Felipe estaba a rebosar aquella mañana de septiembre. Desde primera hora había sido ocupada por gentes que habían llenado todas las sillas, bancos y estrados dispuestos para diputados e invitados. Faria, vestido con un uniforme nuevo de coronel de la guardia de corps, dirigía dos compañías de soldados distribuidos por la iglesia y sus alrededores. El sargento Morales, también con uniforme nuevo, permanecía a su lado presto a transmitir sus órdenes a los jefes de las escuadras en las que se habían dividido las compañías de guardias. Ambos lucían sobre el pecho las distinciones del primer sitio de Zaragoza, una cruz blanca con centro rojo y cinta amarilla, verde, roja, azul y amarilla, y la del segundo sitio, una cruz roja con cinta con la tradicional bandera de Aragón a bandas rojas y amarillas. Esas condecoraciones les habían sido adjudicadas hacía una semana por el Consejo de Regencia.

Cuando todos los diputados se ubicaron en sus estrados y los asientos destinados a los invitados estuvieron ocupados, el presidente de las Cortes declaró abierta la sesión. Don José Zorraquino, diputado por Madrid y uno de los cuatro secretarios, leyó el acta de la sesión anterior, que fue aprobada por unanimidad.

A continuación, tomó la palabra el conde de Toreno, diputado por Asturias, quien defendió la necesidad de aprobar los primeros artículos, en los que se definía a España como una nación resultado de la «reunión de todos los españoles de ambos hemisferios». No hubo debate en este punto.

La primera polémica surgió cuando se propuso que «la nación española es libre e independiente y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona». Los diputados liberales sostenían que esa fórmula garantizaba la legitimidad de esas Cortes y de cuantos dictámenes allí se emitiesen, en tanto los conservadores insistían en que debía reconocerse explícitamente a España la condición de reino y por tanto sujeto al gobierno de un rey, y que ese rey no podía ser otro que don Fernando de Borbón.

Al final, y como quiera que se acercaba la hora del almuerzo y los estómagos de sus señorías empezaban a rugir de hambre, se aceptó la proposición de los liberales, pero con el compromiso de que más adelante se aceptaría que España era una

monarquía y que el rey legítimo era don Fernando VII.

Poco después de mediodía el presidente levantó la sesión y concedió dos horas de asueto para el almuerzo, antes de proseguir la sesión por la tarde.

Pedro María Ric se acercó entonces a Faria.

—¿Le gustaría almorzar con nosotros, coronel?

—¿Nosotros...?

—Sí, conmigo y con don Juan Polo, también diputado por Aragón. Si sus obligaciones no se lo impiden, claro.

—Por supuesto, don Pedro. Daré instrucciones al sargento Morales para que distribuya los turnos de guardia durante el almuerzo. Si me permite unos momentos...

Faria regresó enseguida; junto a Ric estaba don Juan Polo.

—El coronel don Francisco de Faria, conde de Castuera —hizo las presentaciones Ric—; don Juan Polo y Catalina, diputado por Aragón.

Los dos presentados se estrecharon la mano con cortesía.

Se acomodaron los tres en una mesa en el comedor de la posada del Sol, muy cercana a la iglesia de San Felipe. La sala estaba llena de diputados que apreciaban los suculentos guisos de la mesonera.

—Olla podrida, nabos asados con crema, pescado frito y natillas —les propuso el camarero—; y un vino añejo de Jerez que hará las delicias de sus señorías.

—¿Les parece bien? —dijo Ric a sus dos acompañantes.

—¿Qué lleva esa olla? —preguntó Faria.

—Viene completa, señor: alubias, costilla de cerdo, chorizo, morcilla, tocino ahumado, cebolla, puerros, zanahoria, tomates, pimientos y ajo, y todo ello con aceite de oliva de Andújar. Se chuparán los dedos.

Todos asintieron.

—No es un nombre muy apropiado para semejante plato, pero es contundente —observó Ric.

—El nombre proviene de «olla de los poderosos», y de ahí pasó a «podrida». Se trata de un cocido castellano, de Burgos, muy apropiado para los inviernos de la Meseta, pero aquí, en Cádiz, tal vez resulte excesivo —aclaró Faria.

—¿Cómo sabe eso?

—En Zaragoza estuve hospedado en la posada de don Ricardo Marín, la mejor casa de comidas de la ciudad. Fue cocinero en París antes de la guerra, y me contó que a los franceses les encanta este plato, aunque allí los ingredientes son algo distintos —explicó Faria.

—¿Qué le ha parecido la sesión de la mañana, don Francisco? —le preguntó el diputado Polo.

—Demasiado lenta.

—¿Lenta?

—Sí; han dedicado varias horas para debatir apenas dos líneas —dijo Faria.

—Pero dos líneas importantísimas. De ellas dependía nuestra razón de ser como diputados, nuestra legitimidad y el futuro de esta nación.

—¿Usted cree? —dudó Faria.

—Claro que sí. Necesitamos ratificarnos como nación soberana ante la usurpación que Napoleón ha hecho del trono de España, y devolver la corona a su legítimo dueño, don Fernando VII —asentó Polo, ante la anuencia de Ric.

Faria se mordió la lengua. Su puesto no le permitía intervenir en el debate político, pero bien a gusto se hubiera despachado recordando en voz alta la miserable escena que Fernando VII y su padre Carlos IV protagonizaron en Bayona a fines de abril de 1808, cuando renunciaron a sus derechos al trono de España y los entregaron a Napoleón Bonaparte.

—Si no estoy mal informado, don Fernando está muy bien alojado en Francia —alegó Faria.

—No es un huésped, sino un rehén de Bonaparte. Si vencemos en esta guerra, regresará como rey a este país y volveremos a ser una nación libre —aseguró Polo.

—Lo necesitamos, don Francisco —ratificó Ric. Faria no pudo contenerse y dijo:

—He oído que don Fernando había escrito unas cartas a Napoleón felicitándole por sus victorias en España y deseándole más éxitos.

Los dos diputados se mostraron incómodos ante aquellas palabras de Faria. Todo el mundo sabía que el comportamiento de Fernando VII en su retiro del castillo-palacio de Valençay no estaba siendo ejemplar, pero sus partidarios o bien lo obviaban o lo justificaban alegando que no le quedaba más remedio que actuar con disimulo para salvaguardar su propia vida.

—Eso sólo son rumores, coronel, no les preste demasiada atención —dijo Polo—. En la guerra se utilizan todo tipo de estratagemas para desorientar, confundir o desmoralizar al enemigo. Y eso es lo que están haciendo los franceses al difundir todas esas injurias sobre nuestro rey. Yo no tengo ninguna duda de que don Fernando ama profundamente a España y a los españoles, y que se sacrificará cuanto haga falta por nuestra libertad y nuestra independencia.

—Independencia no es libertad, don Juan —afirmó Faria.

—Pero no puede haber libertad sin independencia, don Francisco. Y en ésas estamos.

—¿Por qué otra cosa cree que estoy luchando, don Juan?

El mesonero trajo la olla podrida, que empezó a repartir en generosas raciones en los platos de los tres comensales.

—Tiene un aspecto delicioso —dijo Ric.

—Nuestra patria ha de ser lo más importante —continuó Juan Polo, haciendo

caso omiso al cocido—, y hemos de inculcar en todos los españoles el amor a España.

—Creo que la sangre derramada en tantas batallas no deja lugar a duda al respecto —adujo Faria.

—Así es, pero eso debe ratificarse en un texto solemne, en nuestra futura constitución.

—Esta tarde vamos a aprobar un artículo en el que se declarará que el amor a la patria es obligación de todos los españoles, que además deberán ser justos y benéficos —añadió Ric.

—¿Eso se puede hacer en un texto legal? —se sorprendió Faria.

—Claro que se puede; de hecho, esta misma tarde lo podrá comprobar, don Francisco.

Acabaron el almuerzo dando cuenta de las natillas aromatizadas con canela y un café denso y cremoso.

Pese al cerco terrestre a que la tenían sometida los franceses, Cádiz seguía recibiendo todo tipo de suministros; incluso productos frescos como la leche o los huevos no faltaban nunca en las principales tiendas y en las casas de comidas de la ciudad. Mientras Inglaterra mantuviera el dominio del mar y necesitara que hubiera un lugar simbólico en el que se encarnara la resistencia de los españoles contra Napoleón y ese lugar fuera Cádiz, allí no faltaría de nada.

En las semanas siguientes se fue avanzando mucho en la redacción de la Constitución. Los frentes de guerra parecían estabilizados, aunque en el otoño de 1811 los franceses estaban preparando la conquista de Valencia. El fracaso ante Lisboa les había aconsejado acabar la ocupación de toda España antes de iniciar una nueva aventura militar en el país atlántico. A fines de octubre avanzaron desde Tarragona hasta Sagunto, cuya posesión era fundamental para lanzarse desde allí a la conquista de Valencia. Los mariscales franceses, siguiendo el plan de Marmont, se habían empeñado en conquistar España para no dejar a sus espaldas ninguna fuerza enemiga que les pudiera incordiar desde su retaguardia antes de volver a intentar la toma de Portugal y echar de allí a las tropas británicas de Wellington. Y esa estrategia tenía que ejecutarse con premura, pues a pesar del nacimiento del hijo de Napoleón y María Luisa de Austria, las relaciones de Francia y Austria estaban empeorando, y el estallido de una nueva guerra entre ambos imperios parecía próximo.

* * *

—Sagunto ha caído, y los franceses avanzan hacia Valencia —le anunció Pedro María Ric a Faria, mientras los dos amigos tomaban un café y una copita de vino dulce en la posada del Sol.

—Sí, ayer por la tarde llegó la noticia a nuestro acuartelamiento.

—¿Ha decaído el ánimo de sus soldados?

—No, al menos por ahora. Creo que aquí en Cádiz se sienten seguros. Mientras los sitiadores franceses se alimentan de un rancho de col, lechugas, patatas sin lavar ni pelar, garbanzos, sal y pimentón, aquí no falta la comida, y disponemos incluso de carne de cordero y de frutas frescas; además, hay municiones abundantes y los burdeles rebosan de muchachas guapísimas.

—Perdone mi indiscreción, pero ¿los visita usted?

—No, yo no, pero mis hombres se gastan buena parte de la paga en ellos.

—¿Sigue usted soltero? Y otra vez le ruego que perdone mi impertinencia, don Francisco.

—Sí, continúo soltero.

—¿Y no hay ninguna mujer...? Ya me entiende.

—Sí, hay una joven esperándome en un convento de Sevilla. Creo que la conoce; se llama Cayetana Miranda y trabajó muy duro en el hospital de Zaragoza con la madre Ráfols.

—¡Ah!, claro que la recuerdo, una mujer muy hermosa. La echará de menos.

—Por supuesto. He vivido con ella momentos muy intensos. Si alguna vez acaba esta maldita guerra, quizás...

—Acabará, no lo dude, y regresará la paz. Volveremos a ser felices.

—Eso espero.

Brindaron con una copita de vino dulce de Málaga y salieron de la posada en dirección a la iglesia de San Felipe.

Los debates de las Cortes se habían centrado en aquellos días de mediados del otoño en cuáles eran los territorios que configuraban los dominios del reino de España. Los diputados, a propuesta de don Ventura de los Reyes, diputado por las islas Filipinas, decidieron que el territorio español comprendía las posesiones de España en la península Ibérica e islas adyacentes, es decir, Aragón, Asturias, Castilla la Vieja, Castilla la Nueva, Cataluña, Córdoba, Extremadura, Galicia, Granada, Jaén, León, Molina, Murcia, Navarra, Provincias Vascongadas, Sevilla, Valencia, las islas Baleares y las Canarias con las demás posesiones de África. Además, las posesiones en América Central en Nueva España, es decir, México, con la Nueva Galicia y península del Yucatán, Guatemala, provincias internas de Oriente, provincias internas de Occidente, islas de Cuba con las dos Floridas, la parte española de la isla de Santo Domingo, isla de Puerto Rico y las demás adyacentes a éstas; también las posesiones en América del Sur, con Nueva Granada, Venezuela, Perú, Chile, las Provincias de Río de la Plata y las islas adyacentes; y por fin, en Asia, las islas Filipinas.

Algunos diputados hicieron alusión a los movimientos independentistas que se habían alzado, algunos incluso con proclamaciones formales, en Río de la Plata y México, pero la mayoría de los diputados hicieron oídos sordos a ese problema, que

era mucho más grave de lo que allí se decía. Además, el pasado mes de julio había sido ajusticiado el cura Hidalgo, el mismo que un año antes había intentado provocar un levantamiento campesino a la vez que proclamaba sin éxito la independencia de esa tierra, sin que hubiera mayores disturbios por ello.

Los diputados conservadores seguían insistiendo en que la Constitución recogiera sus ideas tradicionales en defensa de la religión católica y de la monarquía, y alcanzaron un triunfo importante al conseguir que se aprobara un artículo por el cual se declaraba que la nación española sería a perpetuidad católica, apostólica y romana, la religión única y verdadera; de hecho, se legisló que la libertad de prensa no se aplicaría a cuestiones religiosas. Los obispos allí presentes como diputados, en particular los de Orense y Palma de Mallorca, se dieron por satisfechos. En contrapartida, los diputados liberales consiguieron que se aprobara que la nación debería regirse por leyes sabias y justas, indicando que el objetivo de todo gobierno debería ser alcanzar la felicidad de la nación.

Hubo algunos, muy pocos, que intentaron que se debatiera la proclamación de una república, al estilo de la que se había instaurado en los Estados Unidos de América o en Francia antes del imperio de Napoleón, e incluso se aludió al caso de algunos cantones de Suiza para demostrar que los pueblos podían gobernarse por sí solos sin necesidad de un soberano, pero la inmensa mayoría apoyó la declaración de la monarquía hereditaria como forma del Estado.

Aquello le pareció a Faria una clara contradicción con el artículo aprobado unas semanas atrás en el que se indicaba que España no podía ser patrimonio de una familia, pero él no estaba allí para opinar de política, sino para garantizar que opinaran los demás.

Entre tanto, los franceses, dirigidos en la zona levantina por el mariscal Suchet, ganaban posiciones ante Valencia, y los diputados españoles seguían en Cádiz aprobando uno tras otro los artículos de la nueva constitución, en la cual se acordó que los sirvientes domésticos o los que carecieran de oficio conocido perderían los derechos políticos contenidos en la constitución; este artículo fue introducido por la presión de los nobles, que no querían ver a sus lacayos ubicados en el mismo plano político que ellos mismos.

Por fin, se aprobó que en todos los pueblos de España se establecerían escuelas de primeras letras donde al menos se enseñaría a leer, escribir, contar y el catecismo de la religión católica. Un diputado conservador hizo imprimir una cuartilla que repartió en una de las sesiones a diputados e invitados en la cual copió unas frases de un catecismo español del año 1808 en las que se leía:

—Soy español por la gracia de Dios.

—¿Qué quiere decir español?

—Hombre de bien.

- ¿Cuántas obligaciones tiene un español?
—Tres: ser cristiano y defender la patria y el rey.
—¿Quién es nuestro rey?
—Fernando VII.

* * *

La víspera de Navidad de 1811 se imprimió en Cádiz el texto de la Constitución. Pedro María Ric se presentó en el acuartelamiento de Faria con un ejemplar de la Constitución en la mano. El barón de Valdeolivos estaba feliz porque al fin se había llegado a un acuerdo.

—Aquí la tiene, Francisco, nuestra primera constitución. He querido traérsela en persona.

—Muchas gracias. Ahora es preciso que ustedes la aprueben.

—Sólo lamento una cosa —dijo Ric.

—Dígame.

—Que no se haya ni siquiera considerado que Aragón disponga de una salida al mar. Ya le conté que en una comisión propuse que la ciudadela de Peñíscola fuera considerada como territorio aragonés para que Aragón pudiera tener al fin un puerto de mar, pero no hubo manera. Y mire que alegué que allí residió el único pontífice aragonés de la historia, Benedicto XIII, nuestro papa Luna, pero ni por ésas, no hubo manera de que se tomara en consideración mi propuesta.

—No se lamente por ello, don Pedro.

—Al menos hemos logrado llegar a un acuerdo en lo esencial. Oiga este párrafo que se incluye en el discurso de presentación del texto jurídico, es magnífico: «... los generosos sentimientos de amor y lealtad a su inocente y adorado rey le obligaron a alzarse para vengar el ultraje cometido contra su sagrada persona, hoy más que nunca debe redoblar sus esfuerzos para acelerar el suspirado momento de restituirle al trono de sus mayores, que reposa majestuosamente sobre las sólidas bases de una Constitución liberal». ¿Qué le parece?

—Estupendo, sí, un perfecto ejercicio de equilibrio político.

—Lo es; no se puede imaginar lo que costó llegar a un acuerdo para que aparecieran a la vez la monarquía como garante de la continuidad de la patria y la palabra liberal para definir la Constitución.

—Usted es un experto letrado, don Pedro. Dígame, ¿en verdad cree que ésta es una constitución liberal?

El barón de Valdeolivos miró a Faria y sonrió con ironía.

—¿Quiere la verdad?

—Si es tan amable...

—Es un texto ambiguo que vale para cualquiera. Si le soy sincero, un liberal estaría mucho más a gusto con la constitución de Bayona, la que rige en la España ocupada por el intruso José Bonaparte, pero es lo máximo a que se ha podido llegar. ¿Sabe?, no todos los nobles, los obispos y los propietarios de este país comprenden que si queremos superar esta situación son necesarios algunos cambios.

—No, no lo han entendido, y me temo que nunca lo entenderán —dijo Faria.

—Pero el motivo de mi visita es doble. Los condes de Villamayor, en cuya casa, como sabe, residimos mi esposa y yo, quieren invitarle a almorzar el día de Año Nuevo. Me han pedido que lo haga en su nombre. ¿Acepta?

—Lo haré encantado; me alegrará volver a ver a su esposa, la condesa de Bureta.

—En ese caso, lo esperamos a mediodía. Por cierto, el palacio de los condes está en la calle de La Alameda, no muy lejos de aquí.

—Allí estaré, y dele al conde y a la condesa mis gracias por la invitación.

Capítulo XVIII

FARIA se había vestido con su uniforme de gala de coronel de la guardia de corps pero no se había colocado sus condecoraciones para no parecer demasiado pretencioso.

El palacio de los condes de Villamayor en la calle de La Alameda era un enorme caserón construido con piedra caliza porosa de la bahía de Cádiz en las esquinas y en los alfiles de puertas y ventanas, con la fachada pintada en color albero y las maderas de puertas y ventanas en verde oscuro.

Los condes de Villamayor saludaron cordialmente al coronel. El conde era un tipo grueso y rechoncho, de nariz globosa, enrojecida y llena de finas venas azuladas, completamente calvo, de unos cincuenta años de edad, aunque se movía como si fuera un anciano. La condesa, bastante más joven, era pequeñita y pechugona, de ojos azules, nariz pequeña y redondeada, mejillas empolvadas de rojo intenso, dientes separados, muy pizpireta, que hablaba sin cesar, como si estuviera siempre achispada; usaba un perfume dulzón y empalagoso, muy acorde con su aspecto.

Pedro María Ric hizo las presentaciones; el coronel besó las manos de las dos señoras y entregó a cada una de ellas sendas cajitas de porcelana china, excusándose por no haber podido conseguir en este tiempo dos buenos ramos de flores. La condesa de Bureta estaba radiante. Tenía treinta y cinco años pero conservaba una lozanía tal que no parecía que hubiera sufrido un aborto en plena batalla de Zaragoza. Faria todavía la recordaba arremangada en Zaragoza, colocando piedras en las barricadas de la calle del Coso, guisando pucheros de caldo para los combatientes, o luchando ella misma frente a las avalanchas de la infantería francesa. Estrechó la mano del conde de Villamayor, y los anfitriones invitaron a Faria a pasar hasta un saloncito en cuyo centro había una mesa redonda y seis sillas de madera tapizadas con una tela adamascada.

El coronel esperó a que se sentaran las dos condesas, el conde de Villamayor y el barón de Valdeolivos, y luego lo hizo él.

—Agradezco mucho su invitación, señor conde...

—Por favor, Francisco, llámame Enrique, que es mi nombre de pila; entre la nobleza debemos tratarnos con confianza.

—Como prefieras.

—Pedro nos habla mucho de ti. Te considera un héroe, y nosotros también, claro. ¿No es así, Belinda? —dijo Villamayor dirigiéndose a su esposa, que no dejaba de contemplar a Faria como si se tratara de un futuro trofeo de caza.

—Por supuesto, Enrique. Conocemos bien tus hazañas en Trafalgar y en Zaragoza; ojalá hubiera muchos españoles como tú, porque de ser así, Napoleón nos duraría un voleo.

—No es tan fácil acabar con los franceses, Belinda —Faria tomó enseguida la misma confianza en el trato—, disponen de unas fuerzas numerosas y de la mejor artillería del mundo. Sus cañones son modernos y eficaces, mientras nosotros seguimos en algunos casos disparando con piezas del siglo XVII.

En realidad a la condesa de Villamayor le importaba bien poco la artillería francesa o los cañones españoles, pues su atención estaba fijada en el coronel Faria, con quien ya imaginaba compartir un buen revolcón en una mullida cama.

Un criado entró en el salón con una bandeja y se puso a servir cinco vasos de vino dulce, de color negro muy intenso, y unos dulces, empezando por la condesa Belinda.

—Vino de pasas de Málaga, el preferido de mi esposa —dijo Villamayor.

—Sí, sí, es delicioso, y tan dulce...

La condesa se relamió los labios antes de dar un sorbo, al que siguió un largo trago con el que liquidó el vaso. Todavía no había acabado el criado de llenar los cinco vasos cuando Belinda ya estaba alargando el suyo demandando un nuevo servicio.

—Por nuestro rey don Fernando VII —brindó el conde de Villamayor alzando su vaso.

—Por don Fernando —le secundó Pedro María Ric.

—Por el rey —añadió Faria, que pensó más en José I que en el infame Fernando VII.

—Muy dulce, en efecto —comentó la condesa de Bureta.

—Como tú, querida —dijo la de Villamayor.

Faria miró a los ojos a la condesa de Bureta y comprendió enseguida que la heroína de Zaragoza tenía que estar pasando unos meses realmente aburridos al lado de aquella mujer.

—Sabemos que has realizado varias acciones en la retaguardia del enemigo, ¿crees que podemos ganar esta guerra? —le preguntó Villamayor a Faria.

—Está muy difícil; de momento los franceses mantienen la iniciativa y controlan casi todas las ciudades importantes españolas, pero no dominan todo el territorio. En Castilla, en Andalucía, en Navarra y en Aragón actúan decenas de partidas de guerrilleros que los mantienen en permanente estado de alerta, y que de vez en cuando les propinan golpes de mano muy dañinos para sus intereses. Si nos queda alguna esperanza de derrotar a Napoleón, pasa sin duda por la acción de los guerrilleros, la determinación y el apoyo de los ingleses y sobre todo por que los austríacos y los rusos abran un frente en el este contra Francia. Sólo con esas condiciones tendremos alguna oportunidad para la victoria.

—Ser vencidos por los franceses sería terrible, aunque sus generales parecen tan apuestos..., Francia es la cuna de la elegancia; este vestido es de París —comentó Belinda, ufana.

—Yo no podría vivir en este país con un monarca francés sentado en el trono de Madrid —dijo Villamayor.

—No sería la primera vez —repuso Faria—. Felipe V, el primer rey Borbón de España, era francés, nieto del rey Luis XIV además. Fernando VII es bisnieto de un rey extranjero.

El barón de Valdeolivos carraspeó. Conocía de sobra la muy conservadora tendencia política del conde de Villamayor, y no quería que se produjera un enfrentamiento entre sus dos amigos.

—La historia de nuestra patria está llena de momentos extraordinarios —sentenció el barón.

—Así es; pero también de situaciones dramáticas y de individuos que no han sabido estar a la altura que el momento requería —replicó Faria.

—Tomaría un poquito más de ese vino dulce malagueño —intervino la condesa de Villamayor, a la que los ojillos azules le empezaban a chispear con cierta intensidad.

Un criado anunció que el almuerzo estaba preparado.

—Bien, veamos qué ha guisado hoy nuestro cocinero —comentó Villamayor, que ofreció su brazo a la condesa de Bureta, mientras su esposa se colocaba entre Faria y Ric, asiéndose con fuerza a sus brazos.

El comedor del palacete estaba decorado con lámparas de cristal y dos enormes espejos. A pesar de que era de día y la luz que entraba por los amplios balcones orientados hacia el sur resultaba más que suficiente, las lámparas de aceite estaban encendidas, así como dos candelabros de plata con seis velas cada uno encima de la mesa.

Desde luego, la abundancia reinante en aquella casa no hacía suponer que a dos tiros de cañón de aquel lugar se estaba librando una batalla en una cruenta guerra.

—Crema de puerros y zanahorias, embutido, queso, pescados fritos, perdices en salsa de almendra y chuleta de buey con patatas, y de postre, tarta de fresas. ¿Te parece bien, Francisco? —le preguntó la condesa de Villamayor, que se había colocado al lado de Faria en la mesa.

—Un almuerzo digno de un rey —comentó Faria.

—Las fresas las hemos conservado confitadas en unos botes con almíbar desde fines del verano; así podemos disfrutarlas durante el resto del año —explicó Belinda.

Durante algo más de una hora, los cinco comensales dieron buena cuenta de las succulentas viandas. A la llegada del postre, Faria sintió que la mano de Belinda se deslizaba sobre su muslo derecho, directa hacia la entrepierna. El coronel dio un ligero respingo, pero, antes de que pudiera reaccionar, la mano izquierda de la condesa le estaba masajeando la zona genital.

Azorado y confuso, Faria miró al conde de Villamayor, que ajeno a las maniobras

de la mano de su esposa devoraba con fruición un enorme pedazo de tarta de fresas y nata, con los ojos fijos en el plato.

Sólo la condesa de Bureta, que se había dado cuenta desde un primer momento de las intenciones de Belinda, se percató de que su brazo izquierdo desaparecía en postura un tanto forzada debajo del mantel, con una cierta tendencia hacia el cuerpo de Faria.

El coronel se encontraba en una situación muy comprometida de la que no sabía cómo zafarse. Si se levantaba de pronto con la excusa de ir al retrete, atraparía el brazo de la condesa entre sus piernas y el borde inferior de la mesa, y tampoco podía correr la silla hacia atrás porque las patas reposaban en una mullida alfombra y no podría deslizarse. Y si se mantenía en aquella posición, el conde no tardaría en darse cuenta de la situación. Así que se inclinó hacia delante intentando ocultar la mano de la condesa, que seguía afanada en su delicada tarea.

Hacía varios meses que Faria no se acostaba con Cayetana, ni con ninguna otra mujer, y en ese tiempo se había aliviado en solitario, masturbándose cada dos o tres días. El roce, aunque fuera por encima de la tela de su pantalón, de una mano femenina lo excitó enseguida y, pese a la sorpresa y a que la condesa Belinda no le atraía demasiado, su miembro fue creciendo hasta alcanzar una considerable erección. Aquello animó todavía más a la condesa, que aceleró los movimientos de su mano ante la estupefacción de su amiga la condesa de Bureta, que la observaba casi atónita. Hasta Pedro María Ric, situado enfrente de Faria, advirtió que algo extraño ocurría al otro lado de la mesa.

Tras acabar su pedazo de tarta, el conde de Villamayor levantó los ojos del plato, miró a su esposa y extendió su brazo izquierdo para coger su mano derecha. La condesa tenía ahora su mano izquierda en la entrepierna de Faria y la derecha entre los dedos regordetes y carnosos de su esposo, que seguía sin enterarse de cuanto acontecía por debajo de la mesa.

—Un almuerzo delicioso, Enrique —dijo la condesa de Bureta, intentando recabar la atención de Villamayor.

—Gracias, María, pero ya sabes que esto es competencia de mi querida esposa.

—No, no, yo sólo elijo los platos, el resto es obra de nuestro cocinero —las mejillas regordetas y tersas de Belinda habían enrojecido a causa de la excitación que le había provocado la erección de Faria.

—Bueno, si os parece pasemos de nuevo a la salita a tomar el café y unos cigarros que me han traído desde Cuba.

La condesa de Bureta se levantó y Faria lo hizo enseguida pero muy despacio, intentando no partir el brazo de Belinda y dándole tiempo para que pudiera retirarlo sin que se notara demasiado su ubicación exacta bajo la mesa. Procuró ocultar el bulto que se marcaba en su entrepierna colocándose las dos manos con los brazos

estirados y cruzados delante del cuerpo.

El café se sirvió caliente y dulce, muy dulce, acompañado de unas pastas de almendra, agua y chocolate. Los cigarrillos provenían de Cuba y eran gruesos, aromáticos y de un palmo de longitud.

La condesa de Villamayor se sentó frente a un piano de pared y se puso a tocar unas melodías prácticamente irreconocibles, a la vez que entonaba las letras de aquellas canciones con una voz estridente y chillona. Sólo el fragor de una batalla era un sonido más desagradable que aquél.

De pronto, Belinda dejó de aporrear el teclado del sufrido piano y dijo:

—Seguro que Francisco quiere conocer nuestra biblioteca; tengo entendido que eres aficionado a la historia.

—Bueno, sí, lo soy, mi padre me legó algunos libros de historia de España y obras sobre Pizarro, Hernán Cortés; en fin, los conquistadores nacidos en mi tierra extremeña. Están en mi casa solariega de Castuera, si es que no han sido destruidos o saqueados todavía por los franceses o por nuestros aliados británicos.

—En ese caso, permíteme que te la enseñe. ¡Ah!, y en cuanto a vosotros, no os mováis de aquí, que volvemos enseguida.

Belinda extendió su brazo ofreciéndoselo a Faria, que se quedó atónito y pidió a María ayuda con la mirada. La condesa de Bureta se percató de los apuros del coronel.

—Voy con vosotros —dijo.

—Ni hablar, María. No podemos dejar solos a estos dos caballeros; y además ya conoces la biblioteca.

—Si no te importa... —insistió María de Bureta.

—He dicho que no. Vamos, tómate ese chocolate antes de que se enfríe.

—Cuando Belinda da una orden hay que cumplirla —dijo Villamayor entre bocanadas de humo de su cigarro.

Faria estaba perdido. Tras el manoseo del almuerzo, estaba seguro de que en cuanto se encontrara a solas con Belinda ésta se lanzaría sobre él. Y así fue.

Nada más salir de la sala del café, la mano de Belinda se dirigió de nuevo a la entrepierna de Faria, que intentó capear la acometida de la fogosa dama.

—Perdona, Belinda, pero tu marido puede aparecer y no creo que...

—No te preocupes, no saldrá de esa salita en toda la tarde; dentro de unos minutos estará dormido y roncando como un lirón.

La condesa tiró de la mano de Faria, atravesaron el patio interior del palacete y llegaron a una estancia pequeña y oscura apenas iluminada por un ventanuco. Belinda estaba desahogada y no atendía a los ruegos, casi súplicas, del coronel Faria, cuyas dos manos no eran suficientes para mantener en su sitio sus pantalones ante la velocidad con que las manos de la condesa pretendían bajárselos.

—Perdona, Belinda, pero no es momento...

—Tú calla y déjate hacer; las casadas sabemos más de esto que las solteras.

Pese a la resistencia de Faria, la cintura de su pantalón acabó por quedar a la altura de los muslos y su miembro viril, de nuevo enhiesto, apareció firme entre ellos. Belinda estaba como loca; empujó a Faria hasta un sofá, se subió las faldas y se colocó sobre el pubis del coronel, a quien la impetuosidad de la dama lo había desbaratado.

Con una facilidad pasmosa, Belinda consiguió introducir el pene de Faria en su vagina, húmeda y caliente, y comenzó entonces a cabalgar cual desmelenada amazona sobre el coronel, que asistía inerme a semejante ataque. Y es que en el amor, como en la guerra, la sorpresa es un arma decisiva. Belinda jadeaba al compás de su vaivén amoroso y hubo un momento en que incluso se olvidó de su ocasional amante y se dedicó a contorsionarse arriba y abajo como una verdadera funámbula.

Pese a que no estaba disfrutando de aquel encuentro, Faria sentía chorrear sobre él los flujos húmedos y cálidos de la condesa, y ante los espasmos de Belinda, cuyo trasero se movía una y otra vez arriba y abajo, notó que estaba a punto de eyacular.

—Me voy, me voy... —susurró el conde de Faria.

Y entonces, la condesa de Villamayor, ya satisfecha, se incorporó, cogió el miembro de Faria entre sus manos y lo succionó hasta extraer su denso y lechoso fluido, que tragó con deleite.

Acabada la función, como quien no va con ella, se colocó el vestido, se ajustó las telas de la falda y salió del pequeño cuarto de regreso a la sala de café.

Faria se subió los pantalones, estiró la levita y procuró disimular su asombro.

—¿Qué tal la visita a la biblioteca? —preguntó Villamayor.

—Estupenda, Enrique, tu esposa es una magnífica anfitriona.

—Yo no he leído ni uno solo de esos libros. Están ahí desde los tiempos de mi bisabuelo, que fue ministro de su majestad don Fernando VI. Si te apetece cualquiera de ellos, puedes llevártelo. ¿Has visto alguno de tu interés?

—Bueno, no me he fijado con precisión en cada uno de ellos, tal vez en otro momento...

—Claro, claro, ven cuando quieras, ésta es tu casa. ¿No es así, Belinda?

—Por supuesto, Francisco, siempre serás bienvenido. La condesa de Bureta miró a Faria y, aunque no había sido testigo de la misma, supo que la breve visita a la biblioteca había sido mucho más intensa de lo que se espera en una ocasión semejante.

Mediada la tarde, y tras un par de horas más de conversación con las dos parejas, Faria se despidió de sus anfitriones. El encuentro con Belinda lo había dejado sin capacidad de reacción, y no cesó de autorecriminárselo a lo largo del camino de regreso a su acuartelamiento.

Capítulo XIX

EN los primeros días de enero de 1812, y a pesar del frío invernal, el ejército francés lanzó una gran ofensiva en Levante. Desde Cataluña, varias divisiones avanzaron hacia el sur, dirigidas por el mariscal Suchet, y conquistaron Peñíscola, Valencia y Denia. El desastre fue enorme porque, además de la pérdida de estas ciudades, los franceses capturaron al ejército español quinientos de sus mejores cañones. A la vez se acentuó la presión sobre Cádiz y se intensificaron los bombardeos.

Pero Cádiz resistía y los suministros no cesaban de llegar; ante la ofensiva francesa era necesaria una respuesta inmediata. La concentración de tropas francesas en Valencia y en Cádiz había dejado desguarnecidas algunas zonas de la Península, especialmente en el frente occidental, donde los británicos y los portugueses organizaron un contraataque.

Wellington había sido requerido desde Cádiz por el mando español para que atacara en la frontera de Extremadura y de Salamanca, pero se mostró renuente a hacerlo, hasta que recibió la noticia de la marcha de Suchet sobre Valencia. Fue entonces cuando reaccionó, lanzando sus mejores divisiones contra la plaza fortificada de Ciudad Rodrigo, que ocupó a fines de enero. La estrategia de Wellington consistía en esperar a que Rusia y Austria declararan la guerra a Napoleón, y así disfrutar de una clara ventaja al tener que atender el emperador a varios frentes. Bonaparte era consciente de que una nueva guerra contra Rusia supondría tener que dedicar a ella un enorme esfuerzo, dada la extensión de ese país, y Francia no parecía preparada para mantener guerras abiertas en todas partes. A pesar de las victorias, el desgaste sufrido en las guerras en Italia, Alemania, Austria y España constituía ya una notable sangría para la leva de tropas en Francia, cuya juventud empezaba a resentirse de tanto reclutamiento forzoso.

Napoleón intentó evitar el conflicto directo con el zar Alejandro, pero éste estaba haciendo todo lo posible para que la guerra entre Rusia y Francia fuera inevitable. Como Francia e Inglaterra, Rusia también aspiraba a convertirse en un imperio mundial, y para ello necesitaba un ejército poderoso y engrasado, que sólo era posible formar en el curso de una gran guerra.

La toma de Ciudad Rodrigo por Wellington fue festejada en Cádiz como un gran triunfo. Faria recibió la orden de incrementar el servicio de vigilancia de las reuniones de los diputados en las Cortes, que estaban debatiendo el momento y el modo en que se aprobaría solemnemente la Constitución que habían acabado de redactar.

A mediados de enero de 1812 todo estaba listo para cumplir ese trámite, pero el Consejo de Regencia decidió que sería mejor esperar unas semanas por si conseguía nuevos éxitos militares. Para contentar a Wellington, el Gobierno provisional español

en Cádiz le concedió el título de duque de Ciudad Rodrigo, y el Gobierno de Londres le otorgó el título de conde. El Consejo de Regencia, el Gobierno provisional, pasó ahora a ser encabezado por el duque del Infantado, muy proclive a estrechar el pacto con el gobierno británico.

A principios de febrero se conoció la noticia de que Napoleón había decidido invadir Rusia. El coronel Faria estaba tomando un café con Pedro María Ric y ambos comentaron la decisión del emperador.

—Es un error estratégico —dijo Faria—. Rusia es un país gigantesco y, por lo que sé, los inviernos allí son de una dureza extrema. Un ejército extranjero necesitaría al menos dos millones de hombres para ocupar ese país, y una vez ocupado no sabría qué hacer con él.

—Napoleón está organizando un ejército de seiscientos mil hombres, probablemente el mayor jamás reunido —alegó Ric.

—No será suficiente. España es mucho menor que Rusia y ya ves las dificultades que tiene para mantener el control con trescientos cincuenta mil soldados. Con el doble de tropas en un país diez veces mayor no podrá aguantar mucho tiempo.

—Dicen que Bonaparte ha perdido su vigor, que está engordando y que sufre fuertes dolores en el estómago, que apenas duerme y que ya no se fía de nadie.

—Es probable que tantos años de guerras, campañas, batallas y viajes hayan hecho mella en su cuerpo, sí, pero sobre todo lo habrán hecho en su mente. Esperaba conquistar España y Portugal en unas semanas y su ejército está atascado aquí desde hace ya cuatro años, y aunque ha avanzado en el este, ha perdido en el oeste. En ningún momento esperaba que los españoles resistiéramos como lo estamos haciendo. Debió de pensar que todos éramos como don Carlos y don Fernando.

—¿Qué quieres decir, Francisco?

—Lo sabes bien, Pedro; Carlos IV no tenía cualidades para ceñirse la corona y Fernando VII no ha hecho méritos para heredarla.

—¿Consideras mejor a ese intruso de José I?

—Soy un patriota y lucho por mi país, pero yo vi actuar a don Carlos y a don Fernando en Bayona y sentí una enorme vergüenza por ambos —dijo Faria.

—Vamos, no los juzgues por eso; aquélla era una situación desesperada en la que apenas podían hacer otra cosa que acatar los deseos de Napoleón; eran sus rehenes.

—Tal vez, pero ¿cómo explicas que don Fernando felicite a Bonaparte tras cada una de sus victorias sobre los españoles?

—Imagino que será una táctica. Halagar al enemigo suele conllevar un relajamiento de éste y una debilidad. Sin duda ésa es la táctica que está empleando el rey —supuso el barón de Valdeolivos.

—Miles de españoles han derramado y siguen derramando su sangre por él, y creo que debería ser consciente de ello.

—Y lo es, Francisco, y lo es, no te quepa ninguna duda, pero considera su situación: está retenido en Francia y a la merced de Bonaparte, ¿qué otra cosa podría hacer?

—Mantener la dignidad, desde luego. Es lo menos que se le debe exigir a quien aspira a convertirse en rey de España —asentó Faria.

—Mira, Francisco, eres joven y tienes por delante, si esta maldita guerra no lo impide, un brillante futuro. Has sido héroe en Trafalgar y en Zaragoza y nadie como tú para opinar sobre la defensa de la patria, pero necesitamos a don Fernando; si queremos que se mantenga la esperanza de que este pueblo consiga al fin la independencia del invasor extranjero, don Fernando ha de ser nuestro símbolo. Un pueblo necesita de símbolos y de ilusiones a los que agarrarse en los momentos más difíciles, y, te guste o no, ese emblema y esa ilusión los encarna ahora don Fernando.

—La esperanza del pueblo es voluble, Pedro. Hace unos meses los sevillanos y otros muchos ciudadanos de Andalucía vitoreaban a José I como nunca antes se había hecho con ningún otro soberano.

—Eso es cierto, pero José Bonaparte es un intruso, un extranjero; por muy bien que gobernara, por mucha paz y felicidad que aportara a este país, la gente de aquí jamás lo aceptará; haga lo que haga siempre será un soberano impuesto por la fuerza de las armas.

—¿Y no lo fueron los Borbones? Felipe V fue rey porque ganó una guerra. Siempre ha sido así.

—Tal vez tengas razón, pero ese problema lo hemos zanjado en las Cortes, aquí en Cádiz. La legitimidad de los monarcas queda clara en nuestra nueva constitución, que aprobaremos en unas pocas semanas. ¿La has leído?

—Sí, claro. Y además, como sabes, he escuchado la mayoría de vuestras intervenciones.

—¿Y qué te parece?

—Es un avance, pero hubiera preferido la de Bayona.

—¿La de Napoleón?

—Sí.

—Pero ésta es la nuestra —aseveró Pedro María Ric—. Y además, como la de Bayona, también prohíbe la tortura. Pero... ¿no te estarás convirtiendo en uno de esos «afrancesados»?

—No, pero pretendo entender lo que está pasando sin recurrir a falsos valores. La de Bayona proclama la libertad de cultos, la de Cádiz prohíbe la práctica de cualquier religión que no sea la católica.

—Eres un miembro de la nobleza española, y el catolicismo es una de nuestras principales señas de identidad. Además, este verano abolimos los señoríos jurisdiccionales; era una condición de los liberales, aunque a cambio de que los

señores mantuviéramos las rentas de esas tierras.

—No toda la nobleza española es igual.

—Claro que lo es. Ser noble implica un timbre de distinción que no todos poseen. Sí, sí, ya sé que de vez en cuando aparecen entre nosotros insensatas como Belinda o inanes como su esposo Enrique, pero eso no cambia las cosas. Dios dispuso este mundo así, y así debe mantenerse hasta el final de los tiempos; es la ley divina, el ordenamiento celestial de las cosas de este mundo que todos debemos cumplir.

Faria no quiso seguir debatiendo con su amigo. Sí, él era noble, había nacido en el seno de una familia de rancio abolengo, en un linaje de antiguos condes, una estirpe de privilegiados, pero el mundo estaba cambiando muy deprisa. Desde Francia, siempre Francia, llegaban ideas nuevas para un hombre nuevo, para un mundo nuevo. Y no se trataba de ninguna utopía. En América del Norte, esas nuevas ideas habían triunfado con rotundidad. Los fundadores de Estados Unidos habían demostrado que se podía organizar una sociedad sin contar con reyes ni con nobles, ni siquiera con la Iglesia, y crear una sociedad de hombres libres e iguales. Francia había hecho una revolución, sangrienta, desde luego, durante la cual habían rodado cabezas, incluso las de un rey y una reina, y tal vez fuera ésa la única manera de conseguir imponer el nuevo mundo, la nueva sociedad.

El conde de Castuera dio el último sorbo a su café, miró al diputado Ric y comprendió que algo profundo estaba cambiando en su interior.

* * *

—El 19 de marzo, la fiesta de San José, ése es el día que han fijado el presidente y los secretarios de las Cortes para proclamar la Constitución —anunció el sargento Morales al coronel Faria.

Francisco estaba en su despacho repasando unos listados de suministros recibidos en su acuartelamiento desde los almacenes de intendencia.

—¿Es oficial?

—Sí, mi coronel, pero todavía no ha llegado la cédula. La noticia la ha traído el teniente de guardia.

—Gracias, Isidro, en cuanto traigan la confirmación oficial pásemela enseguida.

La cédula llegó mediada la tarde. El presidente de las Cortes, don Vicente Pascual, comunicaba que el día 12 de marzo de 1812 se reunirían los diputados en sesión solemne en la iglesia de San Felipe, en la ciudad de Cádiz, para votar la aprobación de la primera constitución de la historia de España.

—Tendremos que preparar un nuevo dispositivo de seguridad, sargento. Comuníqueme a todos los oficiales del regimiento que mañana, tras el desayuno, deben presentarse en mi despacho.

El día 18 de marzo, aunque ya hacía semanas que se habían aprobado todos los artículos e incluso corrían textos impresos con todo el articulado de la Constitución, la mesa de las Cortes fijó el texto definitivo que se iba a presentar para ser aprobado al día siguiente.

La mañana era soleada pero ventosa.

Faria se había levantado muy temprano, había desayunado en su despacho unos huevos con tocino, queso y pan tostado y se había vestido un nuevo uniforme de gala que había encargado un mes antes en una sastrería cercana a la catedral. La tela era inglesa y los entorchados portugueses, pero estaba cortado según el patrón oficial del ejército español. Como la ocasión lo merecía, el conde de Castuera se colocó las condecoraciones que había recibido en los últimos años: la cruz de la batalla de Trafalgar, las dos medallas de los Sitios de Zaragoza, la medalla al mérito militar y dos medallas por heridas en acción de guerra.

Se calzó las botas de cuero, que un asistente le había tintado con betún y brillantado con cera virgen, y se colocó al cinto el sable que el general Castaños le había entregado con motivo de su acción militar victoriosa en el desfiladero entre Jaén y Granada. Cuando el sargento Morales le avisó, se caló el gorro de dos picos y salió al patio. Dos compañías de soldados bien uniformados, armados con sus fusiles brillantes y equipados con correajes nuevos, estaban formadas con sus oficiales al frente.

Todos aquellos hombres sabían que su misión era custodiar a los diputados que se iban a reunir en apenas tres horas en la iglesia de San Felipe para decidir el nuevo ordenamiento legal de España, pero Faria creyó que debía decir algunas palabras.

Respondió a los saludos de los oficiales, todos ellos de mayor edad que Francisco, y se colocó en el más alto de cinco escalones que comunicaban el patio con la entrada al edificio principal del acuartelamiento.

—Soldados, hoy no vamos a librar ninguna batalla, pero éste va a ser el día más importante de nuestras vidas como españoles. Dentro de unas pocas horas España va a disponer de una constitución, la primera de nuestra historia. Nuestro deber es garantizar que los representantes de los españoles, los diputados, puedan hacerlo con plena seguridad. Cada uno sabe cuál es su deber y España os pide que lo cumpláis.

Al acabar su breve alocución, Faria recordó la batalla de Trafalgar y la frase que Nelson colgó mediante banderas de señales del mástil central del *Victory*: «Inglaterra espera que cada hombre cumplirá con su deber»; probablemente, por aquella simple frase los británicos comenzaron a ganar la batalla, porque en ciertas ocasiones unas palabras pueden ser más poderosas que los cañones.

* * *

El templo gaditano de San Felipe Neri, convenientemente habilitado para sede de las Cortes, estaba lleno de gente. En el espacio destinado a los invitados no cabía nadie más; el propio Faria había tenido que acudir para impedir que siguieran entrando más personas. Nadie en Cádiz quería perderse semejante acontecimiento.

Una vez acomodados los invitados y ubicados en sus asientos los diputados, el presidente y diputado por Teruel dio por constituida y abierta la sesión solemne de las Cortes españolas. José Zorraquino, uno de los cuatro secretarios y diputado por Madrid, leyó la convocatoria de la sesión y estableció las normas del sistema de votación.

Después procedió a la lectura del preámbulo:

—«Don Fernando VII, por la gracia de Dios y la Constitución de la Monarquía española, rey de las Españas, y en su ausencia y cautividad, la Regencia del reino nombrada por las Cortes generales extraordinarias...».

Los diputados señores Terán y Navarrete, ambos de voz clara y fuerte, procedieron a leer todos los 384 artículos de la Constitución, alternativamente uno cada uno, y acabaron con una cita impuesta por los diputados de extracción clerical:

—«En el nombre de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, autor y supremo legislador de la sociedad».

A continuación, el diputado preguntó si ésa era la Constitución que las Cortes españolas habían sancionado. Y entonces, todos los diputados se levantaron de sus asientos y el secretario declaró promulgada la Carta Magna. El presidente declaró aprobada la Constitución, que entraría en vigor de inmediato.

Entre el público, una voz anónima gritó:

—¡Viva la Pepa!

Los asistentes rieron la ocurrencia, la «Pepa», la Constitución del día de San José, y varios repitieron ese mismo grito entre vítores, aplausos y agitar de pañuelos.

Algunos diputados lloraban, otros se abrazaban, varios aplaudían; todos se mostraban muy satisfechos. En la calle, la gente ondeaba banderas y disparaba al aire salvas de pólvora, pero en las afueras de Cádiz el ejército francés estaba dispuesto a que todo lo aprobado ese día se convirtiera muy pronto en papel mojado.

Ric se acercó a Faria, que se había situado cerca del altar de la iglesia, observando lo que ocurría y atento a cualquier contingencia que pudiera producirse. Se dieron un abrazo.

—Ya la tenemos aquí —comentó Ric—, y ya has visto cómo la ha bautizado el pueblo: «la Pepa». Ahora somos una nación con nuevas esperanzas y nuevas ilusiones.

—Ésta es una constitución para una nación de ciudadanos preparados para serlo —dijo Faria—, pero no tengo plena seguridad de que los españoles lo estemos.

—Claro que sí; si hemos sabido hacerle frente al francés, sabremos sacar adelante

este nuevo reto.

Pero Napoleón no opinaba así y los hechos parecían darle la razón, al menos por el momento. Cataluña, como también ocurriera dos años antes con el noroeste de Alemania, fue desgajada de España y anexionada a Francia por derecho de conquista. José I seguía reinando sobre la mayoría de España y los españoles tenían demasiados problemas inmediatos como para ilusionarse por un texto que unos cuantos diputados reunidos en Cádiz habían aprobado sin que la inmensa mayoría del pueblo español tuviera la menor idea del mismo. No, no estaba claro que aquella recién nacida Constitución tuviera un largo camino por delante.

Capítulo XX

UN viento suave y cálido llegaba desde la bahía. La Constitución se había aprobado a la vez que la primavera había inundado las calles de la ciudad sitiada.

Los soldados del acuartelamiento de Faria, hasta entonces destinados a la protección de las Cortes y de los diputados, fueron movilizados de inmediato. El coronel de la guardia de corps recibió la orden de que todas las compañías a su mando estuvieran listas en dos días para embarcar rumbo a Portugal.

Con el final del invierno, el alto mando británico había aprobado los planes de Wellington de atacar en Extremadura a las tropas francesas acuarteladas en Badajoz, y a las de Ciudad Rodrigo. Faria, que conocía bien la zona, fue designado para servir de enlace con el mando británico.

—Sargento —le dijo a Morales—, pasado mañana salimos hacia Portugal.

—Sí, señor, ¿de nuevo con las guerrillas?

—No, no, cuando digo «salimos» me refiero a todo el regimiento. Vamos a combatir al lado de los británicos en España. Comunique a los capitanes de las compañías que deben presentarse dentro de una hora en mi despacho.

—A la orden, coronel.

Una hora después los seis capitanes de las seis compañías del regimiento que mandaba Faria estaban firmes ante la mesa de su despacho.

—Señores, el gobierno provisional del Consejo de Regencia nos envía a Portugal. Zarparemos a bordo de dos fragatas inglesas dentro de dos días, de modo que ordenen a sus hombres que tengan todo preparado.

—¿Vamos a combatir, señor? —preguntó el más veterano de los capitanes, que casi doblaba en edad a Faria.

—Sí, creo que sí, pero no lo comenten a la tropa, no quiero desertores... antes de tiempo.

Las seis compañías embarcaron en las dos fragatas inglesas desde varios botes; los soldados al mando de Faria habían sido equipados con nuevos mosquetes fabricados en Inglaterra, uniformes tejidos en Inglaterra y botas cosidas en Inglaterra. Sí, la guerra era un gran negocio para los comerciantes y las fábricas de Inglaterra.

Las fragatas partieron de Cádiz rumbo oeste y desembarcaron a los soldados españoles en una playa cercana a Lisboa. Allí se habían congregado varias divisiones de *highlanders* escoceses, fusileros irlandeses, tiradores y húsares ingleses, escopeteros portugueses y el regimiento de infantería de fusileros de Cádiz.

Sin apenas tiempo para organizar la marcha, los generales de Wellington dieron orden a todos los regimientos y divisiones para avanzar hacia el este, hacia la frontera española.

Wellington había planeado atacar Badajoz, la gran plaza defensiva en manos de

los franceses, y había requerido tropas del Gobierno español, pese a los malos informes que sus agentes le habían presentado de los soldados y de los oficiales españoles y al mal concepto que el propio generalísimo inglés tenía del comportamiento de los españoles en la guerra. Faria lo sabía, pero no estaba dispuesto a que los británicos siguieran considerando a las tropas españolas como poco menos que un hatajo de harapientos descamisados faltos de deber, valor y sentido de la disciplina. Por ello, la primera noche en tierra, poco antes del toque de silencio en el campamento, reunió a todos los hombres del regimiento y les largó una arenga tan patriótica y encendida que él mismo se sorprendió. Les dijo que los británicos miraban a los españoles por encima del hombro, que los consideraban soldados de segunda categoría, poco disciplinados e incapaces de combatir a su nivel, y que los ingleses opinaban que si se ganaba aquella guerra sería precisamente a pesar de los españoles. Aquellas palabras aguijonearon el corazón de muchos soldados, pero sobre todo se entusiasmaron cuando Faria les dijo que si los ingleses luchaban por el bolsillo de sus amos, ellos, los españoles, deberían hacerlo por la independencia de su nación.

Cuando acabó la arenga, poco antes del toque de queda, el sargento Morales se acercó a su coronel.

—Permítame, señor, que le felicite por su discurso a la tropa; creo que les ha llegado muy dentro; en Badajoz, o donde sea, se batirán como los mejores, no lo dude.

—Sí, eso espero —le dijo Faria—, pero a fuer de ser sincero, he de confesarle que los informes que maneja Wellington sobre nuestro ejército tienen parte de razón. Sí, sí, son exagerados en algunas consideraciones, pero nuestro ejército está mal organizado: nos falta material, la infantería carece de formación y de sentido de la disciplina, la caballería no tiene preparación ni medios, nuestros cañones son anticuados y nuestros artilleros no tienen experiencia; hay soldados destinados en artillería que apenas saben prender la mecha de un cañón. Ya lo vio en Cádiz. Además, algunas de las baterías de la costa estaban equipadas con cañones y morteros del siglo XVII, y de calibres tan diferentes que es imposible que sean eficaces. Todavía pueden verse en ellos los escudos de los reyes Felipe IV y Carlos II.

—Pero esos hombres son valientes, mi coronel...

—Sí, lo son, por supuesto que lo son, pero sólo con valor no se ganan las guerras. Aníbal..., ¿ha oído hablar de él...?

—Era un general de Roma, creo —respondió Morales.

—Era cartaginés —corrigió Faria—, el mejor general de su época, un genio como estratega, valeroso, audaz y arriesgado, venció a los romanos en muchas batallas, pero perdió la última, la decisiva, por un fallo de estrategia y porque se enfrentó a otro genio tal vez mayor, Publio Cornelio Escipión.

—¿Como Napoleón? —preguntó Morales.

—Sí, como Bonaparte. He leído en una revista que el emperador de los franceses ordena que las maniobras se realicen con la máxima rapidez; ya ha visto cómo los soldados franceses son capaces de avanzar a más de cien pasos por minuto, mientras nosotros lo hacemos a setenta. Gracias a esa velocidad de desplazamiento, Napoleón concentra todas sus tropas en un lugar, generalmente aprovechando la noche, y con ello sorprende al enemigo, al que envuelve con maniobras precisas, consigue superioridad numérica, le corta las líneas de suministros y lo destruye. Así es como ha ganado sus batallas en Europa. Y no creo que los soldados franceses sean de natural más valientes que los españoles o los austríacos; simplemente, están mejor entrenados para el combate.

* * *

Cuando llegaron ante las defensas de Badajoz, llovía a mares. Wellington había ordenado construir un cinturón de trincheras para cercar la ciudad, que estaba bien defendida por los franceses. Pero caía tanta agua que las trincheras se inundaban y los parapetos se venían abajo una y otra vez. Los cañones británicos batían los muros defensivos levantados por los franceses, intentando abrir brechas por las cuales lanzar al asalto a la infantería aliada.

La ciudad de Badajoz está bordeada por el norte por el río Guadiana, que esos días bajaba bastante crecido, y por el este por el arroyo Revillas, un riachuelo intermitente que a principios de abril de 1812 se había desbordado e inundado todo el exterior del sureste de la ciudad, donde había creado una especie de marisma pantanosa. La ciudad está rodeada por un cinturón de murallas reforzadas con varios fuertes y castillos que fueron sometidos a un considerable bombardeo, especialmente en el este y el oeste, por donde Wellington había decidido el asalto. El barro y el agua dificultaban el avance de los aliados, pero las órdenes eran tomar Badajoz a toda costa.

Wellington reunió a su Estado Mayor el 5 de abril por la tarde y ordenó a todos los comandantes de la 4.^a División y de la División Ligera que, al amanecer del día siguiente, lanzaran a todos sus hombres al asalto de la ciudad en los dos flancos señalados. Como no se fiaba de la infantería española, dispuso al regimiento de Faria en retaguardia, de modo que su misión consistiría en apoyar el asalto de las fuerzas de choque británicas.

Faria desplegó a sus hombres en tres líneas situadas en el sector oeste, enfrente de las brechas abiertas en los días previos al asalto por la artillería británica. A la orden de carga, los infantes ingleses corrieron hacia los muros de Badajoz, pero, al rebasar los primeros terraplenes, se encontraron con un tremendo foso en cuyo fondo corría

un canal; en el tropel, las primeras filas de los asaltantes cayeron al suelo y fueron pisoteadas por los que venían detrás; pero aún les esperaba una sorpresa mayor. Los franceses habían minado los pasillos que conducían hacia las brechas abiertas en los muros, y, sobre las murallas, los defensores disponían de numerosas granadas de mano, así como de mosquetes y rifles doblados y cargados.

Decenas de hombres se precipitaron al canal del foso y se ahogaron en el barro, en tanto las minas comenzaron a explotar, provocando una enorme carnicería. Los soldados que portaban las escalas para el asalto eran abatidos por el fuego de granadas y fusiles y los pocos que alcanzaron las brechas se encontraron con un dispositivo de maderas y cuchillas de hierro entrelazadas que los franceses llaman *cheval de frise* y que provoca el pánico a los que se enfrentan a semejante artilugio. En pocos minutos, más de quinientos británicos yacían muertos en el foso. Ya era casi de noche y la batalla por Badajoz parecía perdida para los aliados.

Los hombres de Faria no habían intervenido en el combate, se limitaban a mantener su posición en la retaguardia y a observar cómo caían muertos los británicos. Ante el informe de bajas, Wellington ordenó la retirada en el sector este, pero dio la orden de concentrar el ataque en el fuerte de San Vicente, en el ángulo noreste de la ciudad. Los franceses, creyendo que la retirada de los aliados era definitiva, descuidaron la guardia y el castillo de San Vicente cayó en manos británicas. Las tornas habían cambiado en unos momentos y la ciudad estaba perdida. Bien fuera por un golpe de suerte o por la genial improvisación de Wellington, Badajoz fue capturada cuando parecía que el asalto estaba condenado al fracaso.

Sorprendidos desde la posición más fuerte, el comandante francés rindió la plaza, y entonces se produjo la verdadera catástrofe.

Los hombres de Faria no habían disparado un solo tiro y se mantenían en sus posiciones de retaguardia, cuando observaron cómo los soldados británicos y portugueses se lanzaban al interior de la ciudad, presos de una vorágine de sangre y muerte.

Pese a la rendición, las tropas asaltantes hicieron caso omiso a sus comandantes y se sumieron en una orgía de saqueo y destrucción. Todo el mundo parecía haberse vuelto loco. Centenares de soldados entraron en las casas de la población civil arrancando puertas, volando las ventanas y tiroteando y acuchillando a cuantos se ponían por delante.

Faria se enteró de lo que estaba ocurriendo y reclamó a un coronel inglés que pusiera coto a semejante jauría de salvajes. El oficial inglés se limitó a encogerse de hombros y a decirle a Faria que no había manera humana de detener aquello.

El conde de Castuera no pudo más. Ordenó a sus hombres que lo siguieran y se dirigió al interior de la ciudad. El escenario que vieron sus ojos fue lo más parecido a una imagen del Apocalipsis. Los soldados británicos y algunos portugueses habían

asaltado las casas, fusilado a sus habitantes y robado cuanto de valor contenían. Las calles estaban llenas de cadáveres de mujeres y niños, algunas con las orejas rasgadas porque les habían arrancado de cuajo los pendientes. En una iglesia, donde se habían refugiado algunas mujeres con sus hijos, unos cincuenta cadáveres yacían entre los bancos y los altares. El cadáver de una bella joven estaba tumbado sobre el altar mayor, completamente desnudo, con claros signos de haber sido violada antes de darle muerte mediante degollación. Varios niños yacían en un rincón, junto a un confesionario, asesinados a machetazos.

Los soldados españoles estaban horrorizados ante aquella matanza. El sargento Morales, con los ojos inyectados de ira, le propuso a su coronel acabar con todos los británicos. Faria lo miró, apoyó su mano sobre el hombro del sargento y le ordenó que agrupara con sus hombres a todos aquellos cadáveres para darles sepultura. Después, dio media vuelta, salió de la iglesia y corrió hacia el exterior de la ciudad, hacia el puesto de mando de Wellington.

Los guardias le impidieron el paso. Wellesley estaba en el exterior de su tienda, observando las llamas que consumían barrios enteros de la ciudad extremeña. Faria le gritó y el conde de Wellington, al reconocerlo, ordenó que le dejaran pasar.

—Excelencia —dijo Faria en un deficiente inglés—, debe usted detener esta masacre. Sus soldados están matando, violando y robando a inocentes. Yo mismo he visto una iglesia con decenas de cadáveres de mujeres y niños en su interior, y sus verdugos no han sido los franceses.

Wellington sabía bien lo que estaba ocurriendo; uno de los cirujanos del ejército británico le había informado personalmente de los saqueos, pero el comandante en jefe de los aliados no hizo nada por evitarlo.

—Querido amigo —le dijo a Faria—, la guerra tiene estos contratiempos. Los soldados están excitados, cansados y algunos incluso ebrios. No puedo evitar que se cometan algunos errores.

—¿Errores?; están matando a inocentes.

—Y lo siento, créame, coronel, pero la guerra tiene a veces estas cosas.

—Señor, le exijo que ponga fin a esta...

Faria no encontró una palabra inglesa y pronunció en castellano: «villanía».

Wellington lo entendió perfectamente.

—Lo importante es la victoria. Y ahora, coronel, vuelva a ponerse al frente de sus hombres y encárguese de dar sepultura a esa gente. Es una orden —Wellington no estaba capacitado para dar órdenes a los soldados españoles, pero actuaba como si también fuera el comandante en jefe del ejército español.

Faria se mordió la lengua, dio media vuelta y se marchó sin saludar a Wellington.

Aquella noche nadie durmió. Los lamentos de los heridos, el llanto por los muertos y los gritos de los borrachos se mezclaron en el aire viciado y humeante de

Badajoz. A la mañana siguiente, cuando se procedió al recuento de víctimas, el balance fue desolador. Casi cuatro mil soldados británicos habían caído en el asalto y otros tantos franceses, pero más de dos mil civiles españoles habían sido asesinados por los británicos.

Mientras se procedía a enterrar a los muertos, Faria tragaba su ira. Cuando las primeras paladas de tierra comenzaron a cubrir los cadáveres de un grupo de niños, el coronel de la guardia de corps, el héroe de Trafalgar y de los Sitios de Zaragoza, lloró, y no le importó que sus hombres, llenos de barro y de suciedad, lo vieran.

* * *

Wellington había logrado su objetivo; Ciudad Rodrigo y Badajoz, las dos principales fortalezas de la frontera española con Portugal, estaban en sus manos, pero Ciudad Rodrigo corría peligro de caer de nuevo en las de los franceses, que le habían puesto sitio.

En la Península, los británicos tenían problemas económicos. Wellington necesitaba más dinero y más hombres para su plan de ataque sobre Madrid, y lo demandó de Londres, pero un inesperado contratiempo torció sus presupuestos.

—Han asesinado al primer ministro —le dijo un general británico a Faria, cuando recibieron la orden de detenerse en su avance hacia el norte desde Badajoz.

—¿Un atentado político? —le preguntó Faria.

—No lo parece. Sir Spencer Perceval, nuestro primer ministro, ha sido asesinado en el Parlamento por un tal John Bellingham. Este tipo es un comerciante que se arruinó al establecer negocios con Rusia; por lo que se sabe, estuvo preso en ese país durante muchos meses. Al regresar a Londres decidió que el Gobierno de su majestad lo había desatendido y decidió vengarse asesinando a su jefe.

—¿Habrá cambios en la estrategia de la guerra? —preguntó Faria.

—No lo creo. El conde de Wellington no era muy amigo precisamente de Perceval, de modo que las cosas irán ahora mucho mejor.

Así fue. Wellington comenzó a ser adulado en los periódicos que se publicaban en la zona controlada por el Gobierno español y cualquier sugerencia suya era acatada como una orden, a pesar de que seguía sin tener mando efectivo sobre las tropas españolas.

Capítulo XXI

—EL conde de Wellington requiere su presencia, coronel —le dijo Morales a Faria.

El conde de Castuera estaba desayunando en su tienda, en una pedanía cercana a Ciudad Rodrigo, hacia donde se había dirigido el grueso de las tropas aliadas tras la toma de Badajoz.

—¿Sabe usted qué desea, sargento?

—No, señor; la orden la ha transmitido oralmente un correo, pero no traía ningún papel.

—Iré a ver qué pretende; tal vez me arreste por cómo me dirigí a él en Badajoz.

Faria cogió su caballo y cabalgó hasta el puesto de mando de Wellington, ubicado en una casa de campo.

El teniente general británico estaba bebiendo vino de Oporto y comía unas galletas de mantequilla.

—Coronel Faria, siéntese —le dijo.

—Gracias, señor.

—Usted es un experto en las guerrillas.

—He tenido algo que ver en ello, mi general.

—Bien, pues en ese caso me voy a permitir pedirle un favor. Ya sé que no tengo mando sobre las unidades españolas, pero somos aliados en esta guerra y mi grado es superior al suyo, de modo que me gustaría pedirle que volviera a las guerrillas por un tiempo.

—No puedo hacerlo sin órdenes expresas de mis superiores.

—No se preocupe por ello, ya las he solicitado; aquí están.

Wellington puso encima de la mesa una orden firmada por el Duque del Infantado en la cual se le autorizaba a disponer de Faria y de su regimiento, que quedaban bajo su mando directo. El conde de Castuera leyó la cédula y asintió.

—¿Qué desea que haga, general?

—El Gobierno de su majestad Jorge III ha ordenado a las unidades de la Armada real desplegadas en el mar Cantábrico que bombardeen las posiciones francesas en la costa norte española y que suministren cañones y municiones a aquellos lugares donde todavía se mantienen focos de resistencia. Las tropas francesas en la Península están muy dispersas, y debemos conseguir que sigan así. Para ello es necesario intensificar la guerra de «guerrillas» —Wellington pronunció esta palabra en castellano— en el norte y en la retaguardia de los franceses.

»En esa zona, las principales partidas son las de Espoz y Mina y El Empecinado. Ambos están luchando bien y con valor, y les han causado muchos problemas a los franceses. Es necesario que sigan combatiendo y, si es posible, que surjan muchos más grupos de guerrilleros. Por lo que sé, usted ha formado algunos de ellos en

Andalucía y en las montañas del norte de Madrid. Le pido que haga lo mismo en las montañas del norte de España.

»Partirá de inmediato hacia Oporto y allí embarcará en una de nuestras fragatas, que lo llevará hasta un puerto bajo nuestro control. Una vez allí, deberá actuar como ha acostumbrado.

—¿Alguna orden concreta, general?

—No. Tiene usted lo que podríamos denominar como «patente de corso».

—Eso es propio de piratas, señor, no de soldados.

—En la guerra, todas las estratagemas que conduzcan a la victoria son bienvenidas. Ustedes los españoles deberían haberlo aprendido bien, pues han perdido muchas batallas por no tener esto en cuenta.

—Se refiere a los actos de piratería cometidos por sus barcos contra los nuestros.

—Me refiero a que, cuando se tienen menos barcos o menos divisiones, hay que agudizar el ingenio, coronel, y actuar con cuantos recursos sean útiles a la causa de la victoria. Las únicas órdenes que usted tiene son las de provocar el mayor daño posible al enemigo y por cualquier medio, ¿me entiende?, por cualquiera.

—Necesitaré a mi ayudante, el sargento Morales; siempre me ha acompañado en estos asuntos.

—De acuerdo. ¿Alguna otra cosa?

—No, señor.

—Bien, puede retirarse.

—Perdone, mi general, pero ¿y mi regimiento?

—No se preocupe por ello; queda al mando su segundo, y regresa a Cádiz. Una vez aseguradas Ciudad Rodrigo y Badajoz, esas tropas son más necesarias en esa ciudad que aquí.

Faria saludó, ahora sí, con marcialidad a Wellington y regresó a su campamento.

Reunió a los oficiales del regimiento y les comunicó las nuevas instrucciones; algunos mostraron su contrariedad, pues confiaban en conseguir ascensos rápidos gracias a acciones de guerra, mientras que los soldados respiraron aliviados al poder regresar a sus casas.

* * *

Aquella mañana de mayo era luminosa y azul. El sol brillaba con fuerza y un ligero viento del oeste hacía ondear la *Union Jack*, la bandera británica que, desde 1801, unía las banderas de Inglaterra, Escocia e Irlanda, representadas por la cruz roja sobre fondo blanco de san Jorge, de Inglaterra; la cruz aspada blanca sobre fondo azul de san Andrés, de Escocia, y la cruz aspada roja sobre fondo blanco de san Patricio, de Irlanda, la última en incorporarse, ese mismo año.

El conde de Castuera contempló la bandera ondeando sobre el palo mayor de la fragata al subir a bordo y recordó que aquella misma enseña, ahora aliada, había sido el emblema del enemigo en Trafalgar.

—La vida está llena de ironías, Isidro —le dijo al sargento Morales—; hace casi siete años combatimos en Trafalgar contra esa bandera, y ahora somos sus aliados. Tal vez esta misma fragata participó en aquella batalla.

—Son cosas de la política, mi coronel; nosotros sólo somos soldados.

Saludaron al capitán de la fragata, que los acomodó en dos camarotes, cada cual según su rango, y zarparon desde la desembocadura del Duero en Oporto rumbo norte.

A Faria le sorprendió la impunidad con que los barcos británicos navegaban frente a las costas peninsulares. Desde la batalla de Trafalgar, era tal su superioridad que los barcos franceses apenas se atrevían a salir de sus puertos, de manera que eran usados casi exclusivamente como baterías flotantes costeras.

El plan de Wellington, que Faria desconocía, era brillante, pero requería de una gran coordinación de movimientos. Necesitaba mantener dispersas y ocupadas a las tropas francesas desplegadas en la Península y evitar por todos los medios que se pudiera concentrar un ejército de más de cincuenta mil efectivos. En toda España había desplegados más de trescientos mil franceses, pero Napoleón había ordenado la retirada de cincuenta mil para reforzar la recluta de tropas para la campaña de Rusia, por lo cual no recibirían más refuerzos al menos durante un año.

Wellington había pedido al Gobierno español que sus efectivos regulares, al mando de generales como O'Donnell y Lacy, que controlaban la zona de Murcia, diversas áreas de Cataluña y Andalucía oriental y núcleos dispersos en el norte, lanzaran continuos ataques contra las guarniciones francesas, aun a costa de ser derrotados, como ocurrió en varias ocasiones, y, desde luego, que se intensificaran las acciones guerrilleras, especialmente con ataques a las líneas de suministros francesas. Se trataba de inmovilizar los efectivos de los mariscales Suchet, en Cataluña, Marmont, en el centro, y Soult, en Andalucía.

Cada español debería ser un guerrillero, un incordio permanente contra los franceses, con constantes ataques en donde menos lo esperaran, con celadas en cada bosque y en cada desfiladero, para que las tropas francesas no pudieran desplegarse con normalidad y tuvieran que atender a tantos frentes que jamás pudieran concentrar un número demasiado elevado de efectivos.

Wellington era un buen estratega, pero sabía que si se enfrentaba en campo abierto contra un enemigo superior en número podría ser derrotado. Por el contrario, el principal cuerpo de ejército británico, sin enemigos en la retaguardia portuguesa, estaba integrado por casi cincuenta mil hombres.

La fragata arribó al puerto de Santander, que había caído en manos españolas y

que estaba defendido por dos imponentes navíos de línea británicos. Faria y Morales fueron desembarcados en un bote y se dirigieron al edificio de Capitanía. Allí se enteraron de que en las últimas dos semanas la guerra en el norte había estallado en todos los frentes. Los buques de la escuadra británica iban de uno a otro lado del Cantábrico descargando material en cualquier lugar donde hubiera consolidada una posición española, suministrando armas y municiones a grupos guerrilleros o bombardeando posiciones francesas. Algunas plazas fueron ocupadas efímeramente por los aliados, pero los franceses recuperaron la mayoría; Bilbao estuvo en manos españolas sólo quince días antes de que regresara su guarnición francesa.

A principios de junio de 1812, Wellington ordenó a sus cuarenta y ocho mil soldados avanzar hacia León. Su plan consistía en aislar las guarniciones francesas en Galicia por un lado y, por otro, en Andalucía, de modo que los dominios franceses en España quedaran partidos y sin posibilidad de comunicación entre ellos. Sin embargo, ese plan tenía un punto débil: Wellington no contaba con efectivos suficientes para poder mantener controlado semejante territorio.

El conde de Wellington, una vez ocupada la ciudad de León, esperó un ataque del Sexto Ejército francés, a cuyo mando estaba el mariscal Marmont. El británico había preparado una trampa mortal; si el francés atacaba, quedaría atrapado y sería fácilmente derrotado. Pero Marmont no cayó en la emboscada y se mantuvo a la expectativa en la línea del Duero. Tras la victoria en Badajoz y el avance hasta León, la gran partida de la guerra parecía ahora en situación de empate.

La Junta de Defensa de Santander puso a disposición de Faria dos expertos conocedores de las montañas cantábricas. Tras consultar unos mapas y comprobar dónde se habían producido las últimas acciones guerrilleras de Espoz y Mina y El Empecinado, el coronel decidió regresar a Madrid.

Cuando se enteró de las intenciones de Faria, el sargento Morales puso cara de asombro.

—¿A Madrid, señor, vamos a Madrid? —le preguntó.

—Sí; el conde de Wellington me ha ordenado que hagamos el mayor daño posible a los franceses, y le aseguro que lo vamos a hacer, o al menos lo vamos a intentar.

—Pero, mi coronel, ¿los dos solos...?

—Para secuestrar a José Bonaparte no es necesario todo un ejército.

—¿Qué? —ahora sí que estaba Morales atónito.

—Lo que ha oído, sargento: vamos a secuestrar al rey Intruso.

* * *

Napoleón Bonaparte puso en marcha su gran locura a comienzos de junio de 1812. Un ejército de más de seiscientos mil hombres de veinte naciones, ciento cincuenta

mil caballos, treinta mil carros y mil cañones cruzó el río Niemen y entró en Rusia el día 24 de junio. Nunca en toda la historia de la humanidad se había movilizado un ejército semejante.

El emperador había enfermado de megalomanía. Pretendía hacer de París la ciudad más bella de Europa, y para ello abrió enormes avenidas, instaló luz de gas, reordenó la numeración de las calles, levantó enormes monumentos y edificios, reformó el urbanismo de la ciudad, potenció la ópera, amplió el palacio-museo del Louvre y organizó fastos imperiales onerosísimos. Todo el Imperio estaba al servicio de su grandeza. Rodeado de una corte de mariscales aduladores, Napoleón estaba perdiendo día a día la percepción de la realidad. Soñaba con convertirse en el dueño del mundo, en llevar a cada rincón del planeta los ideales revolucionarios, pero en realidad se había transformado en un tirano. Siempre había defendido la libertad de expresión, uno de los grandes logros de la Revolución, y consideraba a sus propios censores como demasiado severos, pero conforme la situación empeoraba, impuso una rígida censura de prensa. Así, de los trece periódicos que al comienzo de su imperio se editaban en París, a mediados de 1812 sólo quedaban cuatro.

Su afán por controlar todo lo había llevado incluso a nombrar personalmente a académicos, como hizo con Chateaubriand, a quien eligió para la Academia francesa tras leer su libro *El genio del cristianismo*. Sus modos de comportarse, sus actitudes, su manera de entender las relaciones políticas eran propios de un dictador. Su trono estaba decorado de oro y de telas púrpuras, como los de los emperadores romanos y bizantinos, y su corona y su cetro reunían varias joyas y gemas al estilo de los soberanos persas o hindúes.

Pero su pueblo todavía lo aclamaba pese a que los enormes gastos de guerra, la construcción de gigantescos monumentos y los fastos imperiales consumían tantos recursos que los franceses estaban asfixiados por una enorme cantidad de impuestos. Cierta descontento comenzó a surgir en algunos sectores de la sociedad francesa, mientras muchas madres lloraban a sus hijos muertos en los frentes de batalla de Europa por la grandeza del emperador.

Faria y Morales llegaron a Madrid a mediados de junio. Sobre el «poblachón manchego» que desde hacía más de dos siglos era la capital del reino de España, caía un sol abrasador. Se identificó en los puestos de control militar, hablando en francés, como conde de Castuera y amigo personal del rey José I, y no tuvo ningún problema para llegar hasta su casa, donde el matrimonio de criados que había dejado a su cuidado seguían viviendo.

Les pidió que habilitaran una estancia para el sargento Morales y bajó a la bodega. La caja con monedas de oro y plata seguía allí. Cogió de ella un buen puñado, volvió a ocultarla y le entregó una buena cantidad a sus criados.

—Mañana iremos a ver a don Francisco de Goya; su colaboración es fundamental

para mi plan —le confesó a Morales, mientras comían un potaje de garbanzos.

El sargento miró a su jefe y no dijo nada, pero pensó que, como a tantos otros, la guerra lo había vuelto totalmente loco.

Capítulo XXII

GOYA había sido distinguido con honores por José I. Faria lo sabía y, aunque no aprobaba la conducta del pintor aragonés, en cierta medida lo comprendía. Don Francisco era un artista que se había adelantado a su tiempo. Había quienes denostaban su forma de pintar y quienes lo acusaban de no captar con precisión la realidad, pero él insistía en su original modo de entender la pintura, basada en buena medida en sus propios sueños o, mejor, en sus pesadillas. Desde luego, cuando lo pretendía, era capaz de dibujar como el mismísimo Velázquez, pero a Goya no sólo le preocupaba la forma del dibujo, sino todo cuanto podía expresarse con el dibujo y el color.

Seguía viviendo en su piso de la Puerta del Sol, y hasta allá mandó Faria a su criado pidiéndole una cita.

Don Francisco había envejecido; tenía algunas canas y estaba prácticamente sordo. Los rasgos de su rostro, siempre serio, se habían tornado casi huraños, como si una tormenta se estuviera gestando en su interior sin que acabara de estallar del todo. Hacía cinco días que acababa de morir su esposa, Josefa Bayeux, y Goya estaba abatido y confuso.

—Hace menos de un mes que hice testamento, y ya ve, quien ha muerto es ella.

Goya ni siquiera saludó a Faria; se limitó a comentar como un autómatas lo ocurrido a su esposa.

—Lo siento, don Francisco, no sabía nada; en ese caso, no sé, no lo hubiera molestado, si lo prefiere me marcharé..., en otra ocasión tal vez —balbució Faria al enterarse del óbito de Josefa.

—No, quédese; si he aceptado su visita es por egoísmo. Necesitaba hablar con alguien conocido, y llegó ayer su nota como miel sobre hojuelas. Esta maldita guerra, la muerte de mi esposa, las miserias humanas..., todo ello me atormenta, querido amigo, y sólo encuentro consuelo entre los pinceles, las plumas y los lápices. Necesito dibujar y pintar para evitar caer en la locura.

Y así parecía. Goya había abandonado por completo la pintura de escenas de campo, de fiestas y de estampas cotidianas para reflejar las imágenes más crudas de aquel tiempo: casas de locos en las que perturbados personajes semidesnudos rumiaban su locura en una vorágine de gestos y actitudes grotescas; flagelantes con las espaldas descubiertas y descarnadas, tocados con capirotas que recorrían calles atestadas de gente en procesiones religiosas en las que se paseaban peanas con vírgenes y santos; reos de la Inquisición condenados a muerte ante la mirada penetrante de rostros anónimos y fieros; figuras violentas de asesinos, violadores y ladrones; todo un elenco de crímenes y fechorías que mostraba el lado más terrible y criminal de los seres humanos y sobre todo la guerra, esa guerra asesina, irracional y

sangrienta.

El estudio de Goya estaba lleno de dibujos para llevar a cabo una colección de grabados de una serie de láminas que se titularía *Los desastres de la guerra*. Algunos ya habían sido trasladados a las planchas para ser impresos mediante la técnica del aguafuerte.

Faria no pudo dejar de observar algunos de ellos. Todos tenían al pie una frase o unas palabras escritas por el propio Goya. No había banderas, ni escudos, ni señales distintivas de los asesinos y de las víctimas; los soldados que fusilaban civiles parecían franceses, pero podían haber sido españoles, británicos o portugueses. Las mujeres luchaban, peleaban como fieras, con sus cuchillos de cocina en la mano, pero también eran violadas, al lado a veces de sus hijos pequeños, con ellos en brazos, asidas a sus retoños como a la vida.

—¡Agustina! —exclamó Faria al ver un dibujo en el que una mujer, vuelta de espaldas, se disponía a disparar un cañón, en torno al cual yacían varios cuerpos de soldados muertos; la leyenda rezaba «¡Qué valor!».

—Sí, Agustina Zaragoza, la heroína de Palafox. Imagino que conoce bien su hazaña —supuso Goya.

—Estuve allí, don Francisco. Fui el primero en llegar a la plazuela del Portillo. Agustina permanecía en pie, junto al cañón recién disparado, y en la brecha del muro yacían treinta franceses muertos. Aquel disparo tal vez salvó la ciudad de Zaragoza de caer en el primer sitio, pero sobre todo nos dio ánimos y fuerza para seguir resistiendo.

—Muertos, muerte, más muertos por todas partes; ése es el balance de estos tiempos. Son asesinos y me piden que los pinte en plenitud: reyes, generales, soldados, nobles ufanos, damas melindrosas...

—Sus obras son la crónica de nuestro tiempo, don Francisco. Dentro de cien, de mil años, estas pinturas serán la voz de lo que aquí está ocurriendo —asentó Faria.

—No es esa mi intención, Faria, no lo es.

—Yo creo que sí, maestro.

—No lo es, no lo es...

Goya hundió el rostro entre sus recias y poderosas manos y se mantuvo un buen rato en silencio. Sobre un caballete, un lienzo ajustado en un amplio bastidor parecía ser el boceto de un futuro gran cuadro. A la derecha, media docena de soldados apuntaban con sus fusiles a un grupo de figuras aterrorizadas que en la zona de la izquierda alzaban los brazos o se tapaban los rostros con las manos, y en el centro, en el suelo, lucía un farol ante un fondo de torres y campanarios.

Guerra, muerte, sangre, desolación, brutalidades sin cuento, aquél era el universo en el que se había sumido Goya.

—Creo que es hora de marcharme, don Francisco. Le reitero mi pésame por la

muerte de su esposa.

Goya no contestó; siguió abatido, con el rostro entre las manos y el corazón roto.

* * *

Había visitado a Goya para proponerle que le ayudara en su insensato plan de secuestrar a José I, pero, a la vista del ánimo del maestro, ni siquiera lo intentó. Le quedaba su otro gran amigo, el escritor don Leandro Fernández de Moratín, que vivía en Madrid y había sido nombrado bibliotecario mayor por José I.

Moratín, con quien hacía cinco años mantuviera una gran amistad, acababa de trasladarse a una nueva casa en la calle de Fuencarral. Enterado en la biblioteca de su nueva dirección, allá se presentó Faria.

—¡Qué alegría, Francisco, tras todos estos años! Moratín le dio un fuerte abrazo.

—Sí, demasiados años, por esta guerra.

—¿Pero qué has hecho, dónde has estado?

—He estado intentando sobrevivir a las balas y a los combatientes.

—Fui en un par de ocasiones a tu casa; en la primera, me encontré con que estaba ocupada por unos oficiales franceses y, en la siguiente ocasión, vivía allí un matrimonio de criados que me dijeron que habías estado unos días, pero que te habías marchado a Extremadura.

—Sí, en efecto. Conseguí recuperar mi casa y dejé a su cuidado a un matrimonio; y luego me fui a mis tierras de Castuera —mintió Faria.

—¿No has combatido?

—Sí; en Trafalgar.

—Eso ya lo sé, me refiero en esta nueva guerra.

—No —volvió a mentir.

—¡Cuánto me alegro!

—¿Y tú?, sé que ocupas el cargo de bibliotecario mayor.

—Sí, me nombró el propio rey José. Es un gobernante preparado y dispuesto a mejorar España. Es un hombre culto que aprecia las bellas artes y la literatura, y que desea acabar con las miserias del viejo régimen. Está en contra de la Inquisición, y la ha abolido antes de que lo hicieran los diputados reunidos en Cádiz. ¡Ah!, Francisco, si los españoles fuéramos capaces por un momento de olvidar el pasado y miráramos sólo hacia el futuro, nos daríamos cuenta de que es José I el soberano que España necesita.

—Pero, por lo que parece, los españoles desean el regreso de Fernando VII.

—Ese... —Moratín se mordió la lengua—. ¿Sabes lo que está haciendo? Mientras sus partidarios mueren por él, aquí, en España, ese... vive rodeado de lujos y fiestas en el palacio de Valençay.

—Sí, algo he oído, pero ¿qué otra cosa puede hacer? Es un rehén de Napoleón.

—Un rehén sin honor. Quien aspire a ser rey de España debe colocar su honor por encima de su vida, porque no es sólo su honra, es la de todo el país la que representa. Y Fernando de Borbón no tiene ni honra ni honor.

Al escuchar a Moratín, Faria dudó. Desde luego, necesitaba a alguien próximo a José I para llevar a cabo su plan de secuestro, y estaba claro que Goya no estaba en condiciones y Moratín no parecía dispuesto, pues era leal a Bonaparte y, además, estaba convencido de que su reinado era lo mejor para España en esos momentos.

Moratín era el más significado de los llamados afrancesados, españoles de tendencia liberal que apostaban por José Bonaparte como alternativa al reinado de Fernando VII, a quien consideraban como el representante de unos tiempos que era preciso dejar atrás.

Los afrancesados, en general hombres y mujeres de alto nivel cultural y comprometidos con el liberalismo político, vivían inmersos en una enorme contradicción: eran españoles y querían lo mejor para su patria, y estaban convencidos de que José I, a pesar de ser un monarca impuesto por su hermano Napoleón, representaba el progreso y la libertad, frente a Fernando VII o a su padre Carlos IV, también en el exilio, que no significaban otra cosa que el mantenimiento de la vieja sociedad anquilosada y tradicional, repleta de privilegios para unos pocos y profundas desigualdades, que tanto daño y tanta miseria habían causado a la mayoría de los españoles.

—Una casa estupenda —dijo Faria intentando cambiar el derrotero por el que se había encauzado aquella conversación.

—Sí, la compré a muy buen precio, aunque he gastado casi todos mis ahorros en la reforma. Hace unas pocas semanas que los pintores acabaron de dar el último retoque.

»Pero vaya, imagino que todavía no has almorzado. Vamos, te invito a comer en el café de Lorencini, en la Puerta del Sol; desde que gobierna José I se ha puesto de moda y sirven las mejores viandas de todo Madrid.

* * *

—No podemos contar ni con Goya ni con Moratín —le dijo Faria al sargento Morales—; deberemos hacerlo solos.

—¿Y cómo vamos a secuestrar a José Bonaparte nosotros dos solos? —le preguntó Morales—. Siempre está rodeado de una guardia de cincuenta soldados al menos, e imagino que además serán los mejores.

—Por experiencia sé que no es difícil llegar hasta él, sobre todo cuando sale a presenciar algún espectáculo a la calle. Bonaparte quiere mostrarse cercano al pueblo

de Madrid, vivir entre sus ciudadanos, participar de sus costumbres, de sus fiestas y de sus celebraciones; es la manera con la que pretende ganarse la confianza de los madrileños, el modo de demostrarles que puede ser su rey.

—En ese caso, deberemos darnos prisa, pues Wellington ha decidido iniciar una gran ofensiva —dijo Morales.

—¿Cómo se ha enterado?

—Todavía tengo amigos en Madrid. Mientras usted visitaba a Goya y a Moratín, me he dejado ver por las tabernas de los alrededores de la puerta del Sol y he hablado con algunos militares. Wellington se está moviendo hacia Salamanca desde Ciudad Rodrigo y los franceses van a su encuentro. Y así estaba ocurriendo. Los guerrilleros habían incrementado su actividad en todas partes. Espoz y Mina había sorprendido a más de mil franceses en el norte de Aragón y los había vencido. El Empecinado no cesaba de atacar a sus convoyes de suministros, en Sierra Morena y en el sur de Aragón las emboscadas eran constantes; todo el país era un improvisado e imprevisto campo de batalla. Ante semejante actividad guerrillera, los franceses seguían sin poder concentrar más allá de cincuenta mil soldados para la batalla decisiva ante Wellington. El ejército de Aragón y Cataluña de Suchet bastante tenía con perseguir a Espoz y Mina y a los guerrilleros catalanes y aragoneses; el del sur, mandado desde Sevilla por Soult, estaba desplegado por la inmensidad de Andalucía, atendiendo a los golpes de mano de los guerrilleros en las abruptas sierras del sureste y del norte, y el del centro, dirigido por el mariscal Marmont, era acosado en la retaguardia desde Castilla y desde las sierras de Levante.

* * *

—Tenía usted razón, sargento —le dijo Faria al día siguiente—, la batalla será en Salamanca; esta noche nos vamos de Madrid. Iremos a la sierra para procurar que los guerrilleros ataquen a cualquier convoy francés que se dirija hacia Salamanca en los próximos días.

—¿Quién le ha informado?

—Don Leandro Fernández de Moratín. He estado esta mañana en la biblioteca y me ha dicho que el rey le ha pedido planos y mapas de Salamanca. Y ya ha visto la actividad en los alrededores de los acuartelamientos franceses.

Faria y Morales salieron de Madrid de noche, ocultos entre las sombras. Caminaron hacia la sierra, escondiéndose en las veredas entre los arbustos. Morales conocía bien aquellos parajes y no tardaron en dar con el escondite de una de las partidas de guerrilleros.

En apenas tres días, el coronel pudo reunir a varios cabecillas, a los que dio instrucciones muy concretas. Por lo que se sabía, se estaba preparando una gran

batalla en Salamanca para los próximos días, de manera que había que incrementar los ataques y las emboscadas a los franceses. Deberían ser atacados todos los convoyes que se dirigieran hacia Salamanca, en particular los que portaran suministros de víveres y de municiones.

Una vez coordinado el plan con los guerrilleros de las sierras al norte de Madrid, Faria y Morales continuaron hacia Salamanca, bordeando la Cordillera Central por su vertiente norte.

* * *

Wellington había desplegado sus tropas en la orilla izquierda del río Tormes, apenas a dos millas al sur de Salamanca, entre los arroyos de Pelagarcía y Zurguen. Su posición era fuerte, porque sus flancos estaban protegidos por los cauces de estos dos riachuelos, que actuaban como fosos naturales ante un posible despliegue por las alas de la caballería francesa.

El conde de Wellington ocupaba el centro, justo en la localidad de Arapiles, en unos altozanos desde los que se dominaba la llanura del camino hacia Alba de Tormes. El mariscal Marmont ocupaba el ala derecha del ejército francés, en cuyo centro estaba la división del general Brennier, formada por hombres duros y experimentados, en los que Marmont confiaba para decantar de su lado la victoria.

La caballería aliada se había desplegado en los extremos de las dos alas, cubriendo las orillas de los dos arroyos que enmarcaban el campo de batalla, en tanto la francesa estaba dividida en dos brigadas volcadas hacia el centro.

Faria llegó a tiempo para colocarse entre las tropas españolas, que Wellington había concentrado en la retaguardia del ala derecha, detrás de la brigada de caballería de Anson. El contingente español era una amalgama de batallones diversos. Había varias compañías de voluntarios andaluces, poco expertos en el uso de fusiles de largo alcance pero letales con sus trabucos de gran calibre en el combate cuerpo a cuerpo y habilísimos en el manejo de puñales y machetes, un escuadrón de lanceros de Jerez, maestros insuperables en el arte de la equitación, y un batallón de garrochistas, armados con largas lanzas, acostumbrados a derribar a las reses bravas en la campiña, que mandaba el salmantino Julián Sánchez, un afamado y experto garrochista que había arengado a sus hombres, animándoles a derribar franceses como si se tratara de vaquillas o novillos en un tentadero.

A Faria lo habían asignado al mando de tres compañías de fusileros poco expertos y mal entrenados. El coronel de la guardia de corps sabía bien que un fusilero veterano era capaz de disparar tres veces en un minuto, mientras que un novato necesitaba casi un minuto para efectuar un único disparo, de modo que en una línea de fuego un veterano equivalía al menos a tres novatos.

La tarde anterior a la batalla, el conde de Castuera reunió a los soldados a su cargo y les enseñó un truco para colocar mejor la pólvora en la cámara del fusil y ganar tiempo y eficacia en el disparo. Consistía en sujetar el fusil con una mano mientras con la otra se cogía la carga de pólvora, se rasgaba el cartucho con los dientes y se llenaba la recámara por la boca; después se colocaba la bala, el papel de ataque y por fin se apretaba todo con la baqueta; pero antes de ese último paso, se golpeaba la culata del fusil en el suelo, de manera que con el golpe se ajustara y se distribuyera uniformemente la pólvora, evitando así espacios vacíos en el interior de la recámara o cazoleta, con lo que se ganaba en eficacia. Les obligó a llevar varios pedernales en el bolsillo, afilados en todo su perfil, para que las chispas prendieran la pólvora a la primera.

Aunque estaban colocados en la retaguardia, pues Wellington desconfiaba de la eficacia de las tropas españolas, Faria estaba convencido de que les tocaría librar una parte fundamental del combate. Marmont era un mariscal experto y prudente, muy eficaz en el campo de batalla, y no sería fácil batirlo.

Sin embargo, Marmont había desplegado sus tropas precipitadamente y Wellington, desde su privilegiada situación, observó que estaba en ventaja. Viendo la posición de los franceses ordenó a su cuñado, el general Pakenhan, que lanzara su división formada en columna contra los franceses atrincherados en el cerro de Arapiles Mayor.

—¿Observas aquellos tipos ahí arriba? Lanza tu división en columna y envíalos al diablo —aseguran algunos que fueron las palabras exactas que pronunció Wellington, que recorrió todo el campo de batalla sobre su caballo, para dar en persona la orden a su cuñado.

Además, un golpe de fortuna ayudó y mucho a los aliados; en el bombardeo, un pedazo de metralla hirió al mariscal Marmont, que perdió un brazo y cuya capacidad para moverse quedó muy disminuida.

Mediada la tarde de aquel día, 22 de julio, la victoria de Wellington era rotunda. Sobre las colinas de los Arapiles quedaron siete mil muertos y heridos franceses y otros tantos prisioneros, entre ellos tres generales. Por el triunfo en esa batalla, Wellington fue condecorado con el toisón de oro por el Gobierno español.

Capítulo XXIII

MEDIO millar de soldados españoles yacían sobre endebles literas en improvisados hospitales de campaña en Salamanca. Los cirujanos se aprestaban a amputar miembros destrozados por la metralla, y a cauterizar y coser heridas de bayoneta y sable.

Faria había recibido un disparo en la pierna izquierda que le había agujereado la pantorrilla, sin afectarle al hueso, y tenía un corte de sable en el hombro izquierdo, propinado por un húsar. El sable del francés había ido dirigido directamente a su cabeza y si lo hubiera alcanzado de lleno habría sido mortal, pero en el último instante, y gracias a un aviso del sargento Morales, Faria pudo inclinarse hacia su derecha y esquivó la plenitud del golpe.

Morales se había batido como un verdadero león. Su enorme corpachón y su tremenda fuerza imponían de por sí a cualquier atacante, pero además, y pese a su corpulencia, el sargento se movía con la rapidez y la agilidad de un gamo. Tenía algunos rasguños en los brazos y un golpe en la ceja derecha que le había causado un enrojecimiento muy llamativo, aunque nada importante.

A los pocos días, mientras los heridos se recuperaban y los muertos eran enterrados, llegó a Salamanca la noticia de que Marmont había ordenado a las tropas francesas desplegadas en Andalucía que se concentraran al norte de Sierra Morena. Tras la batalla de los Arapiles, la situación en la Península había experimentado un cambio sustancial.

Napoleón había salido en campaña hacia Rusia al frente de más de seiscientos mil hombres, imposibilitando así que las tropas francesas en España pudieran recibir más efectivos, las guerrillas incrementaban sus acciones de emboscadas día a día y los británicos parecían dispuestos a seguir invirtiendo hombres y dinero en la que ellos llamaban la Guerra Peninsular.

—Mi coronel, los franceses retroceden hacia el norte —informó Morales a Faria, que se recuperaba en Salamanca de las heridas en la pierna y en el hombro—; se asegura que van a abandonar Andalucía a toda prisa. José Bonaparte también ha retrocedido hasta los altos de Guadarrama y Wellington avanza hacia Madrid; ya ha ocupado Valladolid y Segovia.

—Entonces iremos a Madrid —dijo Faria—. No creo que los franceses retengan la capital mucho más tiempo.

Y así fue. Agobiado por el acoso de Wellington, José I evacuó Madrid el 10 de agosto, y con él huyó la mayoría de los afrancesados.

* * *

La desbandada de los franceses y de los afrancesados había constituido un verdadero caos, tal vez porque nadie esperaba que fuera a resolverse tan pronto y de modo tan contundente. El propio Leandro Fernández de Moratín había escapado de manera tan precipitada que sólo había tenido tiempo para entregar las llaves de su recién renovada casa de la calle Fuencarral a los criados de Faria. Don Leandro se había encontrado sin medios para salir de Madrid y tuvo que ser la actriz María García quien convenciera a su esposo, un adinerado hombre de negocios que era corregidor de Madrid con José I, para que lo admitiera en su carruaje camino de Valencia, pues el bibliotecario mayor ni siquiera disponía de un vehículo propio para huir de la capital.

Wellington entró en Madrid el 12 de agosto, acompañado de generales británicos y españoles y de varios comandantes de diversas partidas de guerrilleros, que saludaban a la multitud enardecida. Faria y Morales llegaron casi a la vez. Cuando el conde de Wellington hacía su entrada por la puerta de San Vicente, Faria y su ayudante cabalgaban hacia la puerta de Fuencarral; la herida de la pierna del coronel ya casi estaba cerrada y, aunque cojeaba al caminar, podía moverse con cierta soltura.

Al llegar a su casa, todo seguía en orden. Los franceses no la habían saqueado, como ocurriera unos pocos años atrás, y el matrimonio de criados la mantenía en buen estado. Gracias a ellos se enteró de la huida de Moratín, de las peripecias de su marcha al exilio y de la entrega de las llaves de la casa del escritor para que la custodiaran.

El correo le llevó la citación mediada la mañana. Francisco se sorprendió al comprobar que el conde de Wellington lo convocaba en su nuevo palacio madrileño para esa misma tarde. «Nos servirán un té chino, el mismo que le gusta a Napoleón», había escrito de su puño y letra.

Faria se presentó puntual, a las cuatro y media de la tarde. Wellington despachaba, tras el almuerzo, con varios de sus oficiales, los famosos «casacas rojas» que lo habían llevado a la victoria en Torres Vedras, Badajoz y los Arapiles.

—¡El conde de «Castuela»! —exclamó Wellington pronunciando mal el título de Faria.

—Bienvenido, amigo. Y gracias por aceptar mi invitación.

—Creí que se trataba de una orden.

—No, no, es una invitación entre colegas. Deseo pedirle un favor. Sé que es usted amigo de don Francisco de Goya, el pintor de la Corte española, y me gustaría que lo convenciera para que me hiciese un retrato. Soy un admirador de los grandes artistas y, desde luego, muchos opinan que Goya es uno de los más grandes pintores europeos. ¿Podrá hacerme ese favor?

—Desde luego, general, pero no sé si don Francisco sigue en Madrid.

—Sí, sigue aquí. Él no se ha marchado como sí han hecho tantos otros

«afrancesados».

—En ese caso, lo intentaré.

Un criado entró con una bandeja con dos tazas de té chino.

—Es el favorito de Bonaparte. ¿Lo sabía?

—¿Se refiere a Goya? —ironizó Faria.

—No, no, el té, este té —rio Wellington—; Bonaparte toma té chino y vino barato de Borgoña. ¿No le parece poco elegante para alguien que se proclama emperador?

—Tal vez, pero no creo que haya que juzgar a los hombres tan sólo por sus gustos vánicos.

—Claro que no; a Bonaparte también le gusta el arte. ¿Sabe que se asegura por ahí que le han hecho más de mil esculturas y otros tantos retratos?

—No, no lo sabía, pero imagino que su efigie estará en todos los edificios oficiales de Francia; es su emperador.

—Usted ha hecho un gran trabajo con la guerrilla, y es necesario seguir con ello. Hemos tomado Madrid, pero la guerra no está ganada. Y en cuanto a ese cuadro...

—Si le parece, señor, puedo intentar que don Francisco y usted tengan una entrevista. El maestro Goya suele recibir a sus visitas en casa, previa cita.

—Consígame esa cita para pasado mañana, por favor. —Haré cuanto pueda.

—¡Ah!, y dígame que pagaré con generosidad su trabajo.

—Así lo haré.

* * *

De regreso a casa, a Faria le aguardaba una gran sorpresa. Junto a las llaves de la casa de Moratín había una nota en un sobre cerrado con lacre rojo, cuyo sello le resultó bien conocido. Lo abrió despacio, como si quisiera retrasar al máximo el conocimiento de su contenido, y al fin desplegó una cuartilla, cuidadosamente doblada, en la que leyó:

Imagino que, ante la nueva situación, no tardarás mucho tiempo en regresar a Madrid. Sé que ya estuviste aquí hace algún tiempo, aunque no me avisaste de ello. Deseo mucho volver a verte. Tal vez podamos rememorar mejores tiempos.

Firmaba aquellas líneas Teresa de Prada.

Una sensación tan cortante y fría como el filo de un sable recorriéndole la espalda desde la nuca fue lo que sintió Francisco de Faria tras leer el mensaje de su antigua amante. La recordaba bien, con su aspecto hierático y gélido, como si se tratara de una estatua de mármol animada, pero con un carácter ardiente y lúbrico, siempre

dispuesta a dejar fluir sus más libidinosas pasiones. Aquella mujer de apariencia frágil, pero de miembros duros como el acero, le seguía atrayendo. Había intentado no volver a pensar en ella y olvidar su antigua relación tan tumultuosa como ardiente, pero, de vez en cuando, volvían a sus pensamientos sus relaciones pasionales, su intensidad amorosa y su disposición a abrirse a cualquier tipo de experiencia que le proporcionara placer. Era aquella combinación de mujer distante en apariencia y fogosa en la intimidad la que lo perturbaba.

—¡Coronel, coronel! —la voz rotunda e inconfundible de Morales le hizo olvidar a Teresa de Prada.

—¿Qué ocurre, sargento?, ¿qué le hace gritar así y entrar de esta manera en la sala? —le espetó Faria.

—Perdone, señor, pero tiene que venir a ver lo que está ocurriendo a orillas del río —dijo Morales.

—¿De qué se trata?

—Algunos madrileños se están cebando con los prisioneros franceses, señor. He intentado impedirlo, pero había varios oficiales y no tenía autoridad. Debe detenerlos, mi coronel.

—Vamos.

Se vistió su casaca de coronel de la guardia de corps, bajó cojeando a la cuadra de su palacete y montó a caballo. En compañía de su ayudante, atravesaron el sur de Madrid al galope, intentando no atropellar a los viandantes, y salieron por la puerta de Toledo. Ya cerca del río Manzanares, en una pradera junto a los muros de la ciudad, el conde de Castuera observó un macabro espectáculo.

Una docena de soldados franceses, probablemente heridos y abandonados a su suerte en la desbandada del 10 de agosto, estaban enterrados hasta la altura de los hombros. Varios centenares de personas habían formado un amplio corro alrededor de aquellos bustos semienterrados y, desde una distancia de unos veinte pasos, varios soldados de uniforme y algunos paisanos arrojaban sobre los aterrorizados franceses bolas de piedra redondas, intentando acertarles en la cabeza. Los bustos semienterrados de los franceses hacían las veces de los bolos en tan cruenta partida.

El coronel de la guardia de corps descabalgó, procurando apoyarse sobre su pierna sana, y entregó las riendas de su caballo a Morales. Enseguida vislumbró a los soldados y a unos oficiales que reían cada vez que una de las bolas de piedra golpeaba a alguno de los franceses, y se dirigió a ellos airado.

—Detengan esta infamia inmediatamente —les gritó Faria.

Un teniente de las guardias valonas dio dos pasos al frente.

—¿Quién lo ordena? —preguntó.

—Francisco de Faria, coronel de la guardia de corps.

—Mi coronel —dijo el teniente, risueño y burlón—, sólo nos estamos divirtiendo

un poco con estos gabachos.

—Desentierren a esos hombres y llévenlos a un hospital, que los atiendan los médicos y los cirujanos —ordenó Faria.

—Son criminales, coronel, y merecen esto y mucho más.

—Son seres humanos, teniente. Ya ha oído mi orden. Una de las bolas de piedra rodó por el suelo y alcanzó de lleno la cabeza de uno de los desdichados soldados franceses. Había sido lanzada con mucha fuerza, de modo que al golpear sonó un chasquido fuerte y seco, y luego el soldado alcanzado dio un desgarrador grito de dolor.

—Somos civiles, no tenemos por qué obedecerle —dijo ufano y provocador el hombre que había lanzado la bola.

—Sargento, arreste a ese hombre —le ordenó Faria a Morales.

El que había arrojado la bola pareció achantarse al comprobar el aspecto fornido de Morales.

—No se meta en esto, coronel, el pueblo necesita venganza —susurró el teniente.

—El pueblo necesita justicia —asentó Faria.

—Echémosle de aquí y sigamos —gritó un tipo alto y espigado.

Faria desenvainó su sable, se dirigió al que había gritado y le colocó el sable a la altura de la garganta.

—No voy a consentir que se trate así a estos prisioneros. Y si alguien continúa con esta actitud indigna, me veré obligado a encerrarlo.

De pronto se dio cuenta de que Morales y él mismo estaban solos ante una multitud excitada y violenta.

—Usted no puede impedir nuestra venganza —dijo el tipo espigado.

—¡Teniente!, haga que sus hombres formen en línea —ordenó Faria, sin dejar de empuñar su sable.

El teniente miró desconcertado a Faria.

—¿Yo...? —farfulló.

—¿No me ha oído?

—¡Vamos, idiotas, a formar! —gritó el teniente.

Los soldados, algunos de los cuales estaban remangados y habían participado momentos antes en la tortura de los franceses, se miraron extrañados y dudaron.

—Quien no forme inmediatamente será sometido a un consejo de guerra y ejecutado —amenazó Faria.

Los soldados se movieron entonces y se alinearon.

—A sus órdenes, señor. Los hombres están formados —dijo el teniente.

—Y ustedes —gritó Faria, dirigiéndose a la multitud de civiles—, váyanse a sus casas. No habrá más espectáculos como éste.

»Teniente, que sus hombres desentierren a esos soldados franceses. Requite esa

carreta y que los lleven a un hospital inmediatamente.

Uno a uno, los malheridos prisioneros fueron sacados de la tierra y colocados sobre la carreta. La mayoría estaba en tan penosas condiciones que no sobreviviría mucho tiempo. Algunos habían sido semienterrados ya heridos, todos habían recibido el impacto de las bolas de piedra en sus rostros y cráneos, presentaban cortes en las cejas, las narices y los labios rotos, los dientes quebrados, los pómulos tumefactos y fracturados, y los cabellos empapados de sangre y polvo.

—Señor, permítame que le felicite —dijo Morales.

—Esta guerra está convirtiendo a algunos seres humanos en alimañas —masculló Faria.

De regreso a su casa, el coronel se dejó caer en un sillón de anea. Hundió la cabeza entre sus manos, se sujetó el cráneo con fuerza y apretó los dientes. No era un fervoroso creyente, pero pidió a Dios que no lo convirtiera en una de aquellas alimañas.

* * *

A fines de agosto, los franceses levantaron el sitio de Cádiz y abandonaron Andalucía. Cayetana debía de seguir en el convento de Santa Clara de Sevilla, y Faria le envió una carta para comunicarle que estaba en Madrid y pedirle que se reuniera con él ahí.

Napoleón avanzaba en Rusia. Nunca antes había visto la humanidad semejante concentración de soldados. El día 17 de agosto tomó Smolensko y siguió hacia Moscú, atravesando una tierra quemada que los rusos habían abandonado para evitar el aprovisionamiento del enorme ejército francés, que sólo encontraba a su paso aldeas vacías y campos desolados. Madrid había sido liberado del dominio francés, y, sin embargo, los madrileños no parecían demasiado entusiasmados. Nadie lo decía, pero Faria intuyó que no eran pocos los que preferían ser administrados por José I que por Fernando VII.

El criado de Faria le avisó de que una joven preguntaba por él. Eran las cuatro de la tarde y Francisco estaba leyendo, como solía hacer después de almorzar, un libro de poemas de Moratín.

—¿Quién es? —preguntó el conde de Castuera.

—No me ha dicho su nombre, pero asegura conocer muy bien a su excelencia.

Por un instante, Faria pensó que podía tratarse de Cayetana, pero enseguida cayó en la cuenta de que su criado la conocía.

En ese momento, Teresa de Prada apareció bajo el umbral de la puerta de la sala de lectura. Había transcurrido algún tiempo desde la última vez que la vio, pero ese tiempo no había causado la menor huella en el rostro terso y cerúleo de la condesa.

Sus lacios cabellos rubios y sus acerados ojos azules seguían llamando la atención de cuantos se detenían a contemplarlos.

—Buenas tardes, Francisco —saludó Teresa.

Faria indicó a su criado con un gesto, que podía retirarse, lo que hizo cerrando discretamente la puerta.

—Buenas tardes, Teresa.

—He preguntado varias veces por ti pero, por lo que parece, ya no te intereso. La última vez que nos vimos..., ¿cuándo fue?, sí, en el otoño de 1808, eso es, hace ya casi cuatro años, y fue aquí mismo, ¿recuerdas?; nos despedimos con cierta frialdad. Acabábamos de hacer el amor y te dije que no me habías dejado enseñarte lo que había aprendido de los oficiales franceses, pero que lo haría en otra ocasión.

»Pues bien, ésta es la ocasión.

—Siento decepcionarte; nuestro tiempo ya pasó —sentenció Faria.

—Pero siempre queda un momento para los buenos recuerdos...

—Sólo son recuerdos.

—¿Estás seguro?

La hija del conde de Prada se acercó a Faria y le acarició la entrepierna.

—¿Puedo ofrecerte un poco de chocolate?

—En estos momentos prefiero otras cosas.

—Si es así, te ruego que te marches.

Teresa no le hizo caso; se dirigió al sofá que había en el gabinete, se quitó la ropa y se quedó desnuda por completo ante Francisco. Teresa abrió con plena lascivia sus piernas y le mostró su sexo rosado, absolutamente depilado.

—Es la última moda en Francia —le dijo Teresa, a la vez que se acariciaba el pubis entre susurrantes jadeos—. Tengo unos polvos afrodisíacos; se toman como una infusión. Algunos comerciantes fueron procesados por venderlos, pero ahora se usan mucho en París. Te tomas una cucharilla en una taza de agua caliente y no piensas en otra cosa que en follar. Vamos ven, ven.

—Te lo reitero: aquello ya pasó.

—Vamos, te espero ansiosa, ven y péntrame. Mira cómo palpita mi coñito; está deseando que acudas a calmarlo. Faria se acercó a la puerta y la abrió de par en par. —Márchate, por favor.

—Vaya con la fulana; ¿te tiene encandilado, verdad? Porque sigues con ella, claro. ¿O acaso has cambiado de yegua?

»Bueno, no sabes lo que te has perdido, Francisco: te hubiera llevado al mismísimo Paraíso, y si te hubieras tomado una infusión de estos polvos, ¡ah! Quién sabe qué te estará dando esa mojigata.

—Por favor, déjame ahora.

Teresa se vistió despacio, ralentizando cada movimiento de su cuerpo en tanto se

colocaba el corpiño, la enagua y el vestido.

—Un coronel del Estado Mayor del mariscal Marmont me dijo que los hombres españoles erais todavía peores en la cama que en el campo de batalla. ¿Y sabes?, creo que tenía razón. Eres un bastardo.

Teresa de Prada se dio media vuelta y salió del gabinete.

—¡Manuel, Manuel! —gritó Francisco de Faria llamando a su criado—, acompaña a la señorita hasta la puerta.

Al quedarse solo de nuevo, el conde de Castuera sintió una gran amargura. Tiempo atrás, aquella mujer lo había obsesionado de tal manera que se había acostado con ella sin el menor escrúpulo; ahora sentía remordimientos de cómo se había comportado y no quería volver a pasar por ello.

Capítulo XXIV

WELLESLEY había recibido el nombramiento de marqués de Wellington por la victoria en los Arapiles y la toma de Madrid. Se había instalado en la capital de España y desde allí estaba diseñando la continuación de la ofensiva sobre las tropas de José I, que, al abandonar Madrid, se había replegado hacia el curso alto del río Tajo.

Goya citó a Wellington el 28 de agosto; había pintado su cuadro en apenas quince días, dedicándole dieciséis horas diarias. Había realizado el retrato a partir de un par de bocetos, pues el marqués inglés decía estar tan ocupado que no había podido posar para el cuadro.

El carruaje del general británico se presentó en el portal de la casa de la puerta del Sol a las cuatro de la tarde; allá lo esperaba Faria, que, además de hacer las presentaciones, actuaría como traductor entre el soldado y el artista.

Wellington vestía su uniforme de teniente general, con casaca roja, ribetes negros y entorchados dorados. Alto y enjuto, miraba a los demás con cierto aire de superioridad. Acompañaba a Wellington el general español Álava, que dominaba el idioma inglés mucho mejor que Faria. El coronel saludó a sus superiores y subieron las escaleras hacia el piso del pintor.

Don Francisco los hizo esperar un rato, lo que acentuó la impaciencia de Wellington. Por fin, tras casi media hora de retraso, el maestro salió a recibirlos. Lo acompañaba su hijo Francisco Javier, que le indicaba a su padre mediante el lenguaje de gestos con los dedos lo que le decían sus interlocutores, pues Goya ya estaba completamente sordo.

Pasaron a una salita en la que sobre un caballete se intuía un cuadro cubierto por una tela blanca. A una indicación de Goya, su hijo descubrió el lienzo.

Goya, con rostro serio y circunspecto, tenía las manos sujetas en la espalda y la cabeza ligeramente alzada, más como signo de orgullo y de seguridad que de altanería.

Wellington se acercó a la pintura, la observó con fijación durante tres minutos y se volvió lentamente hacia el general Álava.

—No me gusta —se limitó a decir, cruzándose de brazos. Álava tradujo las palabras del inglés, y el hijo de Goya lo transmitió muy gráficamente con las manos.

Al ver el gesto mímico de su hijo, don Francisco alzó todavía más la cabeza.

—Su excelencia no tiene la menor idea de pintura —alegó con su voz rotunda y poderosa, en tono bastante más alto de lo normal, puesto que, al no oírse, gritaba mucho al hablar.

—Este retrato parece pintado por un mamarracho, no pienso aceptarlo.

Goya no oyó las palabras de Wellington, pronunciadas además en inglés, pero

intuyó perfectamente lo que quería decir.

—Mis retratos son los mejores jamás pintados desde que lo hiciera el maestro sevillano Diego Velázquez —afirmó el maestro con cara de enfado.

—Es usted un engreído. Tradúzcalo —le pidió Wellington a Álava.

El general español así lo hizo, pero el hijo de Goya no se atrevió a transmitírselo a su vez a su padre.

—Excelencia —le dijo Álava a Wellington—, don Francisco es una gloria para las artes españolas; su forma de pintar es diferente de la de la mayoría de los pintores académicos, pero es uno de los mejores retratistas de Europa.

—No en este caso. No debí confiar en él; en Londres hay al menos una docena de pintores que lo harían mucho mejor. Cualquiera estudiante de los últimos cursos de la Academia Británica de Bellas Artes lo hubiera superado fácilmente.

La traducción de Álava fue algo más suave, pero no contribuyó a calmar a Goya, que seguía indignado.

—Dígale que fue un error encargarle este retrato, que no me gusta absolutamente nada y que no pienso pagarle ni una guinea.

Tras comprender lo que había dicho Wellington, Goya se enfureció. El maestro enarcó las cejas, frunció el ceño y se encaró con el general inglés.

—Es usted un patán que no entiende nada de arte, ni de pintura. Este retrato es el mejor que le pueda hacer pintor alguno; si no lo quiere, está en su derecho, pero mi trabajo ha de ser pagado. No consentiré ni que se denueste mi trabajo ni que se me hurten mis honorarios. Dígale a este maldito inglés que me pague el cuadro y que se vaya de mi casa con todos sus demonios —gritó Goya, dirigiéndose primero a Wellington y luego a Álava.

No hizo falta traducirle nada de eso a Wellington, que dibujó un gesto entre la displicencia y el desprecio, y comenzó a criticar el dibujo, el color y la composición del retrato. Álava, ante una situación tan tensa, intentó mediar entre los dos, pero el enfado de Goya iba en aumento conforme su hijo le transmitía las críticas que estaba profiriendo Wellington en voz alta y que, ante la sorpresa de Álava, era Faria quien traducía.

—El fondo es terriblemente oscuro, la frente brillante pero cerúlea, las orejas muy grandes, las cejas prominentes, demasiado, los ojos redondos y saltones, como de pez, la nariz irregular, los labios son los de un mentiroso y el porte más ufano que altivo... Pintor de monos, eso es a lo más que puede aspirar este «emborrionalienzo» —finalizó Wellington tras ir señalando uno a uno los defectos que él creía ver en el cuadro.

«Pintamonas» escribió el hijo de Goya en un papel. Don Francisco tras leerlo, se dirigió hacia una mesa de un rincón del estudio y cogió una pistola.

—¡Maldito inglés ignorante! Un par de tiros en la tripa es lo que mereces,

estúpido majadero —gritó el maestro, mientras empuñaba la pistola y amenazaba al conde.

Afortunadamente, Francisco Javier y Faria se interpusieron entre ambos y consiguieron detener al pintor y quitarle la pistola, pero, cuando se volvió hacia Wellington, observó que el inglés había desenvainado su sable y amenazaba con él a Goya. Faria lo vio a tiempo y se abalanzó hacia Wellington, interponiéndose entre los dos contendientes e impidiendo que el oficial británico usara el sable, a lo que parecía dispuesto, aunque, al sentir la fuerza del brazo de Faria, cedió.

—Calmaos, don Francisco; calmaos, excelencia —les gritaban Álava y Faria en vano.

—¡Dejadme!, estrangularé como a un cochino a ese cerdo inglés.

—Este hombre está loco; éste es un país de locos —dijo Wellington—. Ha intentado atentar contra mí; esta acción es un delito muy grave. Voy a exigir al Gobierno español que enjuicie a este individuo. Un loco como él no puede andar suelto por la calle.

—Excelencia —terció de nuevo el general Álava—, don Francisco ha sufrido una enajenación mental. No tengáis en cuenta esta acción, pues sin duda ha estado motivada por su autoestima como pintor; ya sabéis cómo son los artistas.

—Soy un experto en pintura. Mi pinacoteca es selecta y nadie ha dudado nunca de mi gusto artístico; pero, en fin, eso sería lo de menos. No puedo consentir que un orate ultraje de este modo al capitán general de las tropas de su majestad Jorge III en la Península. No soy yo el ofendido, sino mi país.

—Perdonad que intervenga, mi general —dijo Faria, que mantenía sujeto el brazo de Wellington—, pero don Francisco no ha pintado a Inglaterra, lo ha pintado a usted. Y comprendo que no le guste su retrato, pero creo que se ha excedido en su crítica.

—No se meta en esto, coronel.

—Usted me pidió que intermediara ante don Francisco; en cierto modo también es asunto mío. Y además, no creo que este incidente deba de utilizarse para desatar un conflicto entre nuestros dos países. Si no estoy equivocado, el enemigo común sigue siendo Napoleón.

—El conde de Castuera tiene razón, excelencia —intervino Álava—. Propongo que sean los académicos quienes juzguen la obra de don Francisco. Que se exponga el cuadro en la Academia de Bellas Artes de San Fernando durante unas semanas para que lo vea todo el mundo, y entonces opinen.

—Me importa poco la opinión de sus académicos; es mi retrato y debe contar con mi aprobación —dijo Wellington.

—Un artista debe crear en libertad —adujo Goya.

—¿Puede envainar el sable, mi general? —le propuso Faria a Wellington, quien lo hizo con cierta desgana.

Al fin, Wellington, ya más calmado, aceptó que esa misma semana su retrato quedara expuesto en la Academia de Bellas Artes, de la que Goya era director, y decidió que lo más conveniente era dar por olvidado el incidente.

No obstante, Álava informó al Gobierno de lo sucedido y entonces, sin que nadie pudiera demostrar que aquello hubiera influido en esa decisión, las Cortes españolas nombraron a Wellington general en jefe de las fuerzas españolas.

* * *

Tras huir de Madrid, José I instaló su corte en Valencia. Allí esperó noticias de la campaña de su hermano en Rusia, cuyo gobierno había firmado con el Gobierno español un tratado de alianza contra Napoleón.

Napoleón había entrado a mediados del verano en ese inmenso país y se había enfrentado en la batalla de Borodino a un ejército ruso que intentó, sin éxito, cortarle el paso hacia Moscú. El emperador de los franceses venció, aunque no de modo contundente; sus pérdidas fueron muy grandes y murieron en la batalla cuarenta y tres de sus generales.

El 14 de septiembre de 1812 la *Grande Armée* entró en Moscú, y al día siguiente lo hizo Napoleón, pero allí no había una muchedumbre esperando al conquistador; la inmensa mayoría de los doscientos cincuenta mil habitantes de la capital del imperio de los zares había evacuado la ciudad, y tan sólo se habían quedado en ella unas quince mil personas.

Las calles desiertas de Moscú parecían el presagio de una catástrofe. Bonaparte había llevado consigo la *Historia de Carlos XII*, obra del gran pensador Voltaire, en la que el filósofo narraba la retirada de Moscú de este rey de Suecia, que también decidiera un siglo antes invadir Rusia. Parecía claro que, si bien el emperador de Francia leía muchos libros de historia, extraía pocas enseñanzas de ellos.

Mientras sus soldados se reponían de la larga marcha desde París hasta Moscú, y a la vista de las doradas cúpulas de las iglesias ortodoxas y de los palacios moscovitas, Napoleón se dio cuenta del inmenso error que había cometido. Había atravesado toda Europa con el mayor ejército jamás reunido para llegar a una ciudad desierta en medio de una tierra asolada.

Y por si su situación no era ya de por sí un callejón sin salida, el 19 de septiembre ardió Moscú. Las casas eran en su mayoría de madera y estaban deshabitadas, de modo que el fuego se extendió por todos los barrios convirtiendo a esa ciudad en una inmensa hoguera.

En Moscú, y tras un mes en absoluta inanidad, Napoleón recapacitó y dio la orden de regresar a Francia. A pesar de que varias decenas de miles de soldados franceses habían muerto en los dos meses de campaña, todavía integraban la *Grande Armée*

más de medio millón de efectivos.

Si la puesta en marcha de semejante ejército había sido una tarea de organización y logística militar extraordinaria, la retirada se antojaba un reto todavía mayor. Sobre todo cuando las temperaturas empezaron a descender por debajo de los cero grados y el agua comenzó a helarse por las noches.

Durante un mes, los rusos habían aguardado pacientes, dispersos en sus inmensas estepas y ocultos en sus extensos bosques, la reacción de Napoleón. El zar Alejandro había dispuesto varias divisiones para lanzar una contraofensiva en cuanto el invierno cayera sobre los franceses, nada acostumbrados a los terribles rigores del frío ruso.

Cuando el zar recibió la noticia de que los franceses abandonaban Moscú, ordenó a sus generales que hostigaran la retirada de Napoleón desde todos los flancos. Debía infligírseles tal castigo que los franceses renunciaran para siempre a regresar a Rusia. Y así fue; mientras las temperaturas seguían descendiendo hasta valores nunca vistos por los franceses, la caballería cosaca atacaba una y otra vez a las gigantescas columnas de soldados que se retiraban hacia el oeste entre cada vez más copiosas nevadas y más intensas heladas.

Con los ríos helados, los pozos de agua inservibles, los alimentos escasos, el frío congelándoles hasta la sangre y los rusos acosándolos como lobos ávidos de venganza, los soldados de Napoleón fueron cayendo a millares, dejando en el camino un interminable reguero de cadáveres. Entre los días 26 y 28 de noviembre cruzaron el río Teresina; allí, cuatrocientos pontoneros construyeron dos puentes en apenas veinticuatro horas, y, gracias a ello, unos pocos afortunados pudieron salvar la vida.

El emperador, montado en un trineo y escoltado por un puñado de soldados de la famosa guardia imperial, llegó a Varsovia a principios de diciembre, de allí se trasladó a Dresde y sin cesar de cabalgar llegó cuatro días después, el 18 de diciembre, a París; sólo dos días antes el periódico parisino *Moniteur* había anunciado a sus lectores la debacle de la campaña de Rusia.

En las semanas siguientes sólo regresaron a Francia veinticinco mil soldados de los seiscientos mil que habían iniciado la campaña de Rusia. La suerte del imperio de Napoleón parecía echada, y, desde luego, Bonaparte no tenía en su mano las mejores bazas.

Por el contrario, en aquel otoño de 1812 las cosas habían cambiado en la península Ibérica. Tras los éxitos del verano, los aliados se habían atascado en el centro de España, y los mariscales franceses, ajenos a lo que le estaba ocurriendo en Rusia a su emperador, lanzaron una contundente contraofensiva a fines de octubre.

Ante semejante contingencia, Wellington, que lucía su pomposo título de marqués por sus victorias en la Península, dio instrucciones para que la guerrilla incrementara su actividad en la retaguardia francesa, en Navarra, donde Espoz y Mina no cesaba de realizar audaces golpes de mano, en el norte de Aragón y en la cordillera Ibérica.

Aun así, los franceses recuperaron Valladolid y avanzaron hacia la frontera portuguesa, recuperando el terreno perdido pocos meses antes. Wellington se vio obligado entonces a retirarse al sur de río Duero y no dudó en culpar del inesperado revés a la falta de disciplina y de capacidad militar de los soldados españoles y a la incompetencia de sus mandos. Ante el avance francés, había pedido más hombres a su Gobierno en Londres, pero la respuesta había sido negativa, pues Estados Unidos e Inglaterra acababan de declararse la guerra a causa de conflictos que seguían latentes desde la declaración de Independencia de los norteamericanos.

Ciudad Rodrigo y Badajoz volvían a estar al alcance de los franceses. Airado y confuso, Wellington decidió retirarse a Portugal para reestructurar allí sus fuerzas. En apenas dos semanas todo lo conquistado por los aliados en la ofensiva de la primavera y el verano de 1812 se había perdido de nuevo. José I regresó a Madrid, donde volvió a tomar posesión del trono el 2 de noviembre, y dio un gran salto adelante reduciendo la influencia y el poder de los monasterios y elaborando un ambicioso plan de educación para los españoles.

Faria y Morales se vieron obligados a abandonar Madrid a toda prisa, y aunque el coronel pretendió ir hacia Sevilla en busca de Cayetana, no le quedó otro remedio que retirarse con algunas tropas españolas hacia Extremadura, donde se había decidido plantar cara a la contraofensiva francesa.

EL REY FELÓN III

Capítulo XXV

BASTABA seguir el rastro de cadáveres abandonados en los bordes de los caminos, el humo de las casas quemadas y los restos de los saqueos indiscriminados para perfilar la ruta de la retirada de los aliados hacia Portugal.

Los británicos habían fracasado en su intento de echar de España a los franceses y culpaban de ello a los soldados españoles, a los que acusaban de falta de disciplina, de incompetencia en el campo de batalla y de escaso vigor en el combate. Por su parte, los españoles imputaban a los británicos que actuaban como verdaderos enemigos, que robaban, violaban y mataban cuanto podían y que destruían las instalaciones productivas españolas sin que ello fuera necesario. Habitualmente, muchos soldados británicos estaban tan borrachos que tras la batalla no distinguían a los enemigos de los aliados.

Así, la desconfianza entre los coaligados, tras las semanas de euforia en la efímera reconquista de Madrid, era máxima, y Wellington se dio cuenta de que o alcanzaba un acuerdo con las autoridades españolas o el contraataque lanzado por José I y el mariscal Soult acabaría arrojando al océano a las tropas británicas y ocupando toda la Península.

Durante la retirada, a Francisco de Faria le hubiera gustado pasar por Castuera y poder visitar su hacienda, de cuyo estado hacía meses que nada sabía, pero los franceses les pisaban los talones y se retiraron hacia Lisboa por el norte de Extremadura.

La desbandada de los aliados era tal que los soldados no obedecían a sus superiores; nadie organizaba la retirada, nadie era capaz de poner orden en aquella vorágine de hombres huyendo, nadie tenía autoridad para evitar los saqueos y las matanzas. Algunas aldeas, ya muy castigadas por los años de guerra, volvieron a ser destruidas y arrasadas; los soldados buscaban con desesperación cualquier cosa de valor, incluso abrían las tumbas en las iglesias para buscar anillos o pendientes que pudieran llevar los cadáveres, y destrozaban tinajas de barro y tinas de madera para robar hasta la última gota de vino o de aceite.

Cerca de Plasencia, Faria y Morales se toparon con los supervivientes de una compañía de soldados españoles que huían de manera desordenada hacia el oeste. Eran poco más de cincuenta y no había ningún oficial al mando; más que una tropa regular, parecía un muestrario de espectros recién salidos del averno.

—¿Cuál es vuestra unidad? —les preguntó Faria.

—Ya no existe —respondió uno de ellos.

—¿Quién ostenta el mayor rango entre vosotros?

—Aquí no queda ningún oficial, todos han huido; como tenían caballos, han podido escapar más deprisa que nosotros.

—En ese caso, éste será el núcleo de una nueva agrupación de tropas. Iremos a Badajoz; allí mantendremos una nueva línea de defensa.

—Es inútil, los franceses nos barrerán como al polvo.

—No mientras podamos luchar. Vamos, sois soldados, no vagabundos, de manera que comportaos como tales. Adecentad en lo posible vuestros uniformes, recoged vuestras cosas y formad en columna de a dos —ordenó Faria.

Los soldados lo observaron como si se tratara de una aparición fantasmal.

—¡Vamos!, ya habéis oído al coronel, formad en columna de a dos —gritó Morales con los brazos en jarras, imponiendo su enorme corpachón.

La mayoría obedeció, aunque algunos dudaron.

—Estamos enfermos y heridos —dijo uno de los que habían permanecido inmóviles.

—¿Alguno de vosotros no está en condiciones de caminar? —preguntó el sargento.

Sólo uno levantó la mano.

—Los que estén enfermos que se sitúen al final de la columna, y tú —indicó Faria al que había alzado el brazo—, sube a mi caballo.

Una vez formados, el aspecto de la columna era realmente desolador. Ninguno de aquellos hombres mantenía su uniforme completo; iban mal calzados, algunos apenas con unas suelas de cuero sujetas con unos trapos y cuerdas a los pies, y ni siquiera la mitad conservaba su fusil.

—Formada la compañía, señor —anunció Morales.

—Pues adelante, a Badajoz —ordenó Faria.

Si hubiera tenido que contarlo, no hubiera sabido cómo, pero Faria y el sargento Morales llevaron a aquellos hombres, a los que en el camino se unieron otro medio centenar, hasta Badajoz, donde se había establecido de nuevo la línea de defensa aliada.

Consciente de que si los franceses intensificaban su ofensiva la guerra estaría perdida, Faria decidió regresar a Cádiz, a donde también se había dirigido Wellington.

* * *

Los últimos días del otoño de 1812 no fueron tan húmedos en la mitad sur del país como solían, de modo que los caminos no quedaron anegados de barro, lo que facilitó el avance francés hacia Portugal, pero también el repliegue de los aliados.

Tras el brillante inicio de la campaña, en la que había llegado hasta Burgos y Madrid, Wellington había sido humillado por José I y el mariscal Soult, que le habían obligado a replegarse. El comandante en jefe de las tropas aliadas achacaba su derrota

a la actitud de los españoles, a los que no tenía en buena consideración como soldados, sin querer reconocer sus manifiestos errores estratégicos y la crueldad de sus soldados para con los paisanos españoles, lo que provocaba un rechazo de la población española hacia los británicos, a los que no estimaba como aliados, sino como enemigos, incluso peores y más dañinos que los propios franceses. Convencido de que era imprescindible recuperar la amistad y la confianza del Gobierno español y acabar con el recelo mutuo entre aliados, se presentó en Cádiz con un listado de propuestas y nuevos planes, que previamente habían sido autorizados por el Gobierno de Londres.

El ministro de la Guerra lo recibió en la ciudad de las Cortes y escuchó atento las peticiones de Wellington. Faria también había llegado desde Extremadura, atravesando la sierra de Huelva y dirigiéndose después hacia el sur de Portugal; en Ayamonte embarcó con el sargento Morales en una barca de pescadores que suministraba pescado fresco a los gaditanos un par de veces por semana.

Al poco de llegar se enteró de que Wellington había desembarcado y se encontraba en Cádiz exigiendo condiciones al Gobierno. Faria no podía perder tiempo y se presentó de inmediato en el Ministerio de la Guerra. El ministro, José María de Carvajal, lo recibió enseguida.

—Me alegro de volver a verlo, coronel. Se está convirtiendo usted en una verdadera leyenda.

—Sólo intento que mi país recupere su independencia, señor ministro. Le agradezco que me haya recibido tan pronto.

—Usted dirá —el ministro aspiró el humo de un puro que sujetaba entre los dedos de la mano izquierda.

—Se trata de Wellington. Me han contado que se encuentra en Cádiz.

—Sí, así es. Llegó hace tres días. Nos hemos entrevistado en un par de ocasiones. Quiere saber hasta dónde llega su capacidad real de mando sobre nuestros ejércitos.

—El Gobierno lo nombró comandante en jefe.

—Sí, pero no está contento de cómo lo han asumido nuestras tropas y nuestros generales. El general Ballesteros, por ejemplo, no está conforme con que sea un extranjero quien ostente el mando supremo del ejército español, y ya sabe que Ballesteros es considerado un verdadero héroe por muchos de sus compañeros de armas.

—No me extraña que haya recelos hacia Wellington.

—¿Por qué dice eso?

—Los soldados británicos a su mando se están comportando como bandidos. Los campesinos de Castilla o de Extremadura son testigos de sus actos criminales. Cuando avanzamos hacia Madrid durante el pasado verano, en vez de actuar como libertadores de los pueblos que íbamos librando del dominio francés, lo hicieron

como ladrones, y ha sido mucho peor la retirada de este otoño. En el camino entre Madrid y Extremadura he visto lo que han hecho los «casacas rojas». Le puedo asegurar, señor ministro, que si regresan por ahí, los campesinos que queden vivos no van a ver en ellos a sus libertadores, sino a verdaderos bandoleros disfrazados de soldados.

—Sí, conozco cuál es la situación; dispongo de algunos informes al respecto, coronel. Pero sabe bien que no tenemos alternativa; sin la ayuda de los británicos, estamos perdidos. Los necesitamos.

—Lo sé, señor ministro; el Gobierno debería conminar a Wellington a poner fin a los desmanes de sus soldados, o, en caso contrario, serán considerados como enemigos.

En ese momento entró el secretario del ministro anunciando que acababa de llegar el marqués de Wellington.

—Lo esperaba un poco más tarde, pero aquí está de nuevo.

—Le ruego que tome en consideración lo que le he dicho, señor ministro.

Faria saludó y se dispuso a salir del despacho, pero Carvajal lo retuvo.

—Un momento, coronel. ¿Usted habla inglés?

—Lo entiendo y puedo mantener una conversación.

—Quédese.

—¿Es necesario?

—Wellington tendrá más cuidado si hay un testigo.

El marqués entró en el despacho. En su rostro severo y afilado se dibujó una mueca de sorpresa al ver allí a Faria.

—Señor ministro.

—Buenos días, marqués; ya conoce al coronel Faria. Los dos soldados se saludaron con cierta distancia.

—A sus órdenes, general —dijo Faria en inglés.

—Me alegra volver a verlo, coronel.

—Gracias, señor; lo mismo digo.

—Por lo que veo, ha logrado salir sano y salvo.

—Conseguí llegar hasta Badajoz con lo que quedaba de una compañía de soldados españoles.

—Usted siempre se las arregla bien solo.

—Sí, señor, me he acostumbrado a hacerlo.

—Amigos —terció el ministro—, sentémonos, por favor. Wellington miró al ministro como pidiendo explicaciones por la presencia de Faria.

—¿El coronel se queda? —preguntó.

—Es mi asesor personal; espero que no le importe —dijo el ministro.

—No, claro que no, en absoluto.

—En ese caso, usted tiene la palabra, excelencia.

Wellington era un tipo arrogante y bronco. Su carácter autoritario y sus modales altivos no lo hacían precisamente simpático.

—Como le dije ayer, la única manera de ganar esta guerra es mediante la unificación de todas las fuerzas aliadas bajo un mando único.

—Usted ya es el capitán general de todas las tropas británicas en la Península y de todas las españolas; tiene el mando supremo.

—Sí, su Gobierno me lo ha otorgado, pero no he podido ejercerlo en plenitud, y por ello no ha resultado eficaz.

—¿Tiene quejas?

—Algunos de sus generales discuten mi autoridad.

—¿Y cuál es su propuesta?

—No es una propuesta, señor ministro, sino una condición.

—Dígame.

—O se acepta mi total autoridad militar sobre el ejército español y se someten a ella todas las autoridades civiles y militares, o me veré obligado a dimitir como comandante en jefe del ejército español, y me limitaré a cumplir lo que ordene el Gobierno de su majestad Jorge III.

—Eso parece un ultimátum.

—Lo es, señor ministro. Mi cuartel general debe tener la última palabra y allí se tomarán todas las decisiones que competan a la marcha de esta guerra, y en ello incluyo el control del presupuesto y la ejecución del gasto.

—¿Qué opina usted, coronel?

—Hace menos de un año, los representantes del pueblo español aprobaron en esta misma ciudad una constitución que está en vigor, y lo está a pesar de la guerra. La Constitución no puede ser violada, ni siquiera por el Gobierno. La sumisión del poder político al militar supone quebrantar la ley.

Wellington miró a Faria con cierto desdén, traqueteó con los dedos sobre la mesa y endureció su gesto apretando las mandíbulas.

—Estamos en guerra, señores. Y ésta es una situación extraordinaria. Mi autoridad para dirigir la guerra requiere que todos los recursos de este país queden supeditados al poder militar —dijo Wellington.

—Nuestra Constitución es muy joven, excelencia; si el Gobierno la quebranta nada más nacer, los españoles no volverán a confiar en la política jamás. Sí, estamos en guerra y eso es terrible, pero ¿incumpliría su excelencia las leyes británicas si la situación lo requiriera, aun, como sostiene usted, en caso de guerra? Es más, ¿le consentiría su Gobierno que lo hiciera?

—No es lo mismo, coronel.

—Lo es, señor. Yo juré la Constitución, y no quisiera convertirme en un perjuro a

las primeras de cambio, ni me gustaría que mi gobierno lo hiciera.

—Lo primordial es ganar la guerra.

—Si violamos la Constitución, habremos perdido una guerra todavía más importante.

—Esta decisión es crucial. Como ministro de la Guerra no puedo tomarla yo solo; debo consultarla con el resto del Gobierno, pues además excede de mis estrictas competencias.

Faria se retiró de la reunión con el convencimiento de que Wellington conseguiría lo que se había propuesto.

Y así fue. El marqués británico recibió plenos poderes a fines de diciembre para que pudiera reformar el ejército español a su criterio, lo que hizo de inmediato, reduciendo los siete cuerpos de ejército existentes hasta entonces a cuatro y reestructurando los mandos y las divisiones.

Pero lo más decisivo, aquello por lo que Faria había intervenido aludiendo al espíritu de la nueva Constitución, llegó a principios de 1813. El 6 de enero el Gobierno decretó la sumisión de las autoridades civiles a las militares, en tanto se mantuviera el estado de guerra. Aquella decisión, forzada por las presiones de Wellington, suponía dejar el poder efectivo del reino de España en manos de un extranjero, como era el marqués de Wellington, súbdito además del rey de Inglaterra. Y pese a todo, el marqués no se fue de Cádiz del todo satisfecho.

Capítulo XXVI

HACÍA varios meses que Francisco de Faria no tenía noticias de Cayetana. Le había enviado varias cartas al convento de Sevilla, donde suponía que estaba a resguardo de la guerra, si es que en aquella guerra podía haber algún lugar en el que mantenerse a salvo, pero no había recibido ninguna respuesta a sus misivas; claro que tampoco estaba seguro de que hubieran llegado siquiera a manos de su amada.

Estaba muy preocupado, pero conocía bien a Cayetana y sabía que era una mujer capaz de arreglárselas sola. En más de una ocasión había intentado ir hasta Sevilla, tan cerca de Cádiz, pero el bloqueo francés y sus misiones entre los guerrilleros se lo habían impedido hasta entonces.

Solicitó permiso a sus superiores para visitar su hacienda de Castuera, alegando la necesidad de atender a su conservación, pero en realidad lo que pretendía era ir a Sevilla, ahora que se habían marchado los franceses, en busca de Cayetana. El ministro de la Guerra le concedió un mes de permiso, con la orden de incorporarse tras ese período al Estado Mayor del marqués de Wellington, su nuevo destino.

En realidad, a Faria su hacienda de Castuera no le importaba demasiado. Para él habían pasado los viejos tiempos en los que los señores sometían a los campesinos e imponían su voluntad mediante la horca y el cuchillo. Con la Constitución de Cádiz aquellas viejas prácticas habían quedado erradicadas. La época en la que los nobles y la Iglesia eran los únicos propietarios de las tierras del sur estaba cambiando. Debido a diversas leyes y decretos de desamortización, parte de la propiedad eclesiástica, e incluso de la nobiliaria, estaban pasando a manos de ricos propietarios burgueses, que compraban fincas para explotar mejor sus recursos agrícolas y ganaderos.

Faria salió hacia Sevilla acompañado de su inseparable ayudante, el sargento Morales. En el camino atravesaron los campos de viñedos de Jerez, que los ingleses ambicionaban para comerciar sus excelentes caldos, y el borde oriental de las marismas del Guadalquivir. Por todas partes podían apreciarse los restos de la precipitada retirada del ejército francés. Dos días y medio después de salir de Cádiz llegaron a Sevilla.

Se dirigieron de inmediato al convento de Santa Clara, en la zona norte de la ciudad. Francisco le había dicho a Cayetana que, cuando llegara a Sevilla, se dirigiera a ese convento porque la familia Faria era benefactora del mismo desde el siglo XVII. Hasta que comenzó la guerra contra el francés, los Faria enviaban todos los años desde Castuera una donación consistente en cien reales para la fábrica del convento, e incluso alguna muchacha de la familia había profesado allí en otras épocas como novicia, aportando en esas ocasiones suculentas dotes.

Pese a que todavía era invierno, Sevilla lucía una luz y un calor propios de la primavera. La ciudad estaba marcada por las huellas de la larga ocupación francesa, y

sobre todo por el daño que ésta había causado poco antes del abandono de su guarnición. Los arrabales de la ciudad, donde los franceses habían construido fábricas de armas y de munición, estaban arrasados, pues antes de marcharse de allí lo habían destruido todo.

El convento de Santa Clara estaba formado por un conjunto de edificios en torno a un amplio jardín, donde se levantaba una torre que llamaban de don Fadrique, y a un claustro rematado con una galería de arcadas. Sus paredes y sus techos estaban alicatados con azulejos sevillanos en tonos verdes, amarillos y azules, y algunas zonas estaban decoradas con abigarradas yeserías de estilo morisco.

Los recibió la hermana clavera, que al principio mostró ciertas reticencias hacia los dos soldados, pero que cambió enseguida de actitud cuando Francisco se identificó como conde de Castuera.

—Buenos días, hermana, me gustaría poder hablar con la priora del convento; creo que hace tiempo que mi prometida está aquí. Le he escrito varias cartas, aunque no he recibido respuesta alguna. Debido a esta guerra, no he podido personarme antes.

—Sea usted bienvenido, señor conde. Su familia ha sido siempre muy generosa con esta congregación, y esperamos que una vez acabada la guerra siga colaborando con sus donativos, que nos harán mucha falta para proseguir manteniendo el culto a Nuestro Señor. Ruego a su excelencia que pase y aguarde a nuestra madre superiora. La avisaré enseguida.

Tras unos minutos de espera, apareció la madre superiora de Santa Clara, una mujer de unos sesenta años, alta y delgada, de porte aristocrático. Tenía los ojos tristes y la mirada ausente, como la de la hermana clavera.

—Señor conde, nos alegra mucho su visita a nuestra humilde casa. Es un honor para nosotras contar con su presencia; ya sabe que las relaciones de este convento con la casa condal de Castuera son muy estrechas desde hace siglos. No pasa un solo día sin que recemos una oración por el conde y por su familia.

—Muchas gracias, madre. Ya sé que hace cinco años que no reciben el donativo, pero comprenderán que con esta guerra ha sido imposible. Espero que en cuanto se recobre la normalidad, mi administrador reanude nuestra tradicional contribución a la fábrica del convento.

—Que así sea, señor conde, porque tendremos mucha necesidad.

—Madre, la razón de mi visita es personal. Hace tiempo, tras la invasión de los franceses, tuve que separarme de mi prometida. Fue en Toledo, hace ya tres años. Los franceses nos pisaban los talones y le pedí que se dirigiera a Sevilla y acudiera a este convento. Se llama Cayetana, Cayetana Miranda. ¿Sigue aquí?

La madre superiora bajó la mirada, cruzó las manos sobre el pecho y suspiró.

—Lo siento, señor conde, Cayetana murió hace unos meses.

Faria no supo reaccionar. Tenía su sombrero en la mano y se le cayó al suelo. El sargento Morales se apresuró a recogerlo.

—¿Ha..., ha muerto? —balbució Faria.

—Sí, fue una pena. Era una muchacha extraordinaria.

—¿Cómo ocurrió?

—Fue terrible, señor conde; le ruego que me evite recordar aquellos días. Sufrimos mucho.

—Necesito saberlo, madre; se lo ruego...

—No le gustará escuchar lo que sucedió.

—Lo aguantaré.

—Esta congregación soportó la ira del demonio. Cayetana vino a nosotras a fines de 1809 y se presentó como la prometida del conde de Castuera, uno de nuestros benefactores, como bien sabe usted. Nos entregó una bolsa con muchos doblones y nos dijo que el conde, su prometido, le había dicho que acudiera a este convento en busca de refugio. La acogimos con agrado y enseguida se convirtió en una más de nosotras. Fue la mejor enfermera y la más abnegada, y trabajó sin descanso. No le importaba la identidad, la nacionalidad o el cargo de los enfermos a su cuidado; le daba igual que fuera un militar francés o uno español, un oficial o un soldado sin graduación. A todos los trataba con la misma delicadeza.

—Su muerte, madre, su muerte, ¿cómo ocurrió?

—Al principio de la ocupación francesa nos trataron bien. Los franceses estaban contentos en Sevilla; el rey José había sido recibido con grandes muestras de alegría por la población y la convivencia con ellos fue amena, e incluso agradable en ciertos casos. Los militares franceses dejaban mucho dinero en las tiendas y las posadas de Sevilla, respetaban a las mujeres y no agredían a los hombres. Pero este pasado verano cambió todo.

»Un día llegó a Sevilla la noticia de que los franceses habían sido derrotados en Salamanca, y se extendió el rumor de que un enorme ejército hispanobritánico se dirigía hacia aquí. Y entonces todo el mundo pareció volverse loco. Cuando llegó la orden de evacuación, los franceses decidieron llevarse todo lo que de valor pudieran encontrar. Nuestro convento fue asaltado una tarde de verano, antes del ocaso. Recuerdo que la mayoría de las hermanas había acabado la oración y disfrutaba del frescor del claustro. Entonces, el silencio del convento fue roto con un gran estruendo. Oímos una explosión, luego comprobé que habían volado la puerta con una granada, y a los pocos instantes apareció en el claustro la hermana clavera, corriendo y gritando; estaba horrorizada. Tras ella aparecieron varios soldados franceses, con sus fusiles en las manos, riéndose y cantando. Creo que estaban borrachos. Las hermanas se asustaron mucho y yo me interpose en su camino e intenté calmar a aquellos hombres, recordándoles que ésta era la casa de Dios y que

debían respetarla. No me hicieron ningún caso. Tenían los ojos vidriosos por el efecto del vino y se comportaban como salvajes sin razón. Uno de ellos me miró con desdén y me dio un fuerte empujón que me lanzó contra la pared del claustro.

»«Oro, plata, joyas, ¿dónde están?», repetían en actitud cada vez más violenta. Algunas hermanas fueron tocadas, manoseadas y sobadas por aquellos brutos. Cayetana salió en su defensa...

—¿La... violaron?

—No eran hombres; estaban poseídos por el demonio y la lujuria. Nos arrancaron los hábitos, nos dejaron a todas desnudas y entonces eligieron a las más jóvenes y hermosas y las llevaron a las celdas. A las mayores nos encerraron en una capilla, y a las jóvenes las golpearon, las insultaron... y las violaron. Luego saquearon el convento y se llevaron todo lo que tenía algún valor. Cuando se marcharon y pudimos salir de la capilla, corrimos hacia nuestras hermanas. Habían matado a diez, las que se habían resistido, y habían violado a todas. Desde ese día rezamos un rosario en su recuerdo cada amanecer y esperamos que Jesucristo las haya confortado en el cielo.

La madre superiora se cubrió el rostro con las manos y lloró amargamente.

—Lo siento, madre, y como soldado lamento no haber podido estar aquí para impedirlo. ¿Qué fue del cuerpo de Cayetana?

—Todas las hermanas asesinadas, incluida Cayetana, están enterradas en la capilla.

Faria hubiera maldecido a Dios allí mismo, pero el dolor que atormentaba a la madre superiora y el que aquella mujer siguiera creyendo en Cristo tras lo que había vivido, hizo que se contuviera.

—¿Puedo ver su tumba?

—Claro, señor conde. Acompañenme, por favor.

Las hermanas asesinadas habían sido enterradas en una capillita anexa al claustro. Una lamparilla se mantenía encendida sobre una pequeña palmatoria. Morales se santiguó ante las tumbas.

—Ahí está; no tiene lápida todavía.

A Faria le temblaron las rodillas. Dentro de un ataúd, encastrado en la pared de aquella capilla, yacía el cuerpo de Cayetana, la mujer a la que tanto había amado.

—Gracias, madre, y siento de veras lo ocurrido. Nunca debió suceder semejante calamidad. Esos asesinos serán castigados.

—Dios lo oiga, señor conde. Por cierto, Cayetana dejó algo para usted; si me acompañan...

La madre superiora los condujo hasta su celda y les rogó que esperaran en la puerta. A los pocos instantes salió con una bolsita de tela y un sobre cerrado.

—¿Y esto?

—Me lo confió Cayetana. Me dijo que si le ocurría algo, se lo hiciera llegar. No

me ha sido posible hacerlo hasta ahora.

Faria abrió la bolsa y sacó de ella un reloj de oro. Al observarlo se dio cuenta de que era el mismo reloj que su padre le entregara cuando lo envió a Madrid para servir en la guardia de corps, el que Cayetana le había robado en su fugaz encuentro en aquel patio de Madrid, hacía ya nueve años, cuando Cayetana, a la que entonces no conocía, lo engañó y le robó su reloj de oro y una bolsa con monedas.

Luego abrió el sobre; en su interior había una carta:

Si algún día lees esta carta, yo ya no estaré aquí. La escribo poco antes del anochecer de un caluroso día del verano de 1812. Los franceses están muy inquietos porque aseguran que un gran ejército inglés y español se dirige hacia Sevilla para recuperar la ciudad. Parecen muy enfadados y nerviosos y se comportan con bruscos modales, que hasta ahora no habían mostrado. Intuyo que algo grave puede ocurrir. En una bolsita, le dejo a la madre superiora un reloj de oro, tu reloj de oro. Te lo robé en Madrid y luego lo empeñé en Toledo, antes de que volviéramos a encontrarnos en Cádiz y me reconocieras por aquella aguja de perlas en el pelo. Pude recuperarlo cuando estuve en Toledo, nada más separarnos la última vez, y espero que llegue a tus manos, como también espero que algún día lo haga mi corazón, porque te echo mucho de menos. No sé si serán verdad esos rumores que cuentan los franceses, pero si lo son, anhelo que en ese ejército libertador vengas tú, y que pronto podamos volver a estar juntos. Y si tú también lo quieres, me gustaría que una vez acabada esta guerra no tuviéramos que separarnos jamás. Dicen que en América se está construyendo un nuevo mundo donde todos los hombres son iguales y tienen los mismos derechos. Ojalá pudiera vivir en un mundo así contigo.

Te quiere,

CAYETANA

Salieron del convento y Faria estalló al fin. Morales tuvo que consolarlo y sujetarlo para evitar que se derrumbara.

—Vámonos —dijo.

—¿Adónde, coronel? —le preguntó Morales.

—A matar franceses, a matar a todos los franceses.

* * *

Antes de cumplir sus deseos de venganza, Faria se dirigió a Castuera. Al contemplar

de nuevo sus tierras, sintió una amargura profunda. Durante todo el camino desde Sevilla a Extremadura había venido rumiando su dolor. A la vista de los campos extremeños, aquéllos por los que había soñado pasear alguna vez con Cayetana, sintió que su vida había quedado vacía.

Se dirigieron a la hacienda y descabalaron a la puerta de la casa solariega de los Faria. Parecía abandonada. Todo cuanto alguna vez hubo de valor había sido saqueado, quién sabe si por los franceses, por los ingleses, por los portugueses o por los propios castueranos. Todos los muebles, los utensilios domésticos, las lámparas y las cortinas habían desaparecido. En la biblioteca, que en su día contuviera cinco centenares de libros, reunidos por los condes de Castuera a lo largo de casi tres siglos, no se conservaba ni un solo ejemplar.

—Esto es cuanto queda de mi casa, Isidro —se lamentó el conde a la vista de aquella desolación.

—Lo siento, mi coronel.

—Lo que más lamento es la pérdida de la biblioteca. Los nobles españoles no suelen ser muy dados a los libros, pero mi abuelo y mi padre amaban la lectura. Había allí obras impresas en el siglo XVI, libros de Cervantes, de Quevedo, de Calderón..., crónicas de la historia de España, biografías de los grandes conquistadores extremeños, Hernán Cortés, mi antepasado Francisco Pizarro, Pedro de Valdivia... Quién sabe dónde estarán ahora. Tal vez adornen el salón de algún general francés, o sean polvo de ceniza.

—¿Sólo le importan los libros, mi coronel?

—Sin Cayetana, apenas nada tiene interés para mí. ¡Maldita guerra, maldita guerra...! —el conde se lamentó golpeando con los puños las paredes desnudas de la estancia que otrora fuera la biblioteca.

—¡Señor, señor! —unas voces alertaron a Faria y Morales.

—¿Quién es? —preguntó Faria.

—Soy yo, señor, vuestro capataz. Un vecino ha venido a decirme que había visto entrar en palacio a dos hombres. Me acerqué y, al ver los caballos con la silla del ejército español, he supuesto que teníais que ser vos.

—Viejo amigo, ¿cómo te encuentras?

—No muy bien, don Francisco, pero sobrevivo.

—¿Quién ha hecho esto?

—Todos, señor. Primero fueron los franceses quienes se llevaron los muebles, luego los ingleses y los portugueses. No pude hacer nada, señor conde.

—No te preocupes, no iba a pedirte que te enfrentaras tú solo a una división de «casacas rojas» o a un escuadrón de húsares franceses.

»¿Y el ama de llaves?

—Murió hace un año; la enterramos en la iglesia de Santa María Magdalena.

—¿Queda alguna cosa más?

—No queda nada, señor. Sólo estas paredes y los campos. Demolieron el molino y quemaron los pajares. Unos y otros se llevaron también el ganado, las carretas, el trigo, el aceite..., todo, robaron todo.

—Eso ya no importa.

—Os quedan las tierras, señor. Se pueden volver a poner en cultivo, se pueden volver a criar animales. Esta hacienda volverá a producir trigo, y aceite, y queso, y turrón. ¿Lo recuerda, señor? Cuando vivía vuestro padre, aquí se hacía el mejor turrón de Extremadura. Algún día acabará esta guerra y habrá que volver a vivir.

—¿Sigues llevando esos libros de cuentas?

—Hace casi dos años que no hay nada que apuntar en ellos; los últimos ingresos los hice en el banco de San Carlos, pero los franceses lo requisaron todo.

—Será necesario tener copia de esos ingresos para reclamar en su día las correspondientes indemnizaciones, si hubiera lugar a ellas.

—Guardo todos los papeles en mi casa. El archivo de palacio ha sido destruido, lo quemó una partida de soldados borrachos, creo que eran ingleses. Por fortuna, yo había llevado a mi casa algunos documentos; me pareció que allí estarían más seguros.

—Ya resolveremos eso; y en cuanto a las tierras, mi deseo es venderlas a los campesinos.

—¿Venderlas?

—Sí, y por un precio que sea asequible. ¿Cuántas familias pueden vivir de ellas?

—Cincuenta, tal vez sesenta.

—En ese caso, haz cincuenta lotes iguales y ofréceselos a los campesinos que las hayan cultivado como jornaleros.

—Pero no podrán comprarlas, no tienen dinero para hacerlo.

—Si vendemos cada parcela a un real, sí.

—¿Un real? ¡Un real por cada una de las cincuenta parcelas!

—Sí, un real.

—¿Y el palacio?

—En cuanto a esta casona, la conservaré. Habrá que hacer algunas reformas y comprar muebles. ¿Cuánto dinero había en el banco de San Carlos?

—Cerca de cincuenta mil reales.

—Serán más que suficientes.

—Pero hasta que no acabe la guerra no podréis disponer de ellos, si es que queda algo entonces.

—No hay prisa. Dispón todo lo necesario para hacer las adjudicaciones de lotes y envía dos mil reales al convento de Santa Clara de Sevilla.

El sargento Morales asistía atónito a lo que estaba haciendo Faria.

—¿Se da cuenta de que está regalando todas sus tierras, coronel?

—No; las estoy devolviendo a quienes debieron ser sus legítimos dueños. Durante los últimos siglos, todos estos parajes han sido propiedad de la Orden de Alcántara y de mi familia, que ha mantenido decenas de pleitos a lo largo de la historia con los frailes. ¿Y sabe quién ha perdido siempre?, estos campesinos. Va siendo hora de que les devolvamos lo mucho que les debemos.

En una semana se hicieron todos los lotes y se vendieron, por un real cada uno de ellos, a las familias de los campesinos que durante generaciones habían trabajado esas tierras. En enero, las Cortes de Cádiz habían aprobado una ley por la cual se podía parcelar y reducir la propiedad privada de terrenos propios, especialmente sobre tierras de realengo y sobre tierras baldías.

Fue el propio Faria quien reunió a sus antiguos aparceros y quien les fue entregando personalmente sus certificados de propiedad. A algunos los reconoció por el rostro, otros le sonaban por el apellido, pero sólo en ese momento se dio cuenta de que nada sabía acerca de las vidas de aquellas gentes, cuyo sudor había cimentado durante siglos la fortuna de los Faria.

Acabado el reparto de los lotes y ante la mirada atónita de los beneficiarios, que suponían que la guerra había trastornado al conde, Francisco de Faria ordenó cerrar el palacio asegurando los dos grandes portones y las ventanas.

Una vez dispuesto todo aquello, marchó al encuentro de Wellington, a cuyo Estado Mayor tenía orden de incorporarse.

Capítulo XXVII

CON el mando único ya en su mano y ratificado por el Gobierno español, Wellington se sintió al fin con plena autoridad, y ante las cautelas que habían mostrado los franceses en su contraofensiva del pasado otoño, decidió responder con una gran ofensiva contra las tropas francesas en España. Tras los primeros meses del año 1813, el ejército imperial estaba maltrecho. La pérdida de más de medio millón de hombres en la campaña de Rusia y la derrota de Napoleón por el zar Alejandro I habían acabado con la leyenda de general invencible que durante más de un decenio había acompañado a Bonaparte. A la vista de estas nuevas circunstancias, se presentaba el momento propicio para el gran ataque, que se fijó para el mes de mayo de 1813, tras las lluvias primaverales de abril. A fines de enero, y como preparación necesaria, se había vuelto a conquistar Ciudad Rodrigo, que los franceses habían ocupado en su ofensiva de 1812.

Faria recibió el mando de un batallón de fusileros voluntarios de Andalucía, y, además, fue asignado como delegado del Gobierno español en el Estado Mayor de Wellington.

Escarmentado por la precipitación de la ofensiva fallida del año anterior, el nuevo despliegue de las tropas aliadas constituyó en esta nueva oportunidad una maniobra brillante. La División Ligera, la unidad de élite de los británicos, avanzó por la región de Salamanca, en tanto el grueso de las tropas cruzó el río Duero mediante dos pontones construidos por los ingenieros ingleses, lo que facilitó un rápido progreso hacia las cercanías de Valladolid.

Sorprendidos por el contundente ataque aliado, José I y el mariscal Jordan, su hombre de confianza, ordenaron la evacuación inmediata de todas las tropas francesas al sur del Duero. Madrid fue abandonada por tercera vez y Valladolid también quedó libre de franceses.

En la retaguardia, los guerrilleros seguían acosando a los soldados franceses; los jefes guerrilleros Espoz y Mina y El Empecinado habían logrado asestar importantes golpes de mano, y en las tierras montañosas catalanas el control que ejercía la guerrilla se extendía por muchas comarcas. Gracias a esas acciones guerrilleras, los franceses seguían sin poder concentrar más allá de cincuenta mil hombres en un solo ejército.

Sin posibilidad alguna de recibir nuevos refuerzos tras la debacle de Rusia e incapaces de concentrar tropas ante el avance aliado y los golpes de mano de los guerrilleros en la retaguardia, José I y el mariscal Jordan decidieron replegarse hasta Burgos, para plantar allí una línea defensiva en la cual poder detener a los aliados.

Un ejército de cien mil hombres, bien equipado, pleno de moral y eufórico, avanzaba por los llanos de Castilla entre los campos verdes de cereales y bajo un

tiempo primaveral. A los ochenta mil hombres del ejército angloportugués, el Gobierno español había sumado otros veinte mil procedentes del cuarto ejército, considerado como el más preparado de todos los cuerpos militares españoles. Además, las líneas de aprovisionamiento desde La Coruña y Santander estaban aseguradas, y las espaldas quedaban a cubierto por la retaguardia portuguesa.

Frente a semejante concentración de fuerzas, José I apenas podía oponer cincuenta mil soldados, bien equipados y expertos en la batalla aunque desmoralizados y acosados por los guerrilleros. Sabedores de que el emperador había perdido la guerra en Rusia, eran muchos los soldados franceses que creían que los campos españoles podían suponer la segunda gran derrota de Napoleón, y por primera vez dudaron de su capacidad para conducirlos a la victoria final.

—Se han llevado un enorme botín, coronel —le anunció Morales.

—¿Quiénes?

—Los franceses. Han llegado noticias de Madrid, de Segovia y de Toledo. Se han llevado todo; han desmantelado palacios e iglesias y han cargado centenares de carros con obras de arte, joyas, orfebrería, relicarios, cuadros, libros; todo lo que tenía algún valor ha sido requisado por los gabachos. Huyen hacia Francia con el producto de sus robos y saqueos.

—¿Cómo se ha enterado, sargento?

—Lo acaba de contar un capitán de artilleros en la taberna del acuartelamiento.

Faria escuchó a su ayudante poco antes de entrar en la reunión a la que había sido convocado para un consejo del Estado Mayor en la localidad de Toro, a orillas del Duero. Wellington, que había cumplido cuarenta y cuatro años, la presidía. Vestía su uniforme de campaña de teniente general del ejército británico, con pantalones de color azul oscuro, casaca roja y camisa de seda blanca de cuello alto. Dos docenas de generales y coroneles estaban reunidos para recibir las instrucciones del general en jefe del ejército aliado.

—Señores —comenzó Wellington—, nos encontramos ante los días decisivos de la guerra. Tenemos ante nosotros una victoria fundamental para el futuro de esta campaña, pero hemos de saber conseguirla. Los franceses se han hecho fuertes en Burgos, en torno a su castillo, que está ubicado en lo alto de un cerro que domina la ciudad y su valle; es una posición formidable. Lo más probable es que esperen que carguemos alocadamente contra ellos, persiguiéndoles en su retirada, pero no vamos a hacerlo. Tal como han dispuesto sus defensas, aguardan a que aparezcamos desde el suroeste, pero lo haremos desde el norte. Vamos a dirigir parte del ejército por las montañas del norte de Burgos e intentaremos cortar su retirada en el alto Ebro.

»Para que este plan tenga éxito debemos alcanzar las posiciones indicadas —el marqués señaló varios puntos marcados con banderitas en un gran mapa de la Península— en el plazo de un mes. Para ello nos dividiremos en cuatro columnas, de

manera que el enemigo no sabrá por dónde vamos a caer sobre él.

—Un mes parece muy poco tiempo, señor. Nuestro ejército está compuesto por cien mil hombres, es necesario prever el suministro de alimentos y de municiones —alegó uno de los generales.

—Y lo está. Santander permanece en nuestro poder, desde allí y desde La Coruña pueden enviarse suministros al alto Duero en tres o cuatro días, si fuera necesario en situación de emergencia. Si llegara el caso, durante ese tiempo las raciones se reducirán a la mitad.

«Brillante, sí; arriesgado pero brillante», pensó Faria a la vista de la seguridad con que explicaba los movimientos de las tropas el marqués de Wellington.

—Y ahora, señores, al trabajo. Sólo disponemos de un mes, y quiero atrapar a los franceses antes de que crucen el Bidasoa.

La marcha de las cuatro columnas a través de Castilla fue agotadora. Los soldados habían recibido órdenes precisas para que respetaran a la población española, cuya experiencia con los soldados británicos era ciertamente muy penosa; escenas como las acontecidas en Extremadura no podían volver a producirse.

En los primeros días de marcha, la comida no faltó, mas a partir de las dos semanas y media comenzó a escasear. La dieta se redujo a un guiso de judías, habas, nabos, zanahorias y pimientos, aderezado con ajo, aceite y sal. El pan faltaba algunos días, y hubo soldados que protestaron por la escasez de las raciones. Para calmar sus ánimos, en algunas aldeas por las que pasaron, fueron requisadas decenas de tinajas de vino, que se repartieron entre la tropa.

Faria se afanó a aleccionar a los hombres de su regimiento. Los fusileros voluntarios de Andalucía combatían hacía ya tiempo contra los franceses y estaban acostumbrados al fuego enemigo, pero no conocían bien sus nuevos fusiles, recién llegados de Inglaterra. Un armero británico se lo explicó a Faria y luego éste transmitió a sus hombres cómo debían disparar con aquellas armas.

—Estos fusiles son capaces de alcanzar los dos mil pasos con viento favorable. En el combate deben proceder del siguiente modo: si se encuentran a cincuenta pasos del enemigo, apunten por encima de sus rodillas; a ciento cincuenta pasos, háganlo al pecho, y a doscientos, a los gorros. Los que tengan buena puntería verán que el disparo es bastante certero a una distancia inferior a los trescientos pasos.

»Apenas tenemos tiempo para practicar lo suficiente, de modo que aprovecharemos los momentos de descanso para realizar ejercicios de tiro y familiarizarnos con estos fusiles; afortunadamente no nos falta pólvora. Quienes dispongan de trabucos, retacos y pistoletas sólo deberán utilizarlos cuando nos encontremos a una distancia inferior a treinta pasos del enemigo; ahí es donde esas armas son eficaces. A más de cincuenta pasos apenas son efectivas. Disparen a matar, porque, si no matan a nuestros enemigos, serán ustedes los muertos; y, cuando

entremos en combate, recuerden lo que los gabachos han hecho en muchos pueblos y ciudades, los asesinatos y las torturas, los robos y los saqueos que han cometido.

»Pero no olviden nunca que son soldados españoles y que luchan por la independencia de su patria.

Faria intentó contener la ira que le provocaba el recuerdo de la muerte de Cayetana, pero, al acabar su alocución, se dio cuenta de que sentía una sensación hasta entonces desconocida: era odio.

* * *

José I había dejado Madrid y luego Valladolid. En su retirada hacia el norte, llevaba consigo un enorme cargamento de obras de arte y tesoros en centenares de carros. Los franceses se retiraban procurando que las líneas de abastecimiento de Wellington quedaran más y más alejadas del frente. La primera línea de defensa se plantó en Burgos; parapetada tras las murallas del castillo, la guarnición francesa resistió bien, pero acabó sucumbiendo ante la mayor potencia de fuego y la superioridad de los aliados. José I decidió presentar batalla en Vitoria, a la que rodeó de consistentes fortificaciones, aunque realizadas de manera muy precipitada. El hermano de Napoleón disponía de poco más de cincuenta mil soldados, pues había tenido que emplear algunas divisiones en la defensa de la zona de Levante y en la retaguardia en las escaramuzas contra la guerrilla, sobre todo en Navarra, Aragón y Cataluña.

Por su parte, el ejército aliado estaba integrado por casi setenta mil, pues de los cien mil disponibles, varios miles habían sido enviados al norte de Vitoria en prevención de un posible ataque de unidades francesas en esa zona, en tanto algunos otros contingentes habían sido destinados a proteger las líneas de aprovisionamiento.

El frente norte de la ciudad de Vitoria está protegido por el río Zadorra y la sierra de Arrago, de manera que el ataque aliado llegaría necesariamente desde el suroeste, donde se extienden los altos de la Puebla, una zona de colinas desde las cuales se domina el valle de Vitoria. Cuando llegaron los aliados, se dieron cuenta de que esas alturas estratégicas habían sido fortificadas por los franceses y que su dominio era decisivo para el resultado de la batalla.

El 21 de junio de 1813, Faria y Morales formaban en la división española mandada por el general Morillo, que ocupaba el flanco derecho del ejército aliado. Enfrente se desplegaban las unidades de la vanguardia del ejército francés, que respondieron al avance de los españoles con contundente fuego de artillería. Allí se encontraron con Agustina Zaragoza, la heroína a quien todos conocían como Agustina de Aragón, que se había escapado por dos veces de los franceses y formaba entonces parte de la dotación de una batería de artillería de montaña.

Faria sabía que Wellington los estaba observando, y que de aquel primer envite

dependía en buena medida el rumbo del combate, de modo que animó a sus hombres a seguir adelante, pese al intenso fuego de artillería que caía sobre ellos.

Los españoles luchaban bien y mantenían la línea sin fisuras y sin desfallecer, pero el fuego francés era muy intenso y apenas conseguían avanzar. El general Morillo se acercó a primera línea de fuego y alentó a sus soldados hasta que una bala lo alcanzó y lo hirió de gravedad, por lo que tuvo que retirarse.

Entonces, Faria tomó el relevo al mando de la brigada.

—¡Vamos!, disparad como hemos practicado, y adelante, siempre adelante. Ya lo sabéis, los matamos o nos matarán —gritó el coronel, cuya única obsesión era liquidar al mayor número posible de franceses y vengar a Cayetana.

Cruzaron el río Zadorra por un puente que no había sido destruido y avanzaron hacia las colinas de los altos de la Puebla. Las baterías francesas ocupaban una posición dominante, barrían con fuego de metralla el llano y era suicida seguir avanzando.

—Somos pocos para atacar esa posición, mi coronel, y estamos desprotegidos.

—Debemos seguir adelante, sargento. Si logramos alcanzar el pie de las colinas estaremos fuera del alcance de su artillería.

Y siguieron avanzando solos.

Desde su puesto de mando en la localidad de Nanclares, Wellington se dio cuenta de la crítica situación de las tropas españolas de Morillo, y de que, pese al castigo que estaban recibiendo, seguían progresando, aunque muy despacio.

Los españoles consiguieron alcanzar el pie de las colinas de los altos de la Puebla, pero todavía debían ascender hasta la cima y arrojar de allí a los franceses, porque mientras aquella posición estuviera en su poder, la caballería no podría avanzar por el llano hacia Vitoria.

Faria, sable en mano, trepaba por la empinada ladera. Su regimiento estaba recibiendo una lluvia de fuego de mosquetes desde lo alto de la colina; avanzaban despacio y a costa de muchas bajas; si todo seguía así, apenas unos pocos llegarían, si es que lo lograban, a lo alto de la cima.

—No lo conseguiremos, coronel —le dijo Morales.

—Claro que sí; vamos, adelante, adelante.

Los hombres de Faria seguían subiendo con gran esfuerzo y muchas pérdidas. Un reguero de cadáveres y de heridos mostraba bien claro el camino hacia la cumbre.

—¿Cuántos han caído? —le preguntó a Morales.

—Un tercio de la tropa, señor; en algunas compañías casi la mitad de los hombres.

—Estamos cerca, sargento, transmita a los capitanes de todas las compañías que sigan adelante; tenemos la victoria en la mano —ordenó el coronel.

Pero no era tan fácil. Por un momento, Faria dudó al comprobar la carnicería que

el fuego francés estaba causando en su regimiento. Miró hacia atrás y vio la ladera de la colina cubierta de cuerpos, algunos se retorcían de dolor, malheridos, sangrantes, otros yacían inmóviles, probablemente muertos. Y entonces, subiendo tras ellos por la colina, vio una marea de «casacas rojas».

Wellington había ordenado al regimiento del coronel Brown que acudiera con sus tropas de infantería angloportuguesa a auxiliar a la brigada española. Faria resopló aliviado cuando miró hacia atrás y vio acercarse a los «casacas rojas», y, a la vista de los refuerzos recién llegados, animó a sus hombres a continuar hacia arriba.

José I, ante el intenso ataque aliado a los altos de la Puebla, decidió reforzar sus posiciones en las colinas, enviando allí más tropas; necesitaba mantener aquella posición, pero para ello dejó desguarnecido el flanco norte, hacia el que Wellington había desplazado a la División Ligera y a la Tercera División, a las que ordenó atacar de inmediato.

La batalla se desató entonces en todos los frentes. Los franceses ocupaban las mejores posiciones, pero eran inferiores en número y su caballería no tenía posibilidades de desplegarse en el llano, de manera que comenzaron a perder terreno.

Las tropas de Faria seguían avanzando y estaban a punto de alcanzar la cima de las colinas de los altos de la Puebla; sobre sus cabezas, las granadas de los franceses pasaban produciendo un ruido como si de un aleteo de aves metálicas se tratara.

El coronel fue de los primeros en alcanzar los parapetos franceses. Los fusileros que los defendían, a la vista de que no podían detener el avance aliado, abandonaron sus posiciones y salieron huyendo. Sin la protección de los fusileros, los artilleros que servían las baterías hicieron lo mismo. Faria alcanzó la primera línea de cañones y observó cómo se retiraban los soldados franceses hacia Vitoria. Varias piezas de artillería francesas quedaron en poder de los españoles, que ondearon sus estandartes anunciando que aquella posición era suya.

Perdidos los altos de la Puebla, el resultado de la batalla de Vitoria estaba decantado. José Bonaparte se dio cuenta de que los aliados estaban a punto de completar el cerco sobre Vitoria, y, antes de que se culminara, ordenó la retirada por el único pasillo que quedaba abierto, en el flanco este. Las tropas francesas huyeron en desbandada, abandonando tras de sí cuanto habían llevado hasta allí en los centenares de carros; cada cual se escapó como pudo, dejando atrás cualquier cosa que pudiera retrasar su huida, por muy valiosa que fuera.

Si en ese momento los aliados hubieran mantenido la calma y la disciplina, todo el ejército francés concentrado en Vitoria habría caído en sus manos, pero ante la desbandada de los franceses, que dejaron abandonados cuantos tesoros habían robado, se desató una verdadera locura entre los vencedores. En lugar de perseguir al enemigo y acabar con él, los soldados británicos y portugueses se lanzaron sobre los carros que contenían los tesoros, procurando apoderarse de ellos. Los regimientos se

dividieron, pues mientras unos pocos soldados seguían a sus oficiales en persecución de los franceses, otros se dedicaban al saqueo y a la rapiña.

Y lo mismo ocurrió con las tropas que había enviado Wellington para cercar a los franceses desde el norte. Al llegar ante la ciudad de Vitoria, en vez de cortar la retirada y cerrar el paso en el flanco oriental, se adentraron en las calles de la ciudad y se ocuparon de desvalijar casas, comercios e iglesias.

El campo de batalla, la ciudad y los campamentos franceses se convirtieron en un verdadero manicomio. Mientras los franceses se retiraban sin apenas ser perseguidos, dejando atrás ocho mil bajas, cuando podían haber sido hechos prisioneros los cincuenta mil, los soldados aliados se despreocuparon de la continuación de la batalla y se afanaron en robar los bienes de los vitorianos y de los campamentos, y a destruir cuanto no consideraban de valor.

—Esto es una locura —le dijo Faria a Morales.

—Mire, coronel.

El sargento señaló a varios «casacas rojas» que conducían un carro cargado de cajas de madera repletas de doblones de oro, sobre el que violaban a dos mujeres, mientras un escuadrón del 17.º de húsares pasaba al galope en persecución de varios dragones franceses.

Quinientas mujeres, prostitutas, esposas y amantes, y decenas de niños, hijos algunos de ellos de los oficiales franceses, quedaron abandonados ante la precipitada huida del ejército de José Bonaparte. En la derrota, nadie se había preocupado por ellos, pues cada hombre sólo había pensado en ponerse a salvo cuanto antes.

Aterrorizadas en su carros, muchas de aquellas mujeres fueron violadas y algunas asesinadas por los vencedores.

—¡Suelten a esa mujer! —ordenó Faria en inglés a cuatro «casacas rojas» que tenían sujeta por brazos y piernas a una joven a la que habían despojado de sus vestidos y estaban a punto de forzar.

—No es más que una puta gabacha —dijo uno de ellos.

—He dicho que la suelten —repitió amenazando con su sable a los soldados.

Dos de ellos soltaron a la muchacha ante la contundencia de la orden, pero los otros dos prosiguieron en su intento de violación.

Morales cogió a uno de ellos por debajo de las axilas, lo alzó en vilo y lo lanzó al aire como un pelele. El otro dirigió un puñetazo al sargento, pero éste lo esquivó y le propinó tal golpe en la mandíbula que lo dejó inconsciente.

Los tres que quedaron en pie recogieron al caído y se retiraron maldiciendo a los dos españoles, en busca de una «pieza» más fácil. Faria cubrió a la joven con sus propios vestidos, que le habían sido arrancados de cuajo, e intentó consolarla. Al contemplar su rostro se dio cuenta de que era una muchacha de apenas dieciséis años. De nuevo, la imagen de Cayetana violada en el convento de Sevilla le golpeó las

sienes como si le hubieran propinado un martillazo.

Pese a las órdenes que había dado Wellington y a los esfuerzos de algunos oficiales por contener a sus hombres, el saqueo y las violaciones continuaban; unos soldados del 82.º regimiento de la infantería británica, que hasta entonces se habían batido con bravura, se detuvieron de pronto al descubrir una tienda de campaña en cuyo interior se almacenaban varios barriles de coñac, sobre los que se abalanzaron, ávidos de alcohol. Borrachos y deseosos de botín, muchos soldados aliados se estaban comportando como verdaderos bandidos.

Como miembro del Estado Mayor y ante la imposibilidad de detener aquella barahúnda a la que ya se estaban sumando algunos soldados españoles, e incluso los ciudadanos de Vitoria, que salieron de la ciudad para saquear los campamentos franceses mientras a su vez sus casas eran esquilmadas por los soldados aliados, Faria, impotente en medio de aquella orgía de sangre y rapiña, montó en uno de los muchos caballos que trotaban sueltos y sin jinete por el campo de batalla y se dirigió al puesto de mando.

Wellington estaba irritado. Durante años había inculcado a sus hombres la idea de que mantener la disciplina era la única manera de ganar una batalla; no le habían hecho caso ni en el avance hacia Madrid en el verano del año pasado ni luego en la retirada del otoño, y ahora se encontraba con que todas sus instrucciones se habían vuelto a ignorar.

—General, ¿se da cuenta de lo que está ocurriendo? —le preguntó Faria indignado.

—Guarde las formas, coronel, está hablando con un superior.

—No puede consentir lo que está sucediendo ante sus ojos. ¿Qué ocurriría ahora si los franceses se dieran cuenta del caos en el que se ha sumido nuestro ejército y decidieran reagruparse y contraatacar?

—No lo harán; huyen despavoridos hacia Pamplona y hacia la frontera.

A Faria no le faltaba razón. Si en vez de preocuparse tan sólo de huir y ponerse a salvo, José Bonaparte se hubiera percatado de lo que estaban haciendo los soldados aliados y con sus más de cuarenta mil soldados todavía disponibles hubiera dado la vuelta y hubiera lanzado un contraataque organizado, el resultado de la batalla de Vitoria habría sido bien diferente.

—Aplicaremos la disciplina que corresponde... mañana. Hoy es tiempo de victoria.

—¿Victoria?, ¿a esto llama victoria, general? Mire —Faria llevaba de la mano a una niña que había encontrado vagando por el campo de batalla—, y esta jovencita no es la única; hay más niños y más mujeres desamparados. Muchas mujeres están siendo violadas sobre la hierba todavía manchada de sangre de los caídos, tal vez la de sus propios esposos o padres.

»¡Maldita sea, general!, ¿es capaz de castigar con veinte bastonazos a un soldado que deja que se oxide su fusil y no va a detener a quienes se están comportando con tamaña indignidad?

Wellington no respondió; se limitó a mirar a la niña que había rescatado Faria, que lo observaba con unos ojos grandes y asombrados, y a acariciarle los cabellos.

A la mañana siguiente aún continuaban los saqueos, pero a lo largo del día los oficiales lograron hacerse con el control de la situación. Había que recoger y enterrar los cadáveres, habilitar hospitales de campaña para los heridos y recuperar cuanto se pudiera de los tesoros que habían abandonado los franceses.

Buena parte del botín que había reunido José I fue recuperado. Wellington inspeccionó junto con Faria, que actuó como delegado del Gobierno español, lo que se había recuperado a los franceses. El botín era extraordinario: ciento cincuenta y dos cañones, centenares de cajones de artillería, armas de todo tipo, decenas de unidades de material militar, uniformes, alimentos, incluso los equipajes personales del rey José I, libros, planos, centenares de cuadros, ornamentos religiosos, vajillas, cajas llenas de monedas, de joyas, oro y plata por valor de varios millones de francos, documentos... La gloria sólo es para los vencedores. Tras la batalla de Vitoria, Wellington fue ascendido a mariscal de campo por el Gobierno de Londres, y su grandeza y sus hazañas se equipararon con las del almirante Nelson, el vencedor en Trafalgar, hasta entonces el mayor de los héroes británicos.

Capítulo XXVIII

HABÍA cadáveres por todas partes. El Gobierno, ante el peligro de epidemias, ordenó construir cementerios en las afueras de los pueblos y ciudades para enterrar allí a los muertos. La Iglesia se resistió a esa medida; los curas alegaban que los cristianos debían ser enterrados en suelo sagrado, y nada más sagrado que el solar de las iglesias y su entorno. Eso sí, cuanto más dinero se pagaba por el entierro, más cerca de un altar se colocaba al cadáver.

Faria había recibido la orden de enterrar a los caídos en la batalla de Vitoria antes de seguir adelante.

—La Iglesia no quiere que los muertos sean enterrados en los nuevos cementerios; algunos sacerdotes se están negando a santificarlos —dijo Morales.

—Pero no lo hacen por piedad religiosa. Lo que la Iglesia pretende es seguir manteniendo los considerables ingresos que le proporcionan los derechos de sepultura. Si se opone a los nuevos cementerios que ha ordenado el Gobierno, no es por filantropía, sino porque pierde con ello mucho dinero.

—Ayer, un párroco de Vitoria acusó a las autoridades de impiedad; estaba como poseído. Lanzó tales insultos a las autoridades que no sé cómo sigue libre.

—Los clérigos quieren administrar incluso la muerte; es parte de su negocio.

—Pero están luchando contra el francés —alegó Morales.

—Lo hacen porque temen más a una revolución que a cualquier otra cosa. ¿Sabe, sargento, cómo llamó el inquisidor general a la rebelión del 2 de mayo del pueblo de Madrid contra el invasor gabacho? —Morales negó con la cabeza—: «Un escandaloso tumulto del pueblo bajo».

»Afortunadamente, el nuevo Gobierno ha abolido la Inquisición, pero todavía hay muchos, y no sólo clérigos, que se resisten a que esas rancias instituciones desaparezcan para siempre. Es por eso por lo que miles de españoles han huido de Madrid, de Valladolid o de Vitoria y ahora acompañan a José Bonaparte camino de Francia. ¿Cómo consideraría usted a esos “afrancesados”, como patriotas o como traidores? Y sepa que me consta que muchos de ellos aman a España como el que más.

—Yo no soy político, mi coronel; sólo soy un soldado.

—Se lo pregunto como amigo, Isidro. Usted y yo llevamos juntos nueve años, y hemos pasado por situaciones muy difíciles.

—Permítame, señor, que no responda a esa pregunta. Un soldado no debe hacerlo.

—Claro, claro; lo siento, sargento, pero piense bien: ¿qué es un patriota de verdad?, ¿con qué ideas se identifica?, ¿qué desea para su patria?

—Yo me limito a defenderla, mi coronel; no me hago esas preguntas.

A mediados de 1813 la otrora rutilante estrella de Napoleón estaba declinando muy deprisa. Acosado en todos los costados de su Imperio, aplastado por el zar Alejandro en el frente de Rusia y con muchos problemas en España, sus enemigos ganaban posiciones y comenzaban a acorralarlo. El 26 de junio, Metternich, primer ministro de Austria y el más astuto político europeo de ese tiempo, le ofreció la paz a cambio de que cediera a Austria el norte de Italia y de que reconociera la posesión de Polonia por Rusia y parte de Alemania por Prusia. El emperador, pese a que su imperio comenzaba a agrietarse por todos lados, no accedió. Apesadumbrado por las derrotas en España, Napoleón destituyó a su hermano José del mando militar, que entregó al mariscal Soult.

La derrota de Vitoria supuso el repliegue del ejército francés en todos los frentes que continuaban abiertos en España. Permanentemente acosados por las partidas de Espoz y Mina, El Empecinado y de otros cabecillas guerrilleros, los franceses abandonaron Valencia y Zaragoza, de donde se llevaron el tesoro de la basílica del Pilar y cuanto pudieron de otras iglesias y monasterios. En las ciudades que los franceses dejaban atrás se llevaron a cabo algunas persecuciones y asesinatos de los españoles que habían colaborado con los ocupantes. En no pocos casos se disfrazaron de patriotismo meras acciones de venganza personal. No obstante, en los territorios recuperados por el Gobierno español se fueron restituyendo poco a poco la autoridad y el orden.

José I, derrotado y humillado, salió de España; había dejado de ser el rey de un trono del que nunca llegó a sentirse legítimo ocupante. Durante su reinado había intentado ganarse la confianza del pueblo español, y a punto estuvo de lograrlo en alguna ocasión, pero acabó frustrado y derrotado. Nunca pudo entender por qué los españoles preferían a un tipo de la calaña de Fernando VII antes que a un gobernante sensato como él, al que le achacaron defectos que nunca tuvo, como ser borracho, cuando no bebía ni una gota de vino.

Tras el triunfo en Vitoria, y pese al indigno proceder de sus tropas tras la batalla, Wellington, que continuaba airado por el comportamiento de sus hombres, o al menos decía estarlo, decidió que era el momento de dar el golpe de gracia a los franceses en España, y ordenó avanzar hacia Pamplona y San Sebastián. Marqués, mariscal de campo, jefe supremo de los ejércitos británicos en la Península y del español, había reunido tantos honores que podía aspirar a cualquier cosa; nadie le discutiría su autoridad.

Los objetivos inmediatos eran las ciudades de San Sebastián y de Pamplona, donde los franceses habían colocado su nueva línea de defensa, con la esperanza de que el emperador acudiera, ahora sí, en su ayuda, porque a pesar de lo que había

ocurrido en la campaña de Rusia, eran muchos todavía los soldados franceses que seguían confiando en que Napoleón sería capaz de conducirlos otra vez al triunfo.

Pese a la victoria, el ejército aliado estaba debilitado. Tras la batalla de Vitoria se ordenó hacer un recuento batallón a batallón, y al sumar todos los efectivos faltaron doce mil hombres. No todos estaban muertos, había también desertores que habían huido con los bolsillos y las mochilas cargados de monedas de oro y de plata. Además, otros muchos estaban enfermos. Los inicios del verano de 1813 habían sido muy húmedos. Desde la batalla de Vitoria no había cesado de llover en el norte de España, y la enfermedad y la fiebre se habían cebado con los soldados, que pese a estar en pleno verano se seguían cubriendo con sus capotes verdes.

Como los franceses se habían fortificado en Pamplona y en San Sebastián y Wellington no disponía de fuerzas para rendir ambas ciudades a la vez, optó por sitiar primero San Sebastián, que estaba defendida por unos pocos miles de soldados franceses al mando del general Emmanuel Rey, un veterano militar de modales groseros que no decía tres palabras seguidas sin introducir entre ellas un taco, una blasfemia o una maldición.

Los franceses estaban bien asentados y habían construido posiciones artilleras avanzadas, y además mantenían la moral firme e incluso la esperanza de que Napoleón acudiría en persona a auxiliarlos.

Tras un potente e intenso bombardeo, los aliados se lanzaron al asalto de los muros de San Sebastián, aprovechando que su artillería había logrado abrir una brecha en la muralla; fue un ataque precipitado y fracasó.

Cuando Wellington recibió la noticia de que San Sebastián había resistido el primer envite, enfureció, y todavía más cuando casi de inmediato le informaron de que el mariscal Soult, ahora comandante en jefe del ejército francés en España tras la destitución de José Bonaparte, había regresado a la Península con las tropas de refresco traídas desde Bayona, con las que había logrado reagrupar de los abundantes restos de los franceses derrotados en Vitoria.

En ese momento, los componentes del Estado Mayor aliado comían en torno a una amplia mesa en la que Francisco de Faria ocupaba uno de los extremos.

—Señores —dijo Wellington—, en Vitoria cometimos un error imperdonable. Vencimos en la batalla pero permitimos que numerosos efectivos enemigos huyeran. Tuvimos al alcance de la mano la oportunidad de dar un golpe decisivo y de atrapar al hermano de Napoleón, a un mariscal de campo y a varios generales, y dejamos escapar esa oportunidad. Tengo encima de mi mesa informes en los que se asegura que el comportamiento de nuestras tropas no fue el que se exige de un soldado. Espero que hayamos aprendido la lección y que hechos como los de Vitoria no vuelvan a ocurrir.

El marqués miró a Faria, que aprobó con un ostensible gesto aquellas palabras.

—Soult puede lanzar una ofensiva contra nosotros, pues dispone de setenta, tal vez incluso de ochenta mil hombres —intervino un general inglés—, pero está condenado al fracaso. Tenemos tropas ubicadas ya en los principales pasos de los Pirineos, los guerrilleros españoles no cesan de acosar a los franceses en toda la región de Navarra y en el norte de Aragón y, lo más importante, sus líneas de suministros son muy débiles y su moral frágil. Esta ofensiva es un farol.

—Pese a ello, general, yo mismo iré al encuentro de Soult —asentó Wellington.

Y así fue. Las tropas de Soult fueron detenidas cerca de Pamplona. Acuciados por la escasez de alimentos, sólo se habían proporcionado a los soldados franceses raciones para cuatro días, la gran contraofensiva diseñada por Soult fue un fiasco; los franceses, carentes de suministros, fueron derrotados.

El cambio de situación de la guerra envalentonó al Gobierno español en Cádiz. El nuevo ministro de la Guerra realizó varios nombramientos, entre ellos el relevo del general Castaños al frente del Cuarto Ejército, y lo hizo sin contar con Wellington, que según lo acordado en Cádiz en el invierno pasado no sólo era el general en jefe del ejército español, sino que todos los nombramientos y reformas debían pasar por su conocimiento y su aprobación.

—Las autoridades de Cádiz han incumplido su palabra —le dijo Wellington a Faria, a quien había convocado para mostrarle su malestar—. Prometieron que cualquier nombramiento tenía que serme consultado, y saben que requiere mi aprobación; en este caso, no lo han hecho.

—El Gobierno está obligado a cumplir la Constitución, mi general —alegó Faria.

—En estos momentos, nuestra única obligación es ganar esta guerra. Y si quiere saber mi opinión sobre esa constitución, me parece que es una insensatez. Ha sido escrita en una situación emocional y política extraordinaria por media docena de iluminados que pretenden aplicar criterios republicanos a un país que no los admite.

—No tiene usted derecho a criticar nuestras leyes, general.

—Claro que lo tengo, sobre todo si esas leyes son un impedimento para ganar esta guerra. Mis soldados están muriendo a miles para que Napoleón no se engulla de un bocado esta tierra, y, entre tanto, sus políticos se pavonean ufanos de haber aprobado unas leyes que, según ellos, podrían aplicarse con éxito en el mismísimo Paraíso.

—La Constitución garantiza derechos...

—Derechos, derechos..., con los derechos no se ganan las guerras. ¿Ha visto a los alaveses, o a los vizcaínos...? ¿Cree usted que estas gentes desean que lleguen a estas tierras esos pretendidos derechos? Aquí no peleamos por derechos, sino por la victoria; eso es lo único que importa, coronel.

—La Constitución ha conseguido que por primera vez los españoles nos consideremos miembros de una nación unida y digna.

—Se equivoca, Faria, se equivoca; eso lo ha conseguido la guerra. Su nueva

conciencia de nación se la deben a Bonaparte, no a la Constitución de Cádiz.

* * *

A finales de agosto, derrotado Soult en las estribaciones de los Pirineos occidentales y cortadas las líneas francesas de suministros, Wellington se dirigió a San Sebastián, donde la guarnición francesa resistía tras un mes de asedio.

Allí estaba Faria, con su diezmado pero todavía operativo regimiento de fusileros voluntarios de Andalucía. Varios de sus miembros, incluidos Faria y Morales, habían sido condecorados por su acción en los altos de la Puebla durante la batalla de Vitoria.

En el Estado Mayor se acababa de recibir la noticia de que el 12 de agosto Austria había declarado de nuevo la guerra a Napoleón, a quien el astuto Metternich había acusado de ser un hombre ambicioso, como si toda Europa no lo supiera ya.

Lo que no sabían los soldados franceses que se estaban dejando la vida en España por la gloria de su emperador, era que Napoleón había atesorado en los sótanos del palacio de las Tullerías en París una fortuna de setenta y cinco millones de francos, que guardaba en monedas de oro y de plata en centenares de barrilitos de madera.

San Sebastián fue tomada al asalto el 31 de agosto. Un regimiento de portugueses cruzó el río Urumea, con grandes pérdidas, y propició el éxito del asalto a través de una brecha abierta en las murallas.

Se temía que en San Sebastián ocurriera lo mismo que en Vitoria, y Faria aleccionó a sus hombres para que no cometieran tropelías de ese tenor y para que las impidieran en lo posible. Pero mientras se producía el asalto a San Sebastián, Wellington, enterado de que Soult intentaba socorrer a la plaza, envió a los españoles, incluido el regimiento de Faria, a detenerlo en el Bidasoa, en el alto de San Marcial. Las tropas que participaron en esa batalla estaban integradas únicamente por españoles, que lograron vencer a los franceses, esta vez sin ayuda británica.

Tras la victoria en San Marcial, Faria regresó a toda prisa a San Sebastián. Se temía lo peor. Pese a que Wellington le había dado garantías de que se respetarían los bienes y propiedades de los donostiarros, los soldados aliados se comportaron con la ciudad como conquistadores y no como libertadores.

Cuando llegó al alto de Miraflores, Faria contempló el incendio de San Sebastián. La ciudad estaba siendo destruida por los aliados. Eran las cuatro de la tarde y los soldados británicos y portugueses se habían lanzado al saqueo y destrucción de la ciudad recién conquistada.

El coronel de la guardia de corps y su ayudante, el sargento Morales, entraron en San Sebastián por la brecha abierta en las murallas y lo que presenciaron fue un verdadero catálogo de horrores. Todos los delitos, todas las afrentas, todas las

miserias de años de guerra se desataron en la capital de Guipúzcoa. Las calles estaban llenas de cadáveres degollados, las iglesias profanadas y los sacerdotes asesinados, algunos sobre los propios altares de las capillas, las tiendas saqueadas y las mujeres violadas. Las platerías habían sido desvalijadas y las afamadas chocolaterías ardían sin remedio. Algunos niños vagaban entre el humo de los incendios, perdidos en la ciudad, sin referencias.

Faria y Morales, sable en mano, corrían por las calles aunque sin saber a qué atender, intentando evitar las atrocidades. Centenares de soldados, como bestias feroces sin conciencia, se asomaban a las ventanas y arrojaban a la calle muebles, ropas y colchones, que otros apilaban para formar piras a las que prendían fuego. En muchas casas se oían los angustiosos gritos de mujeres que imploraban auxilio mientras eran violadas.

En casa Izamendi, en cuyos bajos había una afamada chocolatería, su propietario, que se había resistido al expolio, había sido colgado por el cuello del cartel que anunciaba el nombre del establecimiento.

Sólo una mujer pequeña, de ojos vivarachos, de pelo blanco y corto, hacía frente a varios soldados franceses con la única ayuda de una pala de obrador de panadero.

Una de las casas de una esquina de la calle Mayor ardía como una tea embreada, y el incendio comenzaba a extenderse por las casas vecinas. A media tarde, el fuego había alcanzado los primeros edificios de la calle de la Escotilla y seguía progresando sin que nadie se preocupara de apagar las llamas. Durante toda la noche, la ciudad continuó ardiendo y al día siguiente el incendio alcanzó las calles del Puyuelo y la plaza Nueva, y un lado de la calle de la Trinidad.

Con ayuda de algunos hombres y varios soldados españoles que llegaron a San Sebastián desde Irún, Faria logró organizar una especie de cuerpo de bomberos que consiguió apagar algunos incendios y evitar que el fuego se extendiera a la otra acera de la calle de la Trinidad.

Mediada la tarde del 2 de septiembre, los incendios comenzaron a remitir. Faria estaba agotado; apenas había dormido en dos días, le dolía la cabeza, sentía vómitos y sus manos estaban casi en carne viva. El sargento Morales, pese a su enorme fortaleza física, no se encontraba mucho mejor.

Tras dos días de destrucción, se impuso la calma. Unas seiscientas casas habían sido destruidas y más de ciento sesenta comercios habían ardido. Centenares de hombres y de mujeres habían sido asesinados y torturados por los aliados, y las violaciones también se contaban por centenares.

Desesperado y ciego de ira, Faria entró en el despacho de Wellington como un ciclón; tras sortear a los guardias de la puerta, se lanzó sobre el marqués.

—¡Maldito carnicero! —le espetó a la vez que lo derribó de un empujón antes de que la guardia pudiera detenerlo.

—¿Se ha vuelto loco, coronel? Lo que acaba de hacer es un acto de alta traición.

Wellington se incorporó estirándose la casaca; Faria ya había sido reducido por cuatro miembros de la guardia del marqués.

—Aquí, la única traición es la que usted ha consentido, maldito canalla. Sus soldados han quemado esta ciudad a propósito, han matado a sus hombres y han violado a sus mujeres. No tiene usted palabra.

—Conténgase, coronel. Ya ha colmado sobradamente mi paciencia.

»Pónganle a este hombre unos grilletes, arrójenlo a un calabozo y manténgalo bien vigilado mientras se prepara el consejo de guerra.

—¡Bastardo! —volvió a gritar Faria antes de que un culatazo de fusil en la boca del estómago lo dejara sin habla.

Luego sintió un golpe seco y contundente en la cabeza, y todo se tornó negro de repente.

Capítulo XXIX

EL aire era húmedo y lúgubre. Cuando despertó, le dolía la cabeza y la boca del estómago. No había ninguna luz en aquella estancia, sólo una ligera línea de claridad indicaba la parte inferior de lo que pudiera ser una puerta. Se incorporó tanteando con las manos por el suelo y buscando a los lados una pared o algún objeto al que poder asirse. Poco a poco sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad y, gracias al ligerísimo resplandor que entraba por debajo de la puerta, pudo darse cuenta de que se encontraba encerrado en una celda de apenas cuatro pasos de lado, en la que no había ningún mueble, sólo lo que parecía un catre con un saco de paja arrimado a una de las paredes.

Respiró hondo, y un nauseabundo olor a orines y heces le estalló en la nariz provocándole un amago de vómito. Se acercó a la puerta e intentó escuchar los sonidos que procedían del otro lado. Sonaban algunos lamentos, voces que pronunciaban frases incongruentes y maldiciones de los guardias mandando callar a los reclusos.

Era evidente que se encontraba en una prisión o en algún edificio habilitado para esa función, y suponía que todavía estaba en la ciudad de San Sebastián o en sus proximidades. Lo último que recordaba era la amenaza de Wellington de llevarlo ante un consejo de guerra.

Pasó un tiempo que no supo calcular, y contempló cómo la delgada línea de claridad bajo la puerta fue disminuyendo de intensidad hasta desaparecer. Imaginó entonces que había pasado allí todo un día y que acababa de caer la noche en el exterior. Intentó dormir un poco sobre el catre, acostado en el saco de paja pringoso, húmedo y maloliente, y sintió algunos picores en los tobillos, en el cuello y en la cabeza. Eran parásitos, claro; pulgas, chinches, piojos, que le estaban chupando la sangre y el orgullo.

Apenas pegó ojo en lo que creyó que era la noche, una noche larga y densa, en la que los lamentos de los que pudieran ser compañeros de prisión traspasaban las puertas de madera maciza y se colaban en sus oídos hasta convertirse en una letanía de suciedad y miseria.

Había perdido la noción del tiempo cuando la puerta se abrió y un resplandor de luz lo cegó por completo.

—Levántese, coronel, vamos —le ordenó una voz agria y severa.

Con los ojos entrecerrados y con las manos cubriéndose la cara y los ojos, Faria pudo vislumbrar a tres figuras recortadas en el umbral de la celda.

—¡Qué peste! —exclamó uno de ellos.

—Salga, coronel.

Dando tumbos y con pasos inseguros, Faria se dirigió hacia la claridad, apretando

los párpados con fuerza para evitar que la luz le dañara las pupilas.

—Ahí tiene agua para asearse, coronel, y un plato de comida.

No tardó mucho tiempo en habituarse de nuevo a la luz. Se lavó la cara, los brazos, el cuello y las axilas en una palangana y a continuación se sentó a comer el plato caliente que le ofrecían.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —preguntó a sus carceleros.

—Tres días enteros, coronel.

—¿Sólo?; me ha parecido un mes.

—Puede marcharse.

—¿Ya?

—Sí, ha llegado la orden de su excarcelación.

—Déjeme verla.

El carcelero le mostró un papel en el que un coronel del cuartel general aliado le comunicaba la libertad.

—Me amenazó con un consejo de guerra y sólo setenta y dos horas después me deja libre. No lo entiendo —comentó Faria en voz alta ante la indiferencia de los guardias.

—Tiene que incorporarse a su regimiento enseguida, señor.

—No tengo la menor idea de dónde puede estar ahora mi regimiento.

—Ahí afuera hay un sargento esperándolo; dice que es su ayudante, tal vez él sí lo sepa.

Faria salió del edificio carcelario, que no era sino un viejo convento, y vio a Isidro Morales, que aguardaba paciente la salida de su coronel.

—¡Sargento!, no sabe cuánto me alegro de verlo.

—Y yo de verlo a usted, mi coronel. Si me lo permite, señor, no debió golpear a Wellington.

—No lo golpeé, me limité a darle un empujón.

—Pues en el regimiento todos celebran que lo derribara de un puñetazo. Se lo merecía, ese cabrón.

—¡Sargento!, no olvide que está hablando a un superior de un superior. Pero sí, se lo merecía —sonrió—. Y si algo lamento es no haber podido darle un buen golpe. ¿Sabe si hay cargos contra mí?

—No lo sé, coronel. Es del general de nuestra división de quien depende ahora su custodia. Yo tengo que acompañarlo al regimiento.

—¿Adónde nos han destacado?

—A Fuenterrabía; tenemos que defender el paso fronterizo del Bidasoa y evitar la llegada de nuevos refuerzos franceses a España, aunque me parece que eso no va a ocurrir. Esos dos caballos son los nuestros. Imagino que estará en condiciones de cabalgar.

—Bueno, en tres días sólo he comido un plato de garbanzos y recibí un culatazo que casi me rompe las costillas, pero sí, creo que podré hacerlo.

* * *

—A sus órdenes, mi general —Faria se cuadró y saludó al general español jefe de su división.

—Descanse, coronel.

—Gracias, señor.

—Imagino que es consciente de lo que ha hecho.

—Sí, señor.

—Se trata de un acto muy grave; ha atacado al comandante en jefe del ejército español y lo ha hecho en tiempo de guerra. Se enfrenta usted a una posible acusación de rebelión y alta traición, y por tanto a la pena de muerte.

—Lo sé, mi general, pero no pude evitarlo. Wellington nos engañó; no tenía la menor intención de hacer que sus hombres respetaran a la población civil de San Sebastián. Ya ocurrió en Extremadura y en Vitoria, y ha vuelto a suceder en San Sebastián. El marqués no se comporta como el capitán general del ejército español sino como un saqueador extranjero. Y no sólo permite que sus hombres roben, extorsionen y violen, sino que además propicia la destrucción de las instalaciones productivas, de los molinos, de los telares, de las fábricas de cerámica, de las de paños...

—He enviado un informe al Gobierno para que medie en su caso, pero me temo que no se podrá impedir la celebración del consejo de guerra. Ahora bien, espero que una vez dictada sentencia por alta traición, si es condenado a muerte y dada su condición nobiliaria, le sea conmutada por cadena perpetua, y que en tres o cuatro años, si todo va bien, quede usted libre, tal vez cuando acabe la guerra, con algún decreto de amnistía general. En cualquier caso, puede usted irse olvidando del ascenso al generalato.

—No soy un traidor, mi general.

—Lo sé, Faria, lo sé. Yo también estoy indignado por el comportamiento de algunos de nuestros aliados, pero la guerra tiene estas cosas, y son inevitables.

—Debería haber visto a esas mujeres de San Sebastián siendo violadas en sus propias casas, ante los ojos atónitos de sus maridos e hijos, y luego cómo las degollaban y prendían fuego a sus casas y a sus tiendas, robadas y saqueadas.

—La guerra es una sucesión de actos crueles.

—Yo no he combatido para esto, señor.

—¿Da su permiso, mi general? —un oficial entró en el despacho con una carpeta llena de papeles bajo el brazo.

—Adelante, capitán.

—Señor, aquí están las copias de los memoriales de agravios que han redactado las Juntas municipales; mañana serán entregadas al marqués de Wellington.

—¿De qué se trata? —preguntó Faria.

—En los últimos dos días, varios concejos de Guipúzcoa y de Álava han celebrado Juntas municipales para denunciar las tropelías cometidas por las tropas británicas y portuguesas tras la batalla de Vitoria y la conquista de San Sebastián, y han decidido presentarlas en forma de memorial de agravios ante Wellington —dijo el general.

—Yo tenía razón, señor.

—Estos memoriales pueden salvarle, Faria, pero tenga cuidado porque Wellington no olvida ni perdona fácilmente. Por el momento, se incorporará de nuevo al mando de su regimiento.

—¿No estoy procesado?

—Yo al menos no tengo noticias de ello, ni he recibido ninguna comunicación oficial al respecto. Lo único que se me ha ordenado es que tramite su incorporación al regimiento y que le sean cancelados todos los permisos.

—No he solicitado ninguno, mi general.

—Pues no lo haga porque no le será concedido.

Las Juntas municipales enviaron a Wellington varios memoriales de agravios aprobados en reuniones de los concejos municipales, celebradas los días 8 y 9 de septiembre. Decenas de expedientes en los que se denunciaban los robos, saqueos, violaciones y extorsiones llevados a cabo por los hombres al mando de Wellington llegaron a la mesa del marqués. En algunos de ellos se amenazaba con denunciarlo por traición y colaboración al robo, la violación y el asesinato.

Wellington se puso nervioso. Hasta entonces, y desde que consiguiera el mando del ejército español a finales del año anterior, se había sentido seguro, y cubiertos todos sus actos por su poder y su autoridad suprema, pero aquel aluvión de quejas y de denuncias de los municipios contenía gravísimas acusaciones contra los soldados aliados, y por tanto directamente contra el general que los mandaba.

En cuanto Faria pudo leer el contenido de algunos de aquellos memoriales, y como quiera que tenía algunas nociones de derecho que había estudiado en Salamanca y lo que había leído y oído durante su estancia en Cádiz en el período de discusión y de aprobación de la Constitución, se dio cuenta de que en ellos tenía un seguro de vida. Si acusaba a Wellington de alta traición, de extorsión y de asesinato, tendría una excusa para justificar la agresión que había cometido.

El 14 de septiembre se clausuraron al fin las Cortes de Cádiz. En la última sesión se reunieron doscientos veintitrés diputados, de los cuales casi cuarenta eran militares, más de medio centenar abogados, otros tantos funcionarios y sólo ocho

eran nobles. Pero casi cien eran clérigos; la Iglesia había tenido demasiado peso en las deliberaciones.

* * *

—No habrá consejo de guerra. ¿Cómo ha conseguido que Wellington retire los cargos contra usted? —preguntó el general de su división a Faria.

—Le envié una carta en la cual le proponía un acuerdo entre caballeros. Si retiraba sus acusaciones contra mí, yo no denunciaría ante las Cortes españolas las tropelías cometidas por sus soldados en Vitoria y San Sebastián.

—Y por lo que veo, el marqués ha accedido.

—Sí; es lo que yo esperaba.

—Aunque, coronel, eso suena a chantaje por su parte.

—Digamos que utilicé las bazas que tenía en mi mano.

—No obstante, usted estaba muy indignado, ¿ya se le ha pasado el cabreo?

—Por supuesto que no, pero me hicieron comprender que sería mucho más útil si permanecía en libertad que encerrado en una prisión en los próximos cuatro o cinco años.

—No confíe en que todo ha acabado; Wellington es un tipo de cuidado.

—Lo sé. Lo conozco desde hace algún tiempo y no tengo duda de que todo cuanto hace va en su beneficio. Es el hombre más ambicioso que conozco.

—¿Más que Napoleón? —le preguntó el general.

—A Bonaparte no lo conozco, pero en una competición de ambiciones entre esos dos, no habría un claro vencedor.

—De momento, Wellington va ganando la partida, y creo que quiere dar pronto jaque mate.

—¿Y eso?

—Lo he llamado porque acaba de llegar una orden del cuartel general del marqués; en tres días, el 7 de octubre, cruzaremos el Bidasoa.

—¿Vamos a invadir Francia? —preguntó Faria.

—Ésas son las órdenes; y además su regimiento de voluntarios de Andalucía será el primero en entrar en los dominios de Napoleón.

—¿Se trata de un privilegio o de un castigo?

—Eso dependerá de usted, coronel.

—¿Cuál será nuestra misión?

—Fijar a los franceses en sus fronteras del sur. Los agentes secretos británicos destacados en París han informado que Napoleón está dispuesto a lanzar una ofensiva sobre Berlín, pero el ejército francés del norte tiene disponibles unos ciento cincuenta mil hombres frente a los aliados austríacos, rusos y prusianos, que le pueden oponer

más de doscientos cincuenta mil. En esas condiciones, Napoleón necesita las tropas de Soult para poder afrontar esa campaña con garantías de éxito, y nuestra misión es impedir que acudan al lado de su emperador. De manera que atacaremos el sur de Francia y los mantendremos pendientes de nosotros.

Como estaba previsto, Wellington ordenó a sus generales que cruzaran el Bidasoa el día 7 de septiembre. Al atravesar el río fronterizo entre Francia y España, Francisco de Faria recordó aquel día de principios de mayo de 1808 en el que, tras asistir en Bayona a la vergonzosa claudicación de Carlos IV y de Fernando VII ante Napoleón, se enteró de que un puñado de vecinos de Madrid se había lanzado a la calle para enfrentarse en un combate desigual con las tropas francesas desplegadas en la capital de España, dando comienzo a la guerra que parecía abocada a su final con un resultado bien distinto al que en aquellos días de 1808 se auguraba.

Al cruzar el río, recordó la figura de Cayetana despidiéndose con el brazo en alto desde el lado francés, y sintió un escalofrío y de nuevo unos deseos de venganza infinitos.

Para vencer a Napoleón, Wellington era necesario. Toda Europa, alentada por Metternich, se había aliado contra Francia; en ese mismo mes de septiembre, Austria, Prusia y Rusia se habían conjurado para combatir juntos hasta lograr derrotar definitivamente a Francia y deponer a Napoleón, a quien consideraban la gran amenaza para sus intereses. Napoleón no pudo recibir los refuerzos del sur, ocupados en intentar contener la invasión desde España. La coalición, con ayuda de un contingente de soldados suecos, derrotó en la batalla de Leipzig, en la que durante tres días tronaron dos mil cañones, a Bonaparte; era su primera derrota como general, y se vio obligado a ceder Iliria a los austríacos y la región oriental de Polonia a los rusos. El frente de guerra se desplazaba cada vez más hacia las fronteras orientales de Francia. La estrella del emperador declinaba irremediablemente.

Vencido y humillado tras la derrota en Leipzig, Napoleón se retiró a Francia. A fines de octubre de 1813 todas las conquistas realizadas por el emperador entre 1804 y 1812 se habían perdido. Los límites de Francia volvían a ser los mismos que tenía el país al comienzo de la Revolución en 1789. Los intentos de Napoleón por implantar las ideas revolucionarias en toda Europa, que tantas vidas habían costado, no habían servido para nada.

Media Europa estaba devastada, millones de personas, tal vez más que en ninguna otra guerra de la historia de la humanidad, habían muerto, otros muchos habían quedado mutilados y decenas de miles de millones de francos se habían perdido durante las acciones de guerra, en las batallas y en las destrucciones y saqueos.

Por el contrario, unos pocos habían conseguido amasar inmensas fortunas; algunos comerciantes ingleses, banqueros, especuladores, armadores, contratistas y fabricantes de armas y de paños habían logrado ganar sumas ingentes de dinero a

costa del sufrimiento y la muerte de muchos.

Al penetrar en Francia, las tropas aliadas sintieron la necesidad de la revancha, sobre todo los soldados españoles. Faria había aleccionado a los hombres de su regimiento para que respetaran a la población civil de los pueblos y aldeas francesas, pero al observar los ojos ávidos de venganza de sus soldados intuyó que esa tarea iba a ser harto complicada.

—El Imperio francés se está derrumbando —le dijo a Faria el general de su división.

—Eso parece, señor. Hemos avanzado muchas millas en el interior de Francia y no nos hemos enfrentado con ningún ejército organizado.

—Todavía quedan tropas francesas en España. Wellington está cercando Pamplona, en cuya ciudadela se han hecho fuertes los franceses, y me acaban de comunicar que Soult ha ordenado a todas las tropas francesas en Navarra replegarse hacia la frontera. Y tras la derrota de Leipzig, en el frente de Alemania, Napoleón no ha podido resistir el avance de los aliados y se ha retirado hacia Francia. Esta guerra está a punto de terminar.

—¿Hasta dónde debemos continuar avanzando? —preguntó Faria.

—Hasta que salgan a nuestro encuentro los franceses. Creo que Wellington quiere derrotarlos en su propia tierra; será su manera de decirle a Napoleón que está definitivamente vencido.

En ese momento, un correo trajo la noticia de que Wellington acababa de liberar Pamplona y se dirigía directo hacia el frente aliado en Francia.

—Imagino que lo que pretende es tomar el mando personalmente —dijo Faria—. Siempre apunta en su haber el triunfo, aunque no sea suyo.

—Es el capitán general. Además, el mariscal Soult se ha hecho fuerte en Bayona, donde se han construido poderosas defensas y almacenado víveres y municiones en abundancia, no en vano ha sido el principal centro de distribución de suministros a las tropas francesas destacadas en la Península en los últimos años.

—Entonces ¿debemos esperar a que llegue Wellington antes de atacar Bayona?

—Usted no, coronel, tengo órdenes de que regrese a España. Debe dirigirse de inmediato a San Sebastián y aguardar allí a que le comuniquen su nuevo destino.

—¿Es una broma, general?

—Claro que no; son órdenes expresas y directas del propio mariscal Wellington. Saldrá hoy mismo, y lo hará sin su ayudante. El sargento Morales se quedará aquí con su regimiento.

—Soy coronel, tengo derecho a un ayudante.

—No se preocupe; en San Sebastián tendrá otro hasta que regrese Morales.

Faria acató las órdenes, ensilló su caballo y regresó solo a San Sebastián. Durante el camino de vuelta pensó que Wellington quería alejarlo de la victoria; se

equivocaba.

Capítulo XXX

EL oleaje del temporal otoñal golpeaba los acantilados de la costa del monte Urgull. Faria, cubierto con su capote de campaña, miraba el mar embravecido. Había pasado toda la mañana al frente de una compañía de zapadores, participando en el desescombrado de los centenares de casas destruidas por los aliados tras la «liberación» de la capital de Guipúzcoa. Había comido solo en una de las varias fondas que comenzaban a abrirse de nuevo junto al puerto de pescadores, y, antes de volver a la tarea, decidió dar un paseo hasta los rompientes.

Hacía ya varios días que Wellington había ordenado dar por acabada la incursión en territorio francés; esa misma mañana había llegado a San Sebastián la noticia de que las tropas expedicionarias a Francia regresaban a España.

Los primeros contingentes españoles entraron a San Sebastián casi al final de la tarde, poco antes de que la falta de luz natural obligara a abandonar las tareas de limpieza de los escombros de las casas quemadas; con ellos venía el sargento Morales, que enseguida se presentó a su coronel.

—¿Qué tal la campaña, Isidro? —le preguntó.

—Bien mi coronel, pero muy extraña. Wellington llegó, se puso al frente del ejército y, cuando todos creíamos que iba a ordenar asaltar Bayona, o quién sabe si seguir avanzando hasta Burdeos o incluso hasta el mismo París, ordenó detener la ofensiva y regresar a España.

—Sí, es extraño. Soult estaba en desventaja y sus tropas muy desmoralizadas.

—No sé por qué ha decidido abortar la ofensiva, señor. Faria miró a los ojos del sargento y le parecieron sombríos.

—¿Le ocurre algo, Isidro?

—No, mi coronel, nada, nada.

—Vamos, amigo, nos conocemos desde hace demasiado tiempo; algo le pasa, esa mirada perdida, sus silencios, su expresión como ausente, ese rictus amargo...

—No me pasa nada, señor, nada, se lo aseguro.

—De acuerdo. Si me lo acepta, le invito a cenar. Conozco una fonda junto al puerto donde cocinan un magnífico guiso de pescado. ¿Acepta?

—Claro, señor, muy agradecido.

Durante la cena, mientras saboreaban una sopa de pescado y un guiso de patatas con abadejo, almejas y rape, escucharon la conversación de varios oficiales españoles que comían en la mesa de al lado.

—Les dimos bien a esas francesitas —dijo uno.

—Ya era hora de que probaran la verga de un soldado español —comentó ufano otro.

—¿Os acordáis de aquella morenita, la de las tetas grandes y blancas como la

leche? ¡Ah, cómo gritaba la muy puta cuando la penetré por detrás! Se movía como una gata furiosa hasta que la sujeté por las tetas y la estampé contra el suelo. Y luego, ese culito respingón, todo mío...

El soldado que hablaba se palpó los genitales en un gesto obsceno y desagradable.

—Se lo debíamos, después de lo que hicieron en Vitoria, se lo merecían, esa putas francesas.

Tras escuchar aquellas palabras, Faria miró a Morales.

—¿Qué ha ocurrido en Francia, sargento? —le preguntó.

—Nada, señor, nada.

—No me mienta, Isidro; estos oficiales —el coronel señaló a los hombres de la mesa de al lado que reían a la vez que bebían vino de unas jarras de barro— vienen de Francia, han estado en esa campaña. ¿Qué ha ocurrido?

—Fueron nuestros hombres, señor. Cuando Wellington dio la orden de regresar a España sin un sustancioso botín, muchos protestaron. Estaban convencidos de que iban a conseguir mucho dinero, y se frustraron sus expectativas; y entonces...

—Entonces... ¿qué?

—Se alteraron mucho, señor. Protestaron, lamentaron su mala suerte, dijeron que no estaban allí para volver con las manos vacías, y en el viaje de regreso a España arrasaron con cuanto se encontraron en el camino.

—Violaron y robaron; hicieron eso, ¿verdad?

—Sí, mi coronel. Se comportaron como animales, como los ingleses y los portugueses en Vitoria y aquí mismo, en San Sebastián.

—¿Nadie hizo nada por detenerlos?

—No, nadie.

—¿Usted tampoco, Isidro?

—Intenté evitar la violación de dos mujeres en unas casas en San Juan de Luz, pero los soldados me apuntaron con un pistolete a la cabeza y me amenazaron con disparar si no les dejaba «acabar la faena», como dijeron. Lo siento, señor, no pude evitarlo; eran cientos de hombres ansiosos de venganza. Usted lo ha visto, en esas circunstancias actúan como una jauría de fieras y no respetan a nada ni a nadie.

Faria se incorporó y se acercó a la mesa de los oficiales.

—He escuchado su conversación; son ustedes una basura —les espetó.

—¿Y tú quién eres, mamarracho?

Faria se quitó el capote y quedaron a la vista sus entorchados de coronel de la guardia de corps.

Los cinco oficiales que se sentaban a la mesa se levantaron enseguida y saludaron a su superior.

—Lo siento, señor, yo no sabía...

—Me dan ustedes vergüenza.

—Si se refiere a lo de las francesas, mi coronel, no se preocupe, son todas unas putas, seguro que les gustó.

—Debería estrangularlo aquí mismo con mis propias manos, capitán —le dijo al oficial que acababa de hablar—, aunque me temo que me las mancharía para siempre.

—Perdone, señor —intervino otro—, pero se lo debíamos a los gabachos por lo que hicieron en Vitoria y aquí mismo.

—Nosotros debemos ser mejores que ellos —dijo Faria.

—En Sevilla asesinaron a mis padres, violaron a mi hermana y degollaron a mis sobrinos y a mi cuñado. ¿Sabe, coronel?, esos franceses, los hermanos y los hijos de esas putas, degollaron a mi cuñado mientras violaban ante sus propios ojos y ante los de sus hijos a su esposa, a mi hermana; le cortaron los cojones y se los metieron en la boca. Hace meses que no tenía en la cabeza otra idea que la venganza. Bien, ya la he cumplido; ahora estamos en paz, al fin he cobrado mi deuda.

—No, capitán, no, no ha cobrado su deuda, ha ensuciado su memoria, no ha hecho otra cosa que llenar de mierda el recuerdo de los suyos.

—Coronel, esos galones no le dan derecho...

—Malditos cabrones, ¿no se dan cuenta de que si seguimos así esto no acabará nunca, nunca? ¿Qué ocurrirá la próxima vez? ¿Qué pensarán los hijos y los hermanos de las mujeres que ustedes han violado en Francia? Alimañas, hatajo de alimañas...

—Vámonos, coronel, vámonos.

Morales se llevó a Faria y los cinco oficiales volvieron a beber y a comer como si no hubiera ocurrido nada.

* * *

—Ésa era «la mano que se disponía a liberar al mundo» —comentó Faria mientras se retiraba hacia su acuartelamiento acompañado del sargento Morales.

—Perdone, señor, pero no entiendo...

—Es una de las frases grandilocuentes que se atribuyen a Napoleón. Se presentó como el salvador de los pueblos y de las naciones oprimidas de Europa, como el valedor de la libertad y la fraternidad, un nuevo redentor capaz de otorgar a los europeos unos nuevos valores, más dignidad, más justicia. Y ya ve, lo que ha hecho es convertir este continente en un campo de batalla, de muerte y de indignidad, desde Cádiz hasta Moscú. ¿Quién sabe cuántos hombres habrán muerto, cuántas haciendas se habrán quemado, cuántas mujeres habrán sido violadas?

»Ese maldito corso nos ha arrastrado a la peor de las inmundicias, y ha convertido en demonios a hombres honrados. Yo lo maldigo.

—Se trata de la guerra, mi coronel, de esta maldita guerra...

—No ha entendido nada, ese estúpido engreído no ha comprendido que los

pueblos prefieren a un tirano propio que a un redentor extranjero.

—Ya queda poco para que todo esto acabe. El ejército francés está muy debilitado. Ya no es aquel vendaval invencible de hace tres o cuatro años. Lo hemos comprobado en Francia estos días pasados. También los franceses anhelan la paz. Tal vez Napoleón lo comprenda y decida acabar con esto.

—Es usted un iluso, sargento. El emperador de los franceses jamás acatará otra cosa que no sea imponer su propio poder imperial. Y si es preciso, conducirá a Francia al borde del abismo. No le preocupa otra cosa que su grandeza, y para ello necesita la guerra, y mientras gobierne Francia, habrá guerra, una y otra guerra, porque ese hombre sólo entiende así la obtención de majestad, honor y gloria.

Mientras caminaban hacia el acuartelamiento, con la noche cerrándose sobre el cielo de San Sebastián, contemplaron las casas en ruinas y los escombros todavía amontonados sobre las calles, que seguían allí en grandes cantidades pese a que ya hacía varios días que estaban trabajando en la limpieza de la ciudad herida.

* * *

En tanto los franceses eran arrinconados en el norte de España, Napoleón desalojaba uno a uno los países que había ocupado en el centro de Europa. Las regiones de Baviera, Frankfurt, Hesse, Westfalia, que fue cedida a los aliados sin luchar por Jerónimo, uno de los hermanos de Napoleón, y Württemberg fueron abandonadas por las tropas imperiales, en tanto Holanda se rebelaba con el príncipe de Orange al frente de los independentistas, como siglos atrás ocurriera en la época de la ocupación española de los Países Bajos. En el sur, las cosas se sucedían igual de mal para Bonaparte; se desalojó la región de Iliria y el norte de Italia, que fue ocupado por Austria.

Incluso los más afectos a Napoleón comenzaron a desertar y a dejar solo a su emperador. El mariscal Murat, el represor de los madrileños en 1808, aceptó la propuesta de Metternich, el taimado y astuto primer ministro austríaco, quien, mediante promesas y pactos, estaba demoliendo los apoyos de Napoleón y sobornando a algunos de sus antiguos colaboradores; a Murat le ofreció el reino de Nápoles, a cambio de que este mariscal se pasara al lado de los enemigos del corso. Y por si no tuviera ya bastantes problemas, el mariscal Soult, uno de los últimos apoyos que le quedaban, estaba siendo acosado por Wellington.

Metternich estaba socavando la tierra debajo de los propios pies de Napoleón. Uno de los ministros de Francia, Tayllerand, un personaje capaz de sobrevivir y salir indemne en medio del mismísimo infierno, actuaba en París como agente de los austríacos. Sabedor de que los días del Imperio estaban contados, se había pasado en secreto al bando de los aliados y actuaba como un agente al servicio de éstos.

El emperador, abatido, derrotado e incapaz de frenar la contraofensiva total contra su Imperio, regresó a París a comienzos de noviembre de 1813. Francia estaba sitiada y no disponía de tropas suficientes como para enfrentarse a la coalición que en ese momento integraba la mayoría de las naciones de Europa.

—Napoleón está vencido —comentó Faria a Morales cuando llegaron a San Sebastián las noticias de la retirada de los franceses.

—Se veía venir, señor —asintió Morales.

—Bonaparte intentó ir más allá de sus propias posibilidades, apostó muy fuerte, a todo o nada, y creo que ha perdido. Los aliados le han ofrecido un pacto, que Francia reconozca y vuelva a las fronteras que tenía en 1792, pero Napoleón no lo aceptará. Jamás admitirá una derrota que no sea la derrota total. Y eso lo saben los aliados.

—Entonces, ¿por qué se lo proponen? —le preguntó Morales.

—Porque Metternich, el ministro austríaco, es muy astuto. Sabe que Napoleón jamás aceptará semejante humillación, porque hacerlo supone confesar ante los franceses que tantos años de guerras, de muertes y de sacrificios no han servido para nada, que su gobierno no ha sido sino un paréntesis de terror y sangre. No, no lo aceptará; Bonaparte luchará hasta el final; cree que ése es su destino.

Capítulo XXXI

LAS calles de San Sebastián comenzaban a recuperar el aspecto anterior al asalto aliado, pero todavía se tardaría algún tiempo, varios años, en reconstruir todos los edificios derribados.

A principios de diciembre de 1813 Faria seguía al frente de un grupo de zapadores del ejército trabajando en San Sebastián cuando recibió una orden sorprendente.

Napoleón le había pedido a su hermano José, que seguía proclamándose rey legítimo de España, que renunciara al trono y que lo entregara a los Borbones. El emperador, desesperado por sus derrotas, consideraba que ésa era la mejor manera de contener a los ingleses, a los que pretendía detener por todos los medios, pues temía contemplar la entrada de un ejército británico en París, como ya ocurriera en alguna ocasión en la Edad Media.

Cuando se entrevistó con su hermano los primeros días de diciembre, José se mostró remiso a aprobar semejante claudicación. Todavía consideraba que era capaz de gobernar España y hacer felices a los españoles, pero Napoleón consiguió convencerlo al fin. José Bonaparte renunció al trono a cambio de ser nombrado teniente general de los ejércitos imperiales y responsable de la defensa de París.

Todo eso se lo explicaba a Faria el ministro de la Guerra de España en una larga carta en la cual le ordenaba que se dirigiera a Valençay, el castillo-palacio donde estaba exiliado Fernando VII, para preparar su regreso a España. Con la carta y la orden venía un salvoconducto imperial para cruzar Francia desde los Pirineos hasta Valençay.

—Isidro, salimos para Francia —le avisó Faria a su ayudante.

—Wellington ha decidido acabar la faena, al fin —supuso Morales.

—No, al menos por el momento. Vamos a buscar al rey.

—¿A José Bonaparte?

—No, no, a Fernando VII. Por lo que parece, va a ser liberado y formaremos parte de su escolta.

El sargento abrió los ojos, asombrado.

—¿Cómo dice, señor?

—Lo que ha oído, Isidro; don Fernando regresa a España, y somos los encargados de devolverlo en buen estado. Vuelve a ser rey.

—Nunca dejó de serlo, mi coronel.

Ante aquella afirmación de su ayudante, Faria calló. El coronel de la guardia de corps sabía bien, porque lo conocía y lo había visto actuar, y porque estuvo a su lado en la entrevista de Bayona en 1808, que Fernando no tenía ni agallas ni altura política ni valía personal para ser rey de España.

* * *

Cuando Faria y Morales llegaron a Valençay, Napoleón y Fernando VII acababan de firmar un tratado; dos días antes, el 11 de diciembre, Napoleón Bonaparte, que había recibido de su hermano José los derechos al trono del reino de España, los devolvía a Fernando VII, le permitía regresar como rey y ambos acordaban que las tropas francesas que aún permanecían en España se retirarían enseguida. Se retornaba así a la situación anterior a abril de 1808, como si todos los pasados años de guerras, muertes y sufrimientos no hubieran existido.

Durante su estancia en Valençay desde mediados de 1808, el heredero de Carlos IV se había dedicado a jugar al billar y a los naipes con su tío Antonio y su hermano Carlos, a galantear con las damas y a leer algunos libros en su palacio. En esos cinco años y medio, la situación de España y de los españoles le había preocupado muy poco. Napoleón todavía conservaba las cartas de felicitación que el heredero de los Borbones le enviara después de cada una de las victorias del emperador, incluidas las que habían conseguido sus ejércitos en España. Algunas de ellas se habían publicado en revistas francesas.

El coronel se dirigió hacia el palacio donde vivía Fernando VII.

—Majestad; soy Francisco de...

—Sí, sí, el conde de Castuera, me acuerdo bien de usted. Imagino que lo envía el Gobierno.

—He sido comisionado por el Gobierno constitucional para preparar el regreso de su majestad a España; he venido con mi ayudante.

—¿Ustedes dos solos? —se extrañó Fernando VII.

—Sí, majestad. Creí que habría aquí, con vos, algunos otros soldados.

—Si no vienen con usted, aquí no hay nadie más.

—¿Entonces...?

—Vaya a buscar a Palafox a Vincennes, pues va a ser puesto en libertad de inmediato; acompañelo a España y luego regrese aquí con una escolta en condiciones. Dígale al Gobierno que no pienso regresar a España hasta que no se garantice mi seguridad.

* * *

Faria y Morales se dirigieron a Vincennes y allí les fue entregado Palafox el 17 de diciembre. El capitán general que defendiera Zaragoza hasta la extenuación estaba débil, muy delgado, bastante sordo y con la salud muy delicada.

—A sus órdenes, mi general —lo saludó.

—¿Coronel Faria? —preguntó Palafox—; ¿es usted?

—Sí, mi general, soy yo, y mi ayudante el sargento Morales. Me alegro mucho de su liberación.

—Le ruego que alce la voz, apenas oigo. ¿Qué ha ocurrido?

—¿Cómo dice, señor?

—Que qué ha pasado durante estos cinco años.

—¿No sabe nada, mi general?

—Me han mantenido incomunicado. Lo único que me decían es que Napoleón vencía en toda Europa y que España era ya parte del Imperio.

—Pues le mentían, señor. Hemos resistido cinco años de guerra, y al fin parece que hemos triunfado. Pero si no le importa, le informaré más adelante. Tengo órdenes del rey de llevarlo a España.

—¿El rey, quién es ahora el rey?

—Don Fernando VII; Napoleón ha obligado a su hermano José a abdicar y le ha devuelto la corona a don Fernando.

—¿Y don Carlos?

—¿Carlos IV?

—Sí, claro.

—Se queda en el exilio, señor. Las Cortes de Cádiz han decidido que sea don Fernando el rey legítimo de España.

—¿Qué es eso de las «Cortes de Cádiz»? —preguntó extrañado Palafox.

—Una larga historia, mi general, una larga historia.

* * *

A principios de enero de 1814, Faria, Morales y Palafox llegaron a la Península. Dada la delicada salud del general, lo crudo del invierno y que España y Francia todavía estaban formalmente en guerra, tardaron dos semanas en alcanzar la frontera en Cataluña. Atravesaron los Pirineos nevados, pasaron dos días en Vic y continuaron viaje por Lérida y Zaragoza, donde no encontraron a Ricardo Marín porque aquellos días había salido de viaje, hasta llegar a Madrid; con ellos viajaba el duque de San Carlos.

El ambiente político que se respiraba en Madrid era muy tenso. Eran muchos los que creían que la aplicación de la Constitución de Cádiz constituía la mejor receta para sacar al país de la crisis, pero los que habían conocido a Fernando VII se inclinaban a favor de la proclamación de una república al estilo de la francesa. Y también había conservadores dispuestos a imponer de nuevo el Antiguo Régimen, en particular algunos clérigos que intrigaban en contra del Gobierno provisional y clamaban por la derogación de la Constitución.

Palafox dudaba, pero el duque de San Carlos tenía claro que Fernando VII debía

regresar cuanto antes a España, so peligro de perder el trono.

—Es preciso que don Fernando vuelva a España —comentó San Carlos en presencia de Palafox y Faria—, o estallarán las revueltas y los revolucionarios se harán con el poder.

—Los españoles están molestos, muy molestos con el rey; tal vez sería mejor aguardar un tiempo hasta que los ánimos se calmen. Las Cortes de Cádiz ya proclamaron rey a don Fernando; ahora no hay nada que temer. La corona está segura.

—El rey me indicó que quería regresar a España, pero no parecía que estuviera dispuesto a hacerlo de inmediato; no se le veía con ganas ni con prisa por volver —intervino Faria.

—Porque no conoce cuál es la situación aquí y desconfía de los políticos.

—Iremos a buscarlo entonces —propuso Palafox aunque sin demasiada convicción.

—Usted no debe viajar, general, podría empeorar de su enfermedad; además, alguien tiene que quedarse aquí para preparar el recibimiento de don Fernando. Iremos el coronel Faria y yo. ¿Le parece? —propuso San Carlos.

Palafox asintió. Su largo cautiverio le había dejado muy mermado y tenía que recuperarse cuanto antes.

Entre tanto, Napoleón seguía acosado. Los austríacos se acercaban a París y a fines de enero cruzaron el Rin; sus generales proclamaban una y otra vez que el pueblo francés no era su enemigo, que sólo lo era Napoleón, a quien además acusaban de ser enemigo también de la propia Francia. El 23 de enero Napoleón presidió un desfile militar en las Tullerías, pero ya no era la *Grande Armée*, aquel ejército de varios cientos de miles de soldados orgullosos que mostraban sus estandartes con las doradas águilas en el bosque de Boulogne años atrás; el desfile de enero de 1814 estuvo integrado por unos pocos miles de entusiastas soldados de la guardia nacional. Napoleón quiso ganarse de nuevo al pueblo y en aquel acto castrense ordenó que sonara *La marsellesa*, el himno revolucionario a cuyos sonos se había liquidado el Antiguo Régimen en Francia y había triunfado la Revolución, y cuya interpretación había prohibido el mismísimo Napoleón tras ser coronado emperador.

Pocos días después del desfile, el emperador salió al encuentro de los austríacos, pero fue derrotado en Brienne. En el sur de Francia, Wellington, enterado del avance aliado hacia París, asedió Bayona y condujo a sus tropas hasta Burdeos y Toulouse.

Napoleón maniobraba a la desesperada. El día 2 de febrero, las Cortes españolas, ya reunidas en Madrid, recibieron una propuesta de paz del emperador, que fue rechazada. Pocos días después, el reino de Nápoles, cuyo titular del trono era el mariscal Murat, declaraba la guerra a Francia.

Los aliados avanzaban hacia París pero Napoleón todavía era capaz de enfrentarse a ellos. Durante todo el mes de febrero se combatió en el camino del Rin a París, librando hasta seis batallas en nueve días. El emperador salió airoso de todas ellas, pero cada vez disponía de menos tropas, pues los triunfos se lograron a costa de enormes sacrificios, y sus victorias eran meras anécdotas en el progreso aliado. En el frente sur las cosas fueron mucho peor; el 17 de febrero, hambrienta y abandonada a su suerte, se rindió la guarnición francesa acuartelada en la ciudadela de Jaca y el 27, Wellington derrotó a Soult en Rotes. El 9 de marzo, Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia firmaron la Cuádruple Alianza contra Napoleón y, tres días después, Wellington conquistó Burdeos.

Ni siquiera los parisinos creían ya en la estrella de Napoleón, a quien comenzaron a identificar con el hidalgo español Don Quijote de la Mancha, el personaje literario que creara Miguel de Cervantes y que andaba buscando utopías y quimeras en vano. Pero en este caso, los gigantes no eran molinos de viento, sino los ejércitos austríaco, ruso, westfaliano y prusiano, que avanzaban inexorablemente hacia París, pese a los desesperados intentos por detenerlos de lo que quedaba de la *Grande Armée*.

Fue entonces cuando se decidió ir a buscar a don Fernando a Valençay. Mientras se preparaba la comitiva, Faria se enteró de que los franceses estaban abandonando algunas de las posiciones que mantenían en el noreste de España, pues todavía había guarniciones francesas en el norte de Cataluña y en algunas plazas aisladas, como Santoña, en el Cantábrico, y Peñíscola, en el Mediterráneo.

Por fin llegó el visto bueno de las Cortes, que comisionaron al duque de San Carlos como jefe de la expedición en la que también iría Francisco de Faria, y que debería traer de vuelta al rey Fernando según un itinerario que fijaron los diputados más conservadores. Los agentes franceses destacados en Madrid les dieron plenas garantías de que el rey de España no tendría ningún problema para atravesar Francia.

* * *

Aquella mañana de uno de los últimos días del invierno era fría y el cielo estaba completamente cubierto por nubes plomizas y densas que presagiaban una inminente tormenta.

Fernando VII había pasado toda la guerra en el castillo-palacio de Valençay acompañado por su hermano Carlos y su tío Antonio. Pese a que en alguna ocasión agentes llegados desde España le habían sugerido la posibilidad de huir de allí, cosa nada difícil, y regresar a España para encabezar la rebelión contra Napoleón, el Borbón se había negado siempre.

El rey salió del palacio enfundado en un grueso abrigo de piel y acompañado por San Carlos. Saludó a Faria, que lo aguardaba a la puerta de la carroza, y le indicó que

estaba preparado para partir.

—Imagino que ustedes son toda la escolta —le dijo el rey. Faria se limitó a inclinar la cabeza.

El coronel subió a su caballo, cuyas riendas custodiaba el sargento Morales, y les indicó a los conductores de las ocho carrozas que constituían la caravana real, y al pequeño pelotón que las escoltaba, que se pusieran en marcha.

—La formación de la escolta está clara —ironizó ante Morales—. Yo iré delante de las carrozas con cuatro hombres y usted detrás con los otros cuatro.

Faria esperaba encontrarse en Valençay con un batallón al menos para escoltar a Fernando VII de regreso a España, pero su sorpresa fue enorme cuando constató que el Gobierno no había enviado otras tropas que ocho soldados que fueron con él y con el duque de San Carlos desde Madrid.

—Sí, es la formación lógica; no hay mucho donde elegir —sonrió Morales a la vista de la menguadísima escolta.

Conforme se alejaban de Valençay camino del sur, Faria volvió la vista atrás y contempló la carroza en la que viajaba Fernando VII, y sintió una enorme rabia por tener que escoltar a semejante individuo.

Antes de partir había estudiado la ruta que debían seguir. El gobierno del Consejo de Regencia le había ordenado que el rey debía entrar en España por Cataluña, y dirigirse a Gerona, que todavía estaba bajo control francés. Ésa era una de las condiciones puestas por Napoleón para liberarlo.

Así pues, se dirigirían a Perpiñán, donde pernoctarían antes de afrontar la última etapa del camino hacia España.

Durante el viaje a través de Francia, Francisco de Faria tuvo numerosas ocasiones para hablar con el rey, y conforme más lo conocía, más crecía su animadversión hacia el monarca; tanto que, en algunas ocasiones, estaba seguro de que Fernando VII se daba cuenta de ello, porque ya le resultaba muy difícil disimular.

Una noche, en una pequeña ciudad del sur de Francia donde se detuvieron para cenar y dormir, Fernando VII comentó que uno de los libros que más le habían gustado durante aquellos años en Valençay era el titulado *Robinson Crusoe*, escrito por un novelista inglés llamado Daniel Defoe. El monarca español afirmó que en ese libro quedaba clara la superioridad de la raza blanca sobre la negra y que tenía la intención de aplicar algunas de las cosas que allí había aprendido para el mejor gobierno de las colonias en América y de los esclavos negros que en ellas vivían. Faria, al oírlo, comprendió que no sólo no había entendido nada del libro, sino que además estaba absolutamente equivocado con respecto a lo que estaba ocurriendo en las posesiones españolas en América.

Cruzaron la frontera de los Pirineos por el río Fluviá y entraron en España el 24 de marzo. En el lugar donde don Fernando pisó tierra española se habían emplazado

nueve cañones, que dispararon nueve salvas en su honor; un grupo de payeses de la villa de Bácsara saludó a su rey y lo aclamó agitando pañuelos.

El acuerdo con Napoleón obligaba a Fernando VII a dirigirse a Gerona, todavía en manos francesas. Al frente de la guarnición de esa ciudad catalana, donde se estaban concentrando las tropas para regresar a Francia, se encontraba el mariscal Suchet, quien se entrevistó con Fernando VII y le ofreció una escolta de cincuenta dragones franceses, que lo acompañarían hasta territorio controlado por el ejército español. Faria se opuso a ello; ya habían sido suficientemente humillados los reyes de España en Bayona como para que encima uno de ellos regresara del exilio escoltado por soldados del ejército invasor; pero Fernando VII aceptó la propuesta de Suchet y ordenó callar a Faria, que tuvo que aceptar además que la comitiva la encabezara un coronel de la caballería francesa.

Capítulo XXXII

LA ruta que habían diseñado las Cortes españolas no pasaba por Barcelona. En esa ciudad todavía se recordaba el asalto que justo cien años antes realizara el ejército de Felipe V, el primer rey Borbón de España y bisabuelo de Fernando VII, de manera que se optó por que el rey se trasladara por el interior de Cataluña, desde Gerona hasta Reus y Tarragona, y de allí a Lérida.

España esperaba al «Deseado». Agentes reales, bien aleccionados por los partidarios de Fernando VII, se habían encargado de preparar en cada uno de los pueblos y de las ciudades un recibimiento apoteósico. Al llegar a Tarragona, Faria se dio cuenta de que los gritos y proclamas de los más eufóricos con la visita real, evidentemente pagados, nunca mencionaban la Constitución. Se aclamaba al rey, a la patria y a la religión, pero nunca a la Constitución que se había aprobado en Cádiz y que había dotado de legitimidad al reinado de Fernando VII.

El general Palafox acudió desde Madrid al encuentro de Fernando VII; se reunieron en Reus, donde el rey ratificó el nombramiento de capitán general que el pueblo de Zaragoza y su Junta de Defensa otorgaran a Palafox a mediados de 1808.

Faria saludó a su superior, al que encontró mejorado, y enseguida se dio cuenta por su expresión de que no le gustaba nada la actitud del rey.

—Todo esto está preparado —confesó Faria a Morales.

—Claro, coronel, el pueblo desea ver y aclamar a su rey; hace tiempo que lo espera.

—No; me refiero a que detrás de esta caravana se esconde una clara intención de presentar a Fernando VII no como el rey constitucional sino como soberano absoluto.

Estaba en lo cierto; en todas las ciudades se repetía la misma cantinela: entusiastas pero repetitivas vivas al rey y ni una sola mención a la Constitución.

En el monasterio de Poblet, mientras Fernando VII visitaba el panteón de los reyes medievales de la Corona de Aragón, Faria sugirió a San Carlos que sería conveniente que en alguno de los discursos que pronunciaba el rey en las ciudades donde era recibido hiciera alguna referencia a la Constitución, pero San Carlos se limitó a decirle que ya habría tiempo para ello.

La gente parecía encantada con la presencia del rey y recitaba coplas y entonaba canciones con letrillas creadas en su honor; sorprendentemente, las mismas letras de las coplas se repetían una y otra vez en todas las ciudades, hasta el punto que Faria, de tanto oírlas, se las sabía de memoria; especialmente una que decía:

*Rebose, españoles,
rebose el placer,
que viene Fernando*

nuestra dicha a hacer.

* * *

El día 31 de marzo de 1814, los aliados entraron en París. Napoleón se había retirado a Fontainebleau, desde donde había decidido continuar combatiendo pese a la evidencia de la inevitable derrota. El ejército vencedor lo encabezaban el zar Alejandro de Rusia y el rey Federico Guillermo de Prusia; el emperador Francisco José de Austria estaba representado por el príncipe Schwarzenberg.

El Senado francés se lavó las manos y depuso inmediatamente a Napoleón, y Tayllerand, el traidor al servicio de Metternich, fue nombrado jefe del Gobierno provisional de Francia.

Los aliados aguardaron durante tres días; los mariscales de Napoleón habían pedido ese tiempo para convencer al emperador de que toda resistencia era inútil. Al fin, Bonaparte aceptó los hechos, abdicó en su hijo y renunció al trono imperial de Francia.

Wellington derrotó a Suchet en Toulouse y las últimas tropas francesas abandonaron España; la guerra total había terminado.

El 13 de abril, Napoleón Bonaparte intentó suicidarse con un veneno, mezcla de opio, belladona y helíboro blanco disueltos en agua, pero bebió tal dosis que lo vomitó antes de que le hiciera efecto. Enseguida fue conducido a la isla de Elba, en el mar Tirreno, donde debía quedar exiliado. El sueño imperial había acabado..., o al menos eso parecía entonces.

La comitiva real de Fernando VII dejó atrás Cataluña y entró en Aragón por las tierras de Fraga; atravesó los Monegros y el 6 de abril llegó a Zaragoza, la ciudad que se había convertido con su martirio en el símbolo de la resistencia de los españoles ante la invasión de los gabachos.

Las autoridades de la ciudad, en la que seguían patentes los enormes destrozos causados por los asedios franceses de 1808 y 1809, recibieron al rey con música y disparos de salvas de artillería.

Faria aprovechó la estancia en la ciudad para ir a visitar a Ricardo Marín, su viejo amigo, que seguía regentando la mejor posada de Zaragoza.

—¡Cuánto tiempo, Francisco, y qué alegría encontrarte sano y salvo! —dijo Ricardo.

—Gracias a ti, amigo, gracias a ti.

—¿Y Cayetana?

El semblante de Faria mudó de rictus.

—Ha muerto.

—¿Cómo ha sido?

—Murió en Sevilla... enferma —mintió Faria. No quiso contarle la verdad: la violación y el asesinato de su amada por los soldados franceses.

Y tampoco hizo falta, pues Ricardo Marín lo entendió con sólo mirar a los ojos a su amigo Francisco. Y tampoco le dijo que años atrás Cayetana había sido violada durante el segundo asedio. Y tampoco hicieron falta más palabras para que cada uno de los dos entendiera el amargo dolor del otro.

—Lo siento de verdad, amigo. Era una muchacha, una mujer, extraordinaria. Debes de añorarla mucho.

—No pasa un día sin que su recuerdo regrese a mi cabeza, una y otra vez, una y otra vez; es como un tormento interior que se repite todos los días, y que ahora, en la paz, es peor que durante la guerra. Al menos, en las batallas no tenía tiempo para pensar en ella.

»Pero cuéntame, ¿cómo habéis vivido aquí bajo el dominio francés?

—La gente de esta ciudad, como ya te dije, sólo quería paz. Había habido demasiados muertos, demasiado sufrimiento durante los dos sitios, pero me temo que ahora habrá más muertes. Los que colaboraron con los franceses durante la ocupación han sido perseguidos y encarcelados; me temo que muchos acabarán en la horca.

—Ojalá se detenga alguna vez esta catarata de sangre.

—Eso espero.

—Quiero pedirte un favor. Mañana partimos para Teruel y Valencia, y no tengo tiempo para hacerlo yo mismo, debo escoltar al rey.

—Teruel y Valencia no están en el camino hacia Madrid —dijo Marín.

—No vamos por el camino más corto, sino por el que han diseñado las Cortes, y ése pasa por Valencia. Pero el favor que te pido es que entregues una cierta cantidad de dinero a los dos aragoneses que me ayudaron a llegar a Zaragoza. Se trata de dos parientes; uno es ganadero en el valle de Ansó, en la aldea de Zuriza, se llama Antonio Galindo, y el otro vive en Huesca, tiene una tienda y es comerciante en cueros y paños, su nombre es Manuel Galindo. ¿Podrás hacerlo?

—Ya les pagué lo que indicaste hace tiempo.

—Ya lo sé, pero quiero que reciban otra cantidad adicional, lo merecen.

—Lo haré, claro que lo haré.

—Te enviaré el dinero desde Madrid.

—Descuida.

—¿Sabes?, te confieso que no me gusta nada lo que está pasando —se sinceró Faria.

—¿A qué te refieres?

—A que el rey no sólo no ha jurado la Constitución, sino que ni siquiera la ha citado una sola vez en los días que llevamos en España.

—¿Temes que trame algo?

—Sí. Los diputados aprobaron la Constitución cercados en Cádiz y bajo las bombas francesas, pero las Juntas de Defensa están controladas por generales que no aceptan los nuevos principios constitucionales, y la mayoría del clero y de los terratenientes, y ya conoces cuán influyentes son, tampoco.

—Pero las Cortes representan la soberanía de la nación —asentó Ricardo.

—Sí, y han declarado solemnemente que el rey debe jurarla, pero no lo hace.

—Y Palafox, ¿sabes qué piensa?

—Se encuentra atrapado entre dos lealtades. Es fiel a la Constitución, que, cuando la ha conocido, le ha parecido beneficiosa y justa, esas palabras fueron las que me dijo después de leerla, pero también es fiel al rey, siempre lo ha sido, y creo que no lo abandonará nunca.

—Generales, terratenientes..., pero los peores son los clérigos. No sé si te dije que, cuando viví en París, eran los obispos quienes más frecuentaban los burdeles y los que se gastaban las mayores fortunas fornicando con las mejores y más caras putas de la ciudad. ¡Hipócritas!, pero si ni siquiera creían en Dios. ¿Y tú, qué vas a hacer?

—Si las cosas se ponen difíciles..., en ese caso tal vez me vaya a Francia. Sería una paradoja, ¿eh?, media vida luchando contra los franceses para acabar desterrado precisamente en París.

—Si te marchas, avísame; conozco bien París.

—Gracias, amigo, espero volver a verte algún día.

—Cuídate mucho. Ya sabes que no soy un devoto creyente, pero rezaré una oración por Cayetana.

Los dos amigos se abrazaron un buen rato y al fin se despidieron; tal vez nunca más volvieran a verse.

* * *

La comitiva real salió de Zaragoza hacia Valencia por el camino de Daroca y Teruel. En Daroca, donde unas semanas antes varios generales se habían reunido para organizar un levantamiento militar que al final no se produjo, asistieron a una corrida de toros y en Teruel fueron agasajados con fuegos artificiales. Por todos los pueblos por los que pasaban, la gente se echaba a los caminos a vitorear al rey, quien se limitaba a sacar de vez en cuando el brazo por la ventanilla de la carroza y moverlo cansino como si estuviera realizando una bendición apostólica.

En los lugares donde pernoctaba y se veía obligado a pronunciar algunas palabras, su voz aflautada y su carácter apático y aspecto indolente no lo hacían precisamente agradable. Pero la gente que había sufrido tantos años de guerra no parecía concederle importancia a esos detalles y esperaba que aquel monarca les aportara

años de paz y de progreso. Evidentemente, no conocían la calaña de semejante individuo.

Día a día, el desprecio que Faria sentía hacia Fernando VII era mayor. No soportaba su altivez impostada, su orgullo bufo y su arrogancia de gañán. El rey Deseado despreciaba a sus súbditos, ni siquiera era capaz de detenerse a saludar a soldados mutilados en la guerra que habían luchado por defender sus derechos dinásticos. Sólo le gustaba rodearse de clérigos aduladores y rancios, de generales soberbios dispuestos a pisotear la Constitución en cuanto se les presentara la primera oportunidad y de damas superficiales y mochas, que reían cualquier gracia del rey, aunque careciera por completo del mínimo sentido del humor.

Se creía tan superior a cualquier otra persona que cuando jugaba a las cartas o al billar, sus oponentes se dejaban ganar, haciendo jugadas absurdas a los naipes o preparándole sobre el tapete del billar unas carambolas tan sencillas que no las hubiera fallado ni un niño de pecho.

Antes de salir de Teruel, Palafox y Faria desayunaron juntos. El defensor de Zaragoza estaba callado. Sobre la mesa tenía un plato con huevos y jamón que ni siquiera había tocado; se limitaba a darles vueltas con el tenedor, con la mirada perdida.

—¿Se encuentra bien, general? —le preguntó Faria.

—Sí, claro, claro.

—Parecía distraído.

—Estaba pensando.

—No ha merecido la pena, ¿verdad?

—¿A qué se refiere, coronel?

—A la guerra, a esta maldita guerra.

—Hemos vencido, España vuelve a ser una nación libre. —Independiente, querrá usted decir, general.

—Libre e independiente es lo mismo.

—No lo crea, señor.

—Tenemos una Constitución, un rey legítimo una victoria, ¿no cree que es suficiente?

—Con todo respeto, mi general, y permítame la pregunta: ¿usted confía en Fernando VII?

—Siempre lo he apoyado. Lo hice cuando comprendí que su padre no reunía las virtudes necesarias para ser rey de España, lo seguí haciendo en la guerra, y lo continúo apoyando ahora. España necesita un tiempo de calma y de paz, y un rey que establezca la nación.

—Pues me temo que ese rey no es Fernando VII.

—Francisco, le recuerdo que sigue siendo coronel de la guardia de corps del

ejército español. Podría arrestarlo por lo que ha dicho y someterlo a un consejo de guerra.

—Lo sé, general, pero también sé que usted piensa lo mismo que yo.

—Lo que usted o yo pensemos no importa. Somos soldados y debemos obediencia al rey.

—Perdone, mi general, pero desde 1812 debemos obediencia sobre todo a la Constitución, porque sobre ella se cimienta nuestra legalidad como país y la propia legitimidad de Fernando VII, que sigue sin jurarla, por cierto.

—Yo creo en esa constitución, Francisco, pero no podemos obviar que mucha gente de este pueblo ha muerto por defender la corona de don Fernando.

—No la merece. Ese... —Faria omitió el calificativo que había pensado— ha escrito a Napoleón varias cartas felicitándole por las victorias de sus ejércitos en España. ¿Lo sabía, mi general? ¿Cómo calificaría a quien adopta esa actitud? Entre la nobleza de antaño, una conducta semejante se definía como felonía.

—Basta ya, coronel, o me veré obligado a arrestarlo. No vuelva a hablar así de su rey.

Faria calló, pero jamás le perdonaría a Palafox que defendiera de ese modo a Fernando VII.

Capítulo XXXIII

EL 16 de abril, Fernando VII y toda su comitiva entraron en Valencia. La ciudad olía a azahar bajo un cálido sol de primavera. Tras varias semanas de frío y humedad en Francia y en el noreste de España, Faria agradeció los rayos templados del sol mediterráneo.

Allí recibieron la noticia de la abdicación de Napoleón y de las negociaciones entre Wellington y los mariscales Soult y Suchet para acordar el armisticio, que ponía fin, o al menos eso se pensaba en aquellos días, a la guerra de Napoleón contra toda Europa.

Cuatro días antes, sesenta y nueve diputados de las Cortes españolas, reunidas en Madrid, habían firmado el llamado *Manifiesto de los persas*; se trataba de un claro alegato contra las ideas liberales contenidas en la Constitución de Cádiz, y un no menos claro apoyo a las tesis más conservadoras y reaccionarias, en el que se apostaba por una vuelta a la situación del Antiguo Régimen político.

El cardenal de Borbón le entregó al rey un ejemplar de la Constitución de Cádiz; el monarca cogió el libro con enorme desdén, lo miró como si se tratara de un excremento y lo arrojó con desprecio al suelo. Estaba claro que en Valencia todo se había preparado para acabar con los liberales. Unos exaltados, convenientemente alentados por militares conservadores y clérigos visionarios, destrozaron a golpes de mazo al paso de la comitiva real una lápida que conmemoraba la aprobación de la Constitución de 1812. Al ver a aquellos tipos destruyendo la lápida, Faria envió a cuatro de sus hombres para reprimir semejante acto de salvajismo, pero Palafox le dio la orden de que no interviniera.

—Están causando un desorden público y han mancillado un símbolo nacional —alegó Faria.

—Es una orden del rey —replicó el general—; no quiere provocar a su súbditos.

Francisco se mordió los labios y ordenó a los cuatro soldados que regresaran a la formación y olvidaran el asunto.

La comitiva real se dirigió directamente a la catedral. En la puerta esperaba el cabildo, con su obispo a la cabeza. La carroza de Fernando VII se detuvo ante la portada principal y el rey descendió ceremoniosamente, pero, con la zafiedad que le caracterizaba, se acercó al obispo y le besó el anillo mientras uno de los canónigos lanzaba al aire primaveral de Valencia efluvios de incienso que ardían en un incensario de plata y otro hisopaba con agua bendita a toda la comitiva.

El obispo saludó al rey y lo primero que le pidió fue que restableciera el Santo Oficio de la Inquisición, que las Cortes de Cádiz habían abolido. El rey le prometió que lo tomaría en consideración. Enseguida entraron en el templo y se celebró un *Te Deum*, durante el cual el obispo volvió a insistir, ahora en un sermón dirigido a todos

los asistentes, que el restablecimiento de la Inquisición era necesario para devolver a la nación la defensa de la moralidad, de los valores de la tradición y de la religión, que algunos pretendían que desaparecieran.

A última hora de la tarde se celebró una cena en honor del rey; al final de la misma, el general Elío, capitán general de Valencia, invitó a Fernando VII a imponer la monarquía absoluta y a derogar la Constitución, como la mejor manera de devolver la grandeza a España. La mayoría de los asistentes estallaron en grandes aplausos, vítores y juramentos al rey y a la monarquía, y se oyeron insultos contra los liberales y contra la Constitución.

Unos oficiales cantaron a coro con varios canónigos, bien servidos de viandas y vino, la siguiente copla:

Cantad, cantad, españoles y todos a una voz digan: Fernando reina y también la Inquisición.

Faria no pudo más; se levantó de su silla y se dirigió a Palafox.

—Con su permiso, mi general —le dijo casi al oído.

Palafox, que estaba sentado al lado del deán de la catedral, se volvió hacia Francisco.

—¿Algún problema, coronel?

—No, señor. Sólo quería pedirle permiso para retirarme de la cena.

—Lo siento, pero, salvo que se encuentre enfermo, debe continuar aquí hasta que acabe la cena o hasta que se levante el rey.

—Me encuentro indispuerto, señor.

Palafox observó a Faria y observó su rostro descompuesto y su rictus de indignación.

—Sí, tiene usted muy mala cara. De acuerdo, puede retirarse, pero mañana preséntese a primera hora, quiero desayunar con usted.

—A sus órdenes..., y gracias, mi general.

Faria se limitó a saludar marcialmente a Palafox y se retiró amargado e indignado, con una enorme sensación de impotencia.

* * *

A la mañana siguiente, Faria se presentó ante Palafox.

El general estaba serio y tenía en sus manos unos pliegos de papel impreso.

—Siéntese, Francisco. He pedido que nos sirvan huevos, arroz con pollo y requesón con miel y canela. ¿Le apetece?

—Sí, general, ayer no cené casi nada; se me revolvió pronto el estómago.

—Sí, sí, ya vi su aspecto de indisposición —ironizó Palafox—. Tenga —le alargó los pliegos.

Faria ojeó el *Manifiesto de los persas*, donde se criticaba todo lo aprobado en Cádiz y se postulaba una vuelta al Antiguo Régimen absolutista. Faria leyó en voz alta:

—«La monarquía absoluta es obra de la razón y de la inteligencia, está subordinada a la ley divina, a la justicia y a las leyes fundamentales del Estado... Así que el soberano absoluto no tiene facultad de usar sin razón de su autoridad, derecho que no quiso tener el mismo Dios». ¿Está usted de acuerdo con esto? —le preguntó el coronel.

—No —contestó Palafox.

—¿Piensa hacer algo?

—No corren buenos tiempos para la libertad, Francisco. Acabamos de enterarnos de la abdicación de Napoleón; va a ser enviado a una isla en medio del mar Tirreno y uno de los Borbones, el cuarto hijo de Luis XV y hermano de Luis XVI, será proclamado rey de Francia con el nombre de Luis XVIII.

—El último en reinar, antes de que le cortaran la cabeza, fue Luis XVI; si no me equivoco, se han saltado un ordinal.

—Lo hacen a propósito. Esto es obra de Tayllerand, seguro. Se trata de aparentar que entre la decapitación de Luis XVI en 1793 y la restauración de Luis XVIII en 1814 reinó Luis XVII, el hijo de Luis XVI, que murió en prisión con diez años de edad. Todo esto es pura ficción para alterar la historia.

—Y aquí van a hacer lo mismo: obviar que los diputados aprobaron en Cádiz una constitución.

—Es probable. El rey ha decidido permanecer en Valencia un par de semanas al menos. Esta tarde despacharé con él, aunque le adelanto que tiene intención de derogar la Constitución.

—Eso es traición. Puede arrestarme si lo estima justo, mi general, aunque Fernando VII es un rey felón.

Palafox, en esta ocasión, calló.

Como estaba previsto por los acuerdos entre los aliados y el poderoso ministro Tayllerand, que se había convertido en el muñidor de toda la política francesa, a fines de abril, el borbón Luis XVIII fue proclamado rey de Francia y sólo un día después Napoleón embarcó, custodiado por un puñado de soldados, rumbo a la isla del Tirreno, donde recibió el pomposo y grotesco título de «emperador y soberano de la isla de Elba».

En los primeros días de mayo, Luis XVIII recibió en Saint-Denis, siguiendo las costumbres de los monarcas franceses, las llaves de París y la corona de Francia; a Wellington le fue concedido el título de duque por el gobierno de Londres y entró

triunfante en París revistando a las tropas, y Fernando VII promulgó en Valencia un decreto por el cual se declaraba nula la Constitución de Cádiz, invalidadas las Cortes allí celebradas, anuladas todas las reformas liberales en ellas aprobadas y reinstaurada la censura de prensa y de teatro.

—Tiene usted mala cara, mi coronel —le dijo el sargento Morales.

—Esa banda... Han dilapidado las joyas de la corona de España en sus juergas en Francia e Italia, han infamado el nombre de esta nación, han humillado a sus muertos y han denigrado el título real de esta monarquía; mancillan cuanto tocan, corrompen el aire que respiran y llenan de podredumbre este país.

—Cálmese, coronel, o tendrá problemas. Un capitán de la guardia real nos ha comunicado a los suboficiales más veteranos que denunciemos a todos los oficiales que hablen a favor de la Constitución y en contra del rey. Ha asegurado que era una orden directa de don Fernando.

—¿Eso le han dicho?

—Me lo han ordenado.

El 5 de mayo, Fernando VII salió de Valencia, por fin con destino a Madrid, escoltado por una nutrida comitiva en la que había un numeroso contingente de tropas encabezadas por el capitán general Elío y el general inglés Wittingham. Dos días antes, varios agentes habían partido a toda prisa para aleccionar a los madrileños con consignas en contra de la Constitución.

—Mírelos, sólo falta Torquemada en medio de esos dos —le dijo Faria a Morales a la vista de los dos generales, conocidos reaccionarios.

—¿Torquemada, coronel?

—Fue inquisidor general en tiempos de los Reyes Católicos; dice la historia que llevó a la hoguera a centenares de personas alegando la defensa de la religión. En realidad, no era sino un cruel «carnicero».

* * *

Conforme avanzaban hacia Madrid, la gente de los pueblos a lo largo del camino se mostraba eufórica por la presencia del rey y a la vez airada con la Constitución, que seguramente muchos ni conocían.

«Los agentes del Felón han hecho bien su trabajo», pensó Faria a la vista de las lápidas rotas que en su día conmemoraran la aprobación de la Constitución y que ahora se arrojaban al borde del camino para que la comitiva real las viera destruidas y vejadas.

La entrada en Madrid todavía se demoró unos días, pues Fernando VII quiso pasar antes por Aranjuez, la ciudad donde hacía años había estallado el motín que supuso la renuncia de su padre y su ascensión al trono de España. Día a día, conforme

se iban acercando a Madrid, la multitud que se apiñaba a los lados del camino de la comitiva deliraba, gritaba y se contorsionaba en una marea de adhesiones tempestuosas, convenientemente agitadas por los agentes del Borbón.

La llegada a la capital se preparó con una estudiada escenografía; poco antes de entrar por la puerta de Atocha, Fernando VII bajó de su cómoda carroza y se subió a un caballo blanco, como hiciera en ocasión similar en el mes de marzo de 1808, también entrando en Madrid por el camino de Aranjuez. Se trataba de recordar aquella escena en la que años atrás el rey había entrado triunfante en la capital, con los madrileños aclamando a quien había calumniado a su madre y conspirado contra su padre.

Era el 13 de mayo de 1814. El rey Deseado parecía un pavo real, ufano y altivo, montado sobre un corcel blanco, el más blanco que se pudo encontrar en media España en aquellos días.

A la puerta de Madrid, el pueblo lo esperaba protestando contra la Constitución. De nuevo habían roto las lápidas recién labradas, derribado las estatuas y destruido los cuadros y estandartes, que a toda prisa se habían pintado y tejido en los últimos meses para festejar lo aprobado en Cádiz.

«¡Vivan las cadenas!», era el grito que más se oía entre los madrileños, un grito bien diferente al que estallara el 2 de mayo de 1808, cuando algunos cientos de gargantas se lanzaron a las calles de la capital para defender la independencia y la dignidad de la nación, y además la corona y el trono de un monarca que no los merecía.

En cuanto tomó posesión del Palacio Real, Fernando VII ratificó todas las decisiones dictadas en Valencia, y ordenó la represión de los liberales. Se encarceló a los regentes, el cardenal de Borbón fue enviado a Toledo en una especie de exilio interior, se condenó a prisión sin juicio a varios ministros del Gobierno y a veinticuatro diputados que se habían destacado en defensa de la libertad y de la Constitución.

Joaquín Pérez, el presidente entonces de las Cortes, se rindió ante las amenazas del rey, y fueron muchos los que aprovecharon la confusión de los primeros días de estancia de don Fernando en Madrid para huir de la capital, escapando así de la cárcel.

Faria dudaba; algunos de sus amigos se habían exiliado y otros estaban presos y sometidos a un trato injusto y degradante. Los conservadores habían elaborado una serie de listados con varios miles de personas que iban a ser encarceladas en castillos y prisiones o enviados a los terribles presidios del norte de África.

Ya en Madrid, se dirigió a su casa, que seguía atendida fielmente por el matrimonio de criados. Durante varios días, y aprovechando un permiso concedido por Palafox, que había sido confirmado como capitán general de Aragón, a falta de

otro destino y al carecer de una función concreta, se dedicó a poner sus asuntos en orden. Pudo recuperar la mitad de los fondos que su administrador de Castuera le había ido ingresando en su cuenta del Banco de San Carlos, y desenterró la caja con monedas de oro y plata que había escondido en la bodega y que seguía allí sin que, milagrosamente, nadie la hubiera descubierto, y pudo enviar a Ricardo Marín a Zaragoza el nuevo dinero con el que quería recompensar a los Galindo en Ansó y en Huesca, para que se lo hiciera llegar a ambos.

El recuerdo de Cayetana le seguía atormentando, hasta que un día le llegó a casa una nota de Teresa de Prada, su antigua amante; le decía que se encontraba muy enferma y que quería verlo. Al principio dudó, pero al fin decidió visitarla. Y en verdad, estaba enferma. Teresa, la condesa de Prada, era todavía joven, pero parecía una anciana. Se cubría el rostro con un paño de tul, sin duda para evitar mostrar su enorme deterioro. Aquella mujer, otrora hermosa y sensual como pocas, tenía el rostro arrugado y tumefacto, y las entrañas podridas por la sífilis.

Apenas hablaron. Teresa le dijo que había contraído «el mal francés» y que se estaba muriendo, pero que no quería hacerlo sin despedirse de su antiguo amante. Faria se quedó mudo; parecía imposible que la joven que había conocido pocos años atrás se hubiera convertido en tan poco tiempo en una enferma terminal. Imaginó que aquella mujer podría haber sido su esposa y se despidió de ella sabiendo que apenas le quedaban unos días de vida.

Tras las condenas y las persecuciones, Fernando VII condecoró discrecionalmente a quienes le interesaba para robustecer su propia imagen. Así, ratificó a la artillera Agustina Zaragoza, la joven que defendiera la plaza del Portillo de Zaragoza durante el primero de los sitios de esa ciudad y que luego participara en otras batallas, como en la de Vitoria, en el empleo de subteniente del ejército español, y la recibió con honores en Madrid a finales de agosto.

Los inquisidores del recién restaurado Tribunal del Santo Oficio se aprestaron a imponer sus criterios morales y religiosos a todo el mundo. La censura se extendió deprisa a todas las artes y el maestro Goya fue acusado por la Inquisición de haber pintado un cuadro en el que se representaba a una mujer completamente desnuda vista de frente; algunos decían que era la duquesa de Alba, la figura femenina plasmada en ese cuadro.

Pero pese a esa acusación y a que había recibido honores de José Bonaparte, Francisco de Goya fue ratificado como pintor de cámara de la corte. En aquellos días, el genial sordo estaba ultimando un gran lienzo sobre los fusilamientos ocurridos en Madrid el 3 de mayo de 1808; presentaba una escena en la que los madrileños, horrorizados ante los fusileros franceses, eran masacrados en la montaña del príncipe Pío. Cuando tuvieron lugar aquellos acontecimientos, seis años atrás, el mismo rey que los madrileños habían recibido con aclamaciones y euforia desbordada hacía

unos días, no cesaba de firmar órdenes de detención y presidio para miles de españoles, muchos de los cuales habían derramado su sangre por él.

La lista de represaliados liberales y afrancesados era interminable y día a día se añadían nuevos nombres. Durante el verano de 1814, la Constitución de Cádiz había quedado en nada y el absolutismo impulsado por Fernando VII y su camarilla de clérigos aduladores y generales ambiciosos se había impuesto en toda España.

Entre los acusados se encontraba Leandro Fernández de Moratín, el escritor y amigo de Faria, la llave de cuya casa de Madrid le había entregado para custodiarla. Fue en vano, pues la casa y otras de sus propiedades fueron incautadas por el Gobierno. Moratín había estado refugiado en Peñíscola, uno de los últimos reductos de los franceses en España, pero había sido al fin apresado y encerrado en una cárcel de Valencia, acusado de traición por haber colaborado con los franceses.

Palafox se presentó en casa de Faria poco antes de medianoche de un día de principios de septiembre. El general sólo llevaba una escolta de dos soldados, que se quedaron a la espera a la puerta de la casa.

—Mi general, no esperaba esta visita, y menos a estas horas. ¿Ha cenado ya? Puedo invitarlo; yo ya lo he hecho, pero todavía debe de estar caliente la sopa.

—Gracias, pero ya he cenado.

—¿A qué debo el honor de su visita?

—Lamento molestarle a estas horas, pero me he enterado hace muy poco. Tiene que marcharse inmediatamente, Francisco. Mañana se dictará una orden de detención contra usted.

—¿Contra mí?; ¿de qué se me acusa?

—De traición al rey y de conspiración para derrocar a su majestad del trono.

—Usted sabe que eso no es cierto. No soporto a ese Borbón, pero jamás he conspirado para despojarlo del trono. Lo único que he hecho hasta ahora ha sido luchar en su favor. Me he batido en Trafalgar, en Zaragoza, en Badajoz, en Vitoria, me he arrastrado por los montes de media España con los guerrilleros y he derramado sangre y sudor por ese...

—Lo sé, Francisco, lo sé. Compartí con usted el honor de combatir en Zaragoza, y nadie mejor que yo conoce su valor y su determinación; pero una cosa es la guerra y otra bien distinta, peor incluso si cabe, la política.

—¿Sabe quién me ha denunciado?

—No, lo ignoro. La mayoría de las denuncias que llegan a Palacio son anónimas, o al menos eso dicen quienes las reciben. Hágame caso, no pierda tiempo, recoja lo que pueda y márchese ahora mismo.

—En una ocasión oí comentar que la madre de la fallecida esposa de Fernando VII lo describió como «un hombre de horrible aspecto, con una voz que da miedo y tonto de remate». Sólo le faltó decir una cosa: es también mala persona.

—Vamos, si se marcha ahora tendrá dos o tres días de ventaja; yo me encargaré de retrasar al máximo la ejecución de la orden de arresto, tal vez pueda llegar a la frontera y escapar a tiempo. Llévase todo el dinero que pueda, lo necesitará. Y aquí tiene un pasaporte, es necesario para alejarse más allá de veinticinco leguas del lugar de residencia. Si se lo piden, muéstrelo, le dejarán seguir sin problemas, si es que antes no ha llegado su orden de arresto, claro.

—Una pregunta, general, ¿sabe si está en las listas Ricardo Marín?

—¿El posadero de Zaragoza?

—El mismo.

—Me temo que sí.

—General, muchas gracias. Fue un honor combatir a sus órdenes.

—O una locura, quién sabe.

Faria se despidió de sus dos criados, les dio una buena cantidad de dinero y les dijo que se quedaran en casa «hasta que vengan a echarlos». Los criados no lo entendieron, pero Faria les explicó que en tres o cuatro días alguien, por orden del Gobierno, vendría a incautarse del inmueble, y que lo más probable era que se quedaran sin trabajo. Les aconsejó que, en ese caso, no ofrecieran la menor resistencia y que si les preguntaban por él contestaran que se había marchado al extranjero.

Ni siquiera tuvo tiempo de despedirse del sargento Morales. Estaba seguro de que su ayudante no tendría ningún problema, pues jamás nadie le había oído la menor queja o la mínima crítica a Fernando VII; todo lo contrario: en su larga vida castrense, Isidro Morales se había comportado como un soldado modélico y su hoja de servicio estaba inmaculadamente limpia. Tampoco le dejó ninguna nota de despedida, pues podría comprometerlo en caso de caer en manos de algún agente del rey.

A medianoche, cargado con un par de bolsas de monedas, un saco con un poco de ropa y una bolsa con comida, Faria salió de Madrid con su caballo, camino de Zaragoza. En la puerta de Alcalá, los soldados que la custodiaban le dieron el alto, pero lo dejaron pasar al comprobar que se trataba de un coronel de la guardia de corps y que tenía su pasaporte en regla.

Capítulo XXXIV

UNA fina pero constante lluvia le retrasó en el camino hacia la villa de Molina de Aragón. Según su cálculo de ruta, debería haber llegado a media tarde, poco después de las seis, pero su caballo avanzaba a un ritmo más lento del previsto debido al barro arcilloso que se acumulaba en el camino.

Atardecía sobre las sierras Ibéricas. El sol de finales del verano, redondo y rojo, teñía de carmesí las laderas terrosas de los páramos mesetarios y prolongaba las sombras de los álamos y los chopos como espectros fantasmales en el silencio del paisaje serrano.

En un recodo del camino, en una vereda al lado del río Gallo, apenas a una hora de camino de Molina, un hombre muy grueso, de aspecto amenazante, embozado con una manta de lana de las que usaban los viajeros en esas frías tierras, le salió al encuentro. Las sombras del atardecer difuminaban la figura de aquel tipo, del cual sólo podía ver sus dos ojos, brillando en una línea abierta entre el sombrero y la manta. Tenía las manos a la espalda, como escondiendo algo, tal vez un trabuco o un pistolete.

Al contemplar a aquel individuo que se interponía en su camino, Francisco de Faria tiró de las riendas de su caballo y lo detuvo. La lluvia había dejado de caer hacía un par de horas pero el sendero seguía embarrado.

—¡Alto! —ordenó el embozado.

—¿Quién lo manda? —le preguntó Faria.

—Nosotros —dijo otra voz a su espalda.

Faria giró su cabeza despacio, intentando no perder la cara del que le había interceptado el paso, y advirtió de reojo cómo había al menos tres hombres a su espalda y otro más a su derecha, que habían surgido de repente de entre la espesura.

«Son al menos cinco —calculó el coronel—, y van armados con escopetas y trabucos; no tengo la menor oportunidad».

Echó mano a la parte posterior izquierda de la silla y palpó la empuñadura de su sable de caballería, que colgaba de la vaina en ese flanco, y en el lado derecho llevaba un pistolete aunque no estaba cargado; y aunque lo hubiera estado, de ninguna manera hubiera podido sacarlo a tiempo de su funda y menos tumbar a cinco hombres, si es que no había alguno más escondido entre la maleza. Pero además, pensó que seguro que estaban apuntándole, y que si hacía el menor movimiento lo abatirían sin que tuviera tiempo siquiera de acabar con uno de aquellos tipos, de modo que intentó ganar tiempo.

—Imagino que sois bandoleros, ¿me equivoco? —les preguntó.

—Pues te equivocas; somos los guardias de estas sierras y protegemos a los viajeros. Y claro, para que esa protección pueda tener efecto, necesitamos dinero.

¿Cuánto llevas encima?

—Nada. Unos bandidos me han atracado un par de leguas más atrás. A lo que parece, habéis hecho mal vuestro trabajo de protección.

—Eres muy gracioso.

—Es cierto; eran varios bandoleros que me han dejado sin nada. En un primer momento creí que eran franceses que se habían quedado aislados en España y tenían que ganarse la vida asaltando a viajeros indefensos, pero pronto me di cuenta de que eran unos simples bandidos.

Faria había pensado en espolear a su caballo en cuanto aquellos tipos se despistaran un poco y salir a todo galope camino adelante. Sabía que Molina estaba muy cerca y que si conseguía esquivarlos y ganar algún espacio arrancando por sorpresa, tal vez pudiera llegar a las cercanías de la villa de Molina y conseguir protección antes de que le dieran alcance. No faltaba mucho para que oscureciera, de modo que quizá pudiera evadirse, porque si no, estaba convencido de que lo matarían sin remedio.

Maldijo no haber cargado su pistolete, porque con él podría haber abatido al que le impedía el paso, y se dispuso a clavar sus tacones en los flancos del caballo y soltar las riendas para jalearlo, confiando en que saliera a toda velocidad hacia delante. Planeó que justo en ese momento sacaría su espada de la vaina, se inclinaría sobre el flanco izquierdo de su montura y lanzaría una estocada al hombre que le había dado el alto. Si los demás tardaban algunos segundos en reaccionar, tal vez tendría alguna posibilidad de huir.

Ya había deslizado su mano cerca de la empuñadura de su espada y había tensionado los músculos de sus piernas para acicatear los flancos del caballo, cuando el que estaba a su derecha exclamó en voz alta:

—¡Coronel Faria!

El conde de Castuera giró de nuevo la cabeza, ahora más deprisa, y observó que ese tipo bajaba su arma y caminaba unos pasos hacia atrás.

—¿Qué te hace suponer...?

—Lo acabo de reconocer; estuve a sus órdenes en los montes de Somosierra, en la primavera y el verano de 1810; tal vez me recuerde, yo estaba presente el día que se reunieron en aquella cueva los jefes de todas las partidas de guerrilleros para recibir sus últimas instrucciones antes de que se marchara a Madrid.

Lo cierto era que Faria no recordaba a aquel hombre, pero tan precisos eran los datos que le proporcionó que hacían suponer que era cierto, que había estado allí.

Al oír a su compañero, el que parecía ser el jefe de aquellos bandidos, dudó.

—¿Este hombre es coronel? —preguntó rascándose la cabeza.

—El coronel Faria, de la guardia de corps de su majestad don Fernando, a cuyas órdenes serví en la lucha contra los franceses —afirmó el antiguo guerrillero, tajante

y con cierto deje de orgullo.

—¿Un coronel, eh? Bien, tal vez nos paguen un buen rescate por él.

—Un momento, te he dicho que combatí a su lado contra los gabachos; es un compañero de armas.

—¿Te has vuelto loco? Ahora tus únicos compañeros somos nosotros. No eres ningún soldado, ahora eres un... guardián de estas sierras.

—Hubo un tiempo en que combatimos contra Napoleón, y lo vencimos; derrotamos al mayor ejército del mundo, y este hombre era nuestro compañero de armas.

—¿Habéis sido todos guerrilleros? —les preguntó Faria intentando entretenerlos.

—Sí, coronel. Todos hemos luchado en la guerrilla —contestó el que conocía a Faria.

—¿Y por qué os habéis pasado al bandolerismo? —insistió el coronel.

—Es lo que siempre habíamos hecho. La guerra fue un paréntesis.

—Podrías dejar este tipo de vida y...

—¡Cállate! —gritó el cabecilla—; basta ya de cháchara y baja del caballo con cuidado, muy despacio, y mantén siempre las manos ante mi vista.

—Permite que se vaya —pidió el exguerrillero.

—Ni hablar; nos quedaremos con lo que lleve encima y luego ya veremos qué hacemos con él.

—Te repito que este hombre luchó como un jabato; fuimos muchos los que confiamos en él y le seguimos. Además, no podemos liquidar a un coronel del ejército. Déjalo partir.

—Le perdonaré la vida en consideración a lo que has dicho, pero nos quedaremos con su bolsa, sus armas y su caballo. Le dejaremos llegar a Molina. Si caminas deprisa —se dirigió ahora a Faria—, llegarás en poco más de una hora. No tendrás problemas, en esta época del año todavía no hay lobos en esta zona, pues no llegan por aquí hasta las primeras nevadas, a principios de noviembre.

—Te repito que fui compañero de armas de este hombre, déjalo ir —insistió el antiguo guerrillero en posición amenazadora.

—¿Y si no quiero?

—Entonces, te las verás conmigo.

—De acuerdo, pero ve tú también con él —dijo el cabecilla, a la vez que le descerrajaba en el pecho un tiro a quemarropa con el trabuco.

Faria reaccionó deprisa, clavó con todas sus fuerzas los tacones de sus botas en los ijares del caballo y el corcel, inquieto por el disparo, alzó sus pezuñas delanteras, dio un salto adelante y se lanzó al galope. Tal como había planeado antes de que el cabecilla de la banda diera matarile a uno de sus hombres, sacó la espada de la vaina, se tumbó sobre el lado izquierdo de cuello del caballo y descargó una estocada de

arriba abajo que alcanzó de lleno en la cabeza al bandolero que le cortaba el paso, que despistado ante la trifulca de sus dos compañeros había bajado la guardia. Golpeó a su montura en las ancas con la parte plana de la hoja del sable, cabalgando casi tumbado sobre el animal, y un poco más adelante, cuando ya había alcanzado la velocidad máxima, miró hacia atrás por debajo de su hombro. El sol ya se había ocultado por completo pero todavía quedaba algo de claridad en el llano, que se hizo algo mayor cuando el camino se separó de la vereda próxima al río para atravesar una zona más abierta del valle, entre campos de cereales ya segados. Comprobó que no lo seguían aquellos tipos, pero continuó arreando al caballo para que no decayera en su galope.

Media hora más tarde atisbó, ya a la luz de la luna, los torreones arrumbados de la fortaleza de Molina, en lo alto de la colina. Pronto alcanzó las primeras casas y se topó con los muros de piedra y un portal cerrado, enmarcado por un poderoso torreón. Volvió a mirar atrás y se sintió al fin a salvo.

Consiguió una cama en una posada, ubicada en un enorme caserón en el centro de la villa, pero no denunció lo que le había ocurrido. No en vano, él era un fugitivo y de ninguna manera estaba dispuesto a responder a preguntas que hubieran podido comprometerlo demasiado. Además, aquellos hombres ya estarían lejos, ocultos en las sierras de las Parameras, una región demasiado extensa como para encontrar pronto a media docena de hombres en aquellas intrincadas soledades.

A la mañana siguiente, con las primeras luces del día, ahora con su pistolete cargado y listo para disparar con toda presteza, partió por el Camino Real hacia tierras aragonesas. Cuatro días después, agotado, con su caballo cojeando, con los tendones maltrechos y las pezuñas destrozadas, llegó a Zaragoza.

* * *

Ricardo Marín estaba en su posada preparando una cena que le había encargado el gobernador de la ciudad, cuando Faria se presentó como una aparición en la cocina.

—¡Francisco!; ¡por todos los demonios, qué alegría verte de nuevo aquí! ¿Cómo no me has avisado de que venías a Zaragoza?

Faria le dio un abrazo, lo cogió por el brazo y lo llevó lejos de oídos y miradas indiscretas.

—Tienes, tenemos que marcharnos de aquí. Los dos estamos incluidos en las listas de represaliados que están elaborando los sicarios de Fernando VII en Madrid. Si nos quedamos, iremos directamente a la cárcel o la tumba.

—¿Qué dices?, pero si hemos luchado por su corona, para que recuperara el trono. Tú, en primera línea de combate, yo, en el espionaje.

—Al Felón, todo eso le trae sin cuidado. Se ha propuesto acabar con todo, y con

todos, lo que suene a oposición, aunque sea mediante las ideas, al régimen absolutista que pretende implantar en España.

—Pero si yo no he hecho nada, ni siquiera he permitido que en mi casa se canten coplas aludiendo al tamaño de la polla del rey, que comienzan a ser muy populares.

—Ya lo sé, pero eres un liberal, y has vivido en Francia en la época de la Revolución, no vas a misa y no crees en los milagros, y los curas no son precisamente santos de tu devoción, de manera que ya sabes...

—¿Entonces, tú has huido de Madrid...?

—A toda prisa. Me previno el general Palafox. Vino a verme poco antes de medianoche, casi de manera clandestina, y me avisó de mi inclusión en las listas y de lo que iba a ocurrirme si me quedaba en Madrid. Le pregunté por ti, y me dijo que también estabas en la lista de futuros represaliados. De modo que cogí mi caballo, algo de dinero y salí a toda prisa hacia Zaragoza. Y aquí estoy, y casi de milagro, porque cerca de Molina me abordaron unos bandoleros de los que pude escapar porque antes de que me liquidaran se enfrentaron dos de ellos, y aprovechando la confusión que se lio, me di a la fuga.

—Gracias, amigo. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Debía avisarte del peligro, y ya lo he hecho; ahora me voy a Francia. Procuraré atravesar la frontera antes de que me detengan. Palafox me dijo que intentaría retrasar la orden de arresto cuanto pudiera para darme tiempo a huir, y que haría lo mismo con la tuya, pero imagino que si no las han dictado ya, estarán a punto de hacerlo. Apenas tenemos tiempo.

»¿Y tú?, ¿qué harás tú?

—Conozco Francia, de modo que me marchó contigo. No quiero acabar pudriéndome en una prisión, fusilado ante una tapia o ahorcado en el patio de un cuartel.

—¿Entonces nos vamos mañana?

—Claro, mañana mismo.

—Necesitarás un pasaporte como éste —Faria le mostró el que le había entregado Palafox en Madrid—. Nadie se puede alejar más allá de veinticinco leguas de su residencia sin uno de éstos.

—No te preocupes, esta misma noche conseguiré uno. Sé cómo hacerlo.

* * *

El camino hacia la frontera del Pirineo estaba despejado. No había patrullas militares y sólo algunos comerciantes, bien protegidos por guardias a sueldo, se desplazaban de una ciudad a otra con carros cargados con diversas mercancías.

—Los caminos se han vuelto casi menos seguros que durante la guerra. El

bandolerismo ha resurgido con fuerza en muchos sitios. Ya te dije que cerca de Molina intentaron robarme —comentó Faria a Marín, mientras cabalgaban hacia el Pirineo tras dejar atrás Huesca.

—¿Por eso me aconsejaste que cogiera un par de armas de fuego y que viajara con ellas cargadas y listas para disparar?

—Así es. En las montañas de Andalucía y en las sierras Ibéricas hay partidas de antiguos guerrilleros que se han convertido en bandidos.

—Lo hacen para ganarse la vida —alegó Ricardo Marín—. La guerra ha dejado una terrible secuela de miseria y destrucción.

—En ciertos casos tal vez, pero algunos ya eran bandidos antes de la guerra, y no han hecho sino volver a su antigua ocupación. Poco antes de huir de Madrid, llegó un listado con los bandoleros más buscados en Andalucía, y créeme si te digo que no pocos de ellos lucharon en la guerrilla contra los franceses con valor y fiereza, pero nadie ha sido capaz de dar una salida a su situación. Me temo que se sienten engañados. Les dijimos, yo mismo me dediqué a ello, que, en cuanto echáramos a los gabachos, las cosas serían diferentes, y ya ves, el país es más pobre, menos justo y más corrupto si cabe que lo era antes. Y todo se debe a ese monarca veleidoso y felón que no ha cumplido una sola de sus palabras.

—Tal vez debimos dejar que gobernara José Bonaparte; por lo que sé, en Nápoles no lo hizo nada mal. Pero este pueblo es demasiado orgulloso para consentir que lo dirija un extranjero.

—No creas; Carlos I era flamenco y Felipe V francés, incluso a Carlos III, aunque había nacido en Madrid, lo consideraban un extranjero por haber llegado desde Nápoles, y los tres reinaron en España. No se trata de ser extranjero o no —precisó Faria.

—¿Entonces?

—Nadie sabe qué sucede en la cabeza de la gente en un momento determinado y por qué se acepta a una persona o se rechaza a otra, o por qué la misma persona puede convertirse en un héroe o en un villano en similares circunstancias. Tú mismo lo viste en Zaragoza durante los asedios de los franceses, y lo que vino después. ¿Sabes?, a veces no entiendo cómo todo un pueblo es capaz de soportar e incluso idolatrar a tiranos como Fernando VII.

—Porque mucha gente necesita sentirse protegida, salvaguardada por una especie de paternalismo, y así es como ven a Fernando VII, como un padre protector. Además, debo reconocer que sus agentes han trabajado muy bien.

—A mí me lo vas a decir, que he estado varios años combatiendo en defensa de su corona, de lo cual, por cierto, no sabes cuánto me arrepiento. Hemos librado una guerra para nada; cientos de miles de personas han muerto para volver diez años atrás, y todo por ese canalla...

—Ese canalla, o ese felón, como lo llamas, no podrá sostenerse en el trono por mucho tiempo; la gente acabará rebelándose y lo echará a patadas. La victoria en la guerra contra los franceses ha supuesto mucho para todos nosotros, nos ha devuelto el orgullo.

—Fernando VII es un tipo más avisado de lo que parece; intelectualmente es muy limitado, pero se muestra muy llano en el trato, a veces habla como si fuera uno más del pueblo, y eso gusta a la gente. No obstante, es suspicaz, cruel y carece de escrúpulos. Un día, en Valencia, le oí comentar cómo iba a tratar a los políticos en cuanto llegara a Madrid, y lo expresó muy gráficamente al asegurar que iba a darle palos a la burra blanca, refiriéndose a los conservadores, y palos a la burra negra, por los liberales.

—O sea, palos para todos —dijo Ricardo.

—Así es; palos para todo aquél que se desvíe de su real voluntad. Y ya ves, ha conseguido que la mejor gente de este país se esté marchando al exilio o esté siendo encerrada en la cárcel.

—Odia a la libertad.

—Recuerdo ahora que en una ocasión Leandro Fernández de Moratín me dijo que amaba ser libre, pero que le tenía miedo a la libertad. Y en este caso tienes razón, el rey odia a la libertad porque la teme.

—Ahí está Francia.

Ricardo Marín señaló con la mano la llanura esmeralda que se abría ante ellos al pie del puerto de Aspe, en el lado francés de los Pirineos. Acababan de atravesar el puerto del Palo, en el valle de Hecho, afortunadamente todavía libre de nieve en aquellos días de inicios del otoño. Al comenzar a descender el camino hacia el lado francés, ninguno de los dos miró hacia atrás.

Capítulo XXXV

ATRAVESARON Francia de sur a norte y llegaron a París a finales de octubre de 1814. Llovía intensamente y el agua les había calado los capotes de viaje. Empapados y cansados, pero en buen estado de salud, se instalaron en una fonda que Ricardo conocía bien, pues había vivido en ella durante los años en los que habitó en París antes de la guerra.

Francia entera rumiaba en silencio su derrota. Napoleón estaba exiliado en la isla de Elba y Luis XVIII, el hermano del decapitado Luis XVI, había sido colocado en el trono por los aliados con la misión de devolver Francia a la situación anterior a la Revolución y al imperio de Napoleón. Esos mismos aliados acababan de convocar un gran congreso en la ciudad de Viena en el que se iban a acordar las nuevas fronteras de Europa. Inglaterra y Austria ya habían decidido que Francia debería regresar a sus fronteras anteriores a las conquistas de Napoleón, que Austria y Rusia recibirían grandes compensaciones territoriales y que sería conveniente crear algunos pequeños reinos en el antiguo Imperio alemán.

—El dinero que tenemos nos servirá para pasar algún tiempo, pero deberemos hacer algo después, ¿no crees? —le preguntó Faria a Marín, mientras contemplaban la enorme mole del arco triunfal que Napoleón había ordenado construir en París, al final de la avenida de los Campos Elíseos, para conmemorar sus victorias militares.

—Podemos abrir una casa de comidas.

—Yo no sé nada de eso, y, la verdad, no me veo sirviendo platos o guisando en los fogones.

—De eso no te preocupes; tú serás el reclamo del negocio. Un conde español exiliado en París, héroe de Trafalgar, de Zaragoza y de Vitoria... En cuanto se corra la voz de que comes todos los días en nuestra posada, la gente acudirá como las moscas a la miel.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí. A estos franceses les encanta la nobleza.

—Pero si les cortaron la cabeza a unos cuantos.

—Eso fue hace tiempo. Ahora han vuelto a la época de las pompas de Versalles, la monarquía absoluta y el gusto por todo lo que suene a nobiliario. Ya verás, nuestro comedor se llenará de franceses que quieran probar la comida española y de exiliados españoles que añoren los sabores de su tierra: olla podrida burgalesa, arroz a la valenciana y guiso madrileño; tendremos un éxito extraordinario.

A Faria no le convencía demasiado la idea de Marín, pero conforme pasaban los meses la bolsa de dinero iba menguando y a ese ritmo de gasto se acabaría en cinco o seis años. Con aquel mismo dinero hubieran podido vivir el resto de sus vidas en España, pero París era muy caro y todo costaba tres o cuatro veces más que en

Madrid.

Solían frecuentar algunos cafés de la calle Saint Honoré y de la zona de las Tullerías, donde pasaban las frías tardes del invierno conversando con exiliados españoles, siempre hablando de la oportunidad de regresar a España si se producía un cambio en la situación política. Seguían las noticias por la prensa francesa o por las informaciones que iban proporcionando los exiliados, que cada semana llegaban a París procedentes de España. Por uno de ellos, Faria supo que su amigo Leandro Fernández de Moratín había estado preso varias semanas en Valencia, pero que al fin se había exiliado a Londres.

El mismo Goya había sido expedientado; el maestro había solicitado su depuración política y había conseguido quedar libre de toda acusación gracias a que su amigo el librero Antonio Bailo había declarado ante el tribunal que don Francisco siempre se había mantenido fiel a España, incluso durante el gobierno del rey Intruso. Sus pinceles estaban ahora al servicio de don Fernando, y estaba pintando grandes cuadros alusivos a la guerra y un retrato ecuestre del general Palafox.

* * *

A comienzos de 1815, Napoleón, emperador de la isla de Elba, había recibido decenas de visitas de británicos curiosos, ávidos por conocer al hombre más notable de Europa. Ellos no se daban cuenta, pero mientras conversaban con Napoleón, éste les sonsacaba todo tipo de información sobre el movimiento de los navíos británicos en el Mediterráneo, las tropas destacadas en Francia, la situación política en Inglaterra..., datos y más datos que iba acumulando en su cabeza. Nadie había previsto las ideas ni las intenciones que bullían en la mente de Bonaparte.

El 15 de febrero, varios partidarios de Napoleón viajaron hasta la isla de Elba para informar al emperador de que muchos oficiales del ejército francés estaban dispuestos a seguir combatiendo a su lado. En los días siguientes lo planeó todo.

El 26 de febrero soplaban un viento ligero y cálido del sur, suficiente para empujar la embarcación de Napoleón rumbo a Francia. El emperador escapó de Elba y desembarcó cerca de la ciudad de Cannes. Los aliados se encontraban reunidos en Viena; allí estaban el duque de Wellington, el zar Alejandro de Rusia, el emperador Francisco José de Austria, el rey de Prusia y el ministro francés Tayllerand, el gran superviviente de todas las situaciones.

Cuando se enteraron de la fuga de Elba, Napoleón ya marchaba triunfante hacia París seguido por sus fieles partidarios, que por los caminos de Francia se sumaban a las huestes de su emperador al son de *La marsellesa*.

Ante la inminente llegada de Napoleón a París, el rey Luis XVIII salió huyendo del palacio de las Tullerías. Faria y Marín se enteraron de la cercanía de Bonaparte

mientras cenaban en un café en la isla de la Cité, al lado de la catedral de Notre-Dame. Habían quedado con unos exiliados españoles recién llegados para informarse de lo que ocurría en España, pero todas las noticias quedaron relegadas ante el rumor de que Napoleón estaba ya a las puertas de París al frente de un gran ejército.

—¿Y bien, ahora qué? —preguntó entre divertido y despistado Ricardo Marín.

Faria estaba confuso. Se había exiliado de España porque corría peligro de ser encarcelado por orden de Fernando VII, cuyo régimen absolutista detestaba, se había refugiado en Francia bajo la protección o al menos la acogida del régimen absolutista de Luis XVIII, no menos despreciable que Fernando VII, y ahora llegaba un revivido Napoleón, a cuyos ejércitos había combatido Faria en la guerra de España, que podía liquidar de un golpe a Luis XVIII, sin duda para instalar un régimen igual de absolutista, aunque se promulgara con los acordes revolucionarios de *La marselesa*.

—No sé qué hacer. Ya he luchado en otras ocasiones contra Napoleón, pero lo hacía por la independencia de España; constituía mi deber como soldado. Ahora es diferente; estoy en un país extranjero, no debo fidelidad a nadie, mas creo que si Napoleón triunfa, volverá a invadir España, y habrá otra guerra, y otra, y otra, porque ese hombre no renunciará a su ambición de dominar el mundo jamás.

—Haz lo que te dicte tu conciencia —asentó Ricardo Marín—. La mía me dice que es mejor el peor gobierno de Napoleón que cualquiera de Luis XVIII o de Fernando VII.

El emperador entró en París el 20 de marzo, entre vítores a su persona y a los nuevos días de gloria que se presumían para Francia.

Entre tanto, Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia acordaron combatir a Napoleón aportando cada una de esas naciones un ejército de ciento cincuenta mil hombres, que se pondría bajo el mando supremo de Wellington y que se concentraría en los Países Bajos; habían apostado que en una gran batalla se decidiría el futuro de Europa.

* * *

Los primeros días de primavera trajeron días de sol y lluvia; por las mañanas, el cielo de París amanecía despejado, con un brillante sol que comenzaba a cubrirse a mediodía para descargar lluvia durante un par de horas mediada la tarde.

París hervía de júbilo ante el regreso del emperador, pero Faria pensó, al fin, que si triunfaba Napoleón volvería la guerra, y con ella los crímenes, las violaciones y los saqueos; y ya había visto demasiados.

—Me marchó, Ricardo —le dijo a su amigo una tarde de mediados de abril, mientras tomaban un café con bollos.

—Yo no lo haré, me encuentro bien aquí. No regresaré a España, no hay nada ni nadie que me espere allí. Me quedo en París; la comida es excelente, nadie te

pregunta de dónde eres y las mujeres son hermosas, libres y les encanta hacer el amor. Sí, creo que éste es mi lugar de destino. Por si te interesa, Goya ha sido absuelto definitivamente por el Tribunal de la Inquisición que instruía su proceso; lo han comentado esta mañana unos compatriotas. Tal vez eso sea un síntoma de que en España están cambiando las cosas; a lo mejor puedes regresar sin peligro.

—No, no vuelvo a España, a lo mejor en otra ocasión, si triunfan los liberales y se acaba el reinado de Fernando VII. Me voy al norte, a unirme a los aliados. Va a producirse una gran batalla, la batalla decisiva, y creo que debo estar frente a Napoleón.

—Si te alistas con los aliados, estarás defendiendo el absolutismo, a los monarcas más corruptos de Europa, a cuanto odias —le previno Ricardo.

—Lo sé, lo sé, pero estoy cansado de tanta lucha. Si Napoleón pierde la batalla, habrá perdido su Imperio y se acabará la guerra; es la única salida a esta catarata de despropósitos.

—Pero Napoleón ha ofrecido la paz a los aliados.

—Se trata de una estratagema para ganar tiempo, no de una propuesta de paz permanente.

—En ese caso, si crees que eso es lo justo, adelante.

—¿Sigues pensando en abrir esa casa de comidas?

—Por supuesto. Te lo iba a decir hoy mismo. Ayer estuve viendo un local cerca de la torre de Santiago; es un bajo muy amplio, con espacio para cocina y un patio con cuadras para que puedan acogerse dos docenas de caballos al menos. Pensaba compartir el negocio contigo.

—Yo siempre he sido un desastre para los negocios. Recibí una gran herencia en Castuera y ya ves, la vendí por cincuenta reales. No, no sirvo para los negocios.

—¿Te marcharás pronto?

—Mañana por la mañana. Diré que marché al exilio a Londres. Ya sabes que Napoleón goza de muy buena prensa entre los liberales ingleses, que incluso lo admiran. Al ser español, me dejarán salir de París sin trabas, pues para los parisinos un exiliado menos es un problema menos. Después intentaré llegar hasta Holanda y unirme al ejército de Wellington. No creo que rechacen a un soldado que combatió en Trafalgar.

—Aquella fue una heroica derrota —dijo Ricardo.

—Sí, pero jamás se ha ganado una guerra con una derrota heroica.

—Te echaré de menos, Francisco.

—Yo también, y espero que volvamos a vernos en mejor ocasión. Toma —Faria le entregó una bolsa con algunas monedas de oro.

Ricardo la abrió y comprobó el contenido.

—Lo siento, no puedo aceptarlo.

—No es un préstamo ni un donativo; tómallo como una participación en el negocio. Y además, a donde voy no necesitaré ese dinero.

Ambos amigos se dieron un gran abrazo.

—Si algún día decides regresar, siempre tendrás un sitio aquí.

—Lo sé.

* * *

Napoleón instauró el 20 de marzo en París el que se llamaría Imperio de los Cien Días, y con su habitual vitalidad comenzó a organizar una nueva administración y a dar instrucciones a todos sus colaboradores. A algunos, como a Tayllerand, que seguía en Viena, o a los mariscales Masséna y Marmont, los denunció como traidores, pero otros, como Lefèvbre, el que mandara el ejército en el primer asedio a Zaragoza, continuaban fieles a su lado.

Faria llegó sin contratiempo a Holanda en una embarcación que lo trasladó a través del canal de la Mancha, desde Le Havre a Calais y luego hasta Rotterdam.

Se presentó en la oficina de reclutamiento de los aliados, alegando su rango de coronel de la guardia de corps y el haber pertenecido al Estado Mayor de Wellington en España. El sargento inglés que atendía la inscripción de reclutas lo miró atónito y enarcó la ceja como si le estuvieran tomando el pelo.

—No admitimos a locos en este ejército —le dijo.

—Es la verdad, sargento.

—Lárgate de aquí, a tomarle el pelo a otro, o haré que te encierren una buena temporada.

—Cuanto le he dicho es verdad. El duque de Wellington me conoce bien.

—¿No serás un espía de Napoleón? Porque alguien con una historia como ésta sólo puede ser un espía o un idiota.

—O alguien que dice la verdad. ¿Por qué iba a inventarme semejantes cosas?

El sargento dudó un instante.

—¿De verdad conoces a su excelencia?

—Ya le he dicho que he combatido a sus órdenes en la guerra de la Península.

—Eres joven para ser coronel.

—Combatí en Trafalgar; eso debería ser suficiente.

—Pero lo hiciste en el bando equivocado.

—En ese tiempo yo era demasiado joven y mi país era aliado de Napoleón; ahora es diferente.

* * *

La batalla se avecinaba.

Napoleón presidió una ceremonia militar en el Campo de Mayo de París, en donde revisó las tropas que en los últimos dos meses había logrado reunir para el combate decisivo. El emperador ya sabía que Wellington mandaba un ejército de más de quinientos mil hombres, integrado por austríacos, británicos, rusos y prusianos, además de algunos españoles, suecos y daneses, pero confiaba en la heterogeneidad de esas tropas, en su diversa procedencia y en la dificultad para coordinar un contingente tan variopinto. Y, sobre todo, confiaba en su propia capacidad táctica y en la segunda oportunidad que le brindaba la Historia.

Ante sus leales, Bonaparte pronunció un vibrante discurso en el que alentó a sus tropas a morir antes que ver su patria gobernada por extranjeros. Ante un altar, desfilaron doscientas águilas imperiales y ochenta y siete banderas; ciento un cañonazos se dispararon desde diversos puntos de París, saludando la presencia de Napoleón, ante los gritos de júbilo de «*Vive l'Empereur!*».

El 12 de junio, al frente de algo más de ciento veintidós mil hombres y trescientos sesenta y seis cañones, Napoleón salió de París al encuentro de Wellington.

Faria pidió audiencia a Wellington, que acababa de llegar de Viena para hacerse cargo de la jefatura del ejército aliado. Tuvo que insistir mucho, y al fin uno de los ayudantes de campo del duque, que conocía a Francisco de las campañas en España, le comunicó que un coronel del ejército español, que vestía la casaca roja de los soldados ingleses, le solicitaba una audiencia. Wellington puso los ojos como platos cuando oyó el nombre de Francisco de Faria, y, ante semejante sorpresa, tuvo curiosidad por conocer qué hacía aquel tipo allí, y aceptó recibirlo.

—Coronel, no esperaba volver a verlo, al menos hasta el infierno. ¿Cómo demonios ha llegado hasta aquí, y qué hace con ese uniforme británico?

—Es una larga historia, general; me he alistado en el ejército aliado.

—¿Tiene destino?

—No, señor; estoy en espera de él.

—En ese caso, queda asignado al regimiento de Dragones reales de Escocia; tendrá el grado de teniente. Allí necesitan oficiales que dirijan la caballería.

—Gracias, señor.

—Si combate como en las colinas de Vitoria, me daré por satisfecho. Puede retirarse.

—¿Me permite una cosa más, señor?

—Dígame.

—Quiero pedirle perdón por mi actitud...

—No se preocupe por ello, ya lo he olvidado —zanjó la cuestión el duque de Wellington.

El 15 de junio de 1815, Napoleón cruzó la frontera belga y ocupó Charleroi; al día siguiente derrotó a los prusianos en Ligny y arrinconó a los aliados cerca de Waterloo, al sur de Bruselas. Ante la acometida de Napoleón, Wellington dudó, pero el día 17, el emperador cometió un tremendo error. Se despertó como cansado y ausente, probablemente a causa de alguna enfermedad, y tomó varias decisiones equivocadas. Parecía agotado, falta de energía, se movía despacio, con desesperante lentitud, y no daba las órdenes con la viveza y la contundencia que en él habían sido habituales.

A la mañana siguiente, la del día 18, se desencadenó la batalla decisiva. La infantería francesa cargó de manera contundente con la intención de romper las defensas británicas, que permanecían intactas a causa de la parálisis de Napoleón en el día anterior.

Faria, al frente del primer escuadrón de Dragones escoceses, formaba en el ala izquierda con dos brigadas de caballería, que recibieron la orden de atacar a la infantería francesa. Cuando un capitán le transmitió la orden, el conde de Castuera observó el frente francés y calculó que al menos los quintuplicaban en número. Se resignó a una muerte segura; sacó su reloj de oro de un bolsillo interior de su casaca, lo besó y recordó a Cayetana, y sólo pensó en matar al mayor número de franceses antes de caer en la pelea. Desenvainó su sable y al observar la orden de ataque dada con la bandera de señales, ordenó a su escuadrón cargar contra los infantes franceses.

Las dos brigadas de la caballería pesada británica arrancaron al galope hacia la muerte. El frente de la infantería francesa, sorprendida por lo que se le vino encima, cedió; los británicos la rodearon y capturaron dos águilas imperiales y nada menos que tres mil prisioneros. Eufóricos por la victoria, los jinetes continuaron su avance, adentrándose peligrosamente en el sector enemigo.

Faria advirtió que la segunda línea de la infantería francesa se había reorganizado y había logrado adoptar la formación en cuadrado, que bien compuesta era muy complicada de atacar por la caballería. Intentó detener el avance de los hombres a su mando; fue inútil. Los Dragones escoceses cabalgaban eufóricos, aullando como lobos, directos hacia una masacre, pues justo enfrente de la carga estaba la gran batería de cañones franceses. Una descarga atronadora derribó a decenas de jinetes, entre los que cayó el comandante del regimiento de Dragones de Faria.

El conde de Castuera gritó a sus hombres para que se retiraran, pero o no lo oyeron o no quisieron oírlo, y siguieron avanzando hasta la primera línea de cañones, logrando acallar a quince de ellos. En ese mismo momento varios regimientos de caballería de lanceros y de coraceros franceses aparecieron por los flancos y sorprendieron a los jinetes escoceses, ciegos en su ataque frontal. En apenas unos

minutos, la mitad del primer regimiento de Dragones escoceses había muerto en combate; Faria se puso al frente de los supervivientes, que habían perdido a la mayoría de sus oficiales, y consiguió que se retiraran hasta posiciones seguras.

Aquella maniobra de la caballería de Dragones de Escocia dio tiempo a Wellington para organizar en cuadrados a la infantería del centro de su ejército. Cuando Napoleón ordenó a su caballería cargar contra ella, los infantes británicos habían logrado formar varios cuadros perfectamente cerrados, con las bayonetas de los fusiles apuntando hacia el exterior, en todas las direcciones. Los caballos rehusaron cargar de frente contra lo que parecían gigantescos puercoespines de color rojo, y la caballería francesa se fue agotando poco a poco en el embarrado suelo del campo de batalla, fracasando en inútiles cargas.

Aquellas cerradas formaciones sólo hubieran podido ser deshechas con la artillería, pero la descoordinación de los diferentes grupos de combate franceses comenzó a hacerse evidente.

Wellington, montado sobre su formidable caballo *Copenhague*, vestido con su abrigo azul y sus pantalones de cuero blanco, recorría una y otra vez el campo de batalla, en tanto Napoleón permanecía más estático, delegando muchas de las operaciones en el mariscal Ney. Inmerso en la batalla, Wellington parecía indemne al fuego enemigo. Varios de sus ayudantes cayeron muertos o heridos a su lado a causa de la metralla, pero él no recibió un solo rasguño.

Faria pudo verlo poco después de mediodía. Wellington se acercó hasta la posición a la que se había retirado el conde de Castuera, conduciendo a los supervivientes de la alocada carga de caballería del primer escuadrón de Dragones de Escocia; con el duque iba el general español Álava.

—Tal vez sea usted el mismo demonio, Faria —le dijo—. Enhorabuena por su acción.

—Gracias, señor.

Aquella fue la última vez que Francisco de Faria vio al duque de Wellington, que se alejó recriminando al general que mandaba la brigada de caballería que no hubiera logrado detener la carga suicida de sus hombres.

Napoleón, que seguía extrañamente como paralizado, dio al fin la orden de que la Guardia Imperial atacara en el centro. Las mejores tropas francesas lo hicieron avanzando en formación de cuadro, y se convirtieron en fácil blanco para la artillería inglesa, que les provocó una gran cantidad de bajas.

Wellington ordenó entonces un contraataque masivo. Faria volvió a subir al caballo y se lanzó a través de los campos embarrados contra los franceses, que se retiraban en desorden hacia el sur. El duque, a la vista de la victoria, alzó su sombrero de tres picos, en el que había cosidos emblemas de España, Prusia, Austria e Inglaterra, y gritó «¡Gracias, Dios, por enfrentarme a él!».

Faria tenía el uniforme rojo empapado de sangre y barro. No había sufrido ninguna herida, pero le dolía el muslo derecho, tal vez por algún impacto recibido durante el combate, del que no fue consciente hasta que observó el enorme moratón que se extendía por toda la zona exterior de la pierna.

Caía una fina lluvia sobre el campo de batalla, en el que los camilleros comenzaban a recoger a los heridos y a amontonar los cadáveres de los muertos. Algunos soldados vagaban sin rumbo, con las botas llenas de barro, la mirada ausente y la cabeza abatida.

Un jovencísimo dragón escocés, que había permanecido cerca de Faria durante toda la batalla, rompió a llorar como un niño cuando se miró las manos y las vio manchadas con sangre coagulada. Una carreta pasó al lado cargada con pedazos de cuerpos humanos destrozados por el fuego de los cañones; alguna cabeza se reconocía por los cabellos, en medio de una maraña de brazos y piernas sangrantes.

Capítulo XXXVI

TRAS su derrota en Waterloo, Napoleón regresó a París. Al entrar en la ciudad, observó una bandera que tenía bordado su lema: «Todo por el pueblo francés». El emperador había apostado todo su destino a una gran batalla, y la había perdido. El 22 de junio se produjo su segunda abdicación, y ésta sería definitiva.

Unos días después, tras reponerse de la batalla, los prusianos avanzaron hacia París. Napoleón salió de la capital y se dirigió hacia Rochefort; allí se enteró de que los aliados habían entrado triunfadores en París el 7 de julio y que, al día siguiente, Luis XVIII había sido repuesto en el trono de Francia.

El emperador se rindió al capitán del navío inglés *Bellephoron*, de dos puentes y setenta y cuatro cañones, que ya combatiera el 21 de octubre de 1805 en Trafalgar, y que bloqueaba el puerto de Rochefort. Los aliados decidieron que Napoleón fuera trasladado, como prisionero, a la isla de Santa Elena, una posesión británica en medio del Atlántico sur. Cuando embarcó rumbo al olvido, en su ensoñación alocada todavía pensó en alcanzar las costas de América del Sur y dirigir la independencia de las colonias españolas, y fundar sobre ellas un nuevo gran imperio.

Francisco de Faria, conde de Castuera, coronel de la guardia de corps del ejército español y teniente de caballería del primer escuadrón de Dragones de Escocia, continuaba vivo.

Regresó a París, donde su amigo Ricardo Marín acababa de abrir una casa de comidas a la que puso de nombre *La Belle Alliance*, el mismo que el de la granja donde se habían reunido el duque de Wellington y el mariscal prusiano Blücher para certificar la victoria en Waterloo.

Los aliados y los partidarios de los Borbones, repuestos de nuevo en el trono de Francia, no habían parado de celebrar la victoria sobre Napoleón. El ministro Tayllerand, taimado y astuto como pocos, que fuera ministro de Napoleón, a quien después traicionó, regresó a París, llevando consigo su fama merecida de vividor, amante de la buena mesa y hombre ingenioso.

Ricardo Marín se alegró al ver a su amigo sano y salvo.

—¡Francisco!, bendita sea la Virgen del Pilar o quien quiera que te haya protegido. No sabía nada de ti. He llegado a pensar que habías muerto en la batalla.

—A punto estuve; allí cayó la mitad de mi unidad.

—Debió de ser terrible.

—Como Trafalgar, Zaragoza o Vitoria, algo muy similar al infierno.

—Te quedas aquí, claro.

—Sólo unos días.

—¿Estás pensando en regresar a España? No corren buenos tiempos. Me acabo de enterar por otro exiliado de que Palafox ha sido relevado como capitán general de

Aragón; el rey ha nombrado para ese puesto al hermano de Palafox, el marqués de Lazán, un absolutista recalcitrante, como bien sabes.

—No. España ya es para mí sólo un recuerdo. Nada me ata a ella, no me reconozco en su Gobierno, no tengo seres queridos a los que visitar, no siento la necesidad de luchar por nada que no sea yo mismo.

—Quédate conmigo en París; haremos negocios, conspiraremos con los exiliados españoles, si eso te divierte, gozaremos con las más bellas mujeres y beberemos el mejor champán y los más delicados vinos.

—Tu oferta es tentadora, pero necesito una nueva vida. Me persiguen los fantasmas del pasado y no podré librarme de ellos si me quedo aquí.

—Pero entonces, si no regresas a España, todos estos años de lucha..., ¿no te han servido de nada?

—Al mirar hacia atrás y preguntarme por qué he luchado, no he encontrado ninguna respuesta satisfactoria. Sólo he atisbado un gran vacío y la desesperación por la muerte de la mujer que amaba. He visto que los juramentos, las alianzas, las promesas, la palabra dada, no sirven para nada.

—No todo el mundo es como Fernando VII —asentó Marín.

—Afortunadamente.

—¿Entonces, te rindes?

—Sí, definitivamente, sí. Un país que se humilla y se doblega ante un canalla como el rey Felón no merece la pena.

—¿Y adónde vas a ir?

—He decidido viajar a América. ¿Sabes?, allí hay un mundo nuevo, sin reyes, sin tiranos, donde todos los hombres son iguales. Fue lo último que hablé con Cayetana, antes de despedirnos. Ella me dijo en esa ocasión que le gustaría viajar conmigo a América. En Estados Unidos existe libertad, nadie te pregunta quién eres, de dónde vienes, o por qué has ido. Y también están las colonias españolas, donde ya han brotado movimientos por la independencia, que conseguirán a no tardar demasiado.

—¿Vas a continuar luchando en América, ahora contra España?

—No. Estoy cansado de luchar, no he dejado de hacerlo desde que siendo casi un crío combatí, a mi pesar, en Trafalgar. Ahora deseo una vida nueva, una vida en la que no interese el pasado, en la que ni siquiera exista el pasado, en donde sólo importen el presente y el futuro.

—Te devolveré el dinero que...

—No, ya te dije que no se trataba de un préstamo ni de una donación.

—Lo necesitarás para el viaje a América.

—Tengo suficiente, y una vez allí, ese nuevo mundo está lleno de oportunidades. Todas las semanas parte algún barco desde Inglaterra hacia América. Me he enterado de que existe una próspera ciudad llamada Nueva York en la que la vida bulle como

en ninguna otra parte del mundo. Me lo ha dicho un joven soldado escocés a cuyo lado combatí en Waterloo. Nos iremos juntos dentro de un mes.

—En ese caso, te deseo lo mejor, pero hasta que te marches, déjame que te presente a un par de jovencitas; no te harán olvidar a Cayetana pero endulzarán tus últimas noches en París.

* * *

El último buque de transporte de pasajeros rumbo a Nueva York zarpaba de Portsmouth a mediados de octubre.

Faria había quedado con Walter MacDonald, cabo del primer regimiento de Dragones de Escocia, en ese puerto del sur de Inglaterra para viajar juntos a Estados Unidos. Tras la batalla de Waterloo, el joven soldado, ascendido a cabo a causa de su valor en el combate, le había hablado a Faria de la existencia de esa ciudad a la que estaban comenzando a emigrar algunos escoceses e ingleses que buscaban escapar de la pobreza y la falta de libertad, buscando un mundo mejor en el que vivir.

Habían decidido hacer el viaje juntos, y habían quedado en encontrarse en Portsmouth el penúltimo martes de octubre, en la taberna que fuera más popular en la ciudad, a mediodía.

Faria, tras pasar unos días en París, atravesó el canal de la Mancha y se presentó en el día y a la hora convenida en Las Tres Ocas, la taberna más famosa de Portsmouth. Y allí estaba Walter MacDonald, vestido con un pantalón de lona, como el que llevaban los marineros, un jersey de lana azul y una gruesa chaqueta de fieltro verde.

—¡Teniente Faria!, no creí que viniera. Pensé que estaba hablando en broma.

—Pues ya ves, aquí estoy.

—¿Entonces, viene a América?

—¿En eso quedamos, no?

—Claro, claro.

El *Polar Star* era un navío de tres palos, equipado con veinte camarotes en los que podían acomodarse centenar y medio de pasajeros. Parecía un barco muy marinero, aunque su aspecto era más propio de los navíos del siglo pasado, diferente al de los nuevos barcos que estaban comenzando a construirse.

—Es hermoso —comentó MacDonald a la vista del *Polar Star*, la nave que los iba a llevar hasta Nueva York.

—Sí, muy hermoso —ratificó Faria, iniciando ya el ascenso a bordo por la pasarela—. Vamos, este barco no espera —dijo a la vez que comprobaba la hora en su reloj de oro, el que le diera su padre, el que primero le robara y luego le devolviera Cayetana.

—Yo espero encontrar fortuna y una bella esposa en América. ¿Y usted, teniente?
—le preguntó excitado el joven escocés.
—A mí mismo.

Nota del autor

La Guerra de la Independencia, que los franceses conocen como «guerra de España» (*Guerre d'Espagne*) y los británicos como «guerra Peninsular» (*Peninsular War*), acabó un año antes, pero fue la derrota en Waterloo el 18 de junio de 1815 la que supuso el colofón del sueño imperial de Napoleón, que partió al exilio para quedar confinado en la isla de Santa Elena, una roca perdida en medio del sur del océano Atlántico, hasta su muerte en 1821. El emperador está enterrado en Les Invalides de París.

Su hermano José Bonaparte, que había sido rey de España, el «rey Intruso», se exilió a Estados Unidos, donde vivió rico y tranquilo el resto de sus días.

Tras las guerras napoleónicas y la derrota del emperador de los franceses, Europa reestructuró sus fronteras en el Congreso de Viena, clausurado el 9 de junio de 1815, unos días antes de Waterloo.

Luis XVIII regresó a París tras el segundo y definitivo exilio de Napoleón y reanudó su interrumpido reinado, pero Francia perdió todas las conquistas y atravesó diversas fases políticas en los decenios siguientes (monarquía, imperio, repúblicas), hasta que se instauró definitivamente la República, ya a finales del siglo XIX.

Austria recuperó lo perdido y además ganó el Tirol, Salzburgo, Lombardía y el Véneto, pero perdió Dalmacia y los Países Bajos austríacos.

En Alemania se creó una confederación con casi cuatro decenas de pequeños Estados, que no se unirían en la moderna Alemania hasta 1870.

Rusia amplió sus dominios hacia el oeste, ocupando parte del reino de Polonia y las costas orientales del mar Báltico.

Jorge III de Inglaterra murió loco, viejo, sordo y ciego, recluido en el castillo de Windsor; le sucedieron dos de sus hijos y después la reina Victoria, cuyo reinado marcaría toda una época y convertiría Gran Bretaña en la primera potencia mundial en el siglo XIX.

El duque de Wellington llegó a ser primer ministro de Gran Bretaña, y murió anciano en 1852 rodeado de honores y distinciones; está enterrado en la catedral de San Pablo de Londres.

Carlos IV y su esposa María Luisa jamás regresaron a España; ambos murieron exiliados en Roma en 1819. Su «primer ministro», Manuel de Godoy, lo hizo anciano y olvidado en su retiro de París en 1851.

Fernando VII se asentó en su recuperado trono español. España sufrió con su reinado un gran retraso y las colonias continentales en América alcanzaron la independencia entre 1816 y 1821, y se convirtieron en nuevos países. Aclamado como «El Deseado», desde su llegada a España actuó como un verdadero canalla. En 1820, un pronunciamiento liberal impuso un trienio constitucional que acabó en 1823

con el triunfo del conservadurismo y la reacción, y con ello la persecución y el exilio de nuevo de miles de liberales españoles. Su reinado provocó una gran fractura en el país y fue el origen de más de un siglo y medio de enfrentamientos cruentos, guerras civiles y retraso económico, cultural y político. Fue llamado «El rey Felón», y sin duda ha sido el monarca más indecente de toda la historia de los reinos y Estados de la península Ibérica. Para muchos historiadores, fue el principal culpable de la raíz de los males que han asolado España en los siglos XIX y XX.

Tras las guerras napoleónicas, parecía que Europa había alcanzado el paroxismo bélico, pero en el siglo y medio siguiente el Viejo Continente todavía contemplaría horrores sin cuento, y varias guerras ensangrentaron Europa hasta el mismo final del siglo XX. Afortunadamente, dos siglos después, parece que los europeos han aprendido al fin la lección.

* * *

Esta novela constituye la última entrega de una trilogía que comenzó con *Trafalgar* (2002) y continuó con *¡Independencia!* (2005), donde narro las aventuras de un imaginario soldado de la guardia de corps, Francisco de Faria, que es testigo en primera línea de la batalla naval de Trafalgar y de los terribles acontecimientos que vivió España después de esa derrota.

En la segunda entrega, *¡Independencia!* (2005), el coronel Faria combate en los Sitios de Zaragoza, durante los primeros meses de la guerra de la Independencia.

En esta tercera entrega, *El rey felón*, el coronel Francisco de Faria asiste al desarrollo de la guerra de la Independencia, participando en varios combates, luchando en las guerrillas y defendiendo Cádiz del asedio de los franceses.

La guerra de la Independencia fue uno de los episodios más decisivos de la historia de España, pues por primera vez el pueblo tomó conciencia colectiva de nación y se levantó en armas contra el invasor, en medio de una sensación patriótica hasta entonces desconocida. La victoria en la guerra pudo haber sido el principio de un sentimiento común de unidad, pero ocurrió todo lo contrario.

El nefasto reinado de Fernando VII fue el desencadenante de toda una serie de persecuciones políticas, guerras civiles, golpes de Estado, insurrecciones militares, pérdida de autoridad y de prestigio, subdesarrollo económico, acentuación de las desigualdades sociales y retraso cultural que se alargaron hasta finales del franquismo, ya en la segunda mitad del siglo XX.

Las fuentes documentales y la bibliografía sobre esta época y sobre las guerras napoleónicas son abrumadoras e inabarcables siquiera en toda una vida. Para documentar los hechos que acontecen en esta novela he recurrido a las numerosas historias generales de la guerra, algunas de ellas editadas en pleno proceso de

redacción de esta obra, a decenas de monografías específicas sectoriales y locales y a archivos y colecciones documentales muy variadas. Para aspectos relacionados con la vida cotidiana, utensilios, alimentos, vestidos, armas, etc., me he servido de la documentación de archivos locales y de los fondos de museos y colecciones etnográficas, donde se conservan abundantes materiales de comienzos del siglo XIX, así como a la pintura y los dibujos de los artistas de ese tiempo, especialmente a la obra de Francisco de Goya.

Para la descripción de los lugares de las batallas y de las ciudades que aquí aparecen mencionados he consultado planos, mapas y grabados de la época y he visitado todos ellos, aunque la mayoría han sufrido tales alteraciones urbanísticas en las últimas décadas que apenas serían reconocibles en la actualidad para los que los contemplaron entre 1808 y 1815.

Agradezco los consejos que el escritor aragonés Rosendo Tello me ha prestado de una manera altruista y generosa para mejorar esta novela. Su amistad me honra tanto como su magisterio me enseña.



JOSÉ LUIS CORRAL LAFUENTE (Daroca, Provincia de Zaragoza, 13 de julio de 1957) es un historiador y escritor español. Profesor de Historia Medieval y director del Taller de Historia en la Universidad de Zaragoza (España), es el historiador aragonés de mayor éxito en el género de la novela. Ha dirigido diversos programas de radio y televisión de divulgación histórica. Ha centrado su labor investigadora en la Edad Media en España, y producto de este trabajo es una extensísima obra historiográfica.

Autor de novelas históricas, ha publicado numerosos artículos y colaborado en programas de radio y televisión. Ha sido asesor histórico de la película 1492: La conquista del paraíso de Ridley Scott.

En 1992 obtuvo la medalla de plata en el xxxiv Festival Internacional de Vídeo y Televisión de Nueva York como director histórico de la serie Historia de Aragón en vídeo.

Notas

[1] Véase, en esta misma colección, *Trafalgar* (2001). <<

[2] Véase la continuación de Trafalgar: *¡Independencia!* (2005). <<